

JORGE BLÁZQUEZ

LA
FICCIÓN
DE
NUESTRA
REALIDAD



**LA
FICCIÓN
DE
NUESTRA
REALIDAD**

Jorge Blázquez (Madrid, 2006). La publicación de *Mi Rey* a finales de 2023 le sirvió como cohete para meterse de lleno en el mundo literario desde que con tan solo 8 años comenzara a escribir de una forma más profesional. Ahora, con 18, cuenta ya bajo su mano con un total de 9 novelas escritas de las que *La ficción de nuestra realidad* se convierte en la segunda en ver la luz.

Puedes seguir a Jorge Blázquez en sus redes sociales:

@jorgito_2217

@jblazquez7

JORGE BLÁZQUEZ

**LA
FICCIÓN
DE
NUESTRA
REALIDAD**

*A todas las personas
que forman parte de mi vida
y que han conseguido que
se haga este libro.*

Os quiero...

Nota del autor

Quiero que conste de antemano que nunca he sido muy de escribir prólogos. Sin embargo, pienso que, esta vez, la ocasión lo requiere.

Remontémonos al Madrid del 2022. Me quedaría muy corto si diría que aquel chaval me volvía completamente loco. ¿Que qué chaval? Uno de mi instituto. No os podéis hacer una idea del coñazo que di con él. Pero era tan guapo... No podía pasar un día sin que no me quedara observando de cerca su belleza sin que él se diera cuenta (principalmente porque si me pillaba mirándolo, igual me corría a gorrazos).

Todos mis amigos saben lo que pasé por él. Sé que ninguno sabe por qué me enamoré de él tantísimo al igual que tampoco comprendían qué era lo que hacía que cientos de mariposas se estrellasen contra mi estómago cada vez que lo veía.

Lo que ninguno tampoco sabe son todas las burradas que llegué a hacer por él y que le culpabilizaba al amor. Finalmente, no pasó nada entre nosotros dos. Jugábamos en ligas diferentes y, por más que lo intentara o le suplicara a la vida, jamás ascendería a primera para poder estar juntos.

Después de él vinieron muchos más. Un catalán del que me enamoré y que se distanció de mí y uno que me marcó más que todos. Comencé a hablar con él. Todo parecía ir sobre ruedas, pero resultó que, tras ilusionarme como nadie jamás lo había hecho y conseguir que me enamorara de él, un día desapareció y tan solo pude saber que seguía vivo ya que tenía tiempo de escribir en un grupo que teníamos conjunto (donde nos conocimos) que le robaba las horas disponibles que había para poder escribirme a mí.

Con ese sí que lo pasé mal. Fatal. Horrorosamente mal. Como quieras decirlo. Estuve jodido muchísimo tiempo mientras me preguntaba qué había hecho mal para que de pronto, una historia que comenzaba a escribirse de una manera tan mágica como maravillosa, terminara de forma abrupta sin el final que se merecía.

En fin. Que hoy, un poco menos alterado que entonces y desde el raciocinio, dejo en estas páginas impregnada todas esas historias desde ese *alter ego* y de aquello que pudo ser y nunca fue.

Dicho esto, podemos empezar.

Hice *rafting* tratando de salir exitosamente de la bañera mientras me apoyaba sobre el lavabo tras notar un pequeño resbalón. Puse ambas manos sobre la pila, levanté la mirada y analicé mi rostro reflejado en el espejo. Bufé presa de la insatisfacción que me producía ver aquello allí. Los veintiocho me habían sentado horriblemente mal. Estaba hastiada, asqueada y muy hasta los cojones. Llevaba dos años sola y ya me había olvidado de qué era sentir a un hombre que me tocara, me besara, me hiciera sentir mujer... En fin, esas cosillas.

Enjuagué mi cara con varios refriegues de agua y, tras eso y con la toalla anudada a la altura de mis pechos, salí del baño. El frío me golpeó en cuanto puse un pie en el pasillo. La diferencia térmica se notaba aun estando en plena canícula de julio. Con la piel erizada, anduve de puntillas hasta mi habitación. A los pies de la cama, me deshice de la toalla y, desnuda, recogí mi móvil de la mesilla y revisé las últimas notificaciones.

Tenía diecisiete mensajes de mi madre avisándome de que pasado mañana tendríamos una reunión familiar para volvernos a ver toda la familia juntos de nuevo. Pretendí anularla, pues prefería disfrutar de mi soledad en casa. Pero sentía que no ir haría que mi familia me crucificase, y tampoco estaba por la labor.

Entre sus notificaciones, aparecían las del grupo de cotillas patológicas que tenía con mis amigas. Informaban de la pillada a dos excompañeros del instituto liándose en una céntrica calle de la capital. La noticia venía al ver cómo el chico utilizaba de otra mitad para su desenfreno bucal a una mujer cuando todos pensábamos que era gay.

Evité responder y me limité a dejarlas en leído. Después, anduve hasta una silla que aguardaba a ser ocupada pegada al escritorio. Era blanca y tenía las patas en color madera, igual que la mesa. La retiré, me senté, y abrí sesión en mi iMac para retomar la novela que tenía en proceso.

Llevaba semanas bloqueada. No sabía cómo continuar la página ciento cuarenta y cinco. Mi historia había llegado a un sitio en el que, lo poco que me quedaba por contar, tendría que ser escrito en otras ciento cincuenta páginas. Y me agobiaba. Me agobiaba mucho.

Releí los dos párrafos, que ya consumían parte de la página, en voz alta mientras me llevaba un bolígrafo azul a la boca para deformar su tapa con los dientes:

—*Su piel aterciopelada ardía en la mía. El sudor nos empapaba a ambos y sus dedos dejaban en mí las marcas que guardaban uno de los secretos mejor guardados que jamás había tenido. Mis gemidos delataban todo lo que mis palabras callaban para no escandalizar a quien pudiese escucharnos...* —Tras leerlo otra vez, asimilando la bazofia literaria que acababa de parir, maldije en voz alta con un sonoro e intenso—: ¡Joder! ¡Vaya mierda!

Suprimí la página entera antes de que mi mente me obligase a hacerlo con todo el capítulo y, frotando en mi sien el boli que habían deformado mis dientes, pensé cómo mejorar aquel manuscrito que debía ser entregado en el próximo mes y del que no tenía escrito ni el cincuenta por ciento.

Después de quince minutos en los que de tanto rascar con el boli se me quedó una marca roja en el lateral de la frente, las ideas no quisieron ayudarme haciendo acto de presencia en mi

mente, por lo que solo me quedo abstraerme y hacer otras cosas que me refrescaran las ideas y me ayudasen con mi problema de novelista frustrada que necesitaba ayuda para acabar su novela en treinta días.

Fue entonces cuando un mensaje hizo que mi móvil estuviese a punto de caer al suelo por culpa de la vibración. Lo levanté y revisé de nuevo las notificaciones de la pantalla:

Sonia

Acabo de terminarme tu última novela. ¡Enhorabuena! ¡Me rechifla! ¿Para cuándo segundo libro? Lo necesito, lo necesito, ¡¡¡LO NECESITO!!! Por cierto, llámame cuando puedas, necesito hablar contigo. O pásate por el bar, mejor será que lo hablemos en persona.

Concluyó su mensaje con un emoticono que lanzaba un beso en forma de corazón. Pensando que mejor sería ir a verla que quedarme en casa frustrada porque no se me ocurría cómo terminar aquella escena que ya arrastraba por tres días, agarré un vestido de tirantes verde estampado de estilo moderno, me deslicé dentro de él y, calzándome unos tacones que me hacían alcanzar el metro setenta y cinco, salí hacia el bar de Sonia.

Después de varios minutos bajo el fuego que caía a chorro del cielo de Madrid, llegué al bar de Sonia. Ella me esperaba dentro. Al otro lado de la barra, otra de mis amigas, Lorena, charlaba cordialmente con ella mientras tomaba a pequeños sorbos un café con hielo.

Entré en el bar y caminé entre las mesas para llegar hasta donde estaban ellas reunidas.

—¡Hola! —saludé en un tono extremadamente cordial con el que me propuse despejarme de todo lo que me pasaba en mi día a día.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Lorena haciendo un mohín de extrañeza.

—Me dijo Sonia que viniese, me tenía que contar no sé qué. —Agarré una banqueta de las que estaban libres junto a la barra y me senté en ella para descansar los pies que se me habían cargado de pisar sobre aquellos infernales tacones.

—Hace mucho que no nos vemos... —comenzó la chica mientras pasaba una bayeta a la encimera sobre la que Lorena se tomaba el café—. He pensado que lo mejor sería ponernos al día...

Arqueeé las cejas, tratando de comprender qué la había hecho tomar aquella decisión después de tanto tiempo sin hablarnos. Siempre he sido un ser extremadamente casero, quizá más de la cuenta. Me aburría tanto quedar con mis amigas, que casi prefería no proponer ningún plan a menos que fuera estrictamente necesario. Cierto era que, una vez que quedábamos, me lo pasaba bien con ellas y disfrutaba cada minuto de nuestra quedada.

—¿Y de qué quieres hablar exactamente? —pregunté sirviendo como muleta lingüística para que una de las dos arrancara con su verborrea.

—¡Novios! —confesó Sonia en el rostro iluminado por una luz divina que solo le aparecía cuando había un tema sexual en su mente.

He de decir que Sonia era la típica que estaba más salida que el pico de una plancha, pero que luego no tocaba a un hombre ni aunque hiciera *castings*. Y no porque no le gustasen, todo lo contrario; pero era la típica que no tenía ninguna suerte en el amor. En el caso de Sonia, esa infortuna se producía en todos los ámbitos de su vida.

En cuanto a su temática de conversación, respondí con un bufido que mostraba el rechazo que imponía ante ello. No me gustaba hablar de mi vida privada, no con ellas. Principalmente porque en sus bocas, los secretos se cuentan a voces. Y, para más inri, lo hacían a gente que era íntimamente cercana a mí y con los que me moría de vergüenza si sabían algo de mi vida privada (que, gracias a Dios, llevaba muerta dos años).

—Ninguna novedad —añadí dejándome caer sobre la barra y mirando a Lorena para que fuera ella quien siguiera con las anécdotas.

Captó la indirecta y, sin necesidad de una orden verbal, se decidió a comenzar con su narrativa.

—Yo estoy muy bien con Adán... No tengo ninguna declaración que dar al respecto. Somos muy felices. —Y nos sonrió como si fuéramos una horda de periodistas sedientos en busca de la exclusiva del año.

Sonia, con el rostro extrañado, desvió la mirada hacia mí.

—¿Tú no tienes nada, nada que contarnos?

Pensé por un momento en todo aquello que me había guardado para mí por aquel motivo que había dicho antes sobre su habilidad para guardar secretos.

—He encontrado trabajo. —Fue lo único que conseguí decir—. De becaria en una revista de moda.

Ambas cruzaron sus miradas y penetraron con una dualidad pasmosa la mía sonsacándome todo aquello que aún estaba por decir.

—¿Una revista de moda? —repitió Lorena como si esa noticia fuera la última que esperaba recibir en sus días como mortal—. ¿Qué revista?

Me debatí entre mis ganas por revelar que había entrado en una de las revistas líderes del país y mi instinto natural por callarlo todo de forma enfermiza para que no lo supiera media España en un lapso de dos horas.

—¡Una! —confesé de forma indefinida para ahorrarme las explicaciones—. No me dejan decirlo para que la gente no se presente en las oficinas... —Mentí descaradamente.

—Pero ¿quién ha dicho esa gilipollez? —cuestionó Sonia abrigando unos vasos transparentes de cristal.

—¡Mi jefe! —aullé resuelta.

En un primer momento, supuse que se lo habían creído, pero, tras varios segundos, me di cuenta de que me había precipitado en sacar conclusiones.

—¿Y qué hace tu jefe metiéndose en lo que haces en tu vida privada? —inquirió Lorena, que no pararía hasta sonsacarme la revista que había decidido fichar por mí.

—¡No lo sé! —exclamé de nuevo, acrecentando mi enfado a cada pregunta—. Sus motivos tendrá. Pero yo no os puedo decir dónde trabajo.

Tuvieron que conformarse con saber que iba a comenzar a trabajar en una revista. Habían dilucidado que no sería yo la que les dijese el nombre ni, aunque sus insistencias terminasen conmigo.

No me gustaba insistir en algo en lo que me había mostrado tajante. Mis opiniones estaban suscritas a una línea donde se me prohibía el cambio de parecer con respecto a un tema. Soy de esas personas que, una vez posicionadas, son inamovibles de su resolución. Permanecíamos clavadas a ella como si una pistola en la sien nos lo obligara o si nuestro cambio de opinión conllevarse unas condiciones que rechazábamos cumplir.

Y, por ello, tuvieron que conformarse con lo poco que tenían.

—¿Y tú? —continué con el interrogatorio construyendo un puente entre mis ojos y los de Sonia—. Te encanta preguntar, pero nunca contestas...

Cuando se vio acorralada y no le quedaba otra salida que no fuera responder a las preguntas que ella misma nos había formulado a ambas minutos antes, declaró:

—Igual que siempre. —Humedeció sus labios deslizando la lengua por ellos y continuó—: Por más que lo intento, no encuentro a nadie que quiera salir conmigo... ¿Tan mal estoy? —Posó sexi para que valoráramos su aspecto físico.

La miré evitando mostrar sensaciones en mi rostro. Se la veía parcialmente demacrada, quizá por culpa del trabajo o por el hastío al que se enfrentaba día a día. Su rubio pelo enmarañado trataba de ordenarse en una coleta que le caía por la espalda. En sus ojos, el cansancio y la lasitud hacían acto de presencia. La grasa chorreaba por sus mejillas. Su pintalabios se había desteñido con el paso de los días y su rímel hubiera hecho lo mismo si no fuera a prueba de agua. Lo único que lucía con pulcritud era la sonrisa. Sus dientes blancos perfectamente ordenados, dignos de un anuncio de dentistas, se ocultaban tras aquellos

deplorables labios a los que nadie se quería acercar.

Lorena y yo resolvimos su enigma tras analizarla profundamente:

—Quizá una ducha te arreglaría... —propuso la chica evitando que sus palabras hiriesen a su receptor.

—Sí. —La acompañé en un alarde de optimismo—. Opino igual que ella. Ganarías mucho más limpia que cubierta de roña. Si no fuera por las ropas, pensaría que eres una vagabunda.

Sonia bramó, comida por la ira que se apoderaba de ella tras conocer el punto de vista de la gente que la miraba.

—¡Si es que este puto bar me quita las ganas de todo...! Me paso aquí diez horas al día por mil cochinos euros a final de mes... Y, encima, solo me sirve para ir hecha una pordiosera por la vida. —Bebió de un vaso de cristal que tenía al otro lado de la barra y lo volvió a dejar con violencia donde lo había cogido.

—¿Y por qué no te coges unas vacaciones? —sugirió Lorena como si fuera la cosa más obvia que jamás se le ocurriría—. Estamos en julio y sigues trabajando como una mula...

Sonia rio entre dientes pensando en cuál sería la mejor manera de responder a sus obviedades sin volcar el cajón de mierda sobre la barra.

—Es que, si me cojo tan solo quince días de vacaciones, en vez de mil voy a cobrar setecientos euros al mes. ¿Me explicas adónde coño voy yo con eso?

Lógicamente y como era de esperar, Lorena evitó responder, optando, en cambio, a refugiarse en su derecho a no declarar.

—Hombre —preferí continuar para restarle responsabilidades a la que se sentaba a mi lado—, algún ahorrito tendrás, ¿no?

Y, de nuevo, con el mismo sarcasmo que la anterior vez, Sonia rio.

—¡Sí! ¡Claro que los tengo! Pero no me los puedo gastar porque, entonces, los improvisos me pillan en bragas...

Comprendí que solo le quedaba rezar a la Virgen de la Sempiterna Hipoteca para que la ayudase a hacer frente a la ardua situación a la que se enfrentaba: mil euros al mes, sin ahorros y sin oportunidad de vacaciones...

—¿Tus ingresos se verían muy devaluados si libras un solo día?

Sonia torció la boca y negó con su cabeza tratando de hilar la conversación.

—¡Pues ya está! —Terminó prorrumpiendo Lorena, a la que el ímpetu la había hecho levantarse del taburete sobre el que se sentaba—. Este fin de semana salimos por ahí las cuatro (y, cuando decía cuatro, se refería a nosotras tres y a Elena, que, muy de vez en cuando, pero con más frecuencia que yo; decidía reunirse también con nosotras).

Una mueca de insatisfacción se esbozó en Sonia, que no parecía muy contenta con el improvisado plan del finde.

—¿Qué ocurre? —interrogué tratando de encontrar los inconvenientes que la impedirían venir.

—Es que... —suspiró, no muy segura de las palabras que compondrían su respuesta—, no sé si puedo quedar...

Lorena, sumida en la más absoluta de las molestias, replicó:

—¿Qué planes tienes más que quedarte aquí haciendo nada?

Sonia rascó aquel nido al que llamaba pelos y, tras otro soplido que impactó despeinando mi flequillo, respondió firme:

—Bueno, vale. Pero no os prometo que no me arrepienta en el último momento.

Satisfechas, como si hubiésemos conseguido fijar una quedada con la reina, acordamos

volver a vernos el próximo sábado.

Tras aquel relleno de calendario, me despedí de ellas hasta nuestra cita. Tan solo me separaban veinte horas de mis inicios en la revista y quería estar resplandeciente para el momento. No quería dar mala impresión o que se pensasen que Sonia había decidido suplantarme en el último momento con sus pintas desaliñadas.

No había conseguido pegar ojo en toda la noche. Los nervios se habían apoderado de mi sueño y me habían impedido refugiarme en mi descanso. Esa mañana, mi rostro mostraba una fragilidad portentosa que se diluía entre ojeras y párpados hinchados que chivaban a gritos mis pocas horas de sueño.

Y me jodía. Mucho más de lo que me podía joder no haber dormido veinte minutos seguidos en cualquier otro día. Ese era mi primer día de trabajo y llegar ojerosa y amodorrada no era precisamente la imagen que quería transmitir de mí.

Me encerré en el baño después de haber revisado y haberme cerciorado de que el reloj aún marcaba las siete y cuarto y de que todavía me quedaba una hora y cuarto para entrar a trabajar. Me miré demacrada en el espejo. Cogí el contorneador con el que preparé en una primera capa la corrección de mis ojeras para, posteriormente, aplicarme a capas el Estée Lauder que prometía ocultármelas para que nadie notara que, en un total de ocho horas, ni dos habían sido obra del sueño.

Abrillanté mis dientes y aproveché para coger una de las barras labiales que aguardaban en fila india a ser utilizadas. Tracé varias líneas de un rojo imperial sobre la superficie de mis labios que me embellecieron e iluminaron el rostro. Después, marqué mis pómulos, eliminé los granos que la adolescencia retardada aún marcaba sobre mi cara asemejándola a una estimada obra de puntillismo, apliqué *eyeliner* y pinté con rímel mis pestañas.

Al regresar a la habitación, vislumbé entre la luz tamizada que se colaba entre las lamas de la persiana un corto vestido rojo pendiendo sobre los brazos de una percha que reposaba en el pomo de mi armario.

Me introduje en él y examiné mi imagen sobre el reflejo de un espejo vertical colgado sobre una de las paredes de mi habitación. Pude localizar varios surcos que moldeaban la tela en un oleaje que había llegado a mi mente en forma de una repulsión que me obligaba de inmediato a sacarme ese vestido y arrojarlo en el interior de cualquier papelera a la que, posteriormente, se le prendería fuego. Me sentía embutida, como un salchichón dentro de un buche.

Y Dios, estaba horrorosa. Quizá eso era un eufemismo que maquillaba mis verdaderas sensaciones. No solo por el oleaje de mi barriga, sino porque, ahora mismo, era el *alter ego* de una sardina enlatada.

Miré de soslayo el reloj despertador que reposaba sobre mi mesilla de noche para darme cuenta de que habían pasado cuarenta y cinco minutos desde que me levanté y ya solo disponía de media hora para terminar de ponerme a punto para mi gran primer día de trabajo en una revista de primera división en la liga de los magazines españoles.

Estaba nerviosa, pero en mí también nacía una expectación que me hacía temblar de ilusión al imaginarme en mi silla de cuero buscando cotilleos que informasen a la población de lo último en la prensa rosa del país.

Con esas, me precipité a la calle y, con un marcado galope que resintió mis pies y por el que maldecía haberme puesto tacones de aguja, corrí hasta la oficina en la que consumiría ocho horas diarias con periodicidad semanal.

Un edificio blanco, que estimé que contaba con cientos de pisos, con una historia de cinco décadas que se erguía sobre la Castellana; me impresionó nada más verlo. Levanté la mirada hasta la punta cual turista con los rascacielos en Nueva York y, apresurada, como si un ente que se materializó solo para ese momento me diera un empujoncito antes de volver a esfumarse.

La recepción era amplia. Su suelo de mármol encerado alardeaba de los lujos que aquella empresa se podía permitir. Un tropel de personas deambulaba ante mí: unos equilibraban una pila de folios de la mano, otros transportaban carritos con las tiradas del número de la semana que estaban listas para ser enviadas para su venta, otros hablaban enardecidos por teléfono al mismo tiempo que caminaban de allá para acá sin un rumbo fijo.

Me hice un hueco entre la horda de personas que trataba de atropellarme intentando llegar triunfal al mostrador que había justo enfrente de la puerta. Aunque nos separasen tan solo veinte metros, se hacían como quinientos por culpa del ajeteo que había formado allí aquella mañana.

Me apoyé sobre la tabla de plástico del mostrador y saludé a una mujer que atendía una llamada telefónica sin apartar los ojos que tenía inyectados en la pantalla del ordenador que reposaba ante ella.

—¡Hola! —exclamé ansiosa por conocer la que se convertiría en mi nueva vida.

La mujer se retiró el teléfono en el hombro y, subiendo la mirada, me penetró con ella y respondió:

—¿Desea algo?

Carraspeé.

Estaba nerviosa y no quería que se me notara. En situaciones como esa, solía hacerme la dura para que no se me vieran mis flaquezas y mostrarme como si fuera la heredera de Wonder Woman.

—Venía a ver a... —revisé la tarjeta de invitación que guardaba calada de sudor entre los dedos de mi mano derecha—. ¡Rubén!

La mujer tecleó rápidamente en su ordenador como si fuera aquella recepcionista aeroportuaria de *Los Padres de Ella*.

—Despacho doce. Vaya por el pasillo. Primera salida a la derecha y se encontrará con los despachos. —Me sonrió y siguió atendiendo al teléfono como si yo ya me hubiese ido de allí.

Recuperé la sonrisa en mi rostro, que se había desdibujado con aquella mujer de pelos rubios que rozaba la cincuentena.

Corrí al pasillo entre aquel mar de gente que aún no se había disuelto. Giré a la derecha tal y como ella me había dicho y, entre un sinfín de puertas con las que me pregunté una a una hacia dónde conducirían, elegí la número doce. Golpeé un par de veces con mis nudillos la madera y, tras un «¡adelante!» procedente del interior, bajé el pomo y entré en el despacho.

Un gran ventanal tras el escritorio de aquel hombre revelaba una maravillosa vista de los tejados de Madrid.

—¿Georgina? —preguntó el tipo en un cribado de mi identidad.

—¡Sí! ¡Soy yo! —admití entre risas retirando una de las sillas para poder sentarme.

—No te molestes. Nos vamos. —Me informó apagando la pantalla de su ordenador y levantándose para caminar hacia la salida del despacho.

—¿Adónde?

—A enseñarte dónde vas a trabajar los próximos meses... Cuanto antes te relaciones con tus compañeros, antes te convertirás en una parte imprescindible de nuestra empresa...

Torcí los labios en señal de aprobación y, antes de que pudiera darme cuenta, llegué a una sala abierta decorada con cientos de ordenadores de los que se emitía un zumbido procedente de

los teclados de cada uno de ellos. Era como un enjambre de abejas en una colmena perfectamente ordenada. Quedé asombrada del ritmo que llevaban todos esos *minions* que se esclavizaban para la revista y para obtener un sueldo a fin de mes.

—Aquí será donde trabajes. Nuestra redacción central: un sitio en el que se trabaja de sol a sol de ocho de la mañana a diez de la noche. Nunca paramos. Nunca descansamos. Si un día lo hacemos, paralizamos el mundo. La gente es cotilla por naturaleza, no podemos dejarlos un día sin noticias, aumentarían los suicidios o las depresiones y no nos lo perdonaríamos nunca. ¡¡Nunca!!

Supuse que exageraba con su última frase y que solo la había soltado para enfatizar su extrema y enfermiza necesidad de estar entre sus lectores.

—¿Todos los días es igual? ¿Nunca paran para tomar el café? —inquirí, incrédula, comparándolo con una universidad en la que se hace un corto receso a mediodía para visitar la cafetería y saciar el hambre que el tiempo te había dado desde el desayuno.

Él lo tomó a guasa, como si una de las mayores barbaridades jamás dicha acabara de nacer de mi boca. Rio entre dientes, me miró y respondió:

—Nosotros trabajamos por y para las noticias. Nunca sabes cuándo va a sonar el teléfono para venderte una exclusiva. Y nos peleamos por eso. Competimos por ver quién llena sus páginas con las mejores noticias. —Suspiró para coger aire y continuó con su sermón—: Imagina lo que pasaría si una de esas noticias te pilla tomando un café. —Arquee las cejas para evitar responder—. Otra revista se la llevaría y ganaría el dinero que no ganas tú porque estabas perdiendo tu tiempo en tomar un café en vez que estar pendiente al teléfono por si alguien quería venderte esa noticia.

Supuse, entonces, que el trabajo de aquellos *minions* era mucho más importante de lo que en un primer momento había pensado.

Reanudamos el paso y continuamos surfeando entre los escritorios de aquellos esclavos que se dejaban los dedos tecleando noticias del corazón que, en algún momento, serían impresas en una de las tiradas de la revista.

Nos paramos frente a una de las mesas donde un joven rubio se encontraba haciendo lo mismo que el resto de sus compañeros. Él se giró hacia nosotros y, entonces, pude vislumbrar la majestuosidad que encontraba ante mis pies. Su pelo color miel cortado a capas, sus ojos encendidos del color de la canela, su piel tersa y depurada que pareciera que fuera hecha de porcelana, aquellos labios carnosos que se fusionaban con su rostro e invitaban a perderse entre ellos... Por un momento, creo, incluso, que bufé al verlo. Tal era la obra de arte que se imponía ante mis ojos, que el nudo en el que se había formado mi garganta me iba a impedir hablar cuando tuviera que hacerlo.

—Georgina, te presento a Daniel.

Sonreí, fue lo único que pude hacer.

Él, en cambio, se lanzó contra mi rostro y dejó un beso distraído en cada una de mis mejillas en un procedimiento de bienvenida que tenía más que estudiado.

—¡Hola, Georgina! —Sonrió al decirlo, anudándose aún más la garganta.

Tragué saliva, en un intento de no quedar en ridículo y parecer una borde de mierda que no era capaz ni de saludar. Pero el río de saliva que descendía por mi garganta no era suficiente para deshacer el nudo que me impedía el habla.

Esgarré en un intento desesperado por arrancar eso de mis cuerdas vocales y no seguir haciendo el ridículo como hasta ahora. Finalmente, en un alarde de valentía (esa que no tenía), espeté:

—¡Hola! ¿Cómo estás?

Daniel, que hasta entonces había sido mucho más cordial y echado para adelante que yo, continuó con nuestro saludo:

—¡Bien! Con calor...

Y de veras que lo hacía.

Los cuarenta grados de la calle se podían sentir en el interior de aquella oficina en la que, por cuestiones que desconocía, se habían privado de encender el aire acondicionado.

—Trabajarás con él —informó Rubén, que no se había movido ni un centímetro de donde estaba cuando me presentó al chico—. Serás su aprendiz.

Me reí.

No sé si porque me hizo gracia el «serás su aprendiz» o para quitarle seriedad a la conversación.

Asentí firmemente con la cabeza. Me moría de ganas de tener un maestro como él (no porque tuviese sueños húmedos con su persona) y me moría por probar la experiencia de trabajar juntos desde ese momento.

Aunque, pensándolo con perspectiva (esa que pocas veces había hecho acto de presencia en mi mente), no sabía si que Daniel fuera mi maestro me ayudaría a trabajar mucho o si, por el contrario, me perdería eternamente ojeando sus cabellos o revolviéndome en la profundidad de sus ojos... Aun así, me moría por probarlo (y no, no era víctima del masoquismo. Yo era así).

—Os dejo solos. —Tras aquellas palabras, que actuaron de despedida, Rubén se alejó de nosotros.

Me arrepentí de que lo hiciera. Ahora, sola, me estaba empezando a dar cuenta de que era mi escudo contra la vergüenza, esa que me impedía pronunciar más de dos palabras seguidas sin que mis cuerdas vocales se cerraran en banda.

—Bueno, Georgina... —Lo vi dispuesto a comenzar a trabajar.

Yo quería trabajar, pero prefería hacerlo en su cama, la verdad.

—¿Por dónde quieres empezar? —preguntó en un intento porque me sintiera como en casa.

Medité la respuesta. No sabía qué decir. Tampoco sabía qué otra cosa hacían en esa empresa que no fuera escribir sobre las vidas de los miles de famosos que pisaban las calles de España.

—No lo sé... —Y lo conseguí. Por fin, conseguí decir más de dos palabras seguidas sin anudar la garganta—. ¿Qué soléis hacer aquí?

Daniel rio.

—Escribir, escribir y volver a escribir.

Me impresioné y lo verbalicé con un «ah» sordo que creo que no fue capaz de escuchar.

—Siéntate. —Me ordenó señalando su silla de cuero.

Hice caso a su mandato y me dejé caer sobre el asiento. Estaba caliente. Había aguantado muchas horas el peso de Daniel y, al final, había terminado absorbiendo el calor que rezumaba su cuerpo.

—Estamos escribiendo una exclusiva sobre Paola Guevara y Diego Bustos. Quizá vuelven, quizá no. ¿Quién sabe? Pero lo escribimos igual. —Rio, dándose cuenta de los comercialismos que viajaban ocultos entre sus palabras.

—¿Cómo sé lo que tengo que escribir? —Volví a perderme en sus pupilas.

Hacía tiempo que había perdido el raciocinio y, desde luego, no estaba en mis planes el recuperarlo en la próxima media hora (o las próximas cinco).

—Tienes que consultar las fuentes. —Lo soltó como si yo llevara toda la vida consultando

las fuentes. ¿Fuentes? ¿Qué fuentes? ¿Qué sabía yo de dónde coño estaban las fuentes?—. Las tienes en el último correo de mi bandeja.

Lo revisé.

Había varias fotografías en las que se distinguía a Paola y a Diego juntos, paseando por un sitio que no logré identificar. El caso es que me sonaba. Pero era una melodía tan poco audible que tocaba sus notas en decibelios que solo los perros podían percibir.

Miré a Daniel con la vista sesgada esperando alguna pauta para transformar las fotografías en un texto que alguien leería entre las páginas del tomo del mes.

—Escribe algo como: *la expareja aprovecha el verano para pasear por el centro de la ilustre capital española...*

Torcí el morro.

Imagino que supuso que estaba bastante descontenta con aquel titular y que, por ende, iba a evitar dibujarlo entre tecleos que aumentarían el zumbido presente en la sala.

Daniel bufó.

Creo que la perplejidad se adueñaba de él al ver que una simple becaria le daba consejos sobre cómo redactar una noticia de las miles que habría redactado él a lo largo de su carrera.

—¿Me quieres hacer caso? —sugirió mientras me azuzaba para que comenzase con el revoloteo de mis dedos por las teclas.

—¡Eso es comercial! —protesté y, tras ella, pude suponer por el rostro del chico que ya había comprendido que no iba a ser condescendiente.

—Es lo que le gusta a la gente...

—¿Y? Con ese titular dejas la puerta abierta a una reconciliación. ¿Y si luego no se reconcilian?

Se encogió de hombros.

—Supongo que sacaremos otro número donde desmintamos los rumores y ganaremos el doble de dinero. —Rio sacando al magnate de negocios que se escondía tras su camisa blanca de Emidio Tucci y esos pantalones de lino azul marino.

—¡Ahh! —Le guiñé—. Ya comprendo entonces por dónde vais...

Me adueñé de su risa y navegué por el teclado en un alarde de escribir el primer borrador de la noticia que, según él, llegaría a miles de lectores.

Paola y Diego aprovechan el verano para pasear juntos por Madrid.

La actriz y el cantante han sido fotografiados en el emblemático parque del Retiro, sito en el centro de la capital, donde han pasado una jornada de intimidad y que abre la puerta a una supuesta reconciliación.

Miré a Daniel con cara de circunstancias mientras ansiaba recibir su aprobación ante el escrito. Superpuso el labio inferior al superior y, con los brazos trenzados entre ellos, añadió:

—No está mal... —Arrugó el ceño—. ¿Habías escrito alguna vez?

Una risa pícara que presentaba mi contestación, escapó de mí como una exhalación.

—Soy novelista. —Entonces, pude ver el asombro dibujado en su rostro—. He escrito ya ocho novelas... Imagino que algo habré aprendido. —Y saqué a pasear mi lado sarcástico.

Él hizo un amago de aplaudir hasta que se dio cuenta del lugar en el que se encontraba, donde un aplauso no pasaría desapercibido entre el ronroneo de los teclados.

—Asombroso... —arguyó agitando la cabeza con sutiles y pausados movimientos verticales.

—Me gusta mucho, la verdad.

—¿Has estudiado para esto?

Negué en silencio tratando de refrescar las ideas que me sugiriesen un elegante y atractivo cuerpo para la noticia.

—Así que lo haces por amor al arte, ¿no?

Reí de nuevo.

—Podemos decirlo así...

—¡Guay! —musitó figurándose que su objeción había pasado desapercibida en mis oídos.

—No tanto como parece... —añadí mientras rascaba el pequeño trozo de carne que había entre los labios y la nariz—. El mundo de la literatura es una gran mierda cubierta de Swarovski. De lejos parece preciosa, de cerca, es un amasijo de frustraciones, enfados, borrones y ansiedades que te avasallan con la idea de que deberías dejarlo y dedicarte a otra cosa...

Lo comprendió al instante.

Supuse que él se sentía igual trabajando innumerables horas en el interior de esas cuatro paredes donde el único aire que se respiraba era el nauseabundo olor que despedían las axilas de todos y cada uno de aquellos empleados. Con tan solo veinte minutos, me había bastado para darme cuenta de que no podría aguantar mucho más ahí dentro rodeada de aquel insufrible hedor que me perforaba el cerebro con su molesta percusión.

Mientras presionaba todas las teclas tratando de formar frases llamativas para que hubiera, al menos, una persona en el mundo que leyese mi artículo, alcé la cabeza para volverme a encontrar con aquellos ojos lascivos de los que gozaba Daniel.

—Y, aquí, ¿qué hacéis después de trabajar?

Él rio, sospechando por dónde podría ir aquella proposición.

—Generalmente, nos vamos a casa. —Me apesadumbré al escucharlo, pero confié en aquello terminase en una adversativa que se opusiera a la oración principal—. Pero, otras veces —ahí estaba—, nos vamos a tomar algo.

Volví a inyectar mis ojos en la pantalla cuando sentí que urdía otra proposición:

—¿Quieres que vayamos a tomar algo?

¡Ay!

Jadeé. Quise que no se notara, pero creo que no lo logré.

Su perfume nublaba el de los sobacos y se colaba en mí penetrándome hasta el cerebro. Quise abalanzarme a asentir lo antes posible, pero tampoco pretendía parecer desesperada. Y, entre parecer desesperada o hacerme la interesante, opté por la segunda opción.

—Hummm... —Mis pensamientos onomatopéyicos presagiaron una aprobación que aguardaba paciente a su salida—. ¡Vale! No tengo plan...

Me escudé en eso. Obviamente, no iba a decirle que iba a quedar con él porque, después de las copas y el mamoneo, me lo quería llevar a la cama para... bueno, saquen sus conclusiones.

—¡Perfecto! —Esbozó una sonrisa entre sus labios que le achinó los ojos y le hizo ver más sexi de lo que se le veía enseriado—. Cuando terminemos, espérame en la puerta y te recojo con el coche. —Me guiñó un ojo y me sonrojé como una tonta adolescente.

Lo bueno era que, al menos, tenía cinco horas por delante para concienciarme de lo que acontecería en algún rincón de Madrid. No me había pillado de improviso, pero no dejaba de ser una proposición que no cuesta mucho aceptarla, pero que, en el fondo, te mata de nervios y te roba todo el coraje que tienes en situaciones en las que posees el juicio.

Apenas cinco horas después de que Daniel, apoyado en la muleta de mis palabras, me sugiriese salir a tomar algo con él, ya me veía esperándolo en la entrada de la redacción abofeteada por el calor que torturaba las calles.

Estaba ansiosa por descubrir el lugar al que tenía pensado llevarme para tomar algo (un tomar algo que, esperaba, se convirtiese en un «¿quieres venirte a mi casa?»).

¡No, Georgina! Es tu compañero de trabajo, tu maestro; y tú su aprendiz. No es ético ni moral.

¡Buah!

¿Qué pretendía hablando de ética y de moral cuando son palabras que no se personaban a menudo en la verborrea de mis pensamientos?

A los pocos minutos, bajo el sol abrasador del atardecer, el rugido del motor de un Cupra Formentor me alertó e hizo que diera un respingo en medio de las gentes que transitaban la Castellana a aquellas horas de la tarde.

Con dos pitidos de claxon, Daniel terminó de llamar mi atención y me invitó a subir a su coche. Abrí la puerta del copiloto y, nadando a la deriva en un mar de dudas, terminé por subirme al vehículo.

—Estás muy guapa.

Sonreí y, tras desviar su cara con mi mano, repliqué:

—Estoy igual que esta mañana...

—¡Ya! —Rio entre dientes y aceleró el coche incorporándose de nuevo al tráfico.

Pasó un buen rato hasta que uno de los dos decidimos comenzar una conversación que fuese más allá de lo laboral.

—¿Te ha gustado la jornada de hoy? —Me preguntó sin desviar la vista de la carretera.

Sonreí levantando muy ligeramente los vértices de mis labios para que formasen un arco convexo.

—No ha estado mal. No sabía que podía llegar a ser tan entretenido trabajar en *Diez Segundos*. —E imité su risa nerviosa.

Retiró su mano de las marchas y la desvió hasta mis muslos. Mi respiración se volvió lenta. Vaya que, si íbamos a comenzar a lanzarnos, creo que no era lo más apropiado tener una primera vez en un coche cuando transitábamos por medio de un piélago vehicular.

—¿Te gusta? —consultó con un matiz sensual en su voz.

Encorvé la espalda, pegando la cabeza al asiento mientras sus yemas dejaban en mi piel las marcas de una historia que comenzaba su andadura.

—¿Qué te piensas que soy? —Saqué las palabras de donde pude tras hacer un gran esfuerzo por sacarlas a flote en medio de mi naciente enajenación—. ¿Una fulana que se acuesta con el primero que pillá?

Sí, hacerme la interesante era lo único que había aprendido en la vida para conseguir hacerme un hueco en el mercado sexual.

—No lo sé... Pero podemos comprobarlo. —Ladeó la cabeza, se encontró con mi mirada,

me dedicó una sonrisa pícaro que esbozó de una forma muy mal improvisada y devolvió los ojos a la luna.

En verdad, me moría por probarlo. Pero no sé si en las primeras diez horas de conocernos. Si estuvieran aquí mis amigas, lo primero que me llamarían sería «fresca», luego «salidilla», pasaríamos por «necesitada», y terminaríamos nuestro tour en un escueto «quizá deberías encontrarte en la vida, porque estás más perdida...».

Vale, sí, lo reconozco; soy una mujer de vagina fácil y fortaleza mental inexistente. Solo hace falta que digas cómo te llamas para querer llevarte a conocer el material en el que se hilaban mis sábanas y lo cómodo que era el colchón viscoelástico que reposaba sobre el somier. ¿Y aquello era un defecto? A mi parecer, no; pero allá cada uno con sus creencias y convicciones.

—¿Llevas muchos años trabajando para la revista? —Me interesé en un alarde de rellenar el silencio que nos devoraba.

—Cinco. Y dos meses de prácticas.

Levanté las cejas en una mezcla de asombro y aprobación que me sorprendía.

—¿Y no te cansa tanta introspección en vidas ajenas?

Rio incontrolablemente, como si hubiera estado años y años sin hacerlo y hoy, por fin, después de tanta prórroga, lo hubiese retomado:

—¡En absoluto! Es más, me encanta escribir sobre ellos. Tú eras escritora, ¿no? —Asentí con la cabeza y con un ronco «¡ajám!» que dio paso a su siguiente frase—. ¿Y tú no te metes en vidas ajenas?

Lo miré extrañada sin saber muy bien por dónde iba. ¿Quizá pensaba que escribía novelas eróticas basadas en hechos reales y que, por ende, iba difamando la vida sexual de medio mundo por ahí?

—¿A qué te refieres?

—A que tú también te metes en la vida de tus personajes. Aunque la inventes, pero les invades la intimidad. Te metes en sus besos, en sus pensamientos... En sus camas... —Y le cambió el tono a uno más sexi que abrió la puerta a una sugerencia que preferí no agarrar al vuelo, aunque ansiara sentirlo dentro de mí.

—Pero lo mío son historias ficticias. Tú detallas lo que hacen los famosos en su intimidad. ¿No te parece... —rebusqué en mi diccionario de adjetivos alguno que pudiese concluir la frase — maleducado?

Arqueó las cejas y desvió la mirada de la carretera por un momento para escrutar cada poro que componía mi cara.

—¿Maleducado?

Pareció no gustarle el adjetivo.

—¿Por qué piensas que es maleducado?

—Difamas la vida de las personas.

No supo cómo responder. Solo se encogió de hombros y siguió conduciendo. La soga de la que pendía nuestra relación se estaba estirando y corría el riesgo de romperse si no la destensábamos inmediatamente.

—No quiero que te lo tomes a mal... —Suavicé la postura y apoyé mi mano en su hombro para transmitirle toda la paz que pudiera.

—Tranquila... —Su tono era diferente al de antes. Todo lo vivaracho y alegre que se había mostrado no era más que un recuerdo que abrió paso a una aflicción que torturaba el subconsciente—. Estoy muy acostumbrado a que la gente se meta con mi trabajo... —Y sonrió de nuevo, como si nada de lo que hubiese dicho le hubiera importado en exceso.

Aquello a lo que minutos antes Daniel había llamado entre líneas «buen garito» no era más que un antro mal iluminado y peor ambientado situado en una de las calles de La Latina que, a aquellas horas, gozaban de tener uno de los mejores ambientes de Madrid.

Entramos al interior del local. La música alta rezumbaba en nuestros oídos. Decenas de personas bailaban a lo largo de toda la superficie disponible para hacerlo. Surfeamos entre ellas hasta que, tras abrírnos paso a codazos, conseguimos alcanzar la barra.

—¿Qué pasa, Andrés? —saludó él a uno de los bármanes que servía copas a los clientes.

Intercambiaron algunas palabras. Lo hacían a gritos. El volumen de la música impedía las conversaciones en un tono normal. Aunque el lugar distase mucho de lo que los prejuicios dijeran de él al verlo desde fuera, aún le faltaban un par de bombillas que no te hicieran creer que habías entrado al pasaje del terror y un volumen de música más permisivo con el coloquio clientelar.

—Está es Georgina. —Me presentó y saludé al hombre antes de pedirle la tónica con ginebra que acostumbraba a tomar las pocas veces que salía de fiesta por la noche.

Andrés era un hombre alto, de metro ochenta, rondaba los treinta, con unos músculos portentosos que harían que una bofetada suya te dejase en un eterno coma, con barba de tres días y un peinado de tipo *french crop* que le terminaba de dar el toque sensual que buscaba en un hombre.

—¿Te gusta el sitio? —cuestionó Daniel comenzando con el interrogatorio.

—Es... bonito. —No me lo terminaba de creer, pero al verme entre la espada y la pared, fue lo único a lo que me vi capacitada para responder.

—Me alegro...

Cogí el vaso de ginebra y tónica que ya esperaba sobre el mármol de la barra a ser bebido y me dirigí de nuevo a Daniel.

—¿De qué conoces al camarero? —pegué un trago al líquido cuando un escalofrío me recorrió de arriba abajo.

—Fuimos compañeros en la facultad. Él la dejó antes de terminar y se metió a esto. Le va muy bien, mejor que a mí. —Sorbió un trago de su líquido y continuó con su palabrería—: Trabaja menos horas, gana un poco más... En fin, que todo son ventajas.

—Pero tú no te puedes quejar de tu trabajo, ¿no? Por lo que he visto hoy... La única pega que le pongo es el aroma, que quizá ese no es el ambientador o la fragancia que esperaba oler durante seis horas... —Reí para quitarle discreción al asunto.

Y, según recordé el insoportable hedor que se había quedado adherido a mi pituitaria después de tanto tiempo olisqueándolo, pude volver a percibirlo, como una evocación que temía llevarla conmigo *ab aeterno*.

—La verdad es que hoy has estado muy bien —congratuló mi trabajo y ruborizó mis mejillas avergonzadas.

—Aprendo de los mejores... —Con una sonrisa que exudaba el toque sensual que buscaba, piropeé tratando de sonrojarlo a él también, cosa que logré antes de lo que imaginaba.

—Cuando me dijeron que vendría una chica de prácticas, lo cierto es que renegué de estar dispuesto a enseñarte.

Enarqué las cejas callando un «¡gracias!» que prefería enmudecer.

—Pero me arrepiento mucho de haberte dicho que no... —Bebió de nuevo—. Eres una chica... interesante.

—¡Sí! Me lo dicen mucho... —Y que eres una mentirosa de mierda también te lo suelen decir mucho.

—¿Te apetece venir a bailar? —Sugirió.

No sabía muy bien adónde quería llegar con aquellas proposiciones. Y lo cierto era que mis inseguridades y esos sentimientos bubónicos que saludaban cada vez que me pasaba algo así, estaban, como no, reflatando esta vez. Traté de ignorarlos y, en gran parte, lo conseguí.

—¡Vamos!

Su brazo se anudó firmemente con el suyo. Me acompañó hasta aquel acopio de gente y, cuando nos encontrábamos completamente envueltos en cuerpos que buscaban lo mismo que nosotros, nuestros pies comenzaron a danzar en una perfecta sincronía como si estuviesen repitiendo una coreografía mil veces ensayada.

Aquella balada. Aquel hombre. Aquel lugar... Era todo tan mágico que aún no me creía que fuese verdad para ser una «primera cita». Y la entrecomillo porque ya sabía cómo terminaban estas cosas. Todo es romantiquísimo en un primer momento, pero según pasa el tiempo, te das cuenta de que no sois más que un polvo de una noche y forzar otra cosa no iba a hacer otra cosa más que incordiar y enmohecer una relación que estaba predestinada para compartir media hora de pareceres envueltos en sábanas.

Y no me gustaría ser la Mata Hari de las relaciones, pero me gustaba considerar todos los puntos de vista y darme cuenta de que, lo más probable, fuera que no durásemos ni siquiera dos asaltos sexuales.

Nuestros dedos se entrelazaron entre ellos y nuestras manos reposaron en el aire por encima de nuestros hombros. Daniel agarró mis lumbares y me acercó a su cuerpo. Escondió la cabeza en mi cuello y, acostado sobre mis hombros, continuó con la rítmica de aquella regia balada que había conseguido unir nuestros cuerpos por primera vez.

—Tengo un precioso *loft* a pocos minutos de aquí. —Susurró en mi oído.

Un susurro. Mi debilidad. En el oído. Mi otra debilidad. Dos debilidades en una que me produjeron un ahogado jadeo procedente de algún lugar de mi garganta.

No le hizo falta invitarme a ir. Solo con la descripción de su apartamento, accedí a acompañarlo para terminar la noche y «lo que surja».

Tras abonar las consumiciones, abandonamos el local. Una bocanada de aire fresco invadió mis fosas nasales y me hizo dar cuenta de que el olor a sobaco sudado no era algo omnipresente a nivel mundial.

Me ayudó a bajar del coche y, tras poner un pie de nuevo sobre el adoquinado, mis pies se resintieron. Eran muchas horas subida a aquellos andamios y necesitaba deshacerme de ellos y estamparlos contra la pared para no volver a verlos más.

Subimos dos pisos en ascensor, lo que me costó la pedida de una hoja de reclamaciones por parte de mis patas. Introdujo la llave en la cerradura y empujó la puerta de madera que bloqueaba el acceso a su vivienda. Cuando encendió la luz del recibidor, pude vislumbrar la majestuosidad que se tendía a mi paso. La decoración minimalista del apartamento me había eclipsado por completo la razón. Tenía un pacto conyugal con aquel tipo de ornamentación.

—¿La has decorado solo tú? —Inquirí sin ánimo de causar otro mal en su corazoncito.

—Síp.

Lo miré asombrada mientras me hacía un tour por el camino hasta la cocina. Sacó dos botellines de la cerveza, los descerrajó y me ofreció uno de ellos con un guiño que callaba mucho más de lo que en un primer momento creía.

—Me encanta tu casa...

Se rio nervioso. Supuse que se sintió halagado por la complacencia, pues la mueca de satisfacción que se había esbozado sobre su rostro era extraordinaria.

—Lo digo en serio. —Objeté una vez más, como si a la primera no hubiera quedado claro —. Mi casa... Está bien, pero la tuya le da mil vueltas. ¿Para qué nos vamos a engañar?

—Me ha costado mucho, no te creas.

Colocó un bol con patatas fritas sobre la encimera del que me fue imposible controlarme para no robar una.

—Todo esfuerzo tiene su recompensa... Siempre me lo dijeron, ahora lo veo claro. —Y ahora fui yo quien le guiñó.

—¡Gracias! De veras. No me lo suelen decir mucho. —Chupó la boca de la botella y añadió —. También es verdad que no suelen venir muchos desconocidos a mi casa.

Reí en una mezcla entre carcajada y pedorreta.

—¿Qué dices!? —Hice un mohín de extrañeza—. Esta casa la han pisado más mujeres que Stradivarius.

Se descojonó ante mí, devolviéndome el halago que le di antes.

—Esta casa lleva muchos meses sin conocer a una mujer que no sea mi madre o mi hermana...

—Aquí estoy yo para romper esa maldición. —Y reí con una especie de «JEJE» que acompañé con el tercer de los guiños.

Nos dejamos caer sobre unas sillas con respaldo de plástico que aguardaban arrimadas a una mesa de metal y cristal donde supuse que comía.

—Me gusta disfrutar de mi soledad. —Informó mascullando.

Otro de los míos...

—¿Y no haces vida fuera de la redacción?

Arqueó las cejas y asintió con la cabeza mientras le pegaba otro trago a la cerveza.

—Después de un largo día buceando en las vidas privadas de las personas, disfruto mucho desfogándome por ahí.

Reí enloquecidamente a la vez que Daniel ponía los ojos en blanco y se daba cuenta de la animalada que acababa de decir.

—O sea... —musitó contagiado de risa—, que salgo con mis amigos por ahí, de fiesta...

—Sí, sí. —Aún no me había recuperado de la risa cuando admití haber leído entre las líneas de sus palabras—. Te he entendido...

—Es que no quiero que pienses que soy el típico que solo piensa en sexo y alcohol y no madura... —Volvió a tragar cerveza.

Seguí el recorrido del líquido por su garganta cuando vi cómo este le deformaba la nuez.

—No lo pienso. —Indiqué—. Pero, si lo pensara, tampoco iba a crucificarte por ello... No, al menos, por algo que yo misma hago. —Reí acercándome el tercio a la boca para volver a succionar algo de líquido que tragar.

—Así que solo piensas en sexo y alcohol, ¿eh? —Repitió con un tono pesado.

—No del todo.

Arrugó la frente.

—¿Y en qué piensas ahora?

Suspiré, pensando en cómo salir del embolado en el que yo sola me había metido sin premeditar las consecuencias.

—Pues... —llevé los ojos al techo e hice como que pensaba cuando, en verdad, sabía la respuesta más que de sobra. Finalmente, matando eufemismos, proseguí—, si no fuera por mis inseguridades y esa mentalidad de niñita de tres años que me impide dar un paso sin pensar que es en falso, solo pensaría en dejar las cervezas sobre la mesa y follarte en la cama...

Daniel puso los ojos en blanco y los abrió tanto que por un momento creí que se le saldrían de las órbitas.

¡Fuck! Eso no era la reacción que esperaba ante mis propuestas sexuales de enseñarle uno a uno todas las posturas del Kamasutra. Pero no, creo que lo asusté.

—Ahora entiendo, entonces, tu pregunta en la redacción....

Rio tras revelar sus suposiciones.

Lo miré de soslayo torciendo la boca con socarronería.

—Me pareciste un chico interesante... —Mentí imitando su risa.

Ambos carcajeábamos en la cocina con las cervezas de la mano. Tras veinte segundos ininterrumpidos de risas, Daniel chistó ordenándome bajar el tono gesticulando con su mano derecha.

—¡Chiiiist! Que la vecina está un poco... —Y llevándose el dedo a la sien, comenzó a girarlo para tacharla de loca.

Aquello me sacó del fondo de la garganta otra carcajada que no pude reprimir por más que lo intenté. Daniel, más que cohibirse, también se redimió y rio conmigo.

—¡Joder! —Exclamé en un tono aminorado—. Qué chispa tienes...

Levantó las cejas y se apoyó en mis palabras:

—Hacía mucho que no me reía así con nadie... Desde que el tedio consume mis días, no he tenido tiempo para... mí.

Oté mi reloj y, terminando el botellín, despedí:

—Estoy muy a gusto, Daniel. Pero me voy a tener que ir yendo...

Él me dedicó una mueca de desaprobación al mismo tiempo que me apuntaba con el cuello de su botella.

—Vale, pero como vuelvas a llamarme Daniel te retiro el saludo.

Pegué las manos para disculparme y me agaché imitando costumbres orientales.

—¿Dani te gusta? —Pregunté evitando volver a ser ofensiva.

—¡Dani está perfecto! —Y bebió—. ¡Descansa! Mañana te quiero allí a las ocho. No te retrases.

—¡Hecho!

Lo sonreí y, paralizada por la incertidumbre que reinaba en esos momentos, me costó reanudar mis pasos hasta la puerta. Él no salió a despedirme. En cambio, bajó su cabeza y ocupó la otra mano con su teléfono móvil.

Mis amigas, las tres, que me esperaban sentadas en la cafetería que utilizábamos de escudo social cuando nos aburríamos soberanamente de vivir una monotonía perpetua, me vieron entrar con una prominente sonrisa en dibujada entre mis labios que las alertó. Muecas de extrañeza y asombro inundaron sus rostros como si estuviesen viendo en mí algo a lo que no acostumbraban.

—¿Qué tal, señorita? —Preguntó saludando Sonia, que era de las primeras veces que la veía tomando café en otro sitio que no fuera dentro de la barra de su local.

—¡Bastante bien! —Informé resuelta retirando una silla que me permitiera acompañarlas en la mesa de madera circular que habían escogido—. Estoy muy contenta.

—¿Tanto te llena ese nuevo trabajo tuyo? —Lorena continuaba con la extrañeza en su rostro.

Bufé.

—No está mal. No me gusta mucho meterme en las vidas de otros, pero tampoco me importa.

—¿Y no hay nadie que esté... de buen ver? —Sonia me dedicó un mohín petulante y sugerente, de esos que te incitan a contar todo lo que callas sin que nadie te lo verbalice.

—Pues no... —Mentí descarada, negando también con la cabeza—. No hay nadie que te atraiga...

Examiné uno a uno sus rostros para averiguar si alguna se había creído semejante inventiva tan falaz que ni yo misma era capaz de creer. Por lo que pude encontrarme en ellos, parece que sí lo hicieron.

—¡Qué coñazo trabajar sin que te guste nadie! —señaló Elena, incorporándose por primera vez en nuestra conversación—. Los días así se hacen taaan aburridos.

—Precisamente —siguió Sonia—, al trabajo vas para trabajar... Para ligar te vas a otros sitios.

—Por mucho que digáis, debo deciros que no hay nada mejor que las caricias a deshoras mientras te tomas el café, las miradas lascivas por encima de la pantalla del ordenador, los encuentros furtivos en alguna pequeña sala desértica en la otra punta de la oficina... —suspiró, como cuando las mariposas del enamoramiento se apoderan de ti y te dejan en evidencia delante de todo el mundo.

—Como comprenderéis —retomé la conversación—, no voy a hacer esas cosas siendo la becaria en periodo de prueba.

Lorena se giró hacia mí y me penetró con la mirada.

—O sea, que sí hay alguien...

Tierra, trágame. Hazlo rápido, cuanto antes. Que no sufra. O que sufra lo mínimo.

—Yo no he dicho eso... —Me escudé en la ambigüedad de mis palabras.

—Has dicho que no lo harías siendo becaria, lo que significa que, si no lo fueras, sí lo harías con alguien, ¿no?

Negué con la cabeza mientras me entretenía en ingerir unos quicos rancios que llenaban un bol de plástico sobre la mesa.

—He dicho lo que he dicho. No tergiverses.

Me hizo vudú con la mirada y se centró en su descafeinado.

—¿Y qué tal el trabajo? —Elena desvió la conversación—. ¿Te gusta?

Reí inquieta.

—No está mal... Pero me aburren las vidas de los demás...

—Bueno —interrumpió Sonia—, tampoco vengas ahora de Sor Digna porque te gusta más un cotilleo que a un tonto un lápiz...

Y tenía razón. Al menos, me sacó una risa.

—Están bien —admití—, pero tampoco es que me interese redactarlos para llenar hojas y hojas de una revista por la que ni me pagan...

—Algo te darán... —supuso Elena.

—Algo. —Reconocí—. Pero no lo suficiente como para que me compense.

Después de intercambiar varias líneas de diálogo y cuando pude abstraerme unos minutos de la conversación, saqué mi teléfono para revisar si algún WhatsApp había aterrizado en él en los últimos minutos. Había uno de Daniel. Había cogido la costumbre de escribirme todos los días después del trabajo. Quizá mis declaraciones en su casa calaron más de lo que imaginé en su mente y, ahora, fuera él quien pretendía practicar conmigo las posiciones prohibidas del Kamasutra.

Daniel

Que sepas que no puedo olvidar todo lo que pasó el otro día.

Me encantó. Eres súper liberal.

Creo que deberíamos repetir.

¿Qué me dices?

Cuando sepas algo, dame un toque.

Ese momento podría ser bueno para pegar el toque que imploraba en sus últimas líneas de texto. Tenía la sensación de que me estaba aferrando a él como un percebe a su roca. Y aún no sabía si me gustaba, si me disgustaba, si era lo que quería hacer o si prefería alejarme y cortar por lo sano desde ya.

Me decidí a poner las cartas sobre la mesa. Daniel me gustaba, mucho. Era ese tren del que tanto se habla que pasa una vez en la vida y que no podías dejar que abandonara tu estación sin haberte subido a él.

Daniel era el príncipe que siempre había soñado para ser el protagonista de mi cuento perfecto. Ese cuento en el que yo me sentía una princesa glamurosa, de esas que esperaban a que su príncipe azul llegase con un zapato bajo el brazo para ver si eras la única en el reino que tuviera una atípica talla para que a nadie más le valiera.

Y, ante eso, ante haber encontrado a la persona que buscaba y ante saber que mis sospechas sobre que ambos nos gustábamos podrían llegar a ser ciertas; estaba dispuesta luchar por no perderlo. Solo me quedaba luchar contra mis sentimientos. Esos de los que hablé antes. Los que aparecen cuando alguien me gusta. Los que me enjaulan la voz entre las cuerdas vocales y me hacen quedar como una tonta sin recursos fonéticos. Los que se ríen de mí cada vez que intento ligar con alguien como si fueran solo paranoias o falsas ilusiones que nunca podría alcanzar.

Georgina

¡¡Hola, Dani!!

Me alegra volver a verte, aunque sea por texto.

A mí también me encantó lo que hicimos en el local, y la postvelada en tu casa... ¡TODO!
Podemos repetir cuando quieras.
Espero tu toque.

P.D.: Quiero que valores que no me he olvidado de llamarte Dani.

Ni yo me creí el último mensaje, el anterior a la posdata (y la posdata tampoco). Creo que lo solté como si tuviese motivos fehacientes de que me fuera a llamar. Tampoco sabía si lo dije por creer tener aquellos ausentes motivos, o para convencerme de que lo fuera a hacer. Pero, al menos, apreciaba que se hubiese preocupado por escribirme.

Devolví la atención a lo que hablaban las chicas. Había perdido el hilo de la conversación hacía mucho rato, pero preferí tratar de adivinar de qué conversaban antes que seguir absorta en mis pensamientos. Sin embargo, antes de que pudiese preguntar de qué hablaban, Elena se volvió hacia mí e inició un interrogatorio que me pilló desprevenida y sin herramientas lingüísticas para defenderme (y eso que me ganaba la vida a base de esas herramientas).

—¿Con quién hablabas, Georgina?

Pestañeeé para reubicarme.

—Con mi madre. La deseaba las buenas noches.

—Son las cinco de la tarde. —Puntualizó Sonia, en quien ya no había calado la mentira. No por esperpéntica, sino por no saber mentir.

—Pues las buenas tardes. —Corregí sonriendo, tratando que, esa vez, sí la creyesen.

Una mueca de extrañeza se dibujó en el rostro de Elena antes de que volviese a pronunciar palabra:

—¿Qué nos ocultas, Georgina?

—Seguro que era ese morenito guapo que has conocido en el trabajo y que no quieres hacer público... —a veces, las conjeturas de Lorena me fascinaban (sobre todo cuando eran reales).

No era morenito, pero cerca había estado.

—¡Que no! —repliqué fingiendo un enfado que me evitase más suposiciones—. ¿Es que no confiáis en mí?

El trío negó a la vez.

Bufé.

Y me rendí.

—Pensad lo que queráis...

Sonia me miró fijamente.

—¿Sabes que, ahora mismo, eres la persona con menos credibilidad sobre la faz de la Tierra?

Mordí mis labios entre ellos y sonreí intentando que se me notase la poca presunción de inocencia que me quedaba.

Después, suspiré hondo, me tranquilicé, analicé el discurso que estaba a punto de dar y comencé:

—Vale, he conocido a un chico. —Todas celebraron al unísono que, por fin, hubiese dicho la verdad.

—¿Podemos hacerte el test de Perales? —ofreció Sonia.

La extrañeza se dibujó en mi rostro al escuchar su propuesta:

—¿Qué es el test de Perales?

—Preguntarte por quién es él, en qué lugar se enamoró de ti, de dónde es, a qué dedica el tiempo libre...

Reí forzosamente. No me había hecho gracia. No el test, en sí. Lo que no me había hecho gracia había sido la cascada de información que tendría que soltar por la boca tras su propuesta.

—Se llama Daniel —comencé—, no se ha enamorado aún de mí (no lo sé), es de Madrid y sale con sus amigos después de trabajar.

Las tres intercambiaron miradas de aprobación que sugerían una foto de aquel chico al que pintaba como un hombre maravilloso.

A regañadientes, saqué el teléfono y les mostré la foto de perfil que tenía en WhatsApp. Salía bien, no muy distinto a la realidad; pero le faltaba ese toque de sofisticación que solo un cara a cara te podía dar.

—No está mal... —objetó Elena al revisar varias veces la imagen.

Lorena, en cambio, había gastado más tiempo de la cuenta en penetrar la mirada digital de Daniel. Guardé de nuevo el móvil. Sabía los peligros que podía acarrear que se enamorasen de él a primera vista. No iban a parar de dar por culo y pasaba olímpicamente de aguantar baboseos hacia él.

—Pues es mono... —añadió Sonia, que tampoco había dejado de quitar ojo a su foto en todo el tiempo que dispuso para analizarla.

—No es morenito guapo —siguió Lorena—, pero es muy mono.

—Sí —insistió Elena—. Si es de verdad el de la foto que nos has enseñado, es monísimo. Te damos el aprobado.

—¡A por él! —me obligó Sonia para concluir con el atosigamiento sentimental al que me estaba viendo expuesta.

Puse los ojos en blanco y ladeé la cabeza en señal de desaprobación.

—¿Y cuándo nos lo presentas? —inquirió Lorena, que pareció haberle caído bien.

—Nos estamos conociendo. Llevo con él una semana. ¿Crees que me ha dado tiempo a hacer algo?

Me miró e, inmediatamente después, sacudió la cabeza, negando.

—También te digo que nos estamos conociendo. No creo que nuestra relación vaya mucho más allá que una simple amistad laboral...

Muy a mi pesar, obvio.

—¿Por qué no? —Sonia sacó su lado romántico a relucir—. ¿Tú no has oído eso de que los seres humanos somos antenas transmisoras que atraemos todo lo que pensamos?

Ahora entendía la mala racha de los últimos cinco años...

—¿Ya te has terminado *El Secreto*? —se interesó Elena en un alarde de indagación de dónde podría venir aquel discurso.

—Sí. Y dice muchas verdades... Deberías aplicarlas a tu vida de pesimismo, Georgina.

No, gracias.

—¿En serio crees que un libro me va a ayudar a no ser tan pesimista? —Reí, incrédula, como si aquello no estuviera pasando.

Quería huir ya de esa conversación.

Había llegado el momento en el que solo pensaba en irme a casa. Me había cansado de dar declaraciones como si ahora fuesen ellas las que escribiesen sobre mis asuntos personales y los divulgaran en una revista de primer nivel.

¿Me gustaba? No lo sabía. Lo cierto era que me incomodaba. Y no quería pasar por aquello. ¿Por qué tenía que hacerlo? ¡No! ¡Me negaba! Mi vida era mía, no quería que nadie se entrometiese en ella.

—Chicas —me agarré a la única oportunidad que el destino me puso sobre la mesa para

salir echando mistos por la puerta—, me tengo que marchar. Tengo que arreglar unos asuntos importantes y... no puedo perder mucho el tiempo.

Otra mentira.

¿Cuántas iban ya?

—¿No me digas que te vas? —No sabía si Sonia lo fingió o estaba apenada de verdad.

—Es que tengo que entregar una cosa de la revista mañana y necesito terminarla ya.

Después de explicar de tres formas diferentes (una por persona) el motivo de mi ida, finalmente, asumieron mis labores y me dejaron marchar.

Prometí volverlas a ver para ponerlas al día de mi «relación» con Daniel en lo poco que quedaba de semana o a principios de la semana que entraba.

Llegué a casa pasadas las ocho. Había hecho más de tres transbordos entre autobuses y metro, lo que hizo que celebrase una victoria al abrir la puerta y pisar las primeras lamas del parqué.

Corrí a la habitación y me encerré en mi iMac. Continué escribiendo aquella novela que tenía a medias por culpa de un bloqueo que arrastraba desde hacía meses. Estaba falta de ideas. Todo lo que se me ocurría no era más que sedimentos de otras ideas que les daban innumerables vueltas.

Rasqué mi cabeza. No me había ni desvestido. Sentía que todo el tiempo que pudiese emplear en reanudar la historia de aquella novela no podía ser desperdiciado en cambiarme y vestirme con dos harapos a los que llamaba cariñosamente pijama.

Ojeé el teléfono. Tenía manías de escritora frustrada que se distraía hasta con las moscas. Y esa era una. A veces, pensaba que tendría que mudarme a un sótano desprovisto de conexión a Internet cada vez que quisiera escribir. Quizá, así, mis jornadas narrativas serían mucho más productivas.

Había un mensaje de uno de mis amigos. Sin leerlo, me temía que fuera una propuesta para volver a detallar esos dramas sentimentales acaecidos la última semana.

También tenía un wasap de mi editor, que era lo último que esperaba recibir.

Manuel

¿Cómo va tu proceso creativo, Georgina?

¿Crees que tendrás listo el manuscrito para la semana que viene?

La gente se está impacientando y necesitamos volver a tenerte expuesta en las baldas de todas las librerías del país.

Bufé.

Bufé como no había bufado nunca. Era como un soplo de ultratumba, aquel que presagiaba un descanso eterno.

Más presión. ¡Sí! Eso era justo lo que necesitaba para concluir aquella novela que no había llegado ni a su ecuador. Tan solo contaba con doscientas treinta y siete páginas. Y yo no era de esas que se conformaba con mediocridades mal escritas que ni siquiera eran capaces de superar las trescientas. Mi arte tenía que expresarse, mínimo, cuadruplicando las cien. Y, por supuesto, no las tenía ni esperaba tenerlas para la semana que viene (que entraría en tan solo dos días).

Evité contestarlo y me centré en sacar, al menos, tres o cuatro páginas que fueran suficientes para culminar el vigésimo octavo capítulo.

Analice su rostro. Era tan pálido que podría ser perfectamente confundible con la nieve. Sus ojos brillaban tanto como dos diamantes reflejando luces omnidireccionales. Bajé la mirada hasta sus labios. Los comí con los ojos. Me conformé con ello por no poder comerlos con los míos...

Resoplé.

Y, en aquel torbellino aéreo procedente de mi boca, me deshice de toda la frustración que

me provocaba escribir semejantes bazofias, insultos a la literatura española.

Eliminé el párrafo entero y opté por reescribirlo cuando tuviese las ideas mucho más asentadas en mis autopistas poéticas.

Un ensordecedor «DING DONG» me desveló. Froté mis ojos. La interrupción me había sentado como un jarro de agua fría. No era muy de tomar siestas, pero aquella me estaba sentando a gloria y, por culpa de algún gilipollas irrespetuoso, se había interrumpido.

Me levanté asqueada del sofá y, arrastrándome por el parqué como si pretendiera abrillantarlos, alcancé la puerta. Al otro lado esperaba Axel: el que me había escrito antes de mi editor.

No sabía que me caía ligeramente mal. A ratos. Esos ratos en los que se volvía un prepotente de mierda y no había Dios que lo aguantara. Y, en esos ratos, aunque nunca lo había hecho, me daban muchas ganas de mandarle a la mierda (pero una señorita debía mantener sus formas y ser diplomática en todo momento como si fuera la presidente del Consejo de Seguridad de la ONU y las relaciones extraterritoriales dependiesen de mi diplomacia, o eso decía mi madre).

—¿Te pillo bien? —preguntó tras ver mi rostro de recién levantada.

—¡Sí! Pasa...

Entró hasta la cocina, se sentó y esperó a que me sirviese un café que me desvelase para evitar decir cosas sin sentido.

—¿Me puedes hacer otro para mí?

Asentí, centrándome en el chorrillo marrón que descendía hasta la taza.

—Quería verte —añadió—. Hace mucho que no hablamos y no sé nada de ti. ¿No te parece no muy moral?

Para moralidades estaba yo...

—Axel, he estado... liada.

—Liada conociendo gente nueva... —No hacía falta que disimulara, ya lo sabía todo.

Con un golpe, dejé la taza sobre la mesa.

—Tu café. —Mi tono era arisco. No sé si me había sentado peor que me despertara o que supiera que estaba «conociendo» a Daniel.

—Qué borde estás...

Me dejé caer sobre el taburete de la cocina y, pegando un sorbo que redujo el líquido a la mitad, continué con la conversación:

—Es que no me has dejado terminar de dormir. —Y guiñé el ojo para restarle rectitud al asunto.

—Ahora entiendo el café. —Rio entre dientes pretendiendo lo mismo que yo.

—¿Qué quieres?

—Que me cuentes qué es de tu vida desde la última vez que viniste a mi casa a romperle las cortinas a mi madre...

Al menos me hacía gracia. Era más una pedorreta que una risa, pero me reí.

—Estaba borracha... —Y a eso le echaba la culpa de mi dipsomanía.

—Estás borracha muy a menudo...

Un mohín de desaprobación respondió a sus impertinencias.

—El caso es que creo que me evitas... —admitió.

—¿Por qué iba a evitarte?

Se encogió de hombros.

—No lo sé... Ya solo quedas con tus amiguitas. A mí me has dejado de lado...

—No te he dejado de lado, Axel... Con el libro, la revista, mis problemas personales... ¿De dónde saco un poco de tiempo para vosotros?

Agachó la cabeza y bebió café.

—Gracias por dejarme en segundo plano...

Reí.

—Sabes que nunca estás en segundo plano. —Me espabilé un poco—. Solo que... bueno, no siempre puedo atenderos a todos.

—Las chicas me han dicho que has conocido a alguien en la oficina...

Me sonrojé y me refugié en la taza que agarré firmemente con ambas manos para ocultar mi sonrisa.

—Estoy en ello... No espero recoger muchos frutos, pero vamos a intentarlo...

Él rio y pegó otro trago a su café.

—¿Es guapo? —Asentí—. ¿Cómo se llama?

Tragué grueso.

—Daniel.

La extrañeza se dibujó de inmediato en su rostro.

Era algo complicado de definir. Como si, por solo escuchar su nombre, sintiera que lo conocía de otra vida o que son íntimos amigos... Pero, por mucho que fueran paranoias mías, mi sexto sentido no me estaba haciendo mucha gracia.

—Bonito nombre. Es más bonito Axel, pero ¿qué le vamos a hacer?

Torcí la boca a modo de reproche.

—¿Alguna vez te bajarás de ese pedestal en el que te tienes subido?

Volvió a contraer los hombros.

—¿Y qué tal con él?

—Bien... Supongo. Lo acabo de conocer, como quien dice...

—¿No habéis quedado para salir por ahí?

Asentí, supuse que para quitarme de encima la conversación.

—¿Y nada reseñable?

Con las mismas, sacudiendo la cabeza, negué.

—Pues vaya...

Interrumpí su monólogo:

—Quizá conocerle me haya hecho un favor. —Por su rostro y ese ceño fruncido, supuse que no había entendido por qué lo había dicho—: Necesitaba vivir experiencias cuanto antes para deshacerme del bloqueo que me lleva persiguiendo meses...

—¿Y estas son las experiencias a las que te refieres?

Asentí enmudecida.

—¿Pero lo quieres?

Lo miré fijamente y, en un mar de obviedad, respondí:

—¡Claro! ¿Cómo pretendería estar con alguien que no quiero? —Y reí nerviosa.

—No sé... Últimamente te lanzas muy a la desesperada... Eso podría nublar la razón.

—¿Y a ti no te la nubla?

Puso los ojos en blanco, como si se estuviera cansando de sarcasmos e indirectas.

—Lo hace, pero no pienso con la polla.

—Ni yo lo hago con el clítoris.

—Entonces, caso resuelto. Estás enamorada.

Reí mordaz.

—¿Qué coño voy a estar enamorada? En cinco días no se enamora una.

—¡Y en tres! —añadió sin matices.

—Pues yo no soy de las que se enamoran en cinco días...

—Tú eres como todo el mundo. Si viene la persona indicada, te van a dar igual cinco, que tres, que diez...

Por una vez, imaginé que tendría razón. Asentí lentamente con la cabeza mientras me centraba en dibujar círculos visuales en su rostro.

—Supongo... Pero, por ahora, no me ha pasado.

Rio bufando.

—Me da miedo lo que pueda pasar.

Preludió su respuesta con una mueca de asombro.

—¿Por qué te da miedo lo que pueda pasar?

Respiré hondo, buscando la tranquilidad en mis argumentos.

—Ya sabes cómo soy... Nunca me había pasado esto y...

—¿Eres virgen?

—¡No! —Reí nerviosa—. ¡No soy virgen! —Aunque a aquello no se le podía llamar perder la virginidad.

—¡Ah! Me había extrañado...

—Pero nunca he tenido los sentimientos que tengo ahora. Son como... raros.

—De enamorada —interrumpió.

—De lo que sea —agregué—, pero los tengo.

Rabié sobre la mesa.

Supuse que por la insatisfacción de no haber hecho las cosas bien en el pasado y el miedo a la incertidumbre de volverlas a hacer mal en el futuro.

—No te preocupes —me calmó pareciendo que se había colado a leer la desilusión de mis pensamientos—. Si quieres, yo te lo puedo ablandar...

Era experto en eso.

Veía a Axel como el típico que tiene que recordarle a todo el mundo su desmesurada heterosexualidad, pero que luego tiene de heterosexual lo que yo de rubia. Su afinidad hacia los hombres, las ansias de estar con ellos a todas horas y la forma que tenía de cortejar a personas de sexo femenino, refutaban aún más mi tesis y la apoyaban sobre unos pilares inquebrantables en los que en su mármol se esculpía que la verdad no es siempre lo que nos quieren hacer creer.

Había servido en incontables ocasiones como principal argumento de nuestras conversaciones de cotillas patológicas en las que solo nos importaban los idilios que merodeaban como fantasmas entre nosotras y los que nos rodeaban.

A él nunca se lo habíamos dicho, claro está. Suponíamos que lo sabía y que, en la oquedad de su cráneo, se hilvanaban las conjeturas de su sexualidad.

—No, gracias. Ya me lo ablando yo solita... —Guiñé de nuevo un ojo y pretendí dar por zanjada la conversación con una de las mentiras que abundaban en mi repertorio—. Y, ahora, si no te importa, tengo mucho que escribir.

—¿Sigues bloqueada?

—¡Sí! Y ya me ha escrito mi editor. Tengo que entregar el manuscrito la semana que viene...

—¡Hostia! ¿Te queda mucho?

—¡Muchísimo! —Abrí la puerta y lo saqué al rellano—. Así que, por favor, dejadme escribir.

Cuando fui a cerrar la puerta, su mano la bloqueó y la empujó para abrirla de nuevo.

—Georgina... Si necesitas algo, dímelo, ¿vale?

Suspiré y, con lentos movimientos verticales, asentí. Y no dejé de hacerlo hasta que por fin creí que se marcharía.

—No te preocupes.

Volví a tratar de cerrar la puerta, esa vez con éxito, y corrí a encerrarme otra jornada en mi habitación para intentar seguir con el revuelo de mis dedos por las teclas.

Habían pasado casi tres horas desde que entré a trabajar por última vez en la que había sido mi primera semana como redactora en la revista. Hasta entonces, había aprendido mucho sobre el succulento mundo de la presa rosa y todo lo que había detrás de la redacción de una simple noticia. Aprovechando el mediodía y las insistencias de Daniel por quedarse adelantando trabajo mientras yo me aireaba un poco de aquel cubículo al que le empezaba a coger cariño, bajé hasta la cafetería a por un par de cafés que subí para combatir el tedio que comenzaba a consumirnos.

Daniel, al verme con los dos vasos de cartón en las manos, me sonrió y, con una mirada que enmudecía todos los sentimientos lascivos que yo, en un acto de reciprocidad, también sentía hacia él, me recibió de nuevo en nuestro escritorio.

—Ya pensé que habías dejado el trabajo... —confesó por la tardanza.

—Había mucha cola... Se ve que he cogido la hora del café.

—No me gusta hacerlo, pero a esta hora es cuando más gente hay para tomarse algo...

Me senté en la silla con ruedas que aguardaba vacía a su derecha y, pegando un sorbo por el agujero de la tapadera para, posteriormente, dejar el vaso reposando sobre la tabla de la mesa, encharqué mis ojos en píxeles releendo los párrafos que ya habíamos escrito para el número del lunes.

—¿Has avanzado algo en mi ausencia? —pregunté cuando aún no había terminado de repasar la noticia.

—He insertado las fotos que nos mandó la fuente.

Y me encantaba cómo lo decía y la forma que tenía de referirse a ellos: la fuente.

Nunca sabía cuándo sería un buen momento para confesar todo lo que sentía por él. Quizá estaba esperando a que él confesase todo lo que sentía por mí y apoyarme en sus palabras para no lanzarme a la desesperada a un abismo en el que no era capaz de vislumbrar el fondo.

—¿Ya está lista para imprimirse?

Frunció el ceño y agitó la cabeza para negar.

—Aún queda mucho por hacer —informó retocando los niveles de saturación y color de las fotografías del reportaje—. Primero tenemos que corregir los errores. Una revista como esta no se puede permitir faltas ortográficas que nos desprestigien. Después, lo enviamos a edición para que le busquen un sitio entre las páginas de la revista. Por último, si dan el visto bueno del total de la revista y no encuentran ningún fallo significativo, algún color que se haya impreso mal y que haya que corregir, o una tipografía traicionera que sea incapaz de imprimirse; nuestro trabajo habría terminado.

—¿Y qué se hace entonces?

—Nos darán otra noticia... —Y estaba tan guapo con su *look* enigmático de intelectual que me enloquecía y me era imposible no mirar que podría hacérselo ahora mismo sobre la tabla de la mesa.

Pero no. Traté de redimirme. Tardé, pues oler su fragancia a treinta centímetros tampoco me ayudaba en exceso, pero creo que al final lo conseguí.

—¡Fácil! —exclamé con esa sonrisa tonta que se les pone a los enamorados cuando

penetran con la mirada a la persona que les embruja el alma.

—¿Puedes pasarme el teléfono que está en el segundo cajón?

Abrí uno de los cajones que había debajo de la mesa y saqué de él un antiguo Motorola que puse en duda que funcionase. Lo encendió y se puso a chatear con alguien que desconocía. Arrugué la frente, volví a centrarme en la formalidad de su físico y añadí:

—¿Lo usas para que no te pillen hablando en horas de trabajo? —Carcajeé en voz baja para no molestar al resto de trabajadores.

—Es el interno. —Y rio también.

Fue ese instante el que me enseñó a mantener el hocico cerrado para la próxima vez.

—A todo el mundo le extraña —siguió—, no sé por qué.

—Es raro que de pronto saques un móvil del Paleolítico de un cajón y te pongas a chatear en él.

Levantó la mirada, se clavó en mí y comenzó a reírse.

—Me tengo que conformar con él...

Y yo con comerte los labios con los ojos...

Vale. Quizá estaba empezando a desear mucho que nuestros cuerpos se pegasen, desnudos; que nuestras lenguas se lamiesen entre ellas y que nuestros oídos escuchasen entre susurros la voz del otro.

Daniel, en una semana, se había convertido en esa enfermedad que no me quería curar, en el hierro que deseaba que me abrasara la piel con sus yemas y el tótem al que rezaba cada noche que necesitaba un consuelo. No quería dejarlo escapar. Tenía la sensación de que el destino me estaba concediendo una oportunidad que sería una gilipollas si rechazara. Sin embargo, no me sentía capaz de afrontarla por culpa de las putas inseguridades que estaba harta de mencionar.

Me sentía maniatada con cadenas de las que, justo cuando me veía capacitada para liberarme, me recordaban que seguían ahí y que cualquier intento por escapar solo acabaría frustrado, sin éxito y haciéndome más daño del que me hacían solo los grilletes que me oprimían las muñecas.

—¿Qué miras tanto? —preguntó con su ya idealizado tono sexi y aguantándose la risa, provocándome con la sonrisa lasciva que tenía.

—Nada —mentí apartando la mirada y revolviéndome el pelo con la mano derecha mientras esbozaba una sonrisa nerviosa en mis labios—. Me había parecido que tenías algo en la cara.

Lo cierto es que, en ese momento, me pregunté si alguna vez en la vida dejaría de mentir o si, por el contrario, continuaría tumbada sobre el colchón de fullerías que había tejido a lo largo de los años y que no me había traído más que problemas.

—Ya... —Le salió la risa nerviosa que ya no pudo esconder más.

Suspiré, conteniendo todos los sentimientos en mi interior para evitar asustarlo.

—Estamos muy cómodos aquí, ¿no crees? —Succioné un trago de café y volví a dejar el vaso de cartón en la mesa.

—Deberíamos trabajar...

Bufé, descontenta.

—Ya hemos terminado... —Lo sonreí, haciendo que volviese a dirigirme esa mirada que nunca me cansaría de contemplar.

—Sabes que no lo hemos hecho...

—Podemos tomarnos un descanso.

Rio en un bramido.

—¿De cuánto tiempo?

—Indefinido —propuse dejándome caer sobre el respaldo de la silla y haciendo que carcajeara otra vez.

—¿Qué quieres, Georgina?

Arrugué la frente y, entonces, fui yo quien lo miró.

—¿A qué te refieres?

Otra de sus risas se escabulló entre los huecos de su dentadura.

—Que qué quieres conmigo. —Volvió a inyectar sus ojos ensangrentados en la pantalla.

Resoplé como si echar aire por la boca a una velocidad huracanada me refrescase las ideas y me cohibiese de decir memeces.

—Nada. ¿Qué voy a querer?

Rio de nuevo.

Esta vez fue la más descarada de todas.

—No te engañes, Georgina. —Me miró y corrigió—: No nos engañemos.

Sacudí la cabeza.

—No me engaño.

Tú no te engañas y el Guadalquivir pasa por Logroño...

—Georgina, lo hago yo, no lo vas a hacer tú...

Sonreí y lo acompañé de un «JEJEJE» que le había echado vaselina a la conversación.

—Vale, sí. Igual me engaño... Pero es que no sé qué quiero —admití.

Se peinó con los dedos y continuó tecleando, ignorándome como si fuera un busto que se erguía a su derecha, inerte; sin sentir ni padecer. Solo miraba.

Por mucho que me pareciera vertiginoso y fuera algo que me atemorizaba, sentía que entre Dani y yo se estaba consolidando una relación que nos colmaba de confianza y nos hacía estar maravillosamente cómodos entre nosotros. Era como si tuviéramos una conexión extraña, algo difícil de explicar y que solo los enamorados han sentido. Quizá cada uno de una manera diferente, pues el amor es capaz de manifestarse en las personas de mil maneras distintas. Y no sabía de qué hablaba cuando mencionaba esa conexión entre nosotros, pero me encantaba sentirla. Me encantaba vivir así con Dani. Me encantaba estar los dos juntos, como si estuviéramos enamorados y hubiésemos superado con éxito todas las etapas que se suceden cuando comienzas a conocer a alguien.

Pero no. No habíamos pasado esa fase. Yo no estaba segura de que pudiéramos pasarla sin que yo dudase en más de una ocasión si pudiera seguir con ello. No podía asegurar que, aunque sintiera que lo amase y que cientos de mariposas okupasen mi estómago, caminar juntos pudiera ser un camino de rosas. Tenía ante mí un abismo al que, tarde o temprano, me tendría que tirar. Sola o de la mano de Daniel. Pero debería hacerlo.

Lo único que me preocupaba es que, aunque nuestra confidencialidad se acrecentase según pasaban los minutos, llegara el momento de lanzarnos al vacío y no estar preparada para ello.

Había cancelado algunas de las citas que tenía programadas para el fin de semana por culpa de mi bloqueo creativo. Tenía que deshacerme de él como fuera y lo antes posible. La fecha de envío del manuscrito se acercaba y ya había perdido el tiempo escribiendo minucias sin consistencia literaria que se situaban a la altura narrativa de un libro para infantes.

Pasé toda la mañana del sábado entre tecleos y sorbos de café y, para mi sorpresa, conseguí escribir algo que mereciera la pena. Había terminado tres capítulos en los que me había dedicado a escribir las paranoias indisolubles de la protagonista (te presento a María) cuando conoce a una nueva persona (nada sorprendente).

Estaba orgullosa. Era poco, pero mejor que nada. Mi plan era seguir en esa línea durante todo el fin de semana, pero se vio truncado cuando el timbre me extrajo de mi mundo de papel.

Abrí la puerta y pude ver el rostro de Daniel iluminado por las luces del rellano. Mi boca se abrió con la sorpresa que invadió mi cuerpo al ver al chico con una sonrisa de oreja a oreja esperando a ser abierto.

—¿Qué haces aquí? —pregunté en un tono distendido donde no pareciera muy borde.

Se encogió de hombros y le ofrecí pasar. Cuando sus botines de piel marrón pisaron el parqué del recibidor, comenzó a narrar el porqué de su visita.

—Me acordé de lo que pasó el otro día en mi casa. Me encantó. Necesitaba repetirlo... —Se giró hacia mí, que cerraba la puerta, y frunció el ceño añadiendo—: ¿Te pillo bien?

—Sí. —Lo acompañé hasta la cocina, rincón por antonomasia de recibimiento de visitas en mi casa—. Estaba... escribiendo.

—¡Oh! —Arqueó las cejas dejándose caer sobre el asiento de un taburete de metal que adquirí en un pack de cinco en el Ikea—. ¿Te he molestado?

Agité la cabeza para negar.

Después, abrí la nevera, rebusqué entre tápers y bolsas, y agarré dos latas de cerveza tostada que serví en dos vasos de cristal.

—¿Te gusta la tostada? —inquirí cuando ya vertía el líquido.

—Me rechifla la tostada.

Le ofrecí el vaso con menos hostilidad que a Axel y me senté en el taburete que reposaba a su izquierda.

—Me haces un gran favor —admití tras beber—. Llevo toda la mañana escribiendo y comenzaba a estar saturada...

—¿Qué has escrito?

Si te lo cuento, no te lo creerías.

—Tres capítulos —respondí evitando dar más declaraciones de las necesarias—. Suficientes para saturarme y volverme a bloquear.

Una risita rasgó su garganta sin llegar a exteriorizarse.

—Desatúrate conmigo.

Lo sonreí y ambos bebimos a la vez.

—¿Cómo has encontrado mi casa? —pregunté inquieta.

—Uno de estos días, cuando salías del trabajo, te seguí cual adolescente salidillo que quería asaltarte en el primer callejón oscuro que encontrase...

Creo que vio que mi rostro se descompuso por completo. Entonces, comenzó a desternillarse inclinándose sobre su eje de abscisas.

—¡Que era broma, coño! —exclamó entre carcajadas—. Lo ponía en tu currículum.

Arrugué la frente y le sondeé con la mirada.

—¿Has visto mi currículum?

—Te lo dejaste en la carpetita —dijo mientras la sacaba de la espalda como por arte de magia— que olvidaste sobre el escritorio, señora licenciada en Periodismo y Comunicación Audiovisual en la Carlos III.

Apreté los dientes y le robé la carpeta con la ayuda de mis dedos índice y pulgar.

—Gracias... —respondí con sorna mientras mi mente comenzaba a pensar en la imagen que Daniel se habría ganado de mí: interesada, olvidadiza e inmadura... Lo podría añadir al currículum.

—De nada... —Tomó un trago de cerveza. Imaginaba que para ocultarse la risa. Cuando volvió a dejar el vaso sobre la mesa, me dedicó una mueca de extrañeza y añadió—: ¿No tienes un máster *in business administration*?

Carcajeé dejándome caer sobre la palma de la mano que tenía sobre la mesa.

—No. —Recuperé el tono—. No tengo un máster *in business administration*. ¿Y tú?

Arrugó la frente.

—¿Qué pasa conmigo?

—Que qué has estudiado.

—Publicidad y *marketing*.

Un «oh» escapó de mi boca revelando la sorpresa que se había generado en mí.

—¿Y te gusta trabajar en la revista?

Puso los ojos en blanco, haciendo como que pensaba.

—Está bien. Tampoco puedo optar a mucho más... —Noté la pesadumbre personificada en su tono.

—¿Con tu carrera no puedes hacerlo?

Negó con sonidos sordos que hacían eco en el interior de su boca.

—Pero no hablemos de mi carrera, sino de esto que me has hecho.

Lo miré extrañada y opté por reírme mientras él explicaba a lo que se refería.

—¿No serás Georgina Velázquez: la hechicera del amor?

Aparté su mirada de la mía con un manotazo suave que casi se sintió como una caricia.

—¡Qué bobo estás...!

Me guiñó un ojo y envolvió mis manos en las suyas al mismo tiempo que hacíamos un contacto visual tan mágico que no quería salir de él. Nuestras sonrisas dejaron entrever unos dientes que brillaban entre ellos en todas las tonalidades de blanco de las que gozaba el universo.

—¿Me dejas confesarte una cosa? —propuso en un tono que recortaba todos los kilómetros que pudieran existir entre nosotros. Asentí con la cabeza esbozando una sonrisa traviesa que le debió de debilitar en algo que exteriorizó tintando de rubí sus mejillas—: Creo que... —rio nervioso—, me estoy enamorando de ti.

Ahí fueron mis mejillas las que se tiñeron de un intenso granate que, gracias a Dios, desde mi perspectiva no veía.

—¿Me dejas confesarte una cosa? —Asintió con la cabeza esbozando una sonrisa que se sincronizó con la mía—. Creo que... —tomé aire—, me estoy enamorando de ti.

Su sonrisa se amplió mucho más de lo que ya estaba, dejando a la mía en el *sumum* del enanismo.

—Entonces, no sé a qué esperamos...

Lo miré tras escuchar sus palabras, que sugerían entre líneas todo lo que su voz callaba. Subí la mirada al techo, apretando el nudo de nuestras manos, tragando grueso y concienciándome lo que estaba a punto de confesar.

—Dani, yo... —murmuré obligando a las palabras a escapar de mi boca a empujones—. No sé si estoy preparada para... esto.

Él me agarró el mentón y me obligó a mirarlo. Tenía el ceño fruncido y el rostro desencajado.

—¿Qué me quieres decir con eso?

Suspiré encharcando mis pulmones de aire. Un aire que me elevaba, que me aclaraba las ideas y que me impulsaba para confesar eso que aún no me había atrevido a decir.

—Es que no sé si puedo hacerlo... No creo verme capacitada para iniciar una relación seria. Él suspiró también.

—¿Quieres que haga algo por ti?

Negué con la cabeza.

—Quizá solo necesite un poco de tiempo, Dani. —Resollé al aire que aguardaba retenido en mi boca—. Nunca me había pasado esto... O sea, sí me había pasado, pero nunca lo había tenido tan cerca... No hago más que navegar en la incertidumbre de saber qué pasará porque no sé manejar la situación.

—¿Nunca te has enamorado?

Sonreí en un mohín de obriedad que recibió a coletazos sesgados de verdad.

—¡Sí! Claro que me he enamorado. Tuve un novio una vez. Un chico de Chamberí que... bueno, prefiero no hablar de él. —Asintió lentamente con la cabeza para darme a entender que había comprendido que prefiriese guardar silencio—. A él lo tenía mucho más lejos. Un escudo de cinco kilómetros me protegía de esas inseguridades que me han acompañado desde que tengo uso de conciencia.

Daniel no intervino en mi discurso. Él solo miraba mis ojos llorosos y los secaba en el paño de los suyos.

—Pero, ahora, ese escudo mide diez centímetros. Todos los kilómetros se han disuelto, han menguado, se han transformado en ese miniescudo que, ni siquiera, es capaz de protegerme para que nuestras manos no se toquen ni nuestros dedos se entrelacen entre ellos... —Suspiré de nuevo. Quería deshacerme de las olas que me envolvían en un mar encabritado por la inseguridad—. Es por eso que no sé si seré capaz de enfrentarme a esta situación. Creía serlo, pero me está superando.

Dani, compadecido, regresó sus ojos a los míos:

—Georgina... —bufó—, sabes que voy a darte todo el tiempo que necesites.

Sus palabras, aunque parecieran sinceras, a mí me revolvían aún más. No quería que me esperara. No quería hacerle esperar por culpa de una mentalidad enfermiza de niñita de tres años que no sabía enfrentarse al amor.

—No quiero que me des tiempo, Dani. Me voy a acabar acostumbrando a que me des tiempo, y no quiero...

—Pero necesitas tiempo.

—Un poco... —La pesadumbre de nuestros tonos gobernaba la conversación.

—No sé cuánto tiempo me pides, Georgina...

Soplé, temerosa.

—Es que no sé cuánto tiempo necesito...

Lo vi asentir. Lo vi adaptándose a mí. Lo vi haciendo lo que no quería que hiciera.

—¡Es que me jode! —continué arrancándome a gritos las palabras—. Me jode porque vas a esperar por mí. Me jode porque tienes que esperar por culpa de mi inmadurez sexual.

—¡Georgina! —aulló en un intento por devolverme a la realidad y por hacer que le escuchase más de dos palabras seguidas sin revolverme en la ansiedad—. Me gustas, mucho. Y me encantaría tener algo contigo, pero no estás segura de hacerlo. Y lo entiendo. Y es por eso que sé que, si quiero tener algo que vaya más allá de una amistad, debo esperar...

—¿Cuánto lo harás?

—Hasta que estés lista.

Sonreí, angustiada.

—¿Y si nunca lo estoy? ¿Y si nunca me atrevo a dar el paso? ¿Y si dejo que esta batalla la gane mi inestabilidad?

—Entonces, si lo necesitas, estaré ahí para darte el empujón que me pidas. Pero, hasta entonces, esperaré a que tú estés lista para dar el paso...

Grazné sobre la mesa.

Él me miraba. Notaba que estaba extrañado, pero sabía disimularlo bien para que no me diera cuenta. Bajé la mirada hasta la mesa. Sus ojos me tranquilizaban. No lo suficiente como para dar el paso ya mismo, pero aminoraban un poco la distancia entre nosotros.

—¿Quieres que me vaya? —sugirió en un intento de levantarse y salir de allí.

Lo paré. Estaba insegura, indecisa y envuelta en una tempestad de miedos que comenzaba a ahogarme; pero no quería que se marchara. No ahora. Tenía la necesidad de tenerlo junto a mí, de abrazarlo, de sentirlo conmigo. Si se fuera, nada de eso pasaría. Yo estaría martirizándome por no haber dado el paso, él estaría dándome un tiempo que no me merezco y nosotros estaríamos agrandando la distancia que ya de por sí nos separaba.

—¿Entonces?

Suspiré, lo miré y traté de despejar su confusión.

—Puedes hacer lo que quieras... —dije finalmente.

Él lo tomó como una orden de levantarse y marcharse, pues eso fue lo que hizo. Se despidió de mí, me acarició el hombro para tratar de animarme a dar un paso que no me atrevía a dar y, después, se marchó de la casa.

Yo no solía hacerlo habitualmente, pero esa vez, no me quedó otra que abalanzarme sobre el mueble del salón, robar un pitillo de una cajetilla que permanecía allí escondida, y salir al balcón a fumarlo mientras veía a Daniel alejarse para perderse entre los últimos rayos de un sol de mediodía.

Estaba a punto de consumir por completo el cigarro cuando un mensaje reverberó en mi iPhone. Encendí el teléfono para ver la notificación en la pantalla y leí mentalmente con tal de no restarle privacidad:

Daniel

Acuérdate de que te voy a esperar siempre.

No tengas prisa.

Cuando estés segura, me llamas y tratamos de repetirlo.

Te quiero, enana.

Con las mismas, apagué el móvil y lo volé hasta la el sofá al mismo tiempo que devolvía la

mirada hacia la calle. Me alegraba saber que me esperaba, que estaría ahí para mí, que se preocupaba y que no me iba a dejar marchar por nada en el mundo. Pero tenía miedo de que todas esas promesas se convirtiesen en humo por estar mucho tiempo agarradas a un hilo de la nada.

Cuando el que fumaba se consumió por completo, cogí otro pitillo, lo encendí y lo consumí a caladas pensando en cómo resolver los miedos que me acechaban y que me impedían intentar algo con él.

Un día después de que Daniel se hubiera presentado en casa para marcharse con las manos vacías por mis vaivenes sentimentales, obligué a mis amigas a reunirse en algún lugar para que luego no me reprocharan que están en el segundo plano de mi vida.

Decidimos organizar la quedada en casa de Elena. Acababa de mudarse y, de esa forma, tendríamos la excusa perfecta para cotillear la distribución ornamental de la que gozaba la casa.

Yo llegué acompañada de Lorena. Vivíamos a pocas calles de distancia y, por ello, decidimos acercarnos juntas hacia el nuevo punto neurálgico de su vida.

Cuando llamamos al timbre, a Elena le faltó tiempo para abrirnos la puerta. Entramos al interior de la casa y pasamos al salón, donde ya se encontraban Axel y Sonia. La mesa baja que se hallaba frente al sofá sostenía tres boles con gominolas y *snacks* y dos copas de bebidas que supuse que llevarían algo de Coca-Cola y Fanta de naranja.

Ocupé el asiento que había a la izquierda de Axel y, Lorena, hizo lo mismo a la derecha de Sonia. Elena volvió al salón con una bandeja en la que había varias botellas de alcohol (entre las que se encontraban una de ginebra, otra de J&B y, por último, un Jack Daniel's) y nos sirvió a cada una un cóctel a la carta.

—¡Qué raro verte por aquí, Georgina! —objetó Sonia nada más verme.

—Mira quién fue a hablar... Que no sales del local ni *pa* Dios.

—Lo mío es trabajo —se escudó—, lo tuyo por comodidad.

Le dediqué una mueca de insatisfacción y pegué el primer sorbo a mi copa.

—¿Qué tal con ese chico, Georgina? —inquirió Axel.

Encogí los hombros, lo miré y pegué el trago más grande que jamás le había pegado de una vez a una bebida alcohólica.

—Bien. Es majo.

Sonia frunció el ceño y me penetró con la mirada.

—¿Ha pasado algo que nos tengas que contar? —Negué con la cabeza antes de que ella continuara—: Es que estás como... extraña.

—Sí —siguió Lorena, que había consumido un cuarto de bebida—, tienes un tono raro...

—Es que no duermo bien —justifiqué bajo la atenta mirada de la unanimidad del grupo—. Y tengo mucha presión con lo del libro. Tengo que sacarlo y ya me he exprimido entera...

—No te agobies. —Elena ingirió unos cacahuets tras tranquilizarme—. Deja que el libro se escriba solo.

—¡Claro! —Lorena se unió—. Tú céntrate en vivir tu vida. Vive experiencias que luego puedas plasmar para rellenar páginas.

—¡Ese es el problema, Lorena! Que tengo que rellenar bien las páginas. No puedo hacerlo con algo que vivo y que no... —todos aguardaron una respuesta, ansiosos, como si de ella dependiesen sus vidas—, que no me gusta...

—¿Y qué vives y no te gusta?

Miré a Sonia tras sus palabras y, gracias a un silencio que respondía a su pregunta, me mantuve callada.

—A ver, Georgina —está mal decirlo, pero cuando esas palabras se pronunciaban entre la lengua y el paladar de Axel, se presagiaba un discurso filosófico que no sabría muy bien dónde terminaría—, ¿el problema es que no estás segura?

—¡Ya sabes el problema! —aullé tajante.

—¡Pues que les follen a las inseguridades!

No me quedó otra que reírme. Llevaba mucho tiempo sin ser basto, pero le había vuelto a relucir la cualidad.

—Está muy bien decirlo, gracias —repliqué—. Pero a la hora de la verdad...

—¡Nada! —interrumpió a gritos Lorena—. A la hora de la verdad te haces un «aquí estoy yo» y tiras para adelante. Y, como dice Axel, que le den por culo a los miedos, a las inseguridades y a su puta madre. ¡Vive, coño! Y déjate de bobadas.

Reí.

No me salió natural. Es más, la forcé. La forcé mucho.

—¡Otra! —gruñí—. Está muy bien decirlo, pero no tan fácil hacerlo.

—¿Y qué vas a estar? —Sonia se sumó a aquella regañina improvisada sobre mi falta de libertad—. ¿Toda la vida aferrándote a la comodidad y el calor de esas inseguridades? ¿Vas a consumir la vida excusándote porque tienes miedos? —Las tres últimas palabras las pronunció con un tono burlesco que se reía de mis problemas de adolescente tardía—. ¿Hasta dónde vas a llegar con eso, Georgina? ¿Hasta cuándo vas a aferrarte a ellos como si fueras de la manita de mamá y papá?

Desvié la mirada al suelo. Sabía que tenían razón, eso era innegable, pero me veía tan incapacitada para dar un paso que ellas veían tan fácil, que me sentía una rarita desplazada. Yo, hace mucho, había tenido pareja. Todo era tan idílico... Nos construimos una vida de ensueño que solo creía haber visto en los libros y en las películas románticas. Todo nos había salido perfecto y ningún detalle, por insignificante que pareciese, se nos había escapado a la hora de la planificación.

Estuvimos así un año. Doce meses en los que me sentía una reina. Doce meses en los que me habían tratado como nunca nadie antes me había tratado jamás. Doce meses que disfruté como nunca y en los que sentí que la vida, por fin, después de tanto tiempo pensando que no, tenía un poco de sentido. Pero todo se torció una noche. Él, al que ni por su nombre llamaré, salió de la cama a una hora bastante inusual. Pasados siete minutos de las dos y veinte de la mañana, su cuerpo, que había yacido contrahecho al mío por toda la noche, se deslizó entre las sábanas y desapareció por el pasillo escoltado por la íntima oscuridad de la noche.

En mi cerebro, cientos de escenarios, todos diferentes entre ellos, se invocaron al instante. Algunos me decían que lo siguiera, otros que le preguntara adónde iba, otros me obligaban a quedarme tumbada sobre el colchón y otros a hacerme la dormida y simular que no me estaba enterando de nada. Un par de minutos después de que desapareciese de la habitación, pude escuchar el tintineo de las llaves al golpear entre ellas desbloqueando la puerta, que se abrió y se cerró antes de que desde fuera la volvieran a cerrar de nuevo.

En ese momento, envuelta en ira y sin saber cómo reaccionar desde el raciocinio, me levanté y corrí hasta el balcón. Aún no explico cómo pude abrirla sin romper el cristal del golpe. Giré la cabeza en todas direcciones. Busqué a ambos lados de la calle y, caminando de prisa, como si la intranquila sospecha de que alguien lo perseguía rondase en su cabeza, lo vi perderse entre la oscuridad y el anaranjado de la iluminación nocturna.

Fue entonces cuando, navegando entre la ira, agarré las pantuflas, me arrebujé en un abrigo que pendía sobre los ganchos de un perchero, y perseguí sus pasos como un perro que husmeaba

en busca de un alijo de droga. Volví a verlo dos calles más abajo de donde había visto su rastro por última vez. Pude ver sus dedos escondiéndose tras el muro de un portal en el que presionaba los botones de un telefonillo. Tras un agudo pitido, abrió la puerta y entró al portal. Corrí todo lo que pude para evitar que la puerta se cerrara. Conseguí agarrarla en el último segundo e ingresé al portal con él.

Se encerró en el ascensor y fue ahí cuando lo perdí el rastro. No por mucho tiempo, pues el número del piso se reflejaba en rojo en el panel sobre la puerta. Era un rojo que me recordaba lo que me estaba pasando, lo que estaba viviendo y lo que me faltaría por vivir. Reuní el poco valor que tenía y subí de dos en dos los escalones hasta llegar al tercer piso. Y allí me quedé. Eran cuatro puertas por rellano. Acerqué la oreja a alguna en busca de alguna señal audible que me alumbrara el motivo por el que, casi a las tres de la mañana, lo había perseguido por todo Madrid hasta la casa de alguien que desconocía su identidad.

Cabeceé innumerables veces. Ojeé el Instagram y revisé los últimos mensajes de Twitter otras tantas. Así estuve durante dos horas y cuarto. Ciento treinta y cinco minutos que se me hicieron eternos. Estuve a punto de marcharme en más de una ocasión, no lo niego, pero las ganas de conocer a la fulana con la que compartía coitos noctívagos mi pareja eran más fuertes que las de regresar a casa como si nada estuviese pasando.

Una de las puertas se abrió. Él no llegó a verme sentada en el rellano con aquellas pintas de andar en casa y que me hacían quedar como una pordiosera ante cualquiera que me viera. Se despidieron con un beso que se impregnaron en los labios. Era uno de esos besos que me daba y que, hasta entonces, creía que solo los hacía conmigo. Pero ya me di cuenta de que no. Acababa de darme cuenta de que sus besos los probaban más mujeres de las que yo creía. Cuando él se giró para marcharse con intenciones de llegar a casa para despertarse a mi lado e ignorar lo que acababa de ocurrir en casa de esa furcia ramera con la que me pretendía cambiar.

—¡Hostia! —exclamó él.

La puerta de la casa ya se había cerrado y no pudo ingresar de nuevo para ocultarse de mí y protegerse del ataque que vendría.

—¿Quién es esa? —pregunté aún sentada en el suelo con la cabeza gacha y sin mostrar un ápice de sentimientos.

Le costó responder. Imaginé que planearía alguna excusa barata que me soltaría y me haría creer como si no hubiera sido testigo directo de su despedida.

—Una amiga.

—¿Te besas en los labios de tus amigas?

Oí un suspiro lejano al que no presté mucha atención.

—Georgina...

—¡En tu puta vida! —Me incorporé y me acerqué a él para recortar la poca distancia que existía entre nosotros—. ¿Me oyes? ¡En tu puta vida me vuelvas a llamar Georgina o te dirijas a mí de cualquier forma! —Él, cabizbajo, solo escuchaba. No se atrevía a decir nada que le excusase—. Olvídame. Borra mi número de tu agenda, quita mi dirección de tu mente y, sobre todo, esfuma de ti cualquier intención de pedirme perdón. —Después, metí la mano en el bolsillo izquierdo de sus vaqueros y saqué el manojo de mi casa que se había llevado para ingresar después de encamarse con otras sin que me diera cuenta—. Llama otra vez a su puerta si quieres y ponla en las posiciones que te salgan del mismo. ¡Corre! Eres libre. No te voy a retener. —Sonreí—. Tampoco tienes otro sitio donde dormir esta noche.

Después, concluí el discurso con un guiño de mi ojo izquierdo y desapareciendo por las escaleras para no volverle a ver nunca.

Ese día, se generaron en mí aún más miedos e inseguridades de los que ya, de por sí, traía de serie. Había desarrollado un miedo al rechazo, a la incertidumbre y a pensar que no hay un amor escrito para ser leído por mí. En cuanto a las inseguridades, poco hay que añadir que no haya sido contado en los párrafos anteriores.

Volví al salón de Elena. Todos me miraban. Subí la cabeza y respondí:

—No puedo, Elena... Me han hecho mucho daño. —Lo generalicé para evitar responder a preguntas sobre personas específicas.

—¿Y por qué no te olvidas de ese daño y le das una oportunidad a Dani? —continuó Lorena, que había consumido casi por completo su bebida.

—Es muy complicado... —añadí, cabizbaja, al mismo tiempo que la imagen del chico se dibujaba una y otra vez en mi mente—. Son muchas cosas, malas experiencias vividas y... no me siento capacitada para tener una relación con alguien de nuevo sin haber cerrado las anteriores.

Sonia se levantó, se acercó a mí y envolvió mis manos en las suyas.

—Georgina, escúchame... —Bajé la mirada hasta encontrarme con la profundidad hipnótica de sus pupilas—. Pruébalo, dale una oportunidad. Si no funciona, quedáis tan amigos y ya está. Pero inténtalo, por favor...

Repetí su última frase una y otra vez en mi mente, como una canción en bucle de la que me era imposible salir. Miré mi teléfono, que yacía apagado sobre el cristal de la mesa de centro y abrí los contactos. Marqué el número de Daniel y, antes de llamarlo, volví a escuchar sus palabras en mi cabeza. Traté de convencerme, de tranquilizarme y de prometerme que no iba a pasar nada. Creía haberlo conseguido, pero más tarde me daría cuenta de que no, que aún me quedaban por despejar muchas dudas que me presionaban y no me dejaban vivir en paz.

—¿Dani?

Tras mi saludo, su voz dulce y melosa sonó a través del auricular.

—¿Qué pasa Georgina?

Suspiré, pegué un barrido visual por todas las personas que había en el salón y, posteriormente, respondí:

—¿Te apetece venir a mi casa mañana?

La pregunta pareció descolocar. Tardó en responder, y supuse que se debía a la incompreensión de la solicitud. Había pasado poco tiempo desde que se había marchado de casa por culpa de mis inseguridades.

—¿Estás segura?

Sonreí sin acordarme de que él no podía verme.

—Completamente, Dani. —Suspiré en un conato de tranquilizarme—. Necesito verte, abrazarte, sentirte... Quiero dejar a un lado todos mis miedos...

—No sé, Georgina... —Su tono era pesado y mostraba cierto desdén—. Siento que lo haces por mí, pero que no estás lista...

—¡No! Por favor, Dani. Quiero hacerlo, necesito hacerlo.

—¿Por mí?

—Más por mí que por ti —admití.

Un chorro de aire impactó contra el micrófono, lo que me hizo apartarme el auricular de la oreja por el daño que me producían las altas frecuencias.

—Dime hora y lugar —ordenó.

Esbocé una sonrisa entre los labios.

—En mi casa mañana a las seis, ¿te parece?

—Me parece perfecto, Georgina. —Antes de que pudiese retomar yo la conversación, él

volvió a intervenir—: Solo quiero que lo hagas estando segura. No quiero que mañana te sientas incómoda o no vayas a estar a gusto.

—Te juro que lo he pensado bien. No te preocupes, de verdad.

—De acuerdo... —Su tono ya se había convertido en algo un poco más esperanzador—. Mañana te veo, enana.

Mis mejillas, al escuchar el apelativo, se enrojecieron para airear ante todos mis vergüenzas personales. Después, colgué la llamada y me dejé caer sobre el sofá. No quería que nadie me dijese nada, prefería envolverme en el silencio que me prometiese que todo iba a salir bien, que no tenía de qué preocuparme. Dani me quería, yo lo quería a él; eso era lo único a lo que me aferraba. Ni tenía ni quería nada más. Solo su amor. Ese amor con el que siempre había soñado y que, ahora, gracias al destino, a Dios, a Cupido o a quien fuera que hubiera juntado nuestros caminos, por fin tenía.

10

VÉRTIGO

El reloj acababa de marcar las seis de la tarde. Yo me había terminado de arreglar hacía poco más de media hora. Estaba ansiosa, nerviosa, indecisa e impaciente. No encontraba el momento en el que el timbre sonase para presagiar a un Daniel más humano que nunca.

Mientras aplicaba todo tipo de polvos y parafernalias a mi piel para que brillase como jamás lo había hecho, no podía haber parado de darle vueltas a lo que estaba a punto de hacer. Tampoco sabía si me había atrevido a dar el paso por él o por mí. Lo que sí que sabía era que estaba a tan solo unos minutos de distancia de que el timbre sonase, de que Daniel volviera a casa y de que hiciéramos todo tipo de cosas de las que no estaba completamente segura.

Y sé que él estaba dispuesto a esperarme durante todo el tiempo que necesitara, pero yo no quería darme más tiempo del que ya me había dado. No quería hacerlo esperar para que, después, ni siquiera me atreviese a saludarlo en otro lugar que no fuera la redacción.

Eché un fugaz vistazo al reloj que descansaba sobre la chimenea. Ya habían pasado cinco minutos desde las seis en punto y yo... bueno, permanecía en el sofá, con las piernas pegadas, las manos sobre los muslos y la mirada perdida en algún punto indescifrable del horizonte.

Otros cinco minutos se retrasaron, haciendo un total de diez que ya nos distanciaban de las seis en punto. Un tembleque recorría mis piernas. Ambas se agitaban violentamente de arriba abajo sin que pudiera hacer algo por detenerlas. Un nudo me encogía la garganta. Intenté levantarme a por un vaso de agua que calmase mi guerra bucal, pero la flaqueza que invadía mis piernas me impedía dar ni siquiera un paso.

Finalmente, trece minutos después de nuestra quedada, el timbre de casa zumbó llenando un silencio al que me había encariñado y que no quería perder. Me levanté como pude. Paso a paso; entre temblores, escalofríos y un estremecimiento que gobernaba cada poro de mi piel; conseguí llegar hasta la puerta. Al otro lado, tan guapo como siempre, se encontraba Dani.

Sonreí nada más verlo. Llevaba una camiseta blanca con un dibujo de un robot que comía tuercas y tornillos y unos vaqueros rotos de un azul muy clarito le cubrían las piernas hasta por encima de las rodillas. Dos botas de Nike blancas refugiaban sus pies. Su pelo estaba perfectamente ordenado. Le caía sobre la frente y le daba un toque de sensualidad al que no me veía capaz de resistir. Él también sonrió. Sus dientes, que brillaban con el destello de las luces que tenían alrededor, asestaron otro puñetazo a mi ya ajado corazón.

—Estás muy guapa... —Se refirió a la camiseta de lino que adquirí por tan solo un euro en Primark y a unos pantalones rosas que usaba las pocas veces que me decidía a hacer deporte.

—Tú también...

Con esa sonrisa tonta de la que no me había podido deshacer aún, lo invité a pasar. Entró hasta el salón. Se sentó en el sillón que, en su momento, coloqué a la derecha del sofá.

—¿Quieres algo? —pregunté tratando de cortar la distancia entre nosotros.

Él negó con la cabeza.

Lo miré con la sonrisa nerviosa que llevaba desde hace mucho tiempo.

—Georgina, ¿estás segura?

Me acerqué lentamente a él. Quise autoconvencerme de que sí lo estaba, aunque la realidad

fuera un poco diferente. Quizá me había adelantado mucho y estuviera dando pasos en falso que es probable que me hicieran caer. Pero necesitaba dar el paso, aunque fuera el primero de ellos. No podía esperar más para darlo. Me había convencido, Dani estaba allí, esperándome; no podía dilatarlo más.

Ahora o nunca, Georgina.

—Sí, lo estoy.

Él solo me miraba, condescendiente, deseando que reconociese que no me sentía capacitada para lanzarme al abismo al que me estaba a punto de arrojar.

—Georgina, de verdad, no fuerces las cosas si no estás segura...

Me revolví entre el oleaje de su tono. Era cálido. Me arropaba para hacerme sentir segura y que no dudase de si habría algún error por hacer aquello.

—Dani, necesito dar el paso... —Me senté a horcajadas sobre sus piernas—. Necesito dejar de ser esa tonta que se refugia en sus miedos con tal de no enfrentarse a ellos para vivirlos de nuevo.

Él me comió los ojos con la mirada. Apartó uno de los mechones que cubría mi rostro y lo sujetó tras mi oreja.

—No tienes por qué dejar de serlo ahora... Cuando tú te veas segura...

Sin dejar que terminase con su discurso, me acerqué a sus labios y los protegí con los míos en un beso que ninguno de los dos esperábamos.

Él se despegó de mi boca, se perdió entre mi mirada, y volvió a juntar la comisura de nuestros labios. Poco a poco, y con cobardía, su lengua fue incorporándose a la suma carnal de nuestro beso. Como velcro inseparable que aguardaba unido y entrelazado entre ganchos y bucles. Nuestras lenguas hacían un dibujo que esbozaban sobre las páginas en blanco de un libro que narraba la historia de amor entre dos personas que se devoraban el alma por primera vez.

Sus jadeos se unían a los míos en una sonora y rítmica melodía que componíamos bajo el ritmo de nuestras caricias. Nos dábamos la intimidad que necesitábamos, quizá no en el lugar indicado, pero eso no importaba. Me había lanzado y había conseguido probar su carne. Una carne que me ardía y me convertía en el fósforo de una relación que comenzaba a gatear.

Encerré sus cabellos en mi puño y me revolví en ellos al mismo tiempo que nuestras lenguas, tímidas por el encuentro y ansiosas por conocerse, continuaban entrelazándose entre ellas, disfrutando cada roce, saboreando cada fricción, deplorando cada arañazo...

—¿Estás preparada para dar el paso? —preguntó ahogado en jadeos.

Lo miré, confusa. Me había costado mucho dar el primer paso, aquel en el que nuestras lenguas hablasen por sí solas. Pero aún no sabía si las inseguridades habrían desaparecido para dar un paso mucho mayor, donde la expresión viniese de la mano de nuestros cuerpos.

—No lo sé... —dudé dejándome caer sobre su pecho.

Me agarró la cabeza y, con una mirada condescendiente en la que se sometía a mis movimientos, me subió el mentón para conectar nuestras miradas.

—No te preocupes, Georgina... No pasa nada. —Me sonrió, resuelto, acogiéndome entre sus dientes y llevándome a un lugar en el que me sintiera mucho más segura—. Además..., que yo no venía pensando en el sexo.

Bufé mientras apartaba de un manotazo su cabeza para romper el vínculo visual que nos unía.

—¡Qué tonto eres! Si has sido tú el que me lo ha ofrecido...

Chasqueó la lengua y añadió:

—Ya, pero para tantear un poco el terreno... Sabía que me ibas a decir que no. —Y rio para

restarle seriedad a la conversación.

Me volví hacia su pecho y me tumbé en él sintiendo su corazón percutiendo contra sus costillas. Cada golpe me inundaba el cuerpo de vida, como si en un reguero se compartiese la energía entre corazones. Desde ahí podía percibir su olor, que me nublaba por completo y me enloquecía como nunca nadie me había enloquecido antes.

Había perdido la cordura hacía rato. La perdí al mismo tiempo que me perdí entre sus besos. Yacíamos los dos, uno encima del otro, sobre el sofá. Nuestros corazones palpitaban en una perfecta sincronía que me transmitía toda la paz que necesitaba. Estar así, en aquella posición, juntos, abrazados y disfrutando del calor que manaba de nuestros cuerpos, era algo tan mágico y que tantas veces había soñado que no quería salir de allí jamás.

Subí la mirada y, esforzándome por focalizar la vista en sus ojos y no descenderla involuntariamente, añadí:

—¿Te apetece salir por ahí a tomar algo?

Él sonrió.

Era una de esas sonrisas con las que me entraban ganas de acercarme hasta sus labios y probarlos una vez más. Después, con sutiles movimientos verticales de cabeza, asintió sonriente.

—Hay muchas cosas de ti que aún no conozco... Quizá un paseo por el parque me ayuda a aclararme las ideas.

Fruncí el ceño, lo sonreí y volví a guardar el cielo de su boca entre las arrugas de mi lengua. Moje sus labios tanto como él lo hizo con los míos. Acaricié su pelo, examiné cada surco de sus pupilas y me escondí tras su cuello mientras dibujaba círculos en su nuca. Tatué un beso húmedo en su piel y me refugié en la hendidura de sus hombros para deslizarme después, en un viaje lento y cálido, hasta su pecho.

Nos levantamos del sillón, marqué con saliva un beso en sus labios y bajamos las escaleras que conectaban mi rellano con la calle.

Agarró mi mano y entrelazamos nuestros dedos mientras disfrutábamos de nuestro caminar conjunto. De vez en cuando, íbamos dándonos pequeñas ráfagas visuales; cortas, pero que escondían un universo de palabras que ninguno nos atrevíamos a verbalizar.

Tiré de su brazo hacia mí, recortando la distancia que comenzaba a separarnos. Volví a unir nuestros labios en un frenesí desenfadado que despejaba de mi mente cualquier ápice de duda que aún habitase en mí. Tropezamos hasta los pies de mi cama, lo empujé sobre el colchón y caímos uno encima del otro, envueltos en una nube de besos de la que me negaba a salir.

—Georgina... —su voz era jadeosa y se entrecortaba entre palabras—, ¿estás segura de...?

—¡Muy segura!

Lo agarré del cuello y seguí anudando nuestras lenguas en cada beso. Dani bajó hasta donde comenzaba mi camiseta y, poco a poco, sin desviar mi atención del beso, me la sacó y la tiró al suelo, justo al lado de la cama. Hizo lo mismo con mis pantalones y yo me decidí a hacerlo con su camiseta. Todo iba a la misma montaña de ropa.

Bajé hasta su cuello y comencé a dejar un reguero de besos distraídos que componían los pasos de un camino hacia su entrepierna. Fue entonces cuando me agarró de la cintura, me colocó sobre el colchón y subió sobre mí. Abrí los ojos para darme cuenta de la realidad. Verlo allí encima, besándome, mirándome, deseándome... Era todo tan mágico y maravilloso que aún no creía que fuera verdad.

Dani comenzó a dibujar pequeños círculos alrededor de mi abdomen que fueron bajando hasta encontrarse con las costuras de mi ropa interior. Coló sus dedos en ella y acaricié sutilmente mis labios al mismo tiempo que me colmaba de esos besos que jamás olvidaría.

Separé nuestras bocas cuando lo sentí entrar en mí. Di un respingo sordo que me arqueó la espalda. Trató de relajarme y me sonrió mientras seguía apretando sus dedos contra mi interior. Pequeños gemidos escapaban de mi boca para empezar a vivir en libertad. Se mezclaban con los suyos y rellenaban el silencio que nos sobrevolaba.

Él aumentó las embestidas que me profería con sus dedos. Se escondió entre los pliegues de mi cuello e impregnó sobre ellos varios besos húmedos que me adelantaban un orgasmo que comenzaba a anticiparse.

Agarré la corona de su cabeza y la empujé para sentir sus besos aún más cerca de mi piel. Me quemaban, sentía su ardor. Era como experimentar una lluvia en la que cada gota reavivaba los rescoldos de los besos que un día otra persona me dio y que aún no había conseguido cicatrizar.

Dani sacó los dedos de mí y se despojó de su ropa interior para tirarla al montón de ropa que descansaba sobre las tarimas del parqué y que guardaba los secretos de la noche en la que había conseguido liberarme de las ataduras e inseguridades que me habían tenido amordazada durante años.

Se inclinó hacia sus pantalones y agarró uno de los últimos preservativos que contenía una pequeña caja de cartón. Lo abrió, tiró el plástico hacia algún punto de la habitación que no supe adivinar y lo desenrolló sobre su dureza. Después, arrebatándome la ropa interior, se metió en mí, dándome pequeñas embestidas que me empujaban contra el colchón.

Me ahogaba en quejidos y jadeos. Trataba de gritar su nombre, pero la falta de aire me lo imposibilitaba, escondiéndolo en el fondo de unas cuerdas vocales a las que cualquier palabra les venía grande.

Bajé las manos hasta su espalda. Noté su piel, erizada, clavándose en mí al mismo tiempo que él se preocupaba en arremeter contra mí. Seguí descendiendo y llegué a sus nalgas. Decidí agarrarlas firmemente, envolviendo todos sus músculos entre los dedos de mis manos. Acompañé su ritmo, retardándolo y acelerándolo según mi mente me pedía.

Ambos gritábamos, resollábamos y emitíamos quejidos que pasaban a ser testigos mudos de nuestra historia. En aquella habitación, empapada de vapores que brotaban de nuestros cuerpos, retozados entre sí y rodeados por un tifón sentimental que nos inundaba el alma, solo existíamos nosotros dos. No nos importaba nada más. Solo comernos el alma como dos animales sedientos de placer.

Éramos dos músicos, dos virtuosos, o quizá tan solo dos maestros interpretando las notas que una vez se escribieron en exclusividad para nosotros. No había disonancias ni notas discordantes, solo una dulce y armoniosa melodía que perfumaba nuestros oídos con la majestuosidad armónica de un piano de cola.

Cuando regresé a la habitación tras mi abstracción mental (a la que me gustaba llamar eufemísticamente «viaje astral»), Daniel seguía penetrándome con rítmicas e impetuosas entradas y salidas de mí. De vez en cuando, también se acercaba a mi boca para robarme todos los besos que seguían sin dueño y de los que estaba encantada de desprenderme.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo. Enarqué la espalda y clavé las uñas en las nalgas del chico. Un hilito de humedad me recorrió la zona íntima, aquella que estaba siendo invadida por la masculinidad de Daniel. Grité como nunca antes lo había hecho y, entre gemidos ahogados, presagí el culmen de un orgasmo que me había sacudido por completo, como una borrasca que tocaba tierra y que arrasaba con todo lo que tenía a su paso.

Arremetió contra mí un par de veces y terminó mientras mordía su labio y apretaba los ojos con fuerza. Verlo así, encima de mí, con su rostro convertido en el resultado de un encontronazo

que ambos deseábamos, me hacía sentir tan orgullosa de haberlo encontrado que aún dudaba que fuera de verdad.

Salió de mí, dejó un beso perdido entre mis labios y se dejó caer a mi lado en el colchón. Nuestras miradas se perdían entre el gotelé del techo. Aún jadeábamos. Intentábamos asimilar lo que acababa de ocurrir, pero ninguno tenía palabras para comenzar a hablar tras ese tan inesperado encontronazo. Froté mis ojos y, cuando recuperé en ellos la claridad que necesitaba, giré la cabeza, lo miré fijamente al mismo tiempo que me molestaba en examinar cada centímetro de su piel.

—Esto no es la primera vez que lo haces...

Dani rio y, aún con la respiración lenta y entrecortada, añadió:

—Es verdad... Me has pillado. No soy virgen.

—¡No me refiero a eso! —Reí—. Me refiero a que no es la primera vez que te acuestas con una becaria...

Giró la cabeza, se encontró con mis ojos y, tras dejar otro de sus besos distraídos sobre la comisura de mis labios, replicó:

—No es una afición que tengo...

—Pero lo has hecho —interrumpí.

Se quedó callado por un momento mientras encontraba la mejor manera de continuar la conversación.

—Pero lo he hecho.

Le guiñé un ojo.

—¡Lo sabía! Se te ve muy desinhibido...

—Tú no has estado mal tampoco.

Bufé.

—Ya ni me acordaba de cómo se hacía...

Arrugó la frente y continuó con el tono extrañado.

—¿Tanto hace que no...? —Ni siquiera se atrevió a terminar la frase.

—Sí, hijo, sí. Hace mucho que ningún hombre que no sea Axel se tumba sobre esta cama.

Dani se rascó la frente en un alarde de búsqueda verbal, la que le faltaba para responderme.

—Ya me he encargado yo de romper la maldición.

—¡Gracias! —aullé resuelta.

—Lo cierto es que el mundo se está perdiendo a una persona maravillosa... Estarás al menos muy cotizada en el mercado varonil...

Reí, regresando la mirada al techo.

—Sí, no está mal... Pero la gente solo quiere echarme un polvo y desaparecer de mi vida... Yo busco algo serio. Mi cuento de hadas, mi príncipe azul, mi final feliz, mis perdices...

—Bueno... —bufó—, yo era un poco como todos esos hombres que solo buscaban sexo sin compromiso. Casi siempre lo hacía. Y casi siempre acababa el mes haciendo un balance en el que aparecían cinco, diez o incluso quince mujeres a las que no había vuelto a ver ni llamar. Claro que ellas tampoco se preocuparon en verme o llamarme, pero bueno...

Meladeé.

Posé la mano en su pecho y comencé a acariciarlo. Era suave. Parecía hecho de algodón. Y a mí me hacía flotar en una nube de la que no me apetecía bajar. No ahora.

—No entiendo por qué tienes que hacerlo.

Me dedicó un mohín en el que se mezclaban la insatisfacción y la duda.

—¿A qué te refieres?

—A que no entiendo por qué, siendo la persona que eres, tienes que ir por ahí mendigando polvos y no relaciones...

Me sonrió y envolvió mi cintura con sus brazos. Tiró de ella y me arrimó a él. Pude notar su ya flácida masculinidad en mi cadera. Su roce me excitaba, y no podía parar de pensar en que me tocaba y se restregaba por mis muslos.

—No me hacía falta mendigar polvos...

—¿Nunca has pensado en tener una relación seria con alguien?

Asintió con la cabeza.

—Tuve tres en el pasado. —Aquellas descripciones tan imprecisas temporalmente eran las que me mataban de curiosidad—. Fueron maravillosas. Mientras duraron, claro. —Sonrió—. Después, acabamos a hostias, sin hablarnos y pensando el motivo por el que me junté con ellas. —Suspiró en un ataque de frustración—. Supongo que ellas pensarán lo mismo.

Imité su suspiro y subí la mirada hasta encontrarme de nuevo con sus ojos.

—Pues no entiendo por qué... Porque eres una persona tan maravillosa... Eres atento, cariñoso, amable... —Se sonrojó por culpa de mis lisonjas—. Por eso no comprendo que una persona acabe a hostias contigo.

Sonrió acompañando al carmín de sus mejillas...

—No sigas por ahí que al final vas a conseguir que me enamore de ti...

Amplíe distancia, lo miré fijamente a los ojos y, con el ceño fruncido y una mueca generalizada de insatisfacción, reproché:

—¿No lo estás ya?

Él sonrió de nuevo.

—Sí. Pero si sigues —se acercó sutil y personificando la lujuria hacia mis labios—, me enamoraré mucho más de ti...

Me besó.

Y le seguí el beso. Volvimos a entregarnos a las pasiones carnales sobre aquel colchón blanco que se hundía bajo nuestros cuerpos.

—Eres como una enfermedad, te lo juro... —me susurró al oído, causando en mí un escalofrío que me recorrió por completo.

—Tú también... —me dejé llevar de nuevo por los besos—, y no quiero curarte nunca...

Sonrió y se unió de nuevo a mi boca, haciendo que nuestras lenguas disfrutasen por última vez de una nueva refriega postsexual. La cosa culminó en un beso descuidado grabado en los surcos de mis labios antes de que Dani se incorporara en busca de su ropa interior.

—Tengo que irme, Georgina.

Lo miré extrañada.

—¿Ahora? ¿Por qué?

—No puedo quedarme mucho más... —Se agachó al montón de ropa, rebuscó entre el barullo y sacó unos calzoncillos que utilizó para cubrir su pene, que comenzaba a erguirse de nuevo.

—Pensé que podríamos pasar el fin de semana juntos...

Él me miró, apenado, no lo suficiente para cambiar de parecer.

—Georgina... —se apoyó sobre el colchón revolviendo sus dedos entre un par de mechones de mi pelo—, eres la primera persona con la que siento algo especial. La primera por la que estaría dispuesto a esperar... Y quiero ir despacio... —admitió.

Lo miré, condescendiente, ocultando la frustración en el lugar más profundo que existiese en mí.

—De acuerdo... —Suspiré cabizbaja deshaciéndome de su mano, que no quería que me siguiera recordando que no podíamos seguir juntos—. Llámame cuando llegues a casa...

Lo miré, me sonrió y comprendí que lo haría.

Recogió sus prendas del suelo, se las guardó en el dorso del brazo y se marchó de la habitación. Me dejé caer sobre la almohada. Las sábanas se revolvían entre mis piernas recordándome la batalla que habíamos lidiado hacía minutos.

Ojeé distraídamente el móvil en busca de algo que ni siquiera yo misma sabía qué era. No había mensajes de texto recientes, solo notificaciones a las que no prestaba importancia. A lo lejos, escuché la puerta cerrarse y supuse que sería un buen momento para encerrarme en el baño, con la música a volúmenes ensordecedores, a llorar un rato.

Abrí Spotify, lo conecté al altavoz, reproduje *Blanco y Negro* en medio de una *playlist* de canciones exclusivamente de Malú y me metí en la ducha para aclararme las ideas y poder ver «lo nuestro» con la perspectiva que me faltaba.

11

LEJOS DE TI

Veinte minutos y siete canciones después, salí de la ducha habiéndome olvidado de una gran parte de los problemas que Dani me había ocasionado. Quería que estuviera junto a mí y sabía que él quería estarlo también, por eso no entendía que hubiera pegado la espantada pocos minutos después de correrse en mí.

Aquello me había hecho pensar. Quizá yo era una de esas quince con las que acababa la noche y, con un polvo, sus dudas sobre mí quedarían más que despejadas. Prefería pensar que había tenido que marcharse para que el tiempo no nos desgastara, pero una parte de mí me torturaba con aquella idea de que yo era la decimosexta mujer que, a lo largo de un mes, se pasaba por la piedra.

Sonia sabía que yo había llamado a Dani para que viniera a casa. Por eso, al salir de la ducha, cientos de mensajes que, en algún momento del «no molestar», me habían entrado en el teléfono, aguardaban a ser leídos y respondidos cuanto antes.

Sonia

Georgina, ¿qué tal con Dani?

¿Has dado el pasito que no te atrevías a dar?

Necesito que me lo cuentes todo, niña.

Cuanto antes, si puede ser, pero tú no tengas prisa.

Quedamos cuando quieras en un Starbucks y así te comes esas napolitanas de chocolate que tanto te gustan y con las que arrasas cada vez que vamos.

Avísame antes y llamo a estas, ¿vale?

¡Te quiero!

(y recuerda: un pasito pa'lante, Georgina)

Sonreí. No tanto como cuando leía los mensajes de Dani. Esta era una sonrisa que se tornaba en una pequeña risa escondida tras una dentadura de ortodoncia.

Georgina

Sonia, tengo muchas cosas que contarte, pero tiene que ser en persona.

¿Te apetece quedar esta tarde y lo hablamos?

Los sábados puedo a cualquier hora, así que dime cuando puedas.

¡¡BESITOS!!

Sonia

Acabo de hablar con las chicas.

Elena no puede venir, solo se apunta Lorena.

A las 18.00 horas en el Starbucks de Gran Vía.

¡No me falles!

¡¡BESITOS!!

Reaccioné al último mensaje con el emoticono que lanzaba un beso al aire y tiré el teléfono sobre el lavabo. No me importó que se pudiera romper, solo quería deshacerme de él.

Por el altavoz sonaba *A esto le llamas amor*. Era una canción que me encantaba, tenía un ritmo increíble y decía verdades como puños, pero no era el tipo de letras que pretendía escuchar en aquel momento.

Cogí una toalla, me envolví en ella y salí del baño. Una bofetada de aire frío me golpeó el cuerpo nada más salir de la sauna en la que había convertido mi lavabo. Llegué hasta la cama, me desprendí de la toalla y me dejé caer sobre las sábanas revueltas que aún olían a sexo. Un sexo mezclado con el perfume de Daniel, que seguía allí impregnado. Aún podía verlo entre las sábanas, desnudo, mirándome y confesándome entre líneas que quizá nuestra relación no se extendería mucho más allá de nuestro encontronazo sexual.

Bufé.

Y en ese suspiro me deshice de toda la incertidumbre que sobrevolaba mi cabeza y a la que solamente quería arrancar las alas.

Me incorporé, estiré las sábanas y coloqué los cojines para tratar de adecentarla sin mucho esfuerzo. Cogí unas bragas de encaje nuevas de uno de los cajones de mi cómoda y me metí en un vestido de tirantes con un estampado de rayas negras que combiné con unas sandalias de esparto. Tenía cientos de vestidos como ese pendiendo de perchas esperando a ser utilizados. Me gustaba utilizar las temporadas de calor para algo más que para disfrutar de la playa. Mi armario ha visto muchos más conjuntos de colección primavera-verano que de otoño-invierno. ¿Soy una obsesa de la moda veraniega? Puede ser, pero a mucha honra.

Llegué al Starbucks en el que Sonia había organizado nuestra quedada. Lorena ya se había pedido su clásico batido por el que tendría que tener derecho de acceder a la receta si la cadena quiebra y Sonia esperaba ojeando el móvil ignorando los sorbos de mi amiga.

Me acerqué a ellas y, con aspavientos que preferí ignorar para no morirme de vergüenza delante de toda la cafetería, me recibieron eufóricas para, supongo, que les contara todos los avances de mi relación con Daniel.

—¡Buenas tardes! —añadió Sonia a los aspavientos.

Mis mofletes, que ya habían adoptado el tono carmín que Daniel me sacaba, saludaron por mí y me presentaron ante ellas tras haberme sometido a su humillación.

—¿Podéis parar de hacer lo que estáis haciendo? —inquirí con una sonrisa que le restaba seriedad a mi regañina.

—Sí —aulló Lorena, que había ingerido casi la mitad de su batido—, pero, primero, nos cuentas qué tal con ese chico...

Me senté, dejé el bolso de esparto que tenía a juego con las sandalias en el suelo y me dirigí hacia ellas prefiriendo olvidarme del bochorno que me harían pasar.

—¿Qué quieres que te cuente?

—¡Todo! —Los aires verduleros de Sonia tardaron poco en salir a relucir—. ¿Cómo es en la cama?

Les dediqué una mueca de desdén a la que respondieron con la mayor de las indiferencias que jamás me podrían haber hecho.

—Si, en verdad, te mueres por contárnoslo...

Arqué una de las cejas, expresando la oposición y la desgana que me producía el volver a recordar lo que ocurrió en mi cama junto a Daniel.

Y no lo decía porque el chaval lo hiciera mal, en absoluto, sino por lo que ocurrió inmediatamente después de terminar la faena y la forma en la que había huido de casa sin darme

explicaciones y dejándome comer por la incertidumbre.

—A ver —comencé—, no ha estado mal... Pero no ha terminado como yo quería...

Ambas arrugaron la frente y me sostuvieron la mirada para que detallara el resumen.

—¿Pero lo hace bien? —cuestionó Lorena—. ¿Se lo curra?

—No, no —expresé—. Si hacerlo lo hace de puta madre. Parece un toro...

Sonia rio, lo que provocó una reacción en cadena hacia mi otra amiga.

—¿Entonces? —Sonia continuaba con su sondeo, que no terminaría hasta no obtener la información que quería.

Suspiré.

Puse los ojos en blanco, recordé el momento previo a su espantada y sonreí. Mi mente volvió a imaginar el momento en el que los dos, revueltos entre las sábanas, nos abrazábamos y disfrutábamos de la intimidad que tanto tiempo quisimos tener. Sin embargo, verlo evitando quedarse allí, como si se hubiera dado cuenta de algo que lo habría asustado, eclipsaba todos los buenos recuerdos que me producía el tenerlo entre mis brazos.

—No lo sé... —Bufé.

Desvié la mirada al suelo y entonces se dieron cuenta de que algo no iba bien. De que esa historia que quería no se estaba escribiendo como debería, que probablemente al final no comeríamos perdices y que mi príncipe azul quizá no sería ni tan príncipe ni tan azul.

—Georgina —pronunció Lorena encargándose de reanudar la conversación—, ¿tienes dudas?

Subí la cabeza de inmediato, fruncí el ceño y, descolocada y tal vez desconcertada, repliqué:

—¿Dudas? —repetí tratando de hacerme creer que aquella no era la enfermedad de mis síntomas—. No, no tengo dudas. —Y reí.

No mentía cuando decía que no las tenía. No con la relación. Por supuesto que tenía dudas con Daniel, pero lo único en lo que dudaba era en sí, después de deshacerse del calor de mis brazos, lo único que quería era echarme los mismos polvos que a las demás y soltarme como un juguete del que te has cansado.

—Pues, entonces —concluyó Sonia—, no te entiendo.

Puse los ojos en blanco. Sabía perfectamente lo que me pasaba y sabía perfectamente cómo contarle, pero prefería callarlo, al menos por ahora. Creía que era pronto para dar más explicaciones de las necesarias sobre mis inquietudes sentimentales.

—¡Me jode! —exclamé finalmente tras reunir el valor que me faltaba—. Me jode que se fuera de casa dos minutos después de que termináramos.

Ambas arrugaron la frente, incomprendidas, sin entender muy bien el porqué de sus actos.

—Todo iba bien —expliqué flaqueando en el tono—, pero, de pronto, cuando estábamos abrazados, se levantó, se puso los calzoncillos y se fue.

—¿Y no le preguntaste por qué? —cuestionó Sonia como si aquello fuera lo más obvio que podría haber hecho.

—¡Claro que le pregunté por qué! Pero me dijo que no se podía quedar más... Claro que, después de decirme que había tenido pocas relaciones serias y que terminaba con diez empotramientos por mes, pues me da miedo ser yo la undécima.

El silencio volvió a protagonizar nuestra conversación. Supongo que la ausencia de palabras era síntoma de que lo habían comprendido, de que entendían mis dudas y mi temor a ser utilizada de nuevo.

Ambas me penetraban con la mirada. Trataba de ignorarlo, pero me intimidaban y me era imposible hacerlo. Lorena se decidió a romper el silencio:

—¿Y por qué no lo hablas con él? —La miré, extrañada, pretendiendo que fuera ella la que me diera la idea de cómo hacerlo—. Dile que te extrañó que se tuviera que ir tan rápido y que necesitas una explicación. Quizá, así, te puedas quedar un poco más tranquila.

Volví a bajar la cabeza. Repetí varias veces en mi cabeza su propuesta, al igual que pensé en el resultado y en las posibles consecuencias de hacerlo. Estaba inquieta y ligeramente preocupada. Quería a Daniel, eso estaba claro; pero lo que no tenía tan claro era que él tuviese reciprocidad de sentimientos hacia mí. No tenía claro hacia dónde quería llegar, qué quería hacer conmigo o cómo quería hacer las cosas, si jugaba a algo que aún no había conseguido adivinar o si dudaba con lo nuestro y prefería darse el tiempo que un día yo me tomé.

Y estaba confusa. Necesitaba abrazarlo, que me diera las explicaciones que me aclarasen mis ideas hacia él y que, por una vez, me dijera lo que sentía por mí.

—No lo sé, Lorena... —Bufé, presa de la confusión—. Es todo muy complicado. Acabo de empezar con él y no sé si quiere llegar a algo más conmigo.

Sonia me miró frunciendo el ceño.

—¿A qué te refieres con «llegar a algo más»?

Bajé la cabeza para pensar detenidamente a qué me refería con «llegar a algo más», pues ni yo misma lo sabía.

—A dar... —pensé—, el paso.

—El paso... —repitió Lorena, no muy convencida de mi respuesta—. Os conocéis de una semana, Georgina. ¿Ya queréis dar el paso?

Me encogí de hombros.

No estaba segura, pero necesitaba comprobar que Dani quería conmigo algo que no fuera follar como conejos para despedirnos a los minutos de terminar.

—Mañana, cuando lo vea en el trabajo —informé—, le pediré las explicaciones oportunas. ¿Os parece?

Ambas asintieron hasta que Sonia añadió:

—Pero, por favor, no te pongas intensa ni te imagines paranoias de esas que te hacen creer que él es ahora mismo tu pareja.

Arrugué la frente, sin comprender muy bien lo que quería decirme.

—Me refiero a que, tú siempre has creído que, una vez que te follas a alguien...

—Algo que solo hice con mi ex.

—Bueno, pues, al principio de hacerlo con tu ex, tú ya creías que erais pareja solo por haber tenido un encontronazo sexual repentino. Por eso te pido que, cuando hables con Daniel, no lo trates como si fuera tu pareja, porque igual él no se siente así y... lo asustas.

Asentí con la cabeza al mismo tiempo que le pegaba uno de los últimos mordiscos a la napolitana de chocolate que me habían pedido antes de que yo llegara.

Les agradecí la ayuda y me quedé con ellas hablando de diversos temas en los que yo, afortunadamente, no era punto del día. Hablábamos de romances entre amigos, nos poníamos al día de la última hora en nuestros conocidos cercanos, incluso hablábamos de planes de futuro entre nosotras y sugeríamos algún sitio para terminar de pasar el verano en los días más calurosos de agosto. Hablamos de playas, de fiestas rurales, piscinas naturales o un crucero por el mediterráneo (al que me opuse por miedo a embarcar en el próximo Costa Concordia).

Sin embargo, por mucho que tratasen de desviar mi atención hacia los problemas personales de otras personas, no podía dejar de pensar en lo que ocurriría mañana cuando viera a Daniel. No sabía qué decirle, al igual que tampoco sabía si, después de haberme revolcado con él entre las sábanas deshechas de mi cama, podría tener palabras para iniciar una conversación o si tendría

capacidad de centrarme en asuntos laborales dejando a un lado nuestra intimidad carnal.

Estaba hecha un lío y la única forma de desliarme era poniendo los puntos sobre las íes que aún no me atrevía a escribir.

12

Y SI NO DAS MÁS

El amanecer me recibió con unas atípicas bajas temperaturas del mes de julio que no durarían mucho tiempo. Llegué a la redacción teniendo el corazón envuelto en el puño de una mano. Saludé a la recepcionista, me acerqué a los escalones y, bañándome en nervios, los subí uno a uno muy lentamente.

Accedí a la redacción y, en medio de un raudal de escritorios que me imposibilitaban distinguir las cosas a más de cinco metros de distancia, encontré a Daniel. Estaba sentado tras su mesa, escondiéndose con la pantalla del ordenador y centrado en leer algo que reposaba sobre la madera. Me acerqué lentamente a él y, cuando llegué a su mesa, lo abracé y me miró sonriente.

—Buenos días, señorita...

Me sonrojé y lo sonreí.

Él se acercó a mi oído y me susurró algo que me costó comprender en medio de tanto alboroto.

—No te beso que luego me regaña el jefe... —Sonrió y me guiñó un ojo cuando me aparté de su oído.

Con una risa tonta que solo hacía acto de presencia cuando Dani estaba delante, me senté en la silla que colindaba a la suya y oteé el papel que él releía una y otra vez.

Haciendo un resumen un poco escueto, diré que hablaba sobre una posible infidelidad en el mundo del cante. No le presté mucha atención a las fotografías adjuntas que habían sido impresas con el resto de información en las que se veían a una cantante disfrutando de un helado con un señor que no era su marido.

Por muy interesante que estuviese la exclusiva, yo había dado por imposible el concentrarme en otra cosa que no fueran las palabras que estaba a punto de soltarle a Dani. Tampoco quería que sonara a sermón o reprimenda, solo quería una explicación y, buscar un lenguaje adecuado que suene poco hiriente o incriminante, me estaba costando más de lo que tenía pensado.

Finalmente, después de que Dani hubiera leído por enésima vez los párrafos de aquel folio que yo ignoraba desde hacía rato, me vi segura de romper el silencio y comenzar con mi pedida de explicaciones.

—No puedo dejar de pensar en lo del otro día... —comencé mientras clavaba mis ojos en los suyos.

Él sonreía sin despegar las pupilas del papel.

—Me lo pasé muy bien...

—Yo también. —Por fin me miró—. Daría lo que fuera por repetir.

Sonrió y devolvió la mirada al folio.

—Pero me quedé con un mal sabor de boca —admití evitando rodeos que prolongarían innecesariamente la conversación.

Él se volvió hacia mí, confuso. Parecía que no se acordaba de su espantada final.

—¿Por qué? —preguntó verbalizando su confusión.

—Porque me dejaste sola en la cama. ¿Te acuerdas? —Y sonreí para restarle seriedad.

—¡Ahhh! —Rio como si fuera lo más normal del mundo—. Te dije que tenía que marcharme.

—¿Tan rápido? Ni siquiera me dejaste disfrutar un rato de ti.

Se giró hacia mí, me puso unos morritos que consiguieron enloquecerme y sacarme otra vez mi tan famosa sonrisa y, acariciándome con su mano la sien, añadió:

—Tenía prisa.

—¿Qué evento tenía tanta importancia en tu agenda como para dejarme sola en la cama?

Volvió a reír.

Supuse que le causaba cierta indiferencia su huida postcoital.

—Georgina —volvió a dirigirme la mirada—, me gustas mucho, de verdad, pero quiero ir despacio contigo. El otro día... ¡me agobié! —confesó entre susurros para no llamar la atención de toda la redacción—. Creí que íbamos muy rápido, que habíamos pasado del beso al sexo en un chasquido de dedos. Y no sé si es lo que quiero hacer contigo...

Arrugué la frente, ocultando el espacio entre mis cejas y formando un entrecejo que odiaba, pero que reflejaba mi incompreensión hacia su explicación.

—¿Qué me quieres decir? —pregunté abriendo la puerta a una aclaración que no esperaba que viniera tan rápido.

—Que me gustas mucho, Georgina. Que eres una persona excepcional que no esperaba encontrar, pero que, por arte de magia o por destino, ha aparecido en mi vida. Y estoy tremendamente orgulloso de tenerte y, por eso, espero que podamos llegar a ser algo algún día. —Suspiró, quizá aprovechando para coger algo de aire después de su vomitona léxica—. Sé que no debí irme de tu casa de aquella manera, pero me angustié, y no sabía cómo aclararme las ideas. —Devolvió la mirada al papel. Esta vez no para leerlo, sino por la vergüenza que le daba haberme dejado tirada—. Perdóname.

Pasé una mano por su cuello en un intento de abrazarle para que se sintiera mejor. Acaricié su hombro y, sonriendo, lo calmé.

—No te preocupes, Dani. Lo que me molestó fue que te fueras de aquella manera, sin darme explicaciones y dejándome con más ganas de ti... Pero ya está todo aclarado.

Daniel subió la mirada y me penetró con sus ojos. Nuestras miradas, al igual que la sonrisa tonta que nos salía al vernos, se encontraron entre ellas. Me quitó la mano de su cuello por las sospechas y seguimos trabajando.

Estaba un poco más tranquila tras escuchar sus justificaciones. Acababa de darme cuenta de que ambos queríamos ser algo más y, para eso, debíamos hacer las cosas bien desde el principio. Él era muy dado a correr, yo muy dada a ser precavida y; en el término medio, estaba andar sin miedo y con ganas.

—Oye —continué invadiendo al silencio—, ¿te apetece venir a tomar algo por ahí después del trabajo?

Él me miró, sonriente. Analicé uno a uno todos sus dientes, blancos y tiernos como el algodón. Me dertieron el alma una vez más, no lo iba a negar. Esa era una buena forma de hacerme chantaje emocional. Su sonrisa era mi burundanga, y estaba encantada de drogarme de ella de vez en cuando.

—¡Vale! Conozco un sitio muy bueno aquí al lado. Si quieres, te recojo con el coche y te llevo.

Asentí con la cabeza y continuamos trabajando en la noticia de la cantante infiel y su marido el cornudo.

Terminamos de trabajar alrededor de las siete de la tarde. Habíamos dejado la noticia a medio escribir por falta de información. Algunos periodistas de nuestra redacción preferían inventarse ciertos detalles superfluos que, aunque fueran falsos, no harían que los denunciaran. Nosotros optábamos por utilizar una vía un poco más profesional. Queríamos contar la realidad tal y como era. Quizá era porque yo ya estaba harta de inventar en mis libros y, por una vez, prefería escribir sobre hechos reales.

Estuvimos caminando un rato por las calles escoltados por el atardecer. Caminábamos agarrados de la mano, como dos enamorados que pintaban su amor para exponerlo en el museo de la sociedad. Al rato, cuando las plantas de mis pies se quejaban por los tacones, llegamos hasta un bar que se encontraba a pocas calles de mi casa. Tenía una amplia terraza ocupando la acera y, como se estaba mejor que dentro, decidimos ocupar dos sillas y una mesa que aguardaban vacías a que alguien se decidiese a cogerla.

Un chico joven, de unos treinta, vestido de negro y armado con una libreta y un boli que sujetaba entre sus manos, se acercó hasta nosotros y nos preguntó qué queríamos tomar. Daniel se animó con una Coca-Cola y yo, en mi caso, opté por beber un vaso de Nestea. Cuando la intimidad regresó a nuestra mesa, fue él quien decidió romper el silencio con la primera de la infinidad de preguntas que vendrían tras ella:

—¿Tan diferente es escribir una novela a una noticia de la revista?

Sonreí liberando pequeñas risas sordas que se personificaron como una expulsión de aire más que como una carcajada.

—Es algo diferente... No es lo mismo inventar que transcribir...

Frunció el ceño.

—Las noticias también las inventas a partir de fotos...

—Ya, pero en una novela no tienes ese tipo de fotos... Todo está en tu cabeza, pendiendo de una nube de esbozos imaginarios que contienen las ideas que llueven sobre el papel...

—¿Todo lo novelizas tanto?

Apreté los labios y asentí sonriente.

—Es muy complicado no hacerlo. Cuando eres capaz de buscar las palabras adecuadas para definir situaciones cotidianas de una forma menos zafia, es difícil desprenderse del lenguaje poético para pasar a los coloquialismos...

Él rio y agachó la cabeza para clavar su mirada en los hilos del mantel.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Lo miré asombrada, encogí los hombros y asentí presa de la curiosidad—: ¿Lo que escribes son experiencias previas o todo te lo inventas?

Le dediqué una mirada que contenía una lujuria diluida en un borrón de incertidumbre.

—Se mezcla la inventiva con las experiencias... —Medité un par de veces la continuación y añadí—: Cierto es que, al menos yo, termino escribiendo cosas que me han pasado y que camuflé en un vendaval imaginativo que oculta mi verdadera realidad.

—¡Ohhh! Debe ser complicado revivir tus errores amorosos.

—¡No mucho! —Reí—. Al final, esos errores se convierten en algo que me hubiera gustado

que terminase de otra forma. Es una manera de darle a mis historias el final que no pudieron tener por unas cosas u otras...

Él asintió lentamente, haciéndome comprender que entendía la situación y que, aunque no fuera verdad, le importaba. Finalmente, el camarero nos trajo los refrescos y un bol de frutos secos de acompañamiento.

Hacía calor. El sol nos azotaba con fuerza y, sin la ayuda de los pulverizadores de agua que se encontraban bajo las sombrillas, la estancia en aquella terraza hubiera sido más bien incómoda.

—¿Qué es lo que más te gusta de trabajar en una revista de moda? —pregunté mientras engullía un puñado del revuelto que llenaba el bol.

Daniel lo pensó detenidamente. No esperaba esa pregunta y, por el tiempo que tardaba en responder, supuse que nunca antes había tenido que pensarla.

—Supongo que mi labor allí. Pensar que, gracias a mí, el lector se convierte en una persona más informada sobre las noticias que suceden en nuestro país es algo que me hace sentir valioso, a mí y a mi trabajo.

—Pero está mal pagado...

—Sí, bueno —la alegría de su tono permanecía ahora extinta, sin hacer acto de presencia por allí. Ni siquiera una estela o un rastro que recordase de su estancia en el pasado—, no lo pagan bien... Pero tampoco me importa mucho...

—Algo te importará. El *loft* no se paga a base de sentirte valorado.

—El *loft* me lo medio pagaron mis padres.

Arrugué la frente en un intento de obligarle de forma muda a explicar aquello.

—Mis padres tenían ingresos elevados. Mi madre trabajaba en Telefónica y mi padre era jefe de estación en Paco de Lucía. Ganaban bien. Cuando me quise comprar una casa, se ofrecieron a pagarme hasta el setenta por ciento del valor.

—¡Joder! ¡Menudo regalo...! Igualitos que los míos, que por mi cumpleaños me regalaron una arrocera y un quitapelos automático para que mi ropa no pareciese tejida por mi perro.

No pudo contener la risa antes de ocultar la boca tras el vaso.

—¿Nunca te han hecho un regalo valioso?

Fruncí el ceño, miré hacia arriba para fingir que pensaba y le devolví la mirada:

—Sí. Cundo cumplí los dieciocho me regalaron una Epilady.

Volvió a reír, esta vez sin esconderse tras de nada.

—Bueno... —comenzó—, en verdad, las cosas no valen lo que cuestan, sino que tienen el valor que cada uno quiera darle.

—Tú lo valorarás mucho, pero prefiero una casa antes que una Epilady.

—Ya me dirás qué pensarás cuando te regalen una hipoteca a veinte años. —Guiñó el ojo y arqueé las cejas.

—Solo has tenido que pagar el diez por ciento, tío rata.

—¡Noventa y ocho mil euros! Tengo una letra de cuatrocientos euros al mes.

—¡Rey! —aullé penetrándolo con la mirada—. Yo tengo una hipoteca de ochocientos mil euros que estoy pagando sola y por la que cada vez pago más por culpa de un señor llamado Euribor. ¿Te suena?

—Sí. —Y rio entre dientes—. ¿Querías contarme algo? Me extrañó que me ofrecieras salir a tomar algo tan... de improviso.

Pegué un sorbo al Nestea y me llevé otro puñado de frutos secos a la boca.

—Me apetecía pasar contigo todo el tiempo que no pasamos el otro día.

Arqueó una de las cejas en señal de desaprobación.

—¿Y esto es lo que se te ha ocurrido?

Asentí con la cabeza.

—No quería volverte a llevar a mi casa. —Me di cuenta de lo que acababa de decir y lo fácil que sería malinterpretarlo—. O sea —corregí—, que no quería llevarte a casa cuando quieres ir despacio. —Y le guiñé el ojo.

—Podrías haberme invitado a tomar una cerveza a tu casa, no me iba a rayar por ello.

—¿Rayar? No sabía que incluyeses neologismos en tu lenguaje.

—No lo suelo hacer, pero no tenía otra palabra para definirlo. —Me sonrió, le devolví la sonrisa y permanecimos en silencio sin saber muy bien qué decir.

Era uno de esos silencios incómodos que te ocupaban el alma y que no sabías cómo gestionar.

—Esto no es profesional... —reproché agachando la cabeza para que no viese mi sonrisa.

—¿El qué?

—Lo de acostarte con tu becaria.

Me agarró la mano y subí la cabeza para encontrarme con sus ojos.

—Lo nuestro va más allá de acostarnos. No eres como las demás, Georgina. No busco en ti lo que busco en otras.

—¿No buscas desaparecer después de conocer un par de veces el fabricante de mi colchón?

—¡No! —Agarró su Coca-Cola y bebió con chulería, como si, con eso, fuera más hombre de lo que ya era—. Ya te lo dije esta mañana. Quiero un futuro contigo...

Reí nerviosa. Agaché la cabeza y, reuniendo coraje, añadí:

—No me gusta pensar en el futuro.

—Ah, ¿no?

—¡No! —Bebí—. Soy una persona que lleva tatuado en el alma un *carpe diem* que se ha convertido en su mandamiento número uno. Como eso de «amarás a Dios sobre todas las cosas». Pues igual.

—Comprendo... ¿Eso significa que no me prometes durar mucho?

—Eso significa que no me quiero precipitar. Prefiero vivir y disfrutar al máximo del aquí y el ahora, porque luego ya me conozco cómo acaba el allí y el después. —Suspiré y bebí de nuevo—. Nos pasamos la vida haciendo planes de futuro. No hacemos otra cosa que pensar en qué nos deparará el futuro, en si será bueno o será malo, en cómo podremos hacerlo a nuestro antojo y, perdona que te diga, pero eso de diseñarte un futuro a medida como si fuera un Audi es algo imposible que nos quieren hacer creer como verdad.

—¿No lo es?

—Nunca lo es. Perdemos el tiempo pensando en cómo será el futuro mientras un presente más o menos maravilloso pasa por delante de nuestros ojos sin ser prestado atención. ¿Y sabes qué es lo que pasa luego?

Enarcó las cejas.

—Dímelo tú...

—¡Que el futuro no es como lo hemos imaginado! Y, entonces, echamos la vista atrás y nos damos cuenta de todo lo que hemos desaprovechado el pasado por culpa de idealizar un futuro que se ha quedado en una ilusión mental...

Torció el morro.

Creía que había entendido a lo que me refería. No respondía y no sabía si eso era buena señal o, simplemente, estaba esperando por si continuaba con la monserga.

—Quizá tengas algo de razón... —admitió.

—¡Claro que tengo razón! —celebré convenciéndome de lo inteligente que era—. Sé de lo que hablo...

—Y lo haces muy bien —añadió con ese tono sensual que conseguía humedecerme la entrepierna.

Sonriendo, como llevaba haciéndolo toda la quedada, y sin otra pregunta más interesante que hacerle, continué con el interrogatorio:

—¿Qué hay de los hijos, Dani?

Él me miró dedicándome un mohín de extrañeza.

—¿A qué te refieres?

—A si quieres tenerlos.

—Me gustaría... —Y bebió.

—¿Y ya tienes pensados los nombres?

Negó con la cabeza.

—Tengo dudas —añadió—. ¿Tú cómo los llamarías?

—Si fuera niño —comencé—, Daniel. Si fuera niña, no lo sé. —Imité su carcajada y reímos juntos.

—Yo podría llamarlos Ethan o Tayra, según el sexo. Aunque, para sexo, el que tuvimos el otro día...

Carcajeé sin poder controlarlo.

No me esperaba aquella posdata, y el imprevisto pudo conmigo.

—Lo que tengo claro —continuó—, es que no quiero quedarme viviendo en Madrid.

La decepción se dibujó en mi rostro, que se enserió al escuchar sus planes de futuro.

—¿Y eso?

—No me termina de gustar. Creo que, cuando mi contrato en la revista termine, venderé la casa y me iré a alguna ciudad.

—Vaya... —pronuncié alicaída, sumida en una frustración que me costaba manejar—. ¿Ya tienes pensada la ciudad?

Se encogió de hombros y, sorbiendo del vaso, que contenía ya menos de la mitad del líquido, respondió:

—Sevilla tal vez. Pero no me importaría irme a Málaga, Valencia, Barcelona, A Coruña... —Y volvió a subir los hombros.

—Así que me abandonas... —Fingí la tristeza tratando de invocarle el poco cargo de conciencia que tenía.

—No te abandono. He dicho que lo haré cuando termine mi contrato.

—¿Y eso cuándo será? —Comí frutos secos.

—Para diciembre.

Los ojos se me abrieron cuando el asombro hacía acto de presencia en mi cara.

—¿Cómo en diciembre?

Él solo se dedicaba a asentir con la cabeza mientras dibujaba una ligera sonrisa entre sus dientes. Parecía orgulloso, contento de marcharse y crear una nueva vida. Podía notar las ganas que tenía de abandonar Madrid y marcharse lejos, a una de esas ciudades soñadas por él, donde muy probablemente conocería a otra mujer y tendría con ella los hijos que no nos daría tiempo a tener.

—Me has dicho que no me vas a abandonar.

—Y no lo haré.

Arrugué la frente, incomprendida y pretendiendo que dedujera mi incompreensión.

—¿Cómo que no lo harás?

Suspiró, bebió, comió y añadió; en ese orden.

—Georgina, lamento decirte que no durarás mucho en la redacción. —Levanté una ceja en un gesto que interpretó como un reproche mudo—. Te lo digo en serio. Antes de que tú vinieras, cientos de becarias han pasado por tu silla. Y todas han terminado yéndose por donde han venido sin un contrato fijo o discontinuo entre las manos.

Torcí los labios y arrugué la nariz.

No estaba disgustada, pero acababa de perder la ilusión por el trabajo. El primer día que fui a firmar mi contrato temporal, lo hice con la esperanza de ser, algún día, uno de esos trabajadores que se dejaban los dedos entre las teclas de los teclados transcribiendo las vidas privadas de los famosos para llegar a las manos de cotillas patológicos que habían encontrado un pasatiempo para no aburrirse en el metro o el autobús.

—Puede que yo sea la primera. —Traté de autoconvencerme de que mi trabajo no se quedaría en un par de noticias que no me harían conseguir un contrato de mayor duración—. Te recuerdo que soy novelista. Las otras seguro que no habían escrito ni sus borracheras en un diario.

Aguantó la risa en las profundidades de su garganta.

—¿Tú sí?

Asentí con la cabeza, sonriente y orgullosa de haber incluido entre las páginas de mi diario mis declaraciones beodas de ocho de la mañana.

—Es algo que hacemos todas.

Rio.

—Intuyo que tu diario debe tener más interés literario que el de Ana Frank.

—¿Estás desprestigiando a Ana Frank? —pregunté indignada.

—No, pero ella no dejaba escritas sus borracheras en el diario.

Reímos de nuevo.

Las cabezas de la gente de la terraza se giraban hacia nosotros. Estarían hartos de nuestras carcajadas y sus rostros lo reflejaban con una mueca de desdén que nos crucificaba a ambos.

—Estamos molestando a la gente... —susurré tras examinar las miradas de las mesas que nos rodeaban.

—¿Quieres que nos vayamos a dar un paseo por ahí?

Asentí con la cabeza mientras levantaba la mano para llamar la atención de un camarero que nos cobrara.

Pasó su VISA por el datáfono (no me dejó pagar por mucho que peleé con él para que, al menos, lo hiciéramos a medias) y nos levantamos de las sillas no antes de que rebañase el bol para llevarme en el puño el último revuelto que quedaba.

Bajamos por las aceras que flanqueaban la Castellana hasta llegar a Colón, donde nos hicimos una foto juntos aprovechando la fuente del centro cultural. Seguimos bajando hasta llegar a la Cibeles. Él, forfo madridista, le puso a la parada un sentimiento que yo no era capaz de entender, pero al que le dedicaba miradas condescendientes que ocultaban un deseo por continuar con la caminata.

Bajamos por la calle Alcalá hasta llegar a la Puerta del Sol. Las temperaturas nocturnas de julio no acompañaban mucho a nuestra caminata. Sin embargo, disfrutar de un paseo juntos en aquella época del año, muy distinta en cuanto a afluencia a Navidad, sin gente por las calles, era algo que llevábamos apreciando la media hora que llevábamos paseando. Los únicos que se

habían quejado habían sido mis pies, que pedían a gritos que me bajase de aquellos tacones que me estaban torturando.

Me despedí de Daniel en Callao, donde me acompañó hasta el Metro. Él dijo que subiría hasta su casa andando mientras que yo, muerta de cargar mi peso sobre dos finas agujas que se clavaban en mis talones, prefería que me llevaran sobre vías.

Seguí las indicaciones que me llevaban al andén de la línea cinco y esperé siete minutos hasta que llegase el tren. Las plataformas no estaban muy concurridas. Los relojes rozaban las diez, pero, en aquella época, era poca la gente que aún quedaba en la capital.

Entré al vagón cuando efectuó su entrada en la estación. Dentro me encontré a un grupo de jóvenes que estaban viviendo los estragos del alcohol y que golpeaban todo a su paso. Me asusté por si uno de sus próximos golpes encontrase mi cara, pero no me sorprendió en absoluto. Estaba acostumbrada a viajar en Metro, el centro neurálgico por excelencia de la demencia madrileña. Aquel era otro *show* protagonizado por los mayores desequilibrados de la ciudad. Un *show* que fue clausurado por agentes de seguridad en la estación de Chueca, por lo que no duró mucho.

Desembarqué en Alonso Martínez y me perdí entre las oscuras calles de Chamberí hasta que me encontré en el portal de mi casa.

Estaba ansiosa por llegar. No porque Daniel me aburriera y no me gustase pasar tiempo con él, sino porque ansiaba bajarme de aquellos tacones que ya habían acabado con mi integridad podal.

Sin embargo, cuando me tumbé en la cama, un sentimiento que nunca antes había sentido me invadió todo el cuerpo para terminar alojándose en mi pecho. Era muy diferente a un ataque de ansiedad, que los conocía de sobra por llegar a tener hasta tres diarios. Este era con respecto a Daniel y, después de varios minutos con él, pude ponerle nombre:

dudas.

El día siguiente a mi encuentro con Daniel y tras haberme despertado con las mismas dudas con las que me acosté, quedé con Lorena para poner las cartas sobre la mesa y aclararme lo que sentía hacia Dani.

Se ofreció presentarse en mi casa y, a los pocos minutos, apareció timbrándome en el rellano.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —preguntó pasando por debajo de mi brazo, que se apoyaba en el marco de la puerta.

—Hola, ¿eh? —La cerré y acompañé a la chica hasta la cocina.

Abrió la nevera y cogió el brik de leche. Vertió un poco de líquido en una de las tazas que tenía perfectamente colocadas en el interior de un mueble voladizo que suspendía sobre el fregadero. Después de calentarla en el microondas, se echó un par de cucharadas de Cola Cao y se sentó conmigo en la mesa que tenía contra la pared.

—¿A qué viene tanta prisa?

—Podrías pedir permiso antes de saquearme la nevera —reproché con ironía.

—Ya que vengo a que me taladres el coco con tus insatisfacciones sexuales, ten la decencia de invitarme a un Cola Cao.

Sonreí falsamente.

—¿Qué te pasa? —inquirió metiéndome prisa.

—Que tengo dudas.

Frunció el ceño y subió la mirada hasta mis ojos.

—¿Dudas? ¿Con qué?

—Con lo mío con Dani.

—¿Pero ya tienes dudas? Si no te ha dado tiempo.

—No son dudas —me escudé—, es que no sé a dónde puede llegar esto. Y me da miedo que me haga daño.

Lorena me miró condescendiente. Era la segunda vez que me pasaba eso. No estaba acostumbrada a sentir algo tan fuerte por alguien. Sin embargo, los sentimientos por Daniel se me agolpaban en la garganta. Me formaban un nudo que me era imposible de disolver. Las mariposas de mi estómago revoloteaban con fuerza en un vuelo que, a veces, se veía interrumpido por el miedo que les cortaba las alas.

—Georgina —agarró mis manos y me sostuvo la mirada con ternura en los ojos—, preocúpate por disfrutar de los momentos que Dani te da hoy y no te preocupes por lo que te pueda pasar mañana.

—¡Ya! Si la teoría me la sé —le retiré la mirada y saqué las manos de las suyas—, pero me da miedo la práctica.

—Además, que no es la primera vez que estás con alguien.

Si es que a aquel gilipollas se le podía llamar «alguien»...

—Lo de la otra vez no cuenta, Lorena. Yo estaba ilusionada. Era mi primer novio, mi primera pareja, tenía un porrón de años menos.

—¡Cinco! —matizó con pedantería.

—¡Pues cinco! —repliqué indiferente—. ¿Y qué más da? Yo lo hice por la novedad, porque me moría por tener pareja. Porque todas lo teníais y yo seguía a dos velas.

—Georgina, una pareja no se tiene por desesperación. El amor hay que trabajarlo y regarlo todos los días. Estáis compartiendo la vida juntos. Vivís vuestros días en común. Eso es el amor. Unificar dos vidas en eso que llamamos relación.

Reí, hastiada.

—¡Qué fácil es decirlo todo, pero qué complicado hacerlo...!

—Tía —continuó—, tienes un hombre que te quiere, que te ama, que te trata de puta madre. Es un chaval encantador que ha prometido darte todo el tiempo que necesites porque te quiere. —Y acentuó las últimas tres palabras—. De verdad, no lo pierdas por un miedo al que llamas duda.

Asentí ligeramente con la cabeza.

Comprendía su punto de vista y le daba la razón, pero no sabría si sería tan fácil quitarme de encima las dudas. Todo visto en tercera persona parece más fácil. La vida se simplifica y parece que, en tus pensamientos, aflora un valor que luego se esconde vete tú a saber dónde cuando vas a hacer lo mismo que habías imaginado una y otra vez.

Tenía varios miedos con Daniel. El primero y el más importante era el meterme en una relación que me sacaría de la burbuja en la que llevaba viviendo veintiocho años. Porque sí, tengo una burbuja alrededor del alma que no me gusta que la gente traspase y, cuando lo hacen, me agobio y no respondo cabal. Meterme en una relación, al igual que pasó con aquel conato al que llamé pareja, haría que la otra persona quebrantase mi burbuja. Aunque, pensándolo detenidamente, quizá la hubiera quebrantado ya y, por eso, me habrían surgido todas esas dudas que tengo.

A eso había que sumarle todos los miedos e inseguridades que arrastraba en mi mochila como dos lastres de los que no me podía desprender. Hacerlo facilitaría mucho las cosas. Me haría menos insegura, menos miedica y mucho más valiente (cosa que, a poco que fuera, lo sería más).

—No sé qué hacer —añadí como si su discurso no hubiera terminado de calar en mi mente—. Siento que lo quiero, pero no sé si él tiene los mismos sentimientos conmigo.

Ella se encogió de hombros.

—¿Y por qué no lo descubres?

—¿Cómo? —pregunté dudosa.

—Puedes preguntarle, pero hay formas menos directas de saberlo.

—Pues ya me contarás...

—Estate un tiempo sin darle sexo... Di que no te sientes segura de hacerlo. Si puede esperar, es que quiere contigo algo más que echarte tres polvos antes de bloquearte de todas las redes.

—No sé si aguantaré... —objeté cabizbaja.

—¿Esperándolo?

—¡No! —exclamé entre risas—. Sin sexo.

Lorena rio conmigo antes de pegarle otro trago a la leche.

—Y, si no, piensa tú algo. —Me guiñó un ojo y se centró en terminar la taza de Cola Cao.

Yo reflexioné sobre su plan. Quizá no debía hacer nada y tan solo necesitaba confiar un poco más en Daniel. Pero me debatía entre mis dos hemisferios: uno me decía que diera tiempo a la pareja, que eso era lo mejor que podría hacer para aclararme; el otro, en cambio, me obligaba a

no hacer nada, a fluir y hacer las cosas como hasta ahora. El problema lo tenía en elegir a quién hacerle caso: si al tiempo o al destino.

—Me has ayudado mucho —agradecí sonriendo.

—Bufff... —bufó vibrando sus labios—, ¿qué harías tú sin mí?

Encogí los hombros y respondí:

—Estar más perdida en la vida. —Y reí entre dientes.

Lorena se levantó, dejó la taza en el fregadero y se dejó caer de nuevo sobre la silla mientras revisaba las últimas publicaciones de su Instagram sobre la mesa.

Yo me roía las uñas al mismo tiempo que me ocupaba en darle vueltas a mi debate interno. No me dio tiempo a pensar mucho. En cuanto Lorena terminó de ver su teléfono, lo guardó y me sacó conversación.

Hablábamos de todo. Me había hablado sobre los problemas que estaba teniendo con sus vecinos de rellano. Al parecer, los anteriores inquilinos se habían mudado a Valladolid y ahora debía compartir descansillo con una pareja de ingleses que no sabían ni dar los buenos días en español. Me expresaba su resentimiento por los nuevos vecinos. Al parecer, no le gustaba sentir que se había mudado a un barrio del centro de Londres sin apenas haberse movido de Lavapiés.

Y no lo decía por fobia a los extranjeros, sino por la falta de ganas de levantarse envuelta en un hedor a grasas y calorías vacías proveniente del beicon, los huevos fritos y las salchichas que los inglesitos tenían por costumbre desayunar cada mañana.

—¡Me apestan el rellano! —aulló molesta aprovechando que sus quejidos no se podían colar entre los tabiques—. Y se ponen a fumar en el balcón cuando yo estoy tomando el sol. —Gruñó y entrelazó los brazos al mismo tiempo que formaba arrugas en el entrecejo al arrugarlo.

—¿Les has enseñado a usar el extractor?

Rio forzadamente mientras me dedicaba una mueca de que reflejaba la obviedad de su negación.

—No saben ni saludarme sin decir *hello*... Estoy como para darles una *masterclass* de electrodomésticos.

No pude contener la risa, que salió como un tosido sordo.

—Déjales un diccionario sobre el felpudo —sugerí entre risas.

—Me lo lanzarían a la cara. Son muy suyos.

Hice un mohín de insatisfacción que llegó acompañado de una torcida de boca.

—Pues invítalos a un té con pastas...

—¡Ni de coña! —Contrajo la boca y carcajeó a medias tintas—. Son gente súper rara. Tienen unos cincuenta años los dos. Él es uno de esos londinenses con sombrero, pelo blanco y bigote. De voz ronca y gafas redondas con montura estampada de leopardo. Aún viste de pana y cubre sus pies con mocasines apretados que, supongo, dificultan la circulación. Ella es la típica anciana de pelo frondoso, ondulado y de color hueso que aún insiste en maquillarse cual *femme fatale* de los años 20. Acentúa sus puntos de luz y dulcifica sus facciones mientras resalta sus labios de un bello e intensificado carmín que mancha el filtro de su cigarro. Lleva vestidos de estampados florales que cubre bajo una gabardina beige. Dos lágrimas le cuelgan de los agujeros de sus orejas y no termina de decidirse entre el uso de manoletinias o merceditas.

La miré, asombrada por aquella detallada descripción que había conseguido que imaginase al matrimonio en mi cabeza. Ahora comprendía por qué solo hablaban inglés. No llegaba a entender qué les había hecho venirse a España, pero allá cada cual con sus gustos y destinos de dinero.

—Entonces, un té con pastas será una bienvenida más que perfecta. —Y reí para

complementar mi matización.

—¡No me gustan esas bromas! ¿Tú sabes lo que es oler a beicon todo el puto día?

—¿Y cómo que con su edad desayunan beicon con huevos fritos? Se les van a taponar las arterias...

—Lo que tienen taponada es la Mepamsa. No sé si es que no les chupa o que les da miedo usarla por si los succiona.

—Siempre puedes hacer un bufé continental en tu salón. De ocho a diez, desayuno cinco estrellas con lo mejor de la gastronomía mediterránea —sugerí con tono de comercial.

—¿Y me lo pagas tú?

—¡Que aporten ellos! Los bufés se abonan por el consumidor.

—¡Paso! Con lo nacionalistas que son, seguro que ni han convertido las libras a euros.

Arrugué la frente y sostuve la vista en sus ojos.

—De todas formas, te quejas de vicio, ¿eh? —Lorena arqueó una ceja obligándome a explicarle por qué—. Siempre estás diciendo que no viajas, que llevas años sin salir de España. Pues ya no es necesario que te vayas, tienes a los de Londres pared con pared.

Asintió con la cabeza torcida dándome la razón. No llamaría a su timbre. No porque le diera vergüenza, sino porque sabía lo justo y necesario para salir a comprar el pan y pagar sin que le cobren céntimos de más.

—¿Os apetece venir a casa? —sugirió alegre, como si no fuera a tener otra idea parecida en lo que quedaba de año.

Asentí. Hacía mucho que no iba a verla y no veía por qué no.

Prometió llamar a las chicas y organizar una quedada para los próximos días. Y así se quedó todo: con una cita marcada a rojo en el calendario para la próxima semana y con mi mente un poco más despejada de dudas, aunque aún le quedaba unos pasos para terminar de ver a Daniel como el resto de parejas se veían entre ellas.

15

FRÁGILES

Había pasado buena parte de la mañana hablando con una tía mía que vivía desde hace una década en la costa este de los Estados Unidos. Comenzó viviendo con sus dos hijos y su marido en un piso a desnivel en quinta avenida. Después, con el paso de los años, terminaron mudándose a una gran casa de dos plantas, de esas de película estadounidense, pintada en beige con tejas de color pizarra; situada en Mendham, a pocos kilómetros de la ciudad de Nueva York.

Nos pusimos al día sobre un montón de asuntos: cumpleaños, su venida a España, recordamos nuestras videollamadas cuando el confinamiento del **COVID**, aquella nochebuena en la que no pudieron venir por las restricciones y pusimos cientos de planes de futuro sobre la mesa que, lo más probable, es que ninguno llegase a fructificar.

Recibí la tarde enviando y recibiendo wasaps de Daniel. No iba a negar que me dejaron mal sabor de boca. Lo notaba distante, como si algo nos comenzase a separar. Me extrañó. Llevábamos poco tiempo hablando. No me había dado tiempo a cagarla, por eso no comprendía su asperidad gramatical.

Georgina

Llevo toda la mañana pensando en ti.

¿Qué haces?

He quedado luego con las chicas, no sé si me dará tiempo a llamarte.

Dani

Poca cosa.

Me bombardean con trabajo.

Estoy un poco hartito de todo.

Pásalo bien con tus amigas.

No te preocupes si no me llamas.

Georgina

¡Sí!

Sí me preocupo si no te llamo.

Quiero pasar tiempo contigo.

¿Tú no?

Dani

¡Claro que sí!

¿Acaso me pones en duda?

JA JA JA.

Georgina

No lo hago.
¿Por qué iba a hacerlo?
JA JA JA.

Dani

No sé.
Me voy a poner a trabajar.
Luego hablamos.

No se había preocupado ni siquiera en decirme, al menos, un *te quiero*. Ese tipo de cosas, algunas sin importancia para el resto de los mortales, a mí se me clavaban como estacas en el pecho y no me dejaban respirar. Me agobiaba que estuviera mal, me agobiaba que pusiera en duda mi amor hacia él, me agobiaba decir algo y que él pensase que fuera mentira... Me agobiaba un poco la situación, para resumir. Pero lo quería. Lo quería mucho. Y no quería perderlo.

Me levanté a por una taza de café que me tranquilizase un poco después de la hora que había intercambiado mensajes con él. Todavía me quedaban muchos sin leer de amigos y familiares que se preocupaban por mí, pero preferí ignorarlos por el momento y responderlos cuando el fantasma de la duda no aletease sobre mi cabeza.

Me senté sobre el ordenador. Tenía un nuevo mensaje de Daniel que pasó al cajón de la ignorancia junto con el resto. Abrí el manuscrito que tenía a medias y traté de avanzar algunas páginas que autobiografié con todo lo que me había pasado con Daniel en la última semana.

Conseguí rellenar dos capítulos y veinticinco páginas que, junto con todo lo anterior, ya casi alcanzaban las doscientas.

Dos horas después de que echase a un lado el móvil para escribir sin distracciones, accedí a WhatsApp para leer todos esos mensajes que aguardaban en la bandeja de entrada desde hacía horas.

Sonia

Oye, necesito ayuda sentimental.
¿Podrías ayudarme con una cosa?
Es sobre Xavi y yo.
Escribeme cuando puedas, porfi.
Te quiero.

No quise darle mucha importancia, pero me dolía que mis amigas se molestaran en recordarme lo mucho que me querían en cada mensaje, mientras que otros lo olvidaban o no consideraran oportuno enviarlo.

Axel

Acabo de hablar con Andrea.
Me ha dicho que no diga nada, pero resulta que tiene problemas con su novio o algo así.
Si quieres más información, llámame, cotilla. Que sé lo mucho que te gustan estas cosas
JEJE.

Elena

Acabo de enterarme de que vais a hacer una fiesta en casa de Lorena.
Me parece muy fuerte que a mí no me hayáis invitado.
Esta os la guardo.
Por cierto, ¿puedo ir?
:3

Carla

He retrasado la fecha de entrada en el hotel de Oporto.
Imagino que me pagaréis la penalización, ¿no?
Os recuerdo que lo he retrasado por vosotras, así que a ver si os rascáis un poco el bolsillo.
Nos vemos en casa de Lorena (son setenta y seis euros, preparad el dinero).

Dani

Perdona por cómo te he hablado antes.
Estaba agobiado.
No te lo merecías.
Lláname y así escuchas mi voz suplicando tu perdón.
Te quiero, Georgina.

Me ocupé en responder uno a uno todos los mensajes. Estuve un cuarto de hora para despacharlos todos, pero al final lo conseguí. Hice un poco de énfasis en el de Daniel. Necesitaba leer esos mensajes desde hacía tiempo. Habían conseguido despejarme un poco más las dudas que me asaltaban y a las que se habían sumado las de hoy. Pero ya podía, por fin, respirar tranquila.

Cuando ya creía tener todos los mensajes despachados, una notificación emergió en la pantalla. Era mi madre. Me proponía ir a comer a su casa. Hacía tiempo que no me pasaba a verlos. Desde que me mudé, todo había cambiado mucho. Vivíamos lejos, yo no tenía coche, estaba metida en el trabajo (que estaba mal que lo pusiera como excusa cuando me lo dieron hace dos semanas)... En fin, que era un cúmulo de cosas las que me imposibilitaban hacerles una visita de vez en cuando.

Echaba de menos su cocina. No había vuelto a comer tan bien desde que me fui de casa con aires de emanciparme y vivir la vida adulta independiente que, después de conocerla, tanto odiaba. Mi mano culinaria era más bien nula y, de vez en cuando, me entraba mono de alguno de sus guisos.

Le respondí que, algún momento de la semana que viene, pasaría a verlos, que no se preocupasen. Tenía que organizarme la agenda para compaginar el trabajo, con las salidas con Daniel, con la quedada con mis amigas y, ahora, con la comida con mis padres.

Entretenida con unos y otros, terminé mi café y, por primera vez en el día, me tumbé en el sofá a ver alguna serie sin que nadie me incordiará. A eso me refería cuando decía que disfrutaba más de mi soledad que de las relaciones públicas.

Así pasé toda la tarde: pasando tiempo conmigo misma y tomándome el respiro que tanto necesitaba.

16

BÚSCAME

Desperté en medio de un cacao mental que llevaba tiempo rondándome la cabeza. Aún no había sido capaz de aclararme del todo en cuanto a sentimientos se trataba, aunque me pareciese una persona terriblemente cariñosa de la que me había enamorado a primera vista.

Había pasado media mañana, hasta que me decidí a irme para coger el tren que me dejase en casa de Lorena, dándole vueltas a la cabeza y pensando en si los sentimientos que tenía hacia Daniel eran reales o, simplemente, eran otro de mis parches para olvidarme de mi primer amor.

Me enfundé unas mallas de cuero negro que combiné con una camiseta roja holgada que me cogí en un mercadillo de mi pueblo y que, desde hacía cinco años, formaba parte de las perchas de mi armario. Cogí unas deportivas con las que me calcé los pies y, tras pintar mis labios de la forma más chapucera que jamás había hecho, salí de casa hacia la parada del Metro.

Ocho paradas y un trasbordo después, llegué a Delicias. Me perdí entre las calles del barrio de Atocha hasta que llegué a una gran casa de fachada blanca y remates negros de obra nueva. Entré al portal y subí cinco pisos por escaleras hasta que llegué al rellano de Lucía. Había dos puertas. Una era la de mi amiga y, la otra, la de sus vecinos nuevos.

Llamé al timbre y, a los pocos segundos, me recibió con una copa de vino blanco de la mano.

—¡¡Georgina!! —exclamó ilusionada al verme aguardando sobre su felpudo.

—¿Soy la última?

Negó con la cabeza.

—Falta Carla.

Entré al interior de la casa y, una vez que cerró la puerta, objeté:

—Pues tampoco huele tan mal.

—Porque hace tiempo del desayuno... Tendrías que haber venido a las ocho de la mañana...

Reí con una pedorreta. Después, entré al salón. Allí estaban Andrea y Sonia. No quise imaginar todo el tiempo que llevarían esperando a que viniera, pero me tranquilizaba saber que Carla aún no había llegado y que yo no era la tardona de turno.

Cuando me senté en el sofá, antes de que me diera tiempo a saludar, el timbre sonó de nuevo. Lorena abrió y una voz masculina la saludó. Al poco tiempo, la chica entró acompañada de Axel. No esperábamos su llegada, pero tampoco nos opusimos a su estancia.

Nos saludó en un tono cordial al que respondimos con la misma cortesía. Se sentó al lado de Lorena que, a su vez, ocupó el sitio vacío que había a la derecha de Andrea.

—No pensé que fuerais a venir tantos... —admitió Lorena mientras bebía de un vaso de Coca-Cola que tenía sobre la mesa.

—En los momentos difíciles —continuó Axel—, es donde se demuestran los amigos de verdad.

Lo miró con desdén.

—Eso no es tuyo...

—¡Claro que no! Pero nunca me lo he apropiado. —Y guiñó el ojo.

—Oye —interrumpí—, ¿podemos conocer a tus vecinos los de Londres?

Lorena me miró y, sacudiendo la cabeza, negó sin posibilidad a negociaciones.

—¿Qué vecinos? —preguntó Sonia, que parecía no haberse enterado de los nuevos inquilinos del quinto A.

—Un matrimonio londinense —explicó Lorena— que acaba de mudarse al piso de al lado.

—Y la molesta porque le atufan el rellano —añadí.

—¡Ay! —aulló Andrea mientras se levantaba eufórica del sofá y se dirigía galopando hacia la puerta—. Yo quiero conocerlos.

—¡Ni de coña!

Lorena se levantó tras ella para tratar de detenerla. Sin embargo, Andrea ya llamaba al timbre cuando Lorena la alcanzó.

—No seas borde... —susurró.

—¿Borde yo? —Andrea se hizo la ofendida mientras aguardaba mirando a la puerta.

A Lorena le dio por mirar hacia atrás para vernos al resto junto al marco de la puerta, sin traspasar su umbral, expectantes de cómo se resolvía todo.

—Yo, esto, no lo veo —me objetó Sonia al oído.

Tras varios segundos en los que dedujimos que el matrimonio inglés no estaba en casa, la señora, metida en un vestido de algodón negro con patrones florales, nos recibió a los cinco.

—¡Hola, señora! —saludó Andrea poniendo en vergüenza a su amiga, que esperaba sobre el felpudo a su izquierda.

—Hi. *Who are you?*

Y en un muy marcado acento inglés, nos saludó.

—*I am Andrea* —a ella el acento le brillaba por su ausencia—, *she is Lorena and they are my friends.*

Apreté los dientes, deseando salir de aquella bochornosa situación lo antes posible. Estuve a punto de fingir que tenía imperiosa necesidad de ir al baño, o ausentarme con la excusa de que tenía la boca seca y necesitaba un vaso de agua. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera con tal de no seguir allí deseando que la tierra me engullera.

—*Nice to meet you* —continuó la mujer—. *I am miss Brown.* —Se presentó con su dulce tono por el que no pasaban los años.

Le preguntaron el porqué de su mudanza a España, por sus años, sus planes de futuro e, incluso, Lorena se presentó ante ellos formalmente como su vecina (por lo que supuse que era la primera vez que se veían mutuamente).

También aprovechó para mencionar, entre un cachondeo bastante evidente, el maravilloso olor mañanero que se colaba en su casa y la hacía creer que amanecía en uno de los apartamentos que flanqueaban King's Road.

Después de diez minutos de vergüenza ajena en los que la señora Brown acabó de nosotros hasta el mismísimo coño, volvimos a encerrarnos en casa y continuamos con la tertulia.

—¿Qué tal con Daniel, Georgina? —curioseó con un tono sensual Sonia.

—Bastante bien, gracias. —Guiñé un ojo e ignoré el rumbo de la conversación.

—Tenía dudas —chivó Lorena, a lo que reaccioné con una de mis miradas que crucificaban al recibirlas.

—¿Dudas? —Andrea parecía no haberse dado cuenta de la incomodidad que me producía aquella conversación.

—¿Os importaría que hablásemos de otra cosa?

Todos, al unísono, me dedicaron una mirada condescendiente que cambió el rumbo del diálogo.

—¿Cómo te va en el amor, Axel? —indagó Andrea.

Él se encogió de hombros y respondió lo primero que se le vino a la mente.

—Bien, sin más...

—¿Y la Harley esa con la que salías? —interrogué.

—Ya no salgo con ella. Bueno, nunca salí con ella —corrigió tras la traición de su subconsciente.

—¿Y eso? Si no hacías otra cosa que publicarla en Instagram.

—¡Como amiga! —matizó entre aullidos.

—Como lo que sea —continuó Sonia en un alarde de saber más—, pero la subías.

Axel bufó, hastiado y reprimiendo sus impulsos para no mandarnos a la mierda.

—¡Que sí! —voznó—. Que la subía.

Arqueó fugazmente las cejas y se cruzó de brazos, dejándose caer sobre el respaldo del sofá.

El silencio volvió a nosotros, acompañándonos durante todo el rato que nadie se animó a romperlo.

Después, estuvimos navegando entre diferentes temas de conversación. Opinamos sobre los nuevos vecinos de Lorena y lo que nos habían parecido, volvimos a la novia fantasma de Axel, preguntaron otra vez sobre Daniel, Andrea lloró porque su novio no la hacía todo el caso que necesitaba... Y, así, con un sinfín de temas más que nos ocuparon una hora y media de tiempo en el que criticamos más que otra cosa.

Entre tema y tema, Carla había llegado por fin a la casa. Se excusó diciendo que no la encontraba porque no salía en Google Maps (algo que desmentimos después de que Andrea sacase su móvil para el ejemplo). Nada más entrar, se sentó en el sofá, informó de que no tenía nada que contar y permaneció a la escucha de nuestros dramas.

—¿Nadie tiene nada que contar? —preguntó Lorena, que comenzaba a aburrirse por culpa de la monotonía temática que teníamos.

—Yo estoy hasta los cojones —declaré pensando que serviría.

—¿Y eso? —inquirió Carla que, de vez en cuando, preguntaba.

—¡Porque no llego con la editorial! Tengo que sacar la semana que viene el manuscrito que no he terminado aún...

—¿Y qué pasa si no lo entregas a tiempo? —curioseó Axel.

—¡Que me retiran el adelanto! —declaré acongojada—. Y el problema es que ya me lo he gastado.

Me dedicaron ráfagas de miradas piadosas que llegaban a mí convertidas en una.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Andrea preocupada.

—Encerrarme en el iMac y escribir como una posesa...

—¿Y con Dani?

Miré a Carla con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa con Dani?

—Me ha contado Lorena que tenías dudas...

Volví a crucificarla con la mirada.

—¡Lo siento! —se exculpó dando por finalizado el problema—. Es que me puede el cotilleo.

—¿Se lo has contado a alguien más? ¿O ya se te ha calmado el complejo ese de Belén Esteban que tienes? —argüí molesta.

—¡Te juro que a nadie más!

—Bueno —interrumpió Carla, ansiosa—, ¿qué te ha pasado?

—¡Nada! ¡No me ha pasado nada!

Puse los ojos en blanco antes de que la chica volviese a intervenir.

—Sí, te pasa algo. Estás a la defensiva...

—¡No me pasa nada! —exclamé molesta—. ¡Me pasa lo que me tiene que pasar! Las típicas dudas iniciales.

—Esas dudas no las hemos tenido los demás... —añadió Axel, que se disponía a abrir su segunda cerveza.

—¿Tú qué coño sabes? —inquirió Alicia haciendo un mohín de desdén.

—Aunque no lo creas —siguió Axel—, yo también he tenido pareja.

—Pero muy pocas.

—¡Las que sean! ¡Pero las he tenido!

Enarqué fugazmente las cejas para exteriorizar un reproche mudo.

Acto seguido, me levanté del sofá y me acerqué hasta el mueble bar que se encontraba a la derecha de la televisión. Cogí una botella de ginebra y se la lancé a Lorena. Sirvió un poco de líquido en una copa de balón y lo mezcló con una lata de tónica rosa.

—¿Alguien quiere?

Andrea asintió y, tras echarse, la compartió con Sonia. Yo seguía abstemia. Siempre había contado aquella anécdota de la vez que bebí y, por poco, casi acabé en urgencias. Decidí, desde entonces, no volver a probar una sola gota de alcohol y, por ahora, cumplo con el regimiento.

—¿Cuál fue esa vez en la que tuviste novia? —inquirí con la extrañeza reflejándose en mi tono.

Axel me miró y, aunque prefiriese no dar ningún detalle que luego pudiese ser utilizado en su contra, comenzó:

—Estuve con una de mi pueblo. Duramos dos semanas, lo justo y necesario para liarnos tres veces y no llegar a la cama.

—¡Pero eso no es tener novia! —reprochó Carla—. Eso es un lío de una semana.

—Podría definirse como calentón —añadió Sonia, que había bebido ya un cuarto de copa.

—¿Calentón? —Axel parecía indignado—. ¿Qué sabes tú de calentón?

—¡Perdona! —interrumpió ella—. Pero yo llevo con mi novio dos años.

—Y lleváis dos meses a hostias —aclaré.

Sonia torció los labios antes de añadir.

—Eso no cuenta.

—Cuenta lo que tú dices, ¿no? —reprendí resuelta.

—¡No! Pero es que siempre os quedáis en los peores detalles. Os eclipsan dos meses por dos años.

—Discúlpame por esto que te voy a decir —avisó Andrea—, pero esa relación está destinada a caer por su propio peso... Y no tardando mucho.

Sonia frunció el ceño. Se notaba que estaba irritada y que nuestros azotes de realidad le habían molestado.

—¡Pues no me da la gana aceptarlo!

—Dejemos que el tiempo resuelva por sí solo... —interrumpí.

—¡Eso! —zanjó Sonia pretendiendo que la conversación se alejara de su relación.

De nuevo, hablamos de otros mil temas más. Nos pusimos al día con la última hora de uno de nuestros amigos que, supuestamente, tenía un romance con otra amiga nuestra. Hablamos

también de lo ahogada que estaba Lorena con la hipoteca y de lo mal que llegaba a fin de mes, nos metimos en política, salimos de ella, nos metimos en las efímeras relaciones sentimentales de una de las amigas de Carla y volvimos a salir de ellas... Y así hasta que llegaron las diez de la noche y pude abandonar la casa.

Nos despedimos de Lorena, le agradecemos la invitación y anduve durante unos cinco minutos hasta la boca del Metro. Me lo había pasado bien, siempre lo hacía con ellas. Además, me habían dado una idea para poder despejarme las pocas dudas que aún me quedaban con Daniel. Solo me quedaba conseguir doscientos euros, pero a cambio tendría uno de los mejores planazos que jamás había pensado (que ni siquiera lo había pensado yo, pero me veía con el derecho de apropiármelo).

¿Quién no ha oído hablar alguna vez de Trivago? Pues ahí me tiré toda la mañana. Entre clics y llamadas telefónicas, consumí dos horas de mi tiempo que, si todo saliese como tenía pensado, iban a estar perfectamente invertidas en algo que esperaba que Daniel valorase.

Llamé a siete hoteles, comparé cuatro vuelos y revisé guías *online* que me enseñasen aquellas zonas de encanto de la ciudad que reservaba.

Después del trabajo, Dani se ofreció a acompañarme a casa. Le repetí varias veces que no hacía falta, que ya me llevaría el Metro, pero hizo hincapié en que llegaríamos antes en su coche de alta gama.

Tras varios minutos de disputa, accedí a que me acompañase a sabiendas de que aquello no iba a terminar allí.

Y efectivamente, no acabó ahí.

Aparcó y subió conmigo a casa. Se tiró en el sofá y me pidió tomar una cerveza antes de marcharse a dormir. Aparecí con dos botellines, uno por mano, y comenzamos a beberlos mientras él se entretenía en analizar la decoración que lo rodeaba.

—No conocía otra cosa más que el dormitorio y la cocina...

Reí para tratar de salir del mar de vergüenza al que me había empujado.

—¿Y qué te gusta más? ¿El dormitorio, la cocina o el salón?

Torció el morro, succionó el líquido que quedaba dentro del botellín y respondió:

—Me quedo con el dormitorio. —Y rio mientras compartíamos miradas.

Eran lascivas. Presentía que íbamos a volver a caer, que nos levantaríamos del sofá y nos dejaríamos caer sobre la cama, que iba a revivir aquella experiencia nefasta que prefería olvidar y que me sumiría de nuevo en el pozo de las dudas.

Pero no apartamos la mirada el uno del otro. Seguimos comiéndonos con las pupilas, envolviéndonos en esa espiral libidinosa de la que no queríamos salir. Me hacía volar, me removía el alma y despertaba a las mariposas de su letargo eterno.

Daniel me transmitía una paz que mi ex no me había sido capaz de dar. Con él estaba a gusto, con él sentía que todo fluía como siempre había deseado. Llevaba mucho tiempo buscando una persona como él. Alguien que me tratase como me merezco, alguien que quisiera pasar tiempo conmigo, alguien al que pudiera llamar casa... En definitiva, alguien que fuera mi medio yo.

—Podríamos volver a conocerlo... —propuse con un tono sexi que le daba un poco más de verdad a mis palabras.

—Sabes que no podrías hacerlo... —Me sonrió, frustrado, dándose cuenta de que quizá solo lo decía para calentarlo.

Posé mi mano sobre su rodilla y fui subiéndola lentamente hasta colarla por debajo de su camisa. Noté cómo despertaban sus jadeos, haciendo que remolinos de aire impactaran contra mi mente. Enloquecía su razón y me enloquecía a mí misma.

—Georgina... —exhaló entre jadeos.

—¿Qué pasa?

—No... —Jadeaba, sin ser capaz de pronunciar más de dos palabras seguidas—. No sé si esto es buena idea...

Focalicé en sus labios.

Tenía sed de él. Deseaba tenerlo dentro de mí, volver a sentarme a horcajadas sobre su hombría, revolvernos juntos entre las sábanas y perdernos entre gemidos ahogados.

Lentamente, fui recortando la distancia que el sofá dejaba entre nosotros. Daniel dejó la cerveza sobre la mesa baja del centro del salón y unió nuestros labios, que llevaban tiempo deseándose en silencio.

Se centró en mi labio superior y comenzó a comerme mientras sorbía. De vez en cuando, despojándose de la timidez que volvía a sobrevolar sobre nosotros y a quien me hubiera gustado rociar con Baygon, metía la lengua, cohibiéndose de hacerlo de forma exagerada.

Mi boca se convirtió en cobijo de dos almas, que compartían su amor desenfrenadamente después de días de abstinencia sexual. Las dudas se habían disipado de mí. Estaba más liberada. Había perdido toda la inhibición que tenía en nuestro último intercambio sexual.

Subí la mano que tenía libre hasta su cabeza y encerré sus cabellos entre los huecos que había entre mis dedos al mismo tiempo que entrelazaba mi lengua con la suya, lamiendo cada centímetro de su boca y saboreando el cielo que tenía ante mis ojos.

Continuaba con la mano bajo su camisa. Notaba el calor que rezumaba su piel. Estaba erizado, sus pelos se clavaban en mí. Subí la mano aún más para clavarla en sus pectorales. Me recibió con un quejido ahogado que detuvo el beso y que perforó mis tímpanos en una asonancia que moriría por escuchar en bucle.

Daniel subió a mis piernas y se sentó sobre ellas. No pude resistir mucho más en aquella posición y ambos caímos sobre el sofá. Lo tenía sobre mí, revolviendo mis cabellos y tejiendo una red con nuestras lenguas, que aleaban en libertad en nuestras bocas.

—¿Te acuerdas cómo se llegaba al dormitorio? —pregunté mientras me asfixiaba en jadeos.

Sin dejar de besarme, asintió agitando verticalmente la cabeza.

Después, me rodeó con sus brazos y me empujó con él para ayudarme a levantar del sofá. Entre besos y cegados por la excitación, conseguimos llegar exitosamente hasta los pies de mi cama.

Me despegué por un momento de él. Me miró los labios, yo hice lo mismo con los suyos antes de subir la cabeza hasta sus ojos. Acto seguido, me empujó contra el colchón y se vino hacia mí.

Continuamos navegando en el océano de nuestros besos mientras me entretenía en desabrochar los botones de su camisa. Él me ayudaba al verme incapaz de centrarme en sacar los botones del ojal y despojarlo de su prenda. Después, Dani agarró el voladizo de mi vestido y lo subió hacia arriba, dejando a mis pechos ocultos tras aquel sujetador de encaje negro que compré en un mercadillo de mi pueblo.

Poco a poco, Dani fue bajando por mi garganta mientras me dejaba un reguero de besos que me cosquilleaban y me obligaban a sacar fuerzas para no reír. Descendió hasta mis pechos y los besó por encima de la lencería. Yo cerré los ojos, dejándome llevar por el río de saliva que iba dejando por mi cuerpo. Gemía, jadeaba, me ahogaba, vivía... ¡Sí! ¡Vivía!

Por fin, después de mucho tiempo, volvía a vivir de nuevo. Llevaba muchos años encerrada en cuatro paredes no haciendo otra cosa más que teclear y leer. Y no estaba harta de ello, ni mucho menos, pero sentía la necesidad de salir por ahí y volar de nuevo. Desatarme de todo lo que me aferraba a mis libros, a mi trabajo, a la monotonía de mi vida y volver a disfrutar como lo

hacía hasta antes de que firmase con la editorial aquellos diez libros en tres años.

Daniel subió las manos hasta el borde de mi sujetador y, con un sutil tirón descendente, dejó mis pechos al descubierto. Cazó uno con sus labios y lo relamió disfrutándolo. Enarqué la espalda cuando sentí su lengua rozar mi pezón. Mi respiración se hacía cada vez más lenta y pesada. Me sentía envuelta en una nube mientras Daniel jugueteaba con mis senos.

Noté sus manos rozando mi vientre, haciendo pequeños círculos alrededor de mi ombligo. Quise agarrarlas, pero él me clavó las manos contra el colchón, impidiéndome mover.

Reanudó el andar de sus dedos y los condujo hasta mi pelvis, donde aguardaba un templo al que me costaba llevar visitas. Me consumí el alma en gemidos cuando eludió mi ropa interior y se coló en aquel santuario femenino que llevaba tiempo aguardando a puerta cerrada.

Dejó mis senos disfrutando de su soledad y continuó con su desfile de besos a lo largo de mi abdomen hasta llegar a donde se encontraban sus manos. Me arrancó la lencería y me la deslizó por los muslos hasta la altura de mis rodillas.

Mientras dibujaba círculos alrededor del clítoris, aprovechaba para succionar mis labios inferiores. El vello se me erizaba y la razón se me enloquecía, robándome el cabal y tejiéndome un mar de orgasmos en el que me asfixiaba. Encorvé la espalda y agarré su cabeza con una mano para tratar de sofocar el éxtasis que me azotaba. El placer se acrecentaba y me era imposible aminorarlo.

Contuve un grito que se acabó perdiendo en mi garganta. Me encogí de nuevo y Dani subió hasta mi boca. Focalizó de nuevo en mis labios y se entretuvo relamiendo mi lengua mientras yo la anudaba con la suya.

Le bajé los pantalones hasta las rodillas y él se dedicó a deshacerse de ellos por completo. Los dejó caer a los pies del colchón y, después, se entretuvo de nuevo con mis pechos.

Descendí la mano hasta su creciente erección y comencé a masajearla con sutiles movimientos verticales que, por sus gemidos, supuse que lo excitaban. Abrí el cajón de mi mesilla de noche y saqué de un paquete de preservativos, uno de ellos para dárselo a Daniel.

Él lo abrió y lo desenrolló a lo largo de su virilidad. Antes de que pudiera darme cuenta, un quejido ahogado salió de mi garganta al notar cómo se introducía en mí. Comenzó con movimientos suaves que me elevaban por completo. Llevé las manos hasta sus caderas y, de ahí, las descendí hasta aferrarme a sus nalgas.

Clavé mis yemas en ellas y las empujé hacia mí. Las embestidas de Daniel se hacían cada vez más fuertes y violentas. Apreté mis dedos haciendo que de la boca del chico huyesen pequeños gritos a los que no pude identificar el sentimiento.

Lo aferré a mí mientras él me embestía cada vez con más fuerza. Cada vez que lo hacía, me hundía contra el colchón. Creía, incluso, que este ya tendría mi marca de todas las veces que me había clavado contra él.

Subí las manos deslizándolas por su espalda y me aferré a ella. Notaba su piel, erizada, manantial vivo de sudor, clavándose en mis dedos. Volví a apretarlo contra mí mientras gemía sumida en el orgasmo.

Finalmente, jadeantes y debilitados por la batalla que tenía lugar entre mis sábanas, ambos terminamos rápido, deshaciéndonos de todo lo que habíamos vivido los minutos antes.

Daniel cayó abatido a mi izquierda, sobre el colchón y con la mirada perdida en el techo. Posó su mano derecha sobre mi pecho, rozando de nuevo a mis senos sin permitirme recuperarme del asalto.

Pasé la mano por la almohada hasta acariciar sus cabellos, que yacían desordenados por las acometidas. Me perdí en ellos y me dejé llevar.

De vez en cuando, le dedicaba pequeñas miradas fugaces que terminaban perdidas en algún punto de su cuerpo. Lo examinaba de arriba abajo y lo acompañé con pequeñas sonrisas que gritaban todo aquello que me dejaba en el tintero.

Me ladeé hacia él y, explorando los surcos de sus pupilas, murmuré:

—¿Qué tal?

Él aún resoplaba por la boca, fatigado, sin tener la capacidad de moverse.

—Bien... —zumbó expulsando el aire que guardaba en la garganta.

—Necesitaba esto...

Por primera vez, ladeó la cabeza y me sonrió. Noté cómo se me derretía el alma, que sucumbía a sus encantos sin poderse resistir. Era mi hechicero, aquel que me revolvía sin que fuese capaz de escapar.

—Creo que te estoy empezando a querer... —admití entre susurros.

Él me miró frunciendo el ceño.

—¿Crees?

Reí y asentí agitando la cabeza. Después, devolví la mirada al techo y me perdí entre la infinidad del blanco de la pintura.

—Me encantaría tener un futuro contigo —confesé.

—A mí también...

Sonrió y se aproximó hasta el borde de mis labios. Me abordó y juntó nuestras comisuras mientras su lengua comenzaba a vagar por todos los rincones de mi boca. Encerré su cabeza entre mis manos y continué con el beso al mismo tiempo que acariciaba sus sienes.

Estuvimos un rato tendidos y envueltos sobre las sábanas. Volvimos a acariciarnos, a retozarnos y a sucumbir ante los vapores sexuales. Estuvimos a punto de hacerlo de nuevo hasta en tres ocasiones diferentes, pero la fuerza de voluntad que resurgía cuando le apetecía me impidió hacerlo.

Nos vestimos de nuevo, estiré las sábanas y lo acompañé hasta la entrada. Sabía que no podía quedarse. Mañana tendría que madrugar y suponía que aún no se veía preparado para quedarse a dormir a mi lado.

—¿Mañana nos vemos? —preguntó con una pequeña preocupación en el tono.

Asentí con la cabeza, sonriente, antes de volver a grabar con saliva sus labios.

Nos recordamos lo mucho que nos queríamos y me guardé otro de sus besos entre la juntura de mi boca. Cerré la puerta, triste y despidiéndome con la mano. Después, me metí de nuevo en casa y me dejé caer sobre el sofá observando el botellín de cerveza del que bebía Daniel reposando sobre el cristal de la mesa.

18

A TU VERA

A la mañana siguiente, desperté con la ausencia de Daniel, pero con su olor aún impregnado entre los hilos de mi almohada. Todo seguía oliendo a él y me entristecía el no poder abrazarlo como me gustaría.

Remoloneé entre las sábanas hasta pasado el mediodía. Después, me decidí a encender el ordenador para ponerme al día con el libro y con las relaciones interpersonales. La bandeja de mi mail resaltaba uno que había entrado hacía escasos cuarenta minutos. Hice clic en él y comencé a leer mentalmente.

De: IBIS Hotel Sevilla

Para: Georgina Velázquez

Asunto: Confirmación de reserva

Señorita Velázquez:

nos ponemos en contacto con usted a fin de confirmarle que su reserva, solicitada entre el lunes 17 de agosto y el viernes 21 de agosto, ha sido aprobada con éxito.

Le informamos que, a su llegada, deberá abonar los 95 euros que quedan de la reserva más diez euros de resguardo por huésped que, sin incidentes reseñables, serán devueltos al fin de su estancia en nuestras instalaciones.

Le informamos también de que su habitación estará disponible a partir de las 12.00 horas y que deberán abandonarla antes de las 14.00 horas del último día de su reserva.

Sin otro particular, le deseamos una buena estancia en nuestro centro.

Un saludo,

Equipo IBIS Sevilla

Una sonrisa se esbozó en mi rostro. Ahora sí. Había conseguido lo que quería desde que comencé a mirar en todas las páginas de reserva de hoteles que encontré por internet. Había comparado cientos de precios para conseguir el mejor para dos personas que quisieran quedarse cinco noches en la capital andaluza.

Aún no le había dicho nada a Daniel. Prefería que fuera una sorpresa, algo que decirle dos horas antes de que saliera el vuelo. Quería hacer algo que recordáramos de por vida. Algo que me quitara las dudas, que me hiciera vivir un momento inolvidable a su lado y que le despejara del estrés del trabajo.

No me arriesgaba a que me dijera que no. Había cogido los billetes en su tiempo de vacaciones y sabía que esa semana no había ningún evento agendado en su planificación mensual.

Mi cabeza ya idealizaba la escena que ocurriría en el rellano de su casa. Algo así como un «Dani, haz las maletas. Nos vamos una semana a Sevilla», o quizá un «¿tienes las maletas hechas? Nos está esperando el taxi para llevarnos al aeropuerto». Sabía que la situación no ocurriría así y que es probable que ni siquiera se le asemejase, pero quería ir con la ilusión premeditada a fin de evitar la improvisación.

Bajo el correo de confirmación de reserva del hotel, había otro de la aerolínea resaltado en negrita que llegó a mi bandeja hacía ya tres días, cuando me decidí a comprar los billetes, pero que aún aguardaba esperando a ser leído.

De: IBERIA

Para: Georgina Velázquez

Asunto: Confirmación de reserva

Su reserva se ha realizado correctamente. Por favor, compruebe a continuación que los datos de viajeros son correctos. Si no lo fueran, póngase en contacto inmediatamente con nuestro servicio de atención al cliente:

PASAJERO 1

Nombre: Georgina Velázquez

Origen/Destino: MAD (Aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas)-SVQ (Aeropuerto de Sevilla-San Pablo)

Salida y llegada: 17 de agosto, 11.30 - 21 de agosto, 18.30

PASAJERO 2

Nombre: Daniel Andrade

Origen/Destino: MAD (Aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas)-SVQ (Aeropuerto de Sevilla-San Pablo)

Salida y llegada: 17 de agosto, 11.30 - 21 de agosto, 18.30

Gracias por confiar en nosotros.
Grupo IBERIA.

Imprimí los billetes en la impresora que tenía en el borde derecho del escritorio y los guardé grapados en un cajón para que, si se volviera a repetir, Daniel no los localizara.

Estaba muy ilusionada. Creo que jamás había estado así. El calendario aún marcaba 8 de agosto, pero en mi mente no se dibujaba la idea de que aún nos separaba más de una semana del viaje. Yo ya me imaginaba sosteniendo mi maleta y la mano de Daniel junto a la puerta de embarque lista para vivir el que quizá fuera uno de los mejores viajes que haría jamás.

Por el entonces, no pude hacer otra cosa que rebufar, dejarme caer sobre el respaldo de la silla de escritorio y plasmar las últimas ideas que venían a mí en las hojas en blanco de un libro que aún tenía a medias.

Desperté pensando en qué estaría haciendo. En mi habitación estábamos solos yo y el reloj, que me acompañaba con el sonido del segundero al avanzar. Me deshice de las sábanas como pude y me enjuagué la cara en el lavabo para terminar de desperezarme.

Había quedado con Santiago a las doce de la mañana y ya solo me separaba una hora. Íbamos a ir a tomar algo por ahí, como lo hacíamos antes de que entrase a trabajar en la revista. Él presumía de ser mi mejor amigo y yo presumía de ser el suyo. Éramos uña y carne. Llevábamos juntos desde el instituto y nada ni nadie nos había separado aún.

Habíamos tenido nuestros tira y afloja, como es lógico, pero nada había conseguido separarnos todavía.

Me metí dentro de unos vaqueros ceñidos de color negro que, después de quitarme cuatro kilos de encima, por fin me entraban de nuevo. Cubrí mi torso con una camiseta azul de manga corta y calcé unas deportivas blancas.

Llegué al centro comercial veinte minutos antes de la hora en la que habíamos quedado. Tenía que pasar por varias tiendas para renovarme un poco el fondo de armario, que hacía meses que no destinaba dinero para él.

Pasé por tres tiendas diferentes en las que desenfundé la tarjeta tan solo una vez. Mi adquisición fue una chaqueta vaquera de color negro y unas chancas con estampado de palmeras sobre un fondo amarillo pastel.

Me dirigí después a una de las terrazas interiores que tenía el sitio. Al poco, pude ver a Santi acercándose hacia mí. Llegaba casi un cuarto de hora tarde, pero lo compensó invitándome a la primera ronda.

—¡Qué sorpresa! —exclamó nada más verme—. La verdad es que no esperaba que me llamasess para quedar.

Reí entre dientes mientras llamaba la atención de uno de los camareros alzando la mano. Santi decidió pasar el encuentro bebiendo una Coca-Cola. Me pareció buena idea y bebí yo también.

—¿Hay algo que me tengas que contar? —preguntó pegándole el primer sorbo al vaso.

Me rasqué la sien mientras la imagen de Georgina se me venía a la mente.

—Bueno... —Suspiré—. Algo hay.

—¡Dale!

—Resulta que, hace un mes, vino una chica nueva a la redacción...

—¡Y te la has tirado!

—¡No! —Puse los ojos en blanco resaltando su inmadurez.

—¿Entonces?

—¡Déjame contártelo sin que me interrumpas! —prorrumpí enfadado.

—Adelante.

Resollé y proseguí con la historia.

—Resulta que nos hemos ido conociendo poco a poco y... —Pensé dos veces en aquello que quería decir antes de concluir—. Estamos saliendo.

Sonreí para restarle formalidad.

Supuse que le costaba digerir la noticia. Estaba pasando un *shock* del que esperaba que se recuperase pronto.

—¿Puedes decirme dónde está la verdad? No la encuentro —inquirió con el tono sarcástico que lo identificaba de vez en cuando.

—¡Todo es verdad! —aullé ofendido—. Me he enamorado de ella y quiero pasar mi vida junto a ella.

Santi arqueó una de las cejas y estrelló toda su incompreensión contra mí.

—¿Por qué no me crees? —indagué molesto.

—Me cuesta hacerlo. Como te gusta tanto llevarte a la gente a la cama...

—¡No me gusta llevarme a la gente a la cama!

—¡Te encanta llevarte a gente a la cama!

—Pues ahora me he enamorado —sentencié—. ¿Hay algún problema?

—No. Ninguno. —Recortó distancia, cambió el tono por uno más sensual y continuó—: ¿Tenemos foto de la susodicha?

Enarqué las cejas, irritado, mientras le dedicaba algunos mohines insatisfechos.

—¡Pues no! No tenemos foto de la susodicha.

—¡Joder! ¡Vaya novio!

Volví a crucificarlo con la mirada mientras me entretenía en consumir a sorbos el líquido que quedaba en el interior del vaso.

—Estaba pensando en presentártela —informé—, pero se me están quitando las ganas...

A Santi le comió la ilusión por conocer a Georgina. Sentía que quería hacerlo ya, sin querer dejar al tiempo pasar. A mí, en cambio, aún me parecía pronto. Lo había pensado, pero no estaba preparado para hacer que se conocieran.

Siempre he sido de presentar cosas consolidadas y no un romance de un mes que no sabemos cómo terminaría. Así fue como se lo expliqué a Santi. Le costó hacerlo, pero finalmente comprendió por qué no le presentaría a Georgina inmediatamente.

—Lo único que quiero es que seas feliz. —Me sonrió y con eso zanjó la conversación.

Después, estuvimos cambiando de tema constantemente. Llevábamos mucho tiempo sin vernos y nos teníamos que poner al día de muchas cosas.

—He encontrado trabajo —informó con la sonrisa dibujada en su rostro.

Me alegré por él y le pregunté de qué se trataba.

—Me han contratado en el Burger King.

Lo contó exudando orgullo.

—¿Ese es tu trabajo?

Asintió con la cabeza y fingí alegrarme. No quería desprestigiarlo, ni a él ni a su trabajo, pero sentía que tenía preparación de sobra para no estancarse sirviendo hamburguesas.

—No te ha hecho mucha ilusión —sentenció.

—¡Sí! —mentí—. Lo que pasa es que no me esperaba que me dijeras que

trabajabas ahí.

—Llevo cuatro meses, pero he firmado por un año.

—¡Tendré que ir a verte, entonces! —Y guiñé el ojo.

—Cuando quieras. Allí te espero. —Y me lo guiñó él también.

Terminamos las bebidas, pagó la primera ronda y mitad de la segunda, y nos marchamos del lugar.

No había podido quitarme a Georgina de la cabeza. Necesitaba estar con ella a todas horas. ¿Se le podía llamar a eso amor? No lo sé. Quizá estaba más enamorado de lo que pensaba. Lo único que sabía era que, ahora, solo me apetecía estar con ella, abrazarla, besarla, sentirla y decirle lo mucho que la quiero.

20

OTRA PIEL

Pasé la tarde escribiendo e ignorando mensajes que bombardeaban mi teléfono. Uno de ellos era el de mi editor. Me recordaba que antes del jueves (estábamos a martes) tenía que tener el manuscrito en su ordenador para que fuera revisado, corregido y puesto a punto para su publicación en septiembre.

Quería terminarlo antes de irme a Sevilla, pero ahora dudaba de que pudiera tenerlo listo en dos días. Ya tenía escritas doscientas setenta y ocho páginas. El problema era que la editorial me exigía un mínimo de cuatrocientas cincuenta y, a menos que no hiciera una cosa en las cuarenta y ocho horas que tenía por delante, lo veía un hito imposible de cumplir.

Georgina

Acabo de leer tu mensaje, Manuel.

Tengo un bloqueo bastante grande que arrastro desde hace semanas.
Sé que me vais a decir que no, pero ¿podemos aplazar la entrega del libro hasta septiembre?
Quizá así me da tiempo a llegar, aunque sea, a las trescientas páginas.
¡Un besito!

Me respondió al poco tiempo. Tiempo que aproveché para avanzar hasta las doscientas ochenta páginas.

Manuel

¡Joe, Georgina!

Llevamos con esto desde abril.

Necesito sacar ya tu novela.

Pero te entiendo. Sé que vives estresada. Así que voy a dejar que te aires un tiempo.

Te prorrogo la entrega hasta mediados de septiembre.

Hasta entonces, vive, despreocúpate y deja el estrés a un lado.

Estaba enfadado, lo sabía. Aunque prefería ser condescendiente, por dentro ardía en llamas y quería acabar con mi existencia. Le agradecí su comprensión y le prometí que tendría el manuscrito en su mail el primer día de septiembre.

Me deslicé dentro de un vestido de lunares blancos estampados sobre un fondo rojo. Había quedado con las chicas para salir de fiesta. Llevábamos tiempo sin hacerlo y aprovechamos el día en el que todas librábamos para salir a festejar no sabía muy bien qué.

Mañana yo no trabajaba y el viernes era mi último día antes de que me cogiera las vacaciones.

Calcé unos *stiletto* del mismo color que el vestido y arranqué del soporte uno de mis pintalabios con el que me teñí de granate los labios. Acentué mis facciones, eliminé mis granos, me deshice de los puntos negros y resalté mis pestañas con un rímel negro que me regalaron por

mi último cumpleaños.

Me veía radiante. Tenía un brillo en los ojos y me resplandecía la cara. Podría compararme con una Barbie perfectamente diseñada para ser el amor platónico de un Ken al que no necesitaba seguir buscando.

Llegué hasta una discoteca situada en el barrio de la Latina. No había gente esperando fuera para entrar, por lo que solo necesité enseñar el carnet de identidad para que me autorizasen el ingreso.

Entre la música atronadora y los focos deslumbrantes, me era casi imposible orientarme con claridad. La pista estaba atestada de gente. Todos bailaban entre ellos. Algunos pocos, contados con los dedos de una mano, aprovechaban para enredar su lengua con la de su pareja en medio de todo el mundo. La gran mayoría de esos estaban en los reservados, pero un puñado de ellos, que imaginé que no conocerían la vergüenza, lo hacían en medio del gentío.

En una esquina de la barra, localicé a mis amigas. Mi espejo me había jurado ser la más guapa de la fiesta, pero los vestidos de las chicas me demostraban lo contrario.

Me acerqué pesadamente hacia ellas. Al llegar, me apoyé en la barra y saludé.

—Ya veo que os encanta esperarme... —Eso era a lo que llamaba saludo.

—¡Georgina! —vociferó Lorena al verme.

—Me habéis dejado sola —reproché indignada.

—Es que teníamos prisa por salir —se escudó Sonia—. Luego nos pillan atascos y llegamos cuando estén a punto de cerrar.

Les dediqué una mueca de insatisfacción con la que supuse que habían comprendido que ese no era motivo para haberme dejado tirada a mi propio destino.

Pedí una Coca-Cola sola, sin ninguna gota de alcohol. Un acto que me costó varias miradas menospreciantes.

—¡Chicas! —clamó Andrea, que acababa de llegar acompañada de dos hombres de unos treinta que habían sido perfectamente modelados en un gimnasio—. Os presento a Unai y a Marc.

Las tres saludamos al unísono y, después, lo hicieron ellos con un par de besos en cada mejilla.

—Es un placer —continuó Unai, que hacía que se me cayese la baba al verlo.

Georgina, tienes novio.

No tendría que ser necesario, pero mi yo interior me lo recordaba para que lo tuviera presente.

—¿Cuántos años tenéis? —preguntó Sonia, que también se olvidó de su novio por completo.

—Treinta y dos —informó Unai.

—Y veintiocho —siguió Marc.

Las cuatro nos miramos.

Estaba mal decirlo, pero nos habían gustado a todas. Y me parecía mal que lo hubieran hecho conmigo. Estaba enamorada de Daniel, solo quería estar con él, y por eso me jodió que me gustasen. No por no poder hacer nada con ellos, que también, sino porque sentía que se me iba la fidelidad por el desagüe sin que yo pudiera hacer nada por retenerla.

—¿En qué trabajáis? —pregunté indiscreta mientras le pegaba un sorbo a través de la pajita a mi bebida.

—Yo soy ingeniero de telecomunicaciones —respondió Marc.

Lo miré como si me hubiera enamorado aún más. Daniel se colaba en mis pensamientos y no podía dejar de pensar en él. Me sentía culpable y estuve a punto de dejar el vaso sobre la barra

y marcharme por donde había venido.

—Yo trabajo en bolsa. Soy bróker.

Le dediqué una mueca sonriente a Unai que, a mi parecer, era un poco más guapo que Marc.

Tenía el pelo negro, cortado a tazón sobre la frente y se fusionaba con una barba de tres días que le cubría la mitad inferior del rostro. Al lado de la boca, en la barbilla, tenía un lunar que le dotaba de una sensualidad superior a la de su amigo. Colgando de su oreja derecha, caía un pendiente metalizado con la forma de una cruz. Sus labios carnosos me invitaban a lanzarme en plancha a ellos sin pensar en nada ni en nadie.

Marc, en cambio, tenía el pelo rubio. Era como un oleaje enarbolado sobre su cabeza. Llegaba a rozar su frente y la tapaba parcialmente. Tenía los ojos de un color marrón intenso que se clareaba con la luz. Su piel era fina, tersa y suave. Sus labios eran más carnosos que los de Unai y estaban ligeramente humedecidos. Su rostro no lo cubrían barbas ni lo adornaban pendientes. Era perfecto sin ornamentos ni parafernalias. Era él. Y era un Adonis complicado de encontrar por ahí.

Unai estaba de vacaciones en Madrid visitando a unos amigos, al igual que Marc. Él tampoco era de aquí. Como Unai, estaba visitando a los amigos que tenía compartidos con el chico.

—¿Y tú? —me preguntó Marc con su voz suave que me fundía el alma.

Lo miré, sonriente, buscando en mi interior las palabras que consiguieran responder a su pregunta.

—Yo soy redactora en una revista de corazón.

Ambos se sorprendieron. Lorena interrumpió para matizar:

—Pero, en realidad, es novelista erótica.

Vi en sus rostros los esfuerzos por aguantar la risa. Supuse que les había sorprendido que me dedicase a escribir y vender sexo como si fuera una productora porno. Eso era lo que pensaba la gente y, por ende, lo que deduje que pensaron ellos.

—¡Romántica! —suavicé sabiendo que mis libros tiraban más a lo erótico que a lo romántico.

—A mí, personalmente —prosiguió Unai—, me encanta la novela romántica. Desde que leí *En los zapatos de Valeria*, no he podido dejar de leer libros románticos. Te transportan a un mundo en el que al amor es perfecto y maravilloso.

Asentí con la cabeza mientras apretaba los labios. Aún no sabía si era un bienqueda o si, por el contrario, lo decía de verdad.

—Yo soy más de cine y series —informó Marc, a quien la lectura lo había apartado de la conversación.

—Tiene serie —añadió su amigo.

Él se encogió de hombros para evitar responder.

Acto seguido, ambos me esquivaron y se sumaron a la ronda de consumiciones que engordaban una cuenta de la que desconocía el pagador.

—¿Os quedáis mucho tiempo en Madrid? —Poco tiempo tardaron en salir a relucir las dotes amatorias de Sonia.

Ellos cruzaron miradas y, finalmente, fue Marc quien respondió.

—Hasta finales de agosto. Después, cada mochuelo a su olivo.

—¿Y no os viene mejor un viaje a la playa en estas fechas? —inquirió Lucía, que invocó las risas en las bocas de los chicos.

—Yo soy de Huelva.

—Yo de Barcelona.

—Estamos acostumbrados a la playa.

Y volvieron a reír a la vez.

—Yo me voy la semana que viene a Andalucía —informé, haciendo que las miradas de mis tres amigas se volvieran a mí.

Se me había olvidado que no había contado nada por eso de mantener la poca privacidad que me quedaba.

—¿Cómo que te vas a Andalucía? —Andrea fue la primera en comenzar con el interrogatorio que quería haber ocultado.

Me mordí la lengua y apreté los labios en un intento por dejar de soltar información innecesaria por la boca.

—¿Cuándo pensabas contárnoslo? —siguió Lorena, que parecía indignada por haberse enterado allí.

—Os dije que tenía algo pensado para hacer con Daniel.

—¡Sí! —interrumpió Sonia—. Pero pensé que te referías a una escapada a la Warner o un paseo por el Retiro.

Reí nerviosa con una carcajada forzada que creyeron que emití de verdad.

—Nos vamos cinco días a Sevilla. La semana que viene, el lunes.

Todos se cruzaron miradas entre ellos. Estaban desconcertados, pero querían fingir que les enorgullecía escuchar que tenía un viaje cercano.

—Podríais venir a mi casa —sugirió Unai, que creía que no se había enterado de que el viaje lo hacía con mi novio.

—Si te hubiera conocido antes...

Él me miró, dúctil y con ligera condescendencia reflejándose en su tono.

Pensé en un «la pena es que nos hayamos conocido hoy». Y estuve a punto de decirlo, pero volví a pensar en Daniel. No llegaba a entender por qué me pasaba aquello. Unai me gustaba, sí, por supuesto, pero sentía que tenía que serle fiel a mis principios y a quien es mi actual pareja.

Pensé en si la semana en Sevilla ayudase a acercarme un poco más a Daniel y olvidarme de otros hombres. No hay otra cosa mejor para formar un vínculo estable con tu pareja que pasando tiempo con ella. Yo solo esperaba que, así, se me disipasen las dudas con respecto a mi relación, a Daniel y a los deseos a otros hombres.

—¿Tienes Instagram, Georgina? —preguntó Unai dejando entrever por la abertura de sus labios su impecable dentadura.

Quise asentir, pero, por vigésima vez en lo que llevábamos de conversación, el pensar en Daniel me impidió hacerlo. Comenzaba a plantearme que, si tenía sentimientos por otros hombres, quizá sería porque no quiero a Dani como sentía que debía quererlo.

Y me preocupé. Lo hice más por él que por mí. Sentía que él sí estaba enamorado de mí tanto como yo tendría que estarlo de él. Al igual que también sentía que, si seguía fingiendo quererlo tantísimo, acabaría jugando con sus sentimientos y no era lo que quería hacer.

¿Entonces? ¿Debía darnos un tiempo? ¿Debía esperar a ver lo que ocurriese en Sevilla? ¿Quizá había sido mala idea ir a la discoteca? ¿O tal vez necesitaba venir para darme cuenta de que estoy viviendo una farsa?

No lo sabía. Estaba confusa y me dolía el creer que podría utilizarlo.

—Sí —admití—, pero no lo uso.

Y con eso comprendió que no se lo iba a dar.

—Si no os importa —interrumpí tras meditarlo un par de veces mientras la culpa me comía

—, me voy a ir a mi casa.

—¿Ya? —Lucía frunció el ceño y se refugió en su bebida.

—Sí. Me están esperando en casa —mentí, pero no tendría otra salida que no fuera camuflando la realidad.

—¿Quieres que te acompañe? —propuso Unai, algo para lo que no tendría remilgos en decirle que no.

Cruzamos miradas. Miradas que asentían, que verbalizaban en silencio lo que no me atrevía a decirle. Miradas que rezaban enmudecidas, que proclamaban su verdad y que se comían entre ellas. Miradas que, no tan en el fondo, querían seguir conectadas de por vida, sin separarse, confesándose calladas y amándose a gritos. Miradas que eclipsaban, que ensombrecían, que se empequeñecían en público y se magnificaban en privado. Miradas que deseaba que algún día, aunque el presente nos lo impidiese, se unieran eternamente y se profesaran todo aquello que ahora les era imposible profesar.

—No te preocupes, Unai. No hace falta. El autobús pasará dentro de poco.

Sabía que no lo haría hasta dentro de tres cuartos de hora, pero no quería molestarlo, no ahora. Mi única preocupación debía ser Daniel, y no quería que nadie se entrometiese entre nosotros.

—Tengo el coche ahí. El autobús tardará. Será mejor que te acompañe. —Sonrió e hizo un amago de agarrar mi mano.

Entrelacé nuestros dedos. No podría resistirme mucho más, sabía que no acabaría bien, que no tendría otra escapatoria, que no me dejaría ir en transporte público y que, por mucho que dijera que no, terminaría subiéndome en su coche.

Me despedí de mis amigas y de Marc y me dejé llevar por las manos del chico.

Al salir fuera, el calor nocturno de agosto nos recibió abofeteándonos la cara. Una pequeña brisa agitaba mi pelo y el de Unai.

El chico me dedicaba pequeñas miradas que contenían una lujuria comedida que prefería que se perdiese en la intimidad de la noche. Caminamos por las desérticas calles de la capital hasta que llegamos a su coche. Era un Seat Ateca último modelo pintado en un verde metalizado que, jugando con la luz, podría convertirse en un azul turquesa.

Me subí al asiento del copiloto y él se hizo cargo de la conducción.

Detuvo el coche frente al portal de mi casa. Le di las gracias por acompañarme, esperó a que entrara en el edificio y desapareció entre la oscuridad de la noche.

Lo cierto es que me bajé del coche con cierta desavenencia. Nada que no hubiera sentido en medio de la discoteca, pero ahora en mayor medida. Me costaba controlarlo y no quería enamorarme de otro, no ahora. Quería seguir disfrutando de Daniel, seguir enamorándome de él, vivir la vida juntos y olvidarme de amores que aparecen en un destello que termina por fundirse en un hueco del alma.

21

CAOS

Salí del ascensor con cierta circunspección. Conseguí enfocar el rellano cuando deduje a Daniel sentado sobre el felpudo revisando su teléfono.

—¿Qué haces? —pregunté comedida, escapando del asombro que me bañaba.

Él se incorporó, se refregó las rodillas y me sostuvo la mirada esperando a que uno de los dos comenzase a hablar.

—¿Dónde estabas? —curioseó. Quizá preocupado, quizá inquieto, o tal vez solo me controlaba.

—Había quedado con mis amigas.

—¿Un martes? ¿Mañana no trabajas?

Negué con la cabeza mientras me acercaba a la cerradura para abrir la puerta.

Ambos accedimos al interior de la casa. Él se deslizó lánguidamente para caer repanchingado sobre el sofá. Yo me dediqué a llenar un vaso de agua con el que aparecí en el salón.

—Aún no me has explicado qué haces aquí —inquirí con un tono seco.

—Me apetecía verte.

—¿A estas horas?

Él agitó la cabeza para asentir.

—Necesitaba estar contigo. He tenido un día un poco... —e hizo una pausa para pensar—, complicado.

Fruncí el ceño y me acuclillé a su lado.

—¿Ha pasado algo en el trabajo?

Suspiró mientras elevaba la vista hacia el techo.

Posé la mano sobre su rodilla para calmarlo y la acaricié con el pulgar.

—¿Qué no me puedes decir? —pregunté en un tono bastante más emotivo.

—Nada, no ha pasado nada. —Y me sonrió.

—Sí, algo ha pasado. No estarías así si no hubiera pasado nada...

—Déjalo, Georgina. No ha sido culpa tuya.

Por un momento pensé que se había dado cuenta de que Unai me había acompañado a casa.

—¿Pero ha sido con tu jefe o algo?

—No, con una compañera de trabajo. Estaba rematando una noticia y me ha acusado de robarle sus fuentes.

Volví a arrugar la frente.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Da igual por qué. Solo me apetecía verte.

—No quiero verte así.

—No pasa nada. —Sonrió—. Me contento.

Reí y caí sobre su regazo. Noté su olor. Él me transmitía una paz tan maravillosa como indescriptible. Pasó su brazo por mi pelo y, agarrando un mechón, me comenzó a acariciar.

—¿En serio has ido a la discoteca? —indagó con la voz un poco más alegre.

Asentí como pude. Él apoyó la cabeza sobre el respaldo del sofá y allí nos quedamos un rato hasta que rompió el silencio.

—¿Alguna novedad con tus amigas?

Reí, avergonzada.

—Ninguna. Siguen como siempre.

—Nunca me las has presentado.

—¿Quieres que lo haga?

Encogió los hombros antes de añadir:

—Como quieras. Cuando tú te sientas cómoda.

—Ya estoy cómoda.

—¿Para presentarme a ellas como tu novio formal?

—Para presentarte al mundo como mi novio formal —reconocí.

Noté cómo sonreía. Lo acompañaba con una pequeña risa que me había generado un escalofrío que me azuzó por completo.

Estuvimos en esa posición hasta que el reloj marcó las dos de la mañana. Daniel creyó que era hora de marcharse a casa. Lo obligué a quedarse conmigo, pero se excusó con que tendría que trabajar el día siguiente y no quería dormir en casa ajena. No por ahora.

No me quedó otra que aceptar su despedida y resignarme a acompañarlo hasta la puerta. Antes de marcharse, dejó un beso impregnado en mis labios y me prometió volverme a ver el viernes, para lo que aún quedaban tres días.

Corrí al balcón. Estaba a oscuras. Disfrutaba de aquellos momentos de intimidad. Me sentía tremendamente feliz yo, sola, en medio de la oscuridad...

En el balcón, pegada contra el cristal que lo separaba del salón, tenía una pequeña mesa de madera con dos sillas a juego a cada uno de los lados. Sobre ella yacía un paquete de tabaco. No fumaba, lo sé, pero había veces en las que la única manera de evasión que llegaba a mi vida era a través de un cigarro.

Lo agarré y saqué un pitillo que sujeté entre mis labios. Lo encendí y comencé a darle caladas mientras la brisa que recorría la calle me revolvía el pelo.

Las aceras estaban desérticas. De vez en cuando pasaba algún que otro taxi, pero no solían ser frecuentes. Conseguí abstraerme y no pensar en nada por un momento. No quería seguir dándole vueltas al tema de Unai. Mi relación con Daniel comenzaba a pender de un hilo, era evidente, pero quizá aquella frase que me decía mi madre de pequeña de que el amor era cariño, comprensión y paciencia, tendría que salir a relucir ahora.

Una melodía me sacó del viaje astral en el que me encontraba. Dejé el cigarro consumirse solo sobre un cenicero que reposaba junto a la cajetilla y me metí en el salón para agarrar mi teléfono.

Por un momento pensé que fuera Unai. Quizá me diría que se lo había pasado muy bien, que le había encantado mi presencia y que se moría de ganas de volverme a ver. Nada mal si el fantasma de la pareja no rondase en mi vida.

También pensé que fuera Daniel para darme las buenas noches y desearme que soñara con los angelitos. Era común en él los mensajes a medianoche deseándome un sueño placentero y sin incidentes.

Ojeé desde arriba la pantalla antes de coger el teléfono y asegurarlo entre mis manos cuando vi que era Andrea la que necesitaba ayuda a aquellas horas.

Pensé que habrían salido ya de la discoteca. Fue un pensamiento que duró poco en mi mente cuando caí en que mañana ninguna de ellas trabajaba. Descolgué el teléfono cuando mis pies

habían devuelto sus pisadas al suelo del balcón y yo ya aguardaba apoyada en la barandilla con el cigarro humeando entre los dedos índice y corazón de mi mano derecha.

—¿Sí? —contesté dándole pie a que contase todo lo que me quisiera decir.

—¿Qué tal el viajecito con el dandi?

No pude evitar soltar una carcajada.

—Se ha portado muy bien. Estuvimos callados todo el viaje. Yo no me atreví a romper el silencio, él no se atrevió a mejorarlo, así que optamos por enmudecer.

—¿Y después?

—Subí a casa y me encontré a Daniel sentado sobre el felpudo, esperándome. —Un silencio se adueñó de la conversación durante varios segundos—. ¿Andrea? —pregunté cerciorándome de que no me había colgado.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

Asentí con la cabeza, como si pudiera verme, mientras le pegaba otra calada al cigarro.

—¿Y qué has hecho? —cuestionó sorprendida.

—Lo he invitado a pasar a casa, hemos estado hablando. Se marchó hace dos minutos.

De nuevo, el silencio llegó para acompañarnos un rato.

—El problema es que sigo con dudas —seguí—. Y después de haber visto a Unai, ahora tengo más.

Un suspiro golpeó en mi oído tras ser emitido por el auricular.

—¿Y qué vas a hacer con él?

—¿Con Unai o con Daniel?

—Con Daniel. Te recuerdo que tienes un viaje juntos programado para dentro de poco...

Entonces, fui yo la que suspiró. Subí la mirada al cielo y me perdí en el negro. Habían vuelto las dudas, que tampoco se habían ido nunca, pero ahora estaban más presentes que nunca.

—No me agobies —reproché terminando el cigarro y apagándolo frotándolo contra el cenicero.

—Sí, sí te agobio, porque Daniel te quiere y tú estás...

Enarqué las cejas esperando que terminase la frase.

—¿Estoy...?

—¡Estás a punto de tirarte a Unai!

Bufé, fingiendo que aquellos deseos eran mentira.

—Tengo mucha fuerza de voluntad para saberme controlar...

—¡No te lo crees ni tú!

—Quiero a Daniel —reproché—, quiero estar con él, quiero tenerlo, abrazarlo, decirle lo mucho que lo quiero, vivir ese viaje juntos... Y, sobre todo, dejar a Unai como un amigo.

—Georgina... —comenzó Andrea como un presagio a su réplica.

—¿Qué?

Suspiró de nuevo. Estuve a punto de encenderme otro cigarrillo, pero me contuve y roí mis uñas (que es otra guarrada, pero un poco menos insalubre).

—Sabes que no conseguirás hacerlo. Terminarás cayendo en los brazos de Unai. Si no es por ti, será por su culpa, pero lo harás.

—¡No lo haré!

—Habrás que verlo —apostó.

—Ya te he dicho que quiero a Daniel y no voy a estar con nadie que no sea él.

—Espero que lo cumplas.

Resollé por última vez antes de concluir la conversación.

—Lo haré. —Y guiñé un ojo al aire.

Aquella no fue una noche que me gustase tener para el recuerdo. Había reinado una incomodidad en mí que me mantuvo despierta hasta las cuatro y media de la mañana. No diré que mi sueño fue inducido de forma natural, quizá el Orfidal que me tomé a eso de las cuatro y cuarto ayudó un poco a regularme los ciclos circadianos.

No podía parar de pensar en todo lo que me había pasado el día anterior y todas las cosas que había agravado. No volví a saber nada de Daniel desde que se fue de casa y me dio las buenas noches. Unai tampoco había sacado tiempo para llamarme, algo que casi prefería que no hiciera.

Tampoco toqué el móvil en los veinte minutos posteriores a mi despertar. Tenía varios wasaps de las chicas donde me exigían todos los detalles que enmudecí en la discoteca y que, por razones más que obvias, iban a seguir silenciados.

Esa era la intención hasta que un zumbido agudo que se prolongó por unos segundos me ensordeció. Me acerqué a la puerta, abrí y me encontré a Andrea, Lorena y Carla (que aún no había retomado sus vacaciones) esperando a ser abiertas al otro lado.

—¡Sorpresa! —exclamaron al unísono.

—¿Qué hacéis aquí? —Me froté los ojos para quitarme las legañas que aún los cubrían.

—Carla —informó Lorena—, que ha pensado que lo mejor sería hacerte una visita.

—¿Y tiene que ser ahora? —pregunté confusa tratando de enfocar.

—¿Qué más te da? —Y Andrea lo dijo llegando a la cocina.

Se dejó caer sobre uno de los taburetes que estaban pegados a la mesa y esperó a que yo llegara.

—¿Sigues con dudas? —comenzó Carla.

—Sí, y se han acrecentado.

Carla frunció el ceño, no llegando a comprender por qué se lo decía. Finalmente, en un alarde de informar de todos los detalles de los que Carla no se había enterado, Lorena comenzó a narrar:

—Ayer estuvimos en una discoteca y Andrea nos presentó a dos chicos...

—¡Unai y Marc! —interrumpió ella.

—¡Eso! —Después, continuó—: Resulta que, uno de esos chicos...

—¡Unai! —añadió Andrea.

—Unai... acompañó Georgina a casa. Y lo que pasó después, te lo puede contar ella.

Carla me dedicó un mohín de asombro en el que se intuía lo que creía que pasó después.

—¿Te lo has...?

—¡No! —negué resuelta alzando la voz—. Simplemente llegué a casa y me encontré a Daniel en el felpudo. Y eso fue...

La chica no respondió al instante. Tenía que digerir lo que acababa de contarle. Tampoco pretendía que ella digiriese en segundos lo que yo no había digerido en horas.

—Y, encima —concluyó Andrea irrumpiendo en sus pensamientos—, se van a ir a Sevilla juntos.

—¿Unai y Georgina?

—¡No! Daniel y Georgina.

Ahora sí, Carla me penetró con la mirada. Me sentía incómoda con sus ojos clavándose en los míos, pero no podía hacer más que resignarme y callar.

—¿Y por qué no se lo dices a Daniel?

—¡¿Estás tonta?! —aullé imaginando lo que ocurriría al contárselo.

—Vamos a ver —cortó Lorena, que había cambiado el tono por uno más serio—, ¿tú estás enamorada de Daniel?

Aquella pregunta se respondía en milésimas de segundo. En el amor no había que pensar, pero yo lo hice. Me tomé mi tiempo, pensé detenidamente qué responder, un indicio de que algo no iba del todo bien.

—Sí... —respondí afligida, haciendo que tres muecas de insatisfacción se encontrasen en mi rostro.

—¿Seguro? —inquirió Andrea mientras engullía una galleta que me había robado de un cajón.

—¡Sí! —Esta vez lo dije en un tono más alegre, quizá para tratar de autoconvencerme de que sí lo hacía—. ¡Claro que lo quiero! —E intenté disipar las dudas.

—Si lo quisieras, no tendrías estos problemas —resolvió Lorena.

Y pensé que quizá tendría razón. No se puede fantasear con otros hombres cuando quieres al tuyo. Pero ¿y si no lo quería? ¿Y si todo fuera una cortina de humo para ocultar mis vacíos internos? ¿Y si solo lo deseaba para calmar mi sed sexual en un par de encontronazos sin importancia?

Bufé y me enredé la mano en el pelo.

—No lo sé, Lorena... —Bajé la cabeza encontrándome con la mesa y me perdí entre el cristal.

—¿Tienes curiosidad por probar a Unai? —preguntó Carla con un tono sensualizado.

Torcí los labios para evitar responder algo que pudiera ser utilizado en mi contra.

—¡Eso es que sí! ¡Pues Pruébalo! —ordenó—. No pasa nada por tener una canita al aire.

—¡No! —bramó Andrea—. ¡Es que ni se te ocurra! A menos que quieras mandar tu relación al garete, claro.

Mordí mis labios entre ellos para retener las palabras en mi boca. Tenía una dualidad a la que no esperaba enfrentarme. No me gustaba estar así. Dani ha sido la persona de la que siempre me he querido enamorar.

Era atento, cariñoso, te trataba como la deidad más importante del mundo, tenía un físico escultural y un sentido del humor del que pocas personas gozaban. Era todo lo que pedía en un chico.

En cuanto a Unai, él iba un poco por la misma línea que Dani. No me había dado tiempo a conocerlo, obvio. Solo podía fijarme en el físico, y eso era lo que menos me gustaba. No quería cambiar a un hombre sentimentalmente maravilloso por un hombre que, de momento, solo me atraía físicamente.

—Yo creo que hay que ser imbécil para quedarse con Unai —objetó Lorena.

—Yo pienso lo mismo —añadió Andrea—. A Unai lo conoces de una noche. No te ha dado tiempo a desenvolverlo para ver lo que hay dentro de su físico de modelo.

Rasqué de nuevo mi cabeza y me apoyé sobre el brazo al mismo tiempo que me masajeara la coronilla.

—Georgina —concluyó Carla mientras me subía el mentón para cruzar miradas—, nosotras

te podemos asesorar todo lo que quieras, pero tú eres la única que puede tomar una decisión. Hagas lo que hagas, te apoyaremos. Hagas lo que hagas, estate preparada para asumir las consecuencias.

Las tres se miraron entre ellas y asintieron con la cabeza.

Ahora me tocaba elegir a mí. ¿Debía optar por vivir una historia de amor con un hombre que me quería o tal vez debía decantarme por probar a Unai y salir de dudas de una vez por todas?

Bufé.

23

EN OTRA PARTE

Me desperté con los sentimientos encontrados y envuelta en un torbellino emocional del que no me recuperé pronto. Eran las ocho de la mañana de un diecisiete de agosto que había estado esperando mucho tiempo. Ante mí tenía cinco días que me esperaba que ayudasen a aclararme todas esas dudas que habían rondado en mi mente desde que conocí a Daniel.

Les echaba la culpa a las inseguridades. No debería hacerlo, porque había tenido tiempo más que de sobra para superarlas, pero eran las culpables de que no hubiera terminado de ver con claridad mi relación con Daniel, al igual que lo eran en cuanto a mis vaivenes sentimentales que estaban a punto de empujarme en brazos de otro hombre.

Me deshice de las sábanas y llamé a un taxi que esperaba acicalándome en el baño. Pinté mis labios, perfilé mis pestañas, marqué mis mejillas, me deshice del nido que se había formado en mi pelo y eliminé una gran cantidad de los puntos negros que poblaban mi nariz. Quería estar completamente perfecta para Daniel y creo que lo conseguí.

Me metí en unos pantalones grises de un chándal que adquirí en un mercadillo y cubrí mi torso con un top blanco que escondí bajo una camiseta del mismo tejido y color que el pantalón.

El taxi finalmente llamó al telefonillo y lo recibí con un «ya bajo» que me hizo darme cuenta de que ya no había vuelta atrás. Cogí mi Samsonite rosa, la bajé como pude hasta la calle y la subí al maletero del vehículo con ayuda del conductor. Subí al asiento trasero, le di la dirección de la casa de Daniel y comenzamos a circular por las solitarias calles madrileñas mientras me revolvía en nervios.

Eran nervios bonitos, de esos que tienes cuando sientes que vas a hacer algo que te da mucha ilusión, pero que te hacen pasar un mal rato. Así estaba yo.

Llegamos a casa de Daniel, bajé mi maleta del maletero y llamé al interfono de su casa para poder acceder a su domicilio. Preferí dejar la maleta en el portal para evitar volver a cargar con ella durante decenas de escalones.

Llegué a su casa, llamé al timbre y me recibió con un pijama que no había conseguido ver anteriormente y que le hacía verse sexi y ligeramente infantil.

Me hizo un examen visual de arriba abajo antes de saludar:

—¿Ha pasado algo?

Reí, lo aparté del hueco de la puerta y pasé al interior de su casa. Hacía mucho mejor que en la calle. Quizá diez o quince grados menos. Y se agradecían. Se agradecían mucho.

—Sí. Haz tu maleta —ordené—. Nos vamos de viaje.

Me dedicó un mohín de incompreensión que cacé al vuelo y que interpreté como una sorpresa que no esperaba.

—¿No te hace ilusión? —inquirí enarcando las cejas.

—¿Adónde nos vamos?

Rebusqué en mi pequeño bolso el sobre que contenía los billetes para el avión. Lo saqué y le di uno para que revisara el destino. En cuanto lo leyó, una sonrisa se esbozó sobre sus labios en una reacción que me gustó más que la primera.

—¿Ahora?

Asentí con la cabeza antes de continuar:

—Sí. Sale el vuelo en dos horas. Así que date prisa, no vaya a ser que lo perdamos.

Se marchó del pasillo entre risas y se escondió en su habitación. Lo perseguí por toda la casa hasta verlo volcar el armario en el interior de la maleta.

—¿Te he dicho que nos vamos cinco días?

—No. Pero lo he visto en el billete.

Siguió guardando cosas. Parecía que estaba de mudanza con tanta muda extra que, a mi parecer, era completamente innecesaria.

Terminó de empaquetar su armario en una maleta de cabina y salió corriendo hacia la puerta, ilusionado, no sabía si por la ciudad, el viaje o por vivirlo conmigo.

Bajamos y nos subimos en un coche que nos llevó al aeropuerto.

Entramos en el interior de la T4. Había declarado muchas veces mi fanatismo por aquella terminal. Adoraba su techo de madera laminada serpenteando a lo largo del edificio.

Superamos el *check-in* con éxito y nos escabullimos airoso del control de seguridad en el que ninguno de los dos alarmaba.

Las pantallas del aeropuerto nos informaban de que la puerta de embarque estaba abierta y que quedaba poco para que el avión comenzase a rodar por la pista. Conseguimos subir a bordo antes de que cerrasen. Nos sentamos en nuestros asientos, él ventanilla y yo a su derecha, y nos despreocupamos de todo. Teníamos la mente puesta en el destino, en lo que íbamos a hacer, en todo lo que nos cundiría y en el recuerdo que se grabaría en nuestras mentes y que llevaríamos durante toda la vida.

—¿Cuántas veces tendré que darte las gracias por esto?

Lo miré, lo sonreí y contesté:

—Las que tú quieras. Pero no tienes que darme las gracias por nada...

Dejó un beso distraído entre mis labios.

—¿Cuánto te ha costado?

Volví a sonreírlo mientras acariciaba la punta de su nariz.

—¿Qué más da?

—No da lo mismo. ¿Tengo que pagar la mitad?

Arqueeé una ceja.

—¿Estás tonto? ¡No tienes que pagar nada! —reproché—. Es un regalo.

—Ya, pero un regalo un poco caro, ¿no crees?

Sacudí la cabeza para negar.

—Tú disfrútalo y olvídate de todo.

Encogió los hombros y devolvió la mirada al frente.

—Nunca me han hecho este tipo de regalos. No estoy acostumbrado a ellos.

Suspiré en medio de una risa cobarde.

—No es que tenga dinero para colmarte de regalos carísimos que la población es incapaz de comprar, pero, de vez en cuando, sí que me gusta darme un capricho un poco más... —pensé una palabra que hiciera justicia al resto de la conversación—, prohibitivo.

Él rio, menos cohibido que yo.

Después, insonoricé mis oídos con los auriculares que siempre viajaban conmigo, abrí Spotify y dejé que pasara el tiempo mientras me concienciaba de la locura que estábamos a punto de vivir.

Aterrizamos una hora después. Nada más salir del aeropuerto, una bofetada de calor excesivamente tórrido nos golpeó en la cara. Nos quejábamos de Madrid, pero lo cierto era que no tenía nada que envidiarle a la temperatura hispalense.

Un Uber nos recogió en la puerta de la terminal y nos llevó hasta el hotel. Estaba relativamente cerca del aeropuerto, pero un poco lejos del centro de la ciudad.

Hicimos otro *check-in*, en segundo del día, y subimos a la habitación. Era amplia, decorada y pintada en tonos blancos que contrastaban con los pequeños detalles negros y rojos que había en zonas muy selectas de la estancia.

Según entrabas, una gran cama de uno noventa nos recibía pegada a la pared izquierda de la habitación. Enfrente teníamos un ventanal con unas vistas no muy buenas y bajo el que se encontraba un pequeño escritorio que se encajaba entre la pared y un armario color madera. Una silla roja yacía arrimada a la madera.

A la derecha, tras una puerta a juego con el armario, había un moderno y lujoso baño de azulejos blancos que combinaban a la perfección con una pared de una cerámica negra con patrón de rayas. Sobre la cerámica, un espejo con luces levitaba sin rozar el lavabo de porcelana blanca que ocupaba una esquina bajo él. Frente al lavabo, una ducha con mamparas transparentes esperaba impoluta a ser utilizada.

La habitación era maravillosa, casi tanto como la ciudad que teníamos a nuestros pies. Cuando salí del baño, me encontré a Daniel probando el colchón. Se había tirado sobre él a ver algo que ignoraba en su teléfono.

—¿Te gusta? —pregunté ilusionada.

A él se le había esfumado la ilusión, al menos ya no la exteriorizaba. Su rostro se había enseriado. Tal vez fuera del calor, tal vez del darse cuenta de que estaba a trescientos kilómetros de su casa viviendo una aventura de la que ignoraba su porqué.

—Sí. Está bien. —Lo dijo sin despegar la vista de la pantalla de su teléfono.

Arqueé brevemente las cejas y me dispuse a quitarme la chaqueta del chándal que, un poco más sobre mi piel y haría que me derritiera por completo.

Tras dejarla sobre el respaldo de la silla roja, me acerqué a Daniel, me tumbé a su lado y fingí no dar pequeños golpes de vista esporádicos a su pantalla.

—¿Estás bien? —me preocupé sosteniendo la mirada en sus ojos, que no se preocupaban en girarse hacia mí.

Enmudecido, asintió con la cabeza. Seguía serio, impasible; y me preocupaba.

—¿Seguro? —inquirí copiando la solemnidad de su rostro.

Por primera vez, ladeó la cabeza, haciendo que nuestros ojos se encontrasen de nuevo.

—Sí, no te preocupes. —Me dedicó una sonrisa fingida, apagó el móvil, lo lanzó contra la colcha y pasó su brazo derecho alrededor de mi pecho, recortando distancia entre nosotros.

—No quiero verte mal —susurré descendiendo la mirada a sus labios.

—Tranquila... —Los selló con saliva en un beso descuidado que me hizo sonreír.

Yo dejé otro en sus labios que lo pilló desprevenido. Aceleramos el ritmo con el que los dábamos. Lo deseaba, mucho, tanto que me había olvidado momentáneamente de Unai.

Nuestras lenguas salieron al paso, atrevidas. Se rozaban entre ellas y me excitaba. La distancia permitió a su dureza raer mi muslo, agravando mi excitación. Encerré un mechón de sus cabellos entre mi puño y lo agité con sutileza al mismo tiempo que me entretenía en besar su labio superior.

Dejamos otro beso distraído en nuestra superficie y nos confesamos mutuamente lo mucho que nos queríamos el uno al otro. Yo sentía que lo decía complaciente, sin sentirlo tanto como lo

hacía él.

Conseguimos levantarnos del colchón y salir por primera vez del hotel. Comimos en un restaurante de comida rápida del centro de Sevilla, algo exprés y poco caro. Después y con antojo de Giralda, dimos un paseo por el centro de Sevilla.

En nuestro andar, pasamos por la iglesia del Cristo de los Gitanos, donde no pudimos entrar; hicimos una parada en la plaza Ponce de León para hacernos un par de fotos románticas que adornasen nuestro Instagram; nos deleitamos con las Setas, donde cayeron otras tres o cuatro fotos para el recuerdo; rodeamos el centro cumpliendo mi sueño de capillita y recorriendo a pie la calle Sierpes; anduvimos alrededor de la plaza Nueva y cogimos la avenida de la Constitución para llegar a la plaza Virgen de los Reyes.

Allí, a nuestros pies, se erguía en una piedra majestuosamente bien labrada, con detalles minuciosamente perfeccionados y jugando con las perspectivas para darle la exquisitez y finura que la caracteriza, la Giralda.

Estuvimos un buen rato analizando cada uno de sus pequeñísimos detalles, tanto que algunos se perdieron en nuestros ojos y no fueron observados como se merecían. Era la primera vez que ambos la veíamos en persona, y fue algo tan mágico e indescriptible que cualquier otro acontecimiento se empequeñecía al lado de este.

Nos hicimos varias fotos juntos: dados de la mano, besándonos, saltando, observando su punta con emboabe, dedicándonos miradas solemnes que proclamaban nuestro amor al aire... En fin, que fue una experiencia tan asombrosa como indescriptible.

Volvimos al hotel protegidos por el atardecer. Recorrimos de nuevo todo el centro de Sevilla. Esta vez, nuestros pasos nos impidieron seguir más allá de la plaza de Pilatos, por lo que un Uber fue nuestra única solución para regresar al hotel sin ir gimoteando de dolor por la calle.

Una vez allí, decidimos hacer uso de nuestra media pensión para probar el bufé del hotel. No diré que no nos gustó, sería mentir y no quería seguir haciéndolo. Comimos de todo lo que nuestros estómagos nos permitieron: sopa, filetes, salchichas, nuggets, croquetas... Daniel eligió una tarta de tres chocolates para el postre y yo me decanté por un yogur de limón de supermercado.

Estábamos llenos y lo único que nos apetecía era dormir y reposar la comida. Estuvimos a punto de vomitar un par de veces pasada la medianoche, pero al final todo se quedó en un par de retortijones traicioneros que hicieron acto de presencia durante media hora.

Y al final dormimos como siempre quisimos hacerlo: abrazados, felices, queriéndonos mucho más de lo que ya lo hacíamos y yo... bueno, con las dudas un poco más disipadas.

24

TEJIENDO ALAS

El segundo día nos sentó un poco mejor que el primero. Desayunamos en el bufé y paseamos toda la mañana por la zona del hotel. No quisimos movernos mucho para dejar la paliza para la tarde.

Mientras aprovechábamos el tiempo a solas, quisimos ponernos al día un poco más de lo que ya estábamos puestos.

—¿Sabes que nunca nadie me había invitado a un viaje así?

Le sonreí avergonzada. No sabía si la vergüenza me venía por haber sido la primera en haber dado el paso de hacer un viaje juntos, por tenerlo a mi lado o por algo que no conseguía descifrar.

—Siempre hay una primera vez para todo... —Y me escondí agachando la cabeza y clavándola sobre la acera.

—Todo es tan maravilloso contigo... —confesó bufando, algo que terminó de avergonzarme.

Quedó exteriorizado a través de mis mejillas, que adoptaron un color carmín que me delató.

—¿Estás bien? —preguntó después de mirar el tinte de mis carrillos.

Asentí con la cabeza esbozando una sonrisa entre mis labios.

—Sí —me encontré de nuevo con su mirada—, es solo que... bueno, nunca nadie me había hecho sentir tan querida.

Ahora fue él quien sonrió.

—¿Cuántos novios has tenido?

—Tú has sido el segundo. —Torcí la boca engrilletando la risa.

—¿Y consigo darte lo que el otro te daba?

—El otro no me daba mucho —confesé.

—¿Y eso? Si se puede contar...

Cogí aire para tranquilizarme y comencé a contar:

—La relación se había resentido mucho desde hacía tiempo... Noté un distanciamiento mutuo al que le encontré culpable en una noche. —Frunció el ceño sin dejar de prestarme atención.

Le conté aquella historia, merecedora de unas páginas de guion en alguna película, en la que encontré a mi ex compartiendo pareceres con otra mientras a mí me dejaba durmiendo a mi suerte sobre el lecho conyugal.

La historia debió de sorprenderlo, pues su boca se abrió de par en par y quedó enmudecido durante unos segundos.

—¿Qué? —pregunté dando pie a su respuesta.

Frunció los hombros antes de continuar.

—No entiendo cómo puede haber gente tan...

—¿Cobarde? —pregunté retórica.

—¡Sí! Eso mismo. ¡Cobarde! —Suspiró—. Jamás llegaré a comprender la infidelidad. Si no quieres a tu pareja, corta con ella antes de... bueno, enredarte en las sábanas de otra cama.

¡Auch!

Ahí me dolió.

Noté que me describía y no pude evitar conmoverme.

—Pues sí... —fue lo único que me atreví a decir.

—Pero bueno, lo importante es que se ve que has pasado página, que estás... rehabilitada.

—Sigo cargando con el lastre a mis espaldas. —Bufé—. Me ha generado tantísimos miedos, tantas inseguridades... —Volví a encontrarme con sus ojos, que me miraban atentos—. Por eso tardé tanto en iniciar algo contigo.

Él solo asentía lentamente, condescendiente. De vez en cuando, me dedicaba pequeñas muecas de desolación que evidenciaban una mezcla entre valentía y orgullo de lo que estaba satisfecho.

—Me parece muy bien que hayas sabido apartar tu antigua relación y todo lo que arrastras por su culpa —admitió sonriente—. Imagino lo mucho que te habrá costado hacerlo, pero te felicito. De veras que lo hago...

Yo le dediqué otra sonrisa que se conectó con la suya. De pronto, entre el poco campo de visión que me permitía su cabeza y por el rabillo de mi ojo, pude vislumbrar a lo lejos un puesto de helados. Le pedí acercarnos a por uno, asintió y caminamos.

Él se pidió uno de vainilla, muy clásico. Yo, en cambio, no pude evitar caer rendida por el de Kinder Bueno. Con una tarrina en la mano, continuamos nuestro paseo adentrándonos al centro de Sevilla a través del barrio de San Julián.

—¿Y no has vuelto a saber nada más de aquel chico? —continuó él envuelto en un mar de curiosidad del que ya le era imposible escapar.

—De vez en cuando me escribe para preguntarme qué tal estoy...

—¿Y qué le respondes?

Sostuve la mirada en sus pupilas y grazné.

—¿Qué más da?

—¡Vamos! —me hostigó entre risas mientras me agitaba los brazos, incitándome a contárselo.

No pude evitar no caer en sus enredos de enamorado, principalmente porque yo también lo estaba de él.

—¡No pasa nada! —grité contagiándome de su risa.

—Algo pasará. No lo dejarás en visto...

Fruncí el ceño fingiendo estar extrañada y confesé:

—¡No lo dejo en visto! Eso es una hijoputez. Simplemente... —suspiré—, admito haberle perdonado con tal de que se quede tranquilo...

—¿Y lo has hecho? —Y se llevó una cucharada de helado a la boca.

Yo, de nuevo, resollé antes de hablar.

—Supongo...

Arrugó la frente.

—¿Cómo que supones? ¿Lo has hecho o no?

—Creo haberlo hecho...

Él se refugió en su helado y se entretuvo comiéndolo.

—Crees, pero ¿lo has hecho de verdad?

No supe qué responder. Quizá solamente creía haberlo hecho y, en realidad, aún seguía latente en mí aquel sentimiento de histeria que me causaba recordar el momento en el que se desenvolvió de mis sábanas para ir a ver a aquella furcia que me robó a quien quería que fuera

mi marido.

Para suavizar la historia, no he contado que estuve a punto de agarrarla de los pelos y arrancarle las extensiones de una en una hasta dejarla calva, pero no quería que él me viera como una psicópata, por lo que decidí hacerme la dura sentimentalmente hablando y controlar mi ira echándolo de casa que, a largo plazo, me fue mucho más divertido que ver cómo la rubita de bote le arrancaba de cuajo los mechones.

—No lo sé...

Pasó su brazo izquierdo por detrás de mi espalda y me acarició el hombro para calmarme. Acerqué la cabeza hasta pegarla contra su cuerpo y caminamos así durante un buen rato.

Tras hacer parada en la catedral de Sevilla, cruzar el puente de Triana, ver el atardecer a orillas del Guadalquivir acurrucados y obligar a mis pies a una caminata a la cual no estaban acostumbrados; llegamos de nuevo al hotel.

En la habitación y por primera vez desde que mandé wasaps a todo el mundo diciendo que había llegado bien y que no se preocuparan, recibí una llamada de Sonia que me pilló bastante por sorpresa.

—¿Hola? —pregunté retóricamente mientras esperaba la respuesta de la chica.

—¡Georgina! ¿Qué tal?

—Bien.

Daniel me susurraba preguntándome quién era.

—Sonia —murmuré evitando que se escuchase al otro lado de la línea.

—Te tengo que contar una cosa —avanzó la chica mientras yo me encerraba en el baño a deshacerme de todo el maquillaje que tenía encima.

—¿Qué ha pasado?

—¿Te acuerdas de Xavi?

—¡Claro que me acuerdo! —exclamé frotándome los ojos con el agua micelar.

—Pues hemos discutido. Mucho. Muy fuerte.

A pesar de la noticia, en su tono no había cabida para la conmoción o la tristeza.

—¿Y eso?

—Porque es un insensible y un egocéntrico de mierda.

—¿Pero te ha hecho algo?

—Le he preguntado que si puedo ir a verlo a Málaga, pero ha dicho que no, que prefiere que sus padres no nos vean juntos.

Fruncí el ceño mientras buscaba una forma de calmarla.

—¿Pero sus padres saben lo vuestro?

—¡Claro que lo saben! Y están encantados. Pero ahora al señor le entran las prisas.

Superpuse mi labio inferior y continué con la tarea de desmaquillarme.

—Bueno, tú dale tiempo. Quizá se ha agobiado...

No respondió, así que supuse que no lo había hecho y que ella estaba cansada de darle oportunidades.

—¿Qué tal vosotros en Sevilla?

—Bastante bien —declaré animándome el tono—. Hace mucho calor, eso sí.

—Imagino. Lo hace aquí, así que no me quiero ni imaginar qué hará allí.

—Podríais veniros un día y lo pasamos todos juntos, ¿qué te parece?

Tardó en responder, por lo que intuí que su respuesta sería un «no» como una catedral de grande.

—¿Y Daniel? ¿Qué tal le ha sentado el viaje al principito?

No pude evitar contener la risa.

—Bien. Está muy ilusionado, la verdad. —Y reí de nuevo.

—¿Y tú? ¿Estás más relajada?

Me miré en el espejo. Adiviné unas pequeñas ojeras en mi rostro que suponía que serían del cansancio mental y la falta de sueño a los que había estado expuesta en los últimos días desde que Unai apareció en mi vida para ponerla patas arriba.

—¿Georgina? —preguntó Sonia, quizá para asegurarse de que no la había colgado.

—Estoy. Sin más. —Y me abstuve de suspirar.

—¿Y eso?

Me encogí de hombros.

—No lo sé... Imagino que tendrían que haberseme pasado ya, pero aún sigo con ellas.

—¿Y por qué no le dejas?

Reí forzadamente reflejando la estupidez de sus palabras.

—Te lo estoy diciendo en serio —insistió haziada.

—¡Sonia! No es tan fácil.

—No tienes ovarios para hacerlo, que es diferente.

—Lo que tú digas, pero ya te digo yo a ti que es complicado.

—¿Por qué?

Y las palabras se anudaron en mi garganta impidiéndome responder.

—¿Por qué? —repetí haciendo tiempo para buscar en mi diccionario mental algo con lo que responder—. Pues porque no es fácil.

Un pequeño suspiro se escuchó al otro lado de la línea.

—Imagino que no podrás hablar, pero te voy a decir una cosa que se va a quedar entre tú y yo.

Asentí con la cabeza, como si me estuviera viendo.

—¿Por qué aún sigues con Daniel?

Y, de nuevo, tampoco supe qué responder.

—Eso es un síntoma malo, muy malo —admitió—. Si te pregunto y no eres capaz de darme motivos, es porque no los tienes y, por tanto, porque no quieres estar con él.

—Sonia —bajé el tono y empecé a susurrar—, tengo motivos más que de sobra para estar con él...

—¿Entonces? —interrumpió interrogante.

—No lo sé. Yo he estado enamorada de mucha gente con la que no he podido estar. La primera vez que lo vi, estaba tan guapo que me enamoré de la misma forma que lo había hecho con los demás. Las mariposillas me revoloteaban, estaba feliz, tenía ganas de verlo a todas horas, necesitaba tenerlo entre mis brazos... Pero ahora todo se ha enrarecido. Ya no siento eso por él y no sé si, a la larga, podré mantener por mucho tiempo una relación así.

Sonia meditó el discurso que acababa de pronunciar.

—¿Y no te atreves a decirle que no estás tan enamorada y que no quieres seguir con esto?

Suspiré hondo, tan hondo que me hice daño al terminar de inhalar.

—Es que no quiero hacerle daño.

—¡Ese es el problema! Que piensas más en él que en ti. ¿Cuánto tiempo te costó desengancharte de tu ex?

Me quedé pensativa, intuyendo el rumbo que estaba cogiendo la conversación.

—No tardé mucho.

—¡Una polla muy gorda para ti! —Y, al menos, me hizo sonreír de nuevo—. Que yo

recuerde, tardaste, mínimo, un año en soltarlo, en dejar de llamarlo, en admitir que se había ido, en dejar de tener encuentros fugaces, de llevártelo a la cama cada dos por tres... ¿Quieres que siga?

—No —concluí resuelta.

—Aún te sale una sonrisa cuando ves un mensaje suyo en el *display* de tu móvil. No sé a quién quieres engañar, pero a mí no, desde luego.

Comprendí que quizá tendría razón. Por una vez, comprendí que, quizá, estaba más enamorada de mi ex que de Daniel, y no me gustaba una mierda darme cuenta de que esa podría ser la única verdad a la que me enfrentara.

—¿Y qué hago para dejarlo? Ya te he dicho que no quiero hacerle daño. Está tan ilusionado...

—¡Deja de pensar de una vez en él y piensa en ti, Georgina! ¿Tú lo quieres?

—Tal vez... —respondí dudosa.

—¿Te hace feliz?

—Puede ser.

—¿Estás enamorada de él?

—Quizá...

—¿Sientes lo mismo por él que por otras personas de las que te has enamorado?

—No.

—¡Pues ya está! —respondió en un alarido que me obligó a despegarme el teléfono de la oreja—. No lo quieres, me lo estás demostrando. Deja ya de pensar en él. Pon los puntos sobre las íes, habla con Daniel y explícale lo que te pasa y, después, toma una decisión.

—Todo parece tan fácil... —Suspiré mientras me dejaba caer sobre el brazo que se apoyaba sobre la porcelana del lavabo.

—Georgina, hazme caso, por favor.

Agaché la cabeza, sumisa, comprendiendo que no podría hacer mucho más por aferrarme a una relación que, por mi culpa o por culpa de terceros, estaba herida de muerte.

Después, agarré el pomo de la puerta y salí del baño hacia la cocina para coger una botella de agua. En el transcurso, Daniel me apuntó con su dedo índice mientras susurraba unas palabras que pude comprender sin prestarle mucha ilusión.

—¿Es Sonia todavía?

Asentí con la cabeza deshaciéndome de la risa que ya se marchaba entre mis dientes.

—¿Georgina? —preguntaba ella por el altavoz—. ¿De qué te ríes?

—Nada. —Me calmé la risa y seguí con mi tarea—. Daniel, que estaba rellenando una botella y me ha preguntado que si sigues siendo tú.

Ella rio también. Después, le dije que me tenía que marchar, que no podía seguir hablando, pero que mañana seguiríamos si yo lo necesitaba. Lo admitió, nos despedimos y colgó antes de que lo hiciera yo.

Tras de eso, dejé el teléfono sobre la barra que separaba la cocina del salón, me dejé caer sobre el colchón al lado de Daniel, lo miré, lo abracé y me dormí antes de que le diese tiempo a preguntarme por el contenido de la conversación.

Después de haberlo dejado todo en el rellano de aquella furcia fulana, mi ex volvió suplicando disculpas y mendigando un perdón que a medias tintas le llegó.

La mañana siguiente, lo encontré arrodillado en mi felpudo dispuesto a darme unas declaraciones que no le había pedido. Me daba pena verlo allí y, apelando a mi lado sensible, lo invité a pasar.

—¿Qué se supone que quieres? —inquirí mientras me sentaba en uno de los taburetes de mi cocina con una cerveza de la mano.

—Georgina, lo siento.

Forcé la risa evitando caer en sus trucos de soltero que se ha dado cuenta de la situación a la que se debía enfrentar.

—¿Qué es exactamente lo que sientes?

—Haberme acostado con ella. Lo siento mucho.

Volví a reír forzosamente mientras despistaba la mirada en todas las direcciones.

—¿No será que te estás viendo solo y no sabes cómo volver conmigo?

Arqueó una de sus cejas antes de continuar con su monserga.

—¿Acaso crees que soy así?

—No sabía cómo eras hasta que te descubrí saliendo de mi cama para visitar a tu amiguita...

—Lo malinterpretaste todo. —Y ahora me echaba la culpa a mí.

—¿Que lo malinterpreté todo? —Encorvé fugazmente ambas cejas, presa de la estupefacción que me producía escuchar sus palabras.

—Sí. No sabes lo que pasó dentro de aquella casa.

—Me lo pude imaginar cuando te vi besando sus labios a modo de despedida.

No supo qué responder. Se dio cuenta de que aún guardaba todos los detalles de su estancia en la memoria y que sería complicado desprenderme de ellos.

—Vale, lo siento, me arrepiento. ¿Qué quieres que haga más?

—Acepto tu arrepentimiento, pero no me sirve.

—Georgina, no seas tan rencorosa, eso fue hace un año. Tendrías que aprender a borrar el pasado.

—¿Y me lo dice el que se presenta en mi casa a vete tú a saber qué?

—A pedirte disculpas.

—Ya sé cómo acaban nuestras disculpas. —Y pronuncié su nombre. Un nombre que ahora prefería olvidar—. Vienes a pedírmelas una vez por trimestre.

Él se perdió en la infinidad del blanco de mi techo. Después, bajó la mirada hasta mis ojos y me hizo un exhaustivo examen visual que me incomodó.

—Tampoco tienes muchos problemas con ellas, porque no me pones impedimentos cada vez que vengo a pedírtelas.

Eso era verdad. No tenía remilgos en perdonarle entre sábanas. Lo había hecho tres veces desde nuestra supuesta ruptura y soy consciente de que volvería a hacerlo

dos veces. Quizá porque soy débil, quizá porque me gustaba, quizá porque estaba sola y no tenía que serle infiel a nadie... O quizá un cúmulo de cosas, las tres a la vez, sin que ninguna predominase encima de otra.

—¿Cuántas veces más vas a venir?

Él agarró mi mano sutilmente, uniendo nuestros dedos desde la última vez que lo hicimos.

—Las que hagan falta —susurró con la respiración pesada.

Yo comencé a caer en su juego. Me estaba costando no sucumbir de nuevo a sus artimañas sexuales. Igual lo seguía queriendo y no me atrevía a confesarlo. Pero ¿qué le iba a hacer? ¿Iba a seguir así? ¿Fingiéndolo algo que no era? ¿Debía darle, tal vez, otra oportunidad? ¿O tendría que obligarle a no venir más a reconciliarse a mi casa?

Agarré su otra mano y la fui deslizándola hasta asirlo de la parte baja de su cintura. Subí la mano que aún tenía entrelazada con la suya hasta agarrarlo del cuello. Me acerqué lentamente a su boca y, dejándome llevar, nos fundimos en un beso que nos recordaba todo lo que habíamos dejado atrás. Se centró en mi labio inferior y comenzó a comerme tan intensamente que lo obligué a seguir dentro de casa.

Poco a poco, cegados por la pasión que nos consumía, llegamos a mi cama. Sabía que no debería hacerlo, que sería un error del que me podría arrepentir (otra vez), pero él estaba tan guapo y yo tan necesitada de cariño...

—¿Aún me sigues queriendo? —preguntó entre susurros entrecortados por la pesadez de su respiración.

Me separé de sus labios y, tras asentir, volví a conectarlos de nuevo. Caímos rendidos sobre el colchón, uno encima del otro. Lo di la vuelta y, tumbándome a horcajadas sobre él, me dejé llevar por el camino de la lujuria y la excitación.

Me revolví entre sus cabellos, acaricié su espalda y agarré firmemente su mano anudando nuestros dedos entre sí. Colé mi mano por debajo de su camiseta y comencé a disfrutar aún más del momento. Subí hasta sus pechos y manoseé sus pezones, que se irguieron con el andar de mis dedos.

—¿Quieres seguir? —preguntó con un tono que me revolvió el alma.

Asentí y me levantó la camiseta del pijama que llevaba. Se acercó a mis pechos, protegidos por las costuras de mi sujetador y, encerrando uno entre sus labios, comenzó a lamerlo y a succionarlo.

Mi espalda dibujaba un arco cada vez que él me lamía los pechos. Le arrebaté la camiseta, dejando al descubierto aquel torso escultural que me había enloquecido desde el primer momento. Seguí con sus pantalones. Él me ayudó a quitárselos mientras yo me escondía con ayuda de la almohada.

A tientas, lo imaginé llegar hasta mi pelvis. Dejó pequeños besos húmedos alrededor de mi ropa interior que me hacían jadear. Adiviné sus dedos adentrándose en mí, acompañados con un pequeño grito que revelaba muchas cosas menos una sensación de dolor.

—¿Te gusta? —Se notaba cómo le costaba respirar por culpa de su creciente orgasmo.

—Sí... Sigue... Sigue, por favor...

Me perdía entre gemidos ahogados que conseguían escaparse de mí como unos suspiros que daban sus últimos coletazos de vida.

Terminó deshaciéndose de su ropa interior. Me preguntó que si estaba segura de

hacerlo. Asentí como pude, quizá presa de la lascivia que me causaba verlo de nuevo. Bajé la mano hasta tocar su dureza, que me rozaba los muslos y me agitaba las pasiones.

Jadeé mientras llevaba la mirada y me perdía en la inmensidad de la nada. En un ademán rápido se introdujo en mí después de haber robado uno de los condones que tenía en el primer cajón de la mesilla.

Marcó un ritmo de penetración que me encantaba. Me estaba volviendo completamente loca y tenía miedo de volverme a enamorar de él.

Posó sus manos sobre mis caderas mientras salía y entraba de mí. En cada penetración, un gemido sordo salía de mi boca e irrumpía en el silencio. Él jadeaba, suspiraba, me miraba, me comía con los ojos, de vez en cuando aprovechaba y me besaba... Y yo solo le daba pequeños y fugaces golpes de vista que me escalofriaban.

Dejé que mis manos reposaran sobre su espalda, empapándome de su sudor y sintiendo su calor cuando pegaba su cuerpo contra el mío. Poco a poco, fui deslizándola mano derecha hacia sus nalgas. Le clavé las yemas en ellas yforcé aún más las embestidas, que comenzaban a hacerme olvidar el motivo por el que rompí con él.

Volví a besar sus labios en un intento rápido por no caer en una monotonía que me revolvió la razón por completo. Él acarició mis mejillas al mismo tiempo que se entretenía en dejar besos rápidos sobre mis labios.

Un escalofrío me recorrió por completo la espina dorsal, yendo a desembocar a mi vagina y presagiando un orgasmo que me moría por probar. Sentía que cada encontronazo con mi ex era único y especial, incluso más que el anterior.

Sin darme un respiro ni aminorar el ritmo con el que me penetraba, cayó sobre mi pecho y se recostó allí. Sentí que terminaría pronto, que no conseguiría retardar el final mucho más.

Antes de que pudiera darme cuenta, él se vino en un ademán rápido que hizo que yo me fuera también. Y, con esas, caímos los dos sobre el colchón; jadeantes, ansiosos, con la sed mitigada, un poquito más enamorados y olvidados de los problemas que nos azudaron en el pasado.

Él pasó la mano por mi pelo y lo acarició lentamente. Me volví hacia él. Comencé a dejar caricias en su pecho que recibía con una sonrisa.

En mí se había abierto una dualidad que me costaba asimilar. Por una parte, él nunca había dejado de gustarme. Seguía ligeramente enamorada y se quedaba reflejado en la innumerable cantidad de encontronazos que teníamos después de nuestra ruptura. Me era imposible resistirme. Los eruditos dirán que tengo poca fuerza de voluntad y que, en cuanto al amor, tengo comportamientos de niña de quince años que descubre por primera vez la sexualidad. Aunque, en mi defensa, diré que gran parte de la culpa la tenían sus labios, que me incitaban a pecar.

Por otro lado, pensar que seguía teniendo encuentros esporádicos con quien tendría que haber desaparecido de mi vida hacía ya un año me preocupaba. No porque me volviera a enamorar de él, ni mucho menos, sino porque tendría que haberles puesto los puntos a sus íes hacía tiempo. En cambio, había permitido que viniera a mi casa cada vez que le venía en gana para darme unas disculpas que acabaría aceptando, aunque no fuera lo más ético.

Las disculpas terminaron con un beso con el que entendió que debía marcharse a casa. En cuanto abandonó la mía, me fui a la cama, me tumbé, atroné mis oídos con

música que me ensordecía en poco tiempo a semejantes volúmenes y permanecía allí hasta la hora de comer.

El tercer día nos tenía preparados unos planes que me moría por probar cuanto antes. Al poco tiempo de despertarnos, nos vestimos de etiqueta y salimos a comer a un restaurante lujoso del centro de Sevilla que reservé tras verlo en las recomendaciones de los turistas.

Y allí aparecimos a eso de las dos y media de la tarde. Fuimos muy básicos en nuestro menú. Él se pidió unos espaguetis a la carbonara y yo me decidí por una pizza de jamón y queso (que solía ser la que cogía siempre).

—¿Y cómo que me has traído a comer aquí?

—Me pareció lujoso —lujoso era, pero tenía un menú que se asemejaba al infantil y tan barato que incluso un mendigo sería capaz de pagarlo— y decidí darle una oportunidad.

Daniel ingirió un bocado de espaguetis sin dejar de hablar. Yo traté de disimular el nerviosismo que se apoderaba de mí, pero la realidad era que me costaba mucho pegar bocados.

—El sitio está muy bien. Estoy empezando a pensar que te gusto más de lo que pensaba. — Se sonrojó.

—¿No lo sabías? —Me hice la interesante.

—Lo deducía, pero no sabía que lo hicieras tanto.

—Y el día no acaba aquí —anuncié.

Él puso cara de circunstancias cuando se lo dije.

—¿A qué te refieres?

—Ya lo verás. —Le guiñé un ojo y seguí comiendo.

—¿Sabes la suerte que tengo de haberte encontrado?

Sonreí y dejé que siguiese hablando.

—Te lo juro. ¿Puedo confesarte algo? —Asentí muda esperando su respuesta—. El primer día que te vi entrar por la puerta de la redacción, no pude evitar dejar de mirarte. Me pareciste una chica tan guapa que me fue imposible apartarte la mirada. Cuando te acercaste a mi mesa, comencé a temblar. Sabía que debería hablarte, pero no me atrevía. Saqué el coraje, no supe de dónde, y conseguí hacerlo. Había tenido muchos encontronazos con las becarias, pero ninguno como el tuyo. Tú eras... especial. Y enseguida supe que quería algo contigo.

Me sobé el pelo, ahuecándolo, y clavé la mirada en la mesa sumida en la vergüenza más absoluta.

—¿Qué? —insistió esperando mi respuesta.

Subí la mirada hasta encontrarme con sus ojos y envolví su mano en la mía.

—Que ya somos dos —admití con una sonrisa nerviosa que terminaba de decir aquello que no me atrevía a pronunciar.

Él se refugió en la intimidad de su tenedor, que lo acompañaba desde hacía rato y con el que se tapaba parcialmente la cara.

—¿Qué? —imité entre risas.

—Nada... Que siento que te quiero más que a nada. ¿Cómo se llama eso?

Arqueé una ceja.

—¿Amor?

—¿Amor? Eso ya lo sabía. Me refiero a ese sentimiento de creer que tú eres la única estrella que alumbra mis días...

Y aunque soy reacia a las ñoñerías, se la permití.

—¿Enamoramiento?

—¡Eso! ¡Enamoramiento!

—Así que estás enamorado...

—¿Me lo preguntas?

—No, te lo afirmo. —Reí.

—Me gustaría que fuese recíproco.

—¿Y no lo es?

—No lo sé. ¿Lo es?

—¿Tú qué crees?

Se encogió de hombros antes de ingerir otro rollo de espaguetis.

—Que tal vez...

—Pues tal vez... —Y le guiñó un ojo para añadirle sensualidad.

—Cuando te presentaste en mi casa el mismo día que nos vinimos para acá, pensé que querías echarme un polvo... —Imaginé que la risa que acompañaba su frase fue producto de un alarde de restarle seriedad.

—¿Tan zorra me crees?

Asintió descojonándose.

—No te conocía —se exculpó.

—¡¿Cómo que no?!

—Como que no. O sea, te conocía, pero no lo suficiente para comprender por qué te presentabas en mi casa a aquella hora de la mañana sin yo habértelo pedido...

—Tú te presentaste a las dos de la mañana en la mía.

—Llevaba allí desde las doce.

Puse los ojos en blanco.

—¿Cómo?

Asintió con la cabeza.

—No sabía que no estuvieras. Y no te voy a ocultar que, entre la una y las dos, me quedé dormido sobre tu felpudo.

Ambos reímos. Tanto que las cabezas de algunos de los comensales se volvieron hacia nosotros.

—Me hubiera encantado ir justo en el momento en el que roncabas... —y reí de nuevo.

—¡No ronco!

—Ah, ¿no? ¿Y los ruidos de por la noche qué son? ¿Estertores del averno?

Me sostuvo la mirada, enmudecido.

—¿Ronco?

Agité la cabeza para asentir.

—¡Ay, Dios! —Se tapó la cara con las manos—. ¡Qué vergüenza!

—No te preocupes. Es lo más normal.

—No en un príncipe de cuento.

—Ya, pero es que no somos personajes de un cuento...

—Tranquilo, estoy acostumbrado a dormir con gente que ronca. Una de mis amigas, mi mejor amiga, tiene prohibido dormir en mi casa después de beber alcohol.

—¿Ronca mucho?

—¿Mucho? Parece que va a absorber media habitación en cada uno de ellos. —Y reí. Él me acompañó riendo.

—Pero, en serio —insistió—, ¿tú te imaginas a un personaje de tus libros roncando como una morsa?

Reí de nuevo. No podía evitarlo, tampoco parar.

—Los personajes de mis libros solo usan la cama para follar. No duermen en ella.

—¿Y dónde duermen?

Bufé.

—Esas escenas me las salto. Son muy aburridas.

Sonrió.

—Tú vas a lo que vas, ¿no?

—¡Ajám! —Y, de nuevo, nos reímos conjuntamente.

Me dolían los mofletes de hacerlo y las agujetas comenzaban a apoderarse de mi estómago. Necesitaba parar de reír, pero Daniel hacía que me fuera imposible. Y le estaba tremendamente agradecida. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien con nadie, y esa maldición la había roto él.

—Oye —continué arrebatando el silencio—, ¿qué vas a hacer cuando dejes la revista?

La pregunta lo había pillado desprevenido. No sabía qué responder ni cómo hacerlo. Prefirió subir los hombros para encogerlos y contestar con aquel gesto.

—Sí lo sabes —reproché.

—No sé, Georgina. Me tendré que ir a otra revista, algún periódico... Algo. Necesito comer, necesito mantener la casa, necesito...

—¡Tendrás valor! —aullé gruñona.

—¿Por? —Rio.

—Porque me hace gracia que digas que tienes que mantener una casa cuando no sabes lo que es tener una hipoteca.

—¡Sí lo sé! Tuve una en mi anterior piso.

—¿Dónde estaba el piso? —curioseé indiscreta.

—En Arroyomolinos. Era un adosado de ladrillos que pagué en cinco años.

—¡Oh! ¡Cinco añazos! —ridiculicé llevándome otro bocado de pizza a la boca—. Tuvo que ser un sufrimiento inhumano viniendo de una familia de ricos...

—No somos ricos. Solo es que tenemos dinero...

—¡Ricos! —adiviné.

—No del todo. Siempre nos ha ido muy bien y por eso ahora podemos vivir menos ahogados...

Asentí lentamente dando a entender que sentía un mínimo interés por el dinero que guardaba en su cuenta corriente. Tras eso, levanté la mano para llamar la atención del camarero y que nos trajera la cuenta.

—¿No te vas a comer eso? —preguntó señalando las tres porciones de pizza que quedaban sobre el plato esperando a que alguien las royese.

Negué sacudiendo la cabeza cuando él cogió una de las porciones para ayudarme a terminarlas.

—¿Ya para el hotel?

—¡No! —resolví coqueta—. Nos falta mucha andada esta noche a ti y a mí.

Arqueó las cejas, me dedicó una mirada interesante y esperó a que le dijera adónde nos íbamos.

Cinco minutos después, el camarero trajo la cuenta y, tras negarme a que él aportara ni un solo céntimo, pagué, nos levantamos y nos marchamos del local.

—¿Puedes decirme dónde vamos a ir? —curioseó impaciente.

—Ahora lo verás...

—¿Me puedes dar una pista?

Sonreí, lo miré y admití:

—Es algo que siempre he querido hacer contigo.

Tras la cena, un bombardeo textual sometió a mi móvil. Aproveché para revisar los wasaps durante el trayecto en taxi que teníamos por delante.

Cuatro mensajes de un número que no tenía agendado se mostraron en mi pantalla:

Número desconocido

¡Hola, Georgina!

¿Cómo va todo?

Soy Unai.

Lláname si quieres. Estaría encantado de hablar contigo.

El mundo se deshizo en mis manos. No supe reaccionar. Me quedé inmóvil en el asiento. Dediqué pequeñas miradas a Daniel al mismo tiempo de que rezaba porque no hubiese llegado a sus oídos lo que ocurrió aquella noche en la discoteca.

Apagué el teléfono ignorando los mensajes, lo guardé en el bolso y seguí mirando hacia delante como si nada hubiese pasado.

28

DESAPARECER

No solía ir mucho a discotecas, pero de vez en cuando, me gustaba pasar horas y horas bailando las tendencias nacionales e internacionales junto con mis amigos y gente cercana. Aquel día era uno de esos.

Había reservado la zona VIP para nosotros dos. Siempre había querido hacerlo y, con mi última nómina, quise estirarme un poco y darme un capricho.

Entramos a la discoteca a sonos de Manuel Turizo y avanzamos escoltados hasta el reservado. Estaba compuesto por un sillón que hacía la forma de una U, una mesa central de cristal que sostenía un cubo con agua y hielos sobre los que se sumergía una gran botella de champán, y unas cortinas que podían correrse para gozar de intimidad.

—Esto es lo que me faltaba por ver... —confesó entre risas mientras lo miraba dudosa.

—¿Y eso?

—¡Buah! ¿Ir a cenar con la persona que quieres y luego salir con ella a vivir a gritos la noche? Nunca me lo habían hecho, pero me parece algo tan maravilloso...

Y supuse que se esforzó por contener las lágrimas cuando me agarró firmemente la mano. Rodeé con mi brazo su cadera, le pegué la cabeza al hombro y subí la mirada observando, por primera vez, un conjunto de sentimientos y atributos que me habían hecho enamorarme de él.

—¿Quieres champán?

Antes de que pudiera contestar, me sirvió.

Hubiera sido una escena de película si lo que venía a continuación hubiera estado acompañado de una hermosa balada en la que pudiéramos bailar pegados. Pero no fue así. Fueron los atronadores ritmos de un reguetón comercial los que acompañaron un brindis que aconteció inmediatamente antes de uno de los mejores besos que jamás nos habíamos dado.

No habíamos unido nuestras lenguas ni mezclado la saliva. Tan solo un choque de labios, un contacto sentimental, una fugaz unión de almas, un sello excarcelado, una cobardía retenida, unos sentimientos despojados, un amor deseado o tal vez un hilo de vida corriendo entre nosotros. No sabía cómo definirlo. Tampoco supe cómo soltarme de él, de su beso, de sus labios, de sus cadenas...

Me deshice del contacto y lo penetré con la mirada, sonriendo mientras me perdía en la profundidad de sus ojos. Después, rodeé su cadera con mis brazos, me acerqué a su cuello y, tumbándome en su hombro, susurré:

—¿Te puedo confesar una cosa?

Noté cómo utilizaba la cabeza para asentir.

—Tenía muchas dudas de lo nuestro —admití—. Nunca había sentido algo tan fuerte por nadie, y reconozco que, al principio, estaba acojonada... Pero se me han disipado todas las dudas ya.

Él ladeó su cabeza y la dejó descansar sobre la mía.

—¿Y qué tipo de dudas eran?

Me costó responder. Parecía que tuviera las palabras anudadas en algún lugar de mi garganta del que no se atrevían a salir.

—Dudas. Sobre lo nuestro. Sobre ti, sobre mí, sobre nosotros...

—¿Por no haberte enfrentado nunca a una relación?

—Por no haberme sentido querida de verdad... —Suspiré mientras reflexionaba lo que estaba a punto de decir—. Por estar descubriendo lo que es el amor cuando ya creía haberlo hecho. Lo que viví con mi ex fue maravilloso... Estábamos tan unidos... El tiempo nos distanció. Habíamos comenzado a perder comunicación, a solo saludarnos por las mañanas, a dejar de hacer planes, a ver al otro como a alguien más... Todo se torció aquel día en el que se marchó de casa pensando que seguía dormida. Pero no lo estaba. Nadie sabe que me había levantado llorando, destrozada, por su culpa, por la mía, algo recíproco que jamás conseguimos resolver... He estado desde entonces buscando a alguien que me diera lo mismo que él me estuvo dando. Y te encontré. Pero, por culpa de aquella nefasta experiencia que viví y que aún no he conseguido sanar, me absorbió un mar de miedos e inseguridades que me hicieron dudar de ti, de lo nuestro. Me hicieron pensar que ibas a hacerme lo mismo que él me hizo algún día. Me hicieron pensar que solo querías para echarme tres polvos y desaparecer de mi vida como si nada hubiera pasado...

Su respuesta fue concisa y resuelta. Me envolvió entre sus brazos y me abrazó lo más fuerte que jamás había hecho. Había sentido muchas veces esas mariposillas del estómago revoloteando y estrellándose en tu interior. Era entonces cuando la razón dejaba de manejarte y los sentimientos se apoderaban de ti. Era el momento en el que la otra persona pasaba a ser tu hogar, tu casa, el lugar en el que cobijarte cuando ocurre algo, el faro que alumbra tu camino, la llama que termina con tus problemas, la almohada que recoge tus lágrimas y te asesora como nadie lo hace...

Terminamos el abrazo sellando de nuevo nuestros labios. Bebimos champán y nos bajamos a la pista a bailar un rato, a despreocuparnos, a vivir nuestro amor, a perdernos, a volvernos a encontrar, a sentir que el mundo se acaba, a reanudarlo de nuevo, a sentir latidos, a pararnos el corazón, a bailar juntos, a separarnos, a saltar, a vivir, a sentirnos el uno al otro... Bajamos a la pista a demostrar al mundo que el amor era capaz de gobernarlo.

Salimos de la discoteca acompañados de los primeros rayos de sol. Habíamos perdido la voz entre los versos de las canciones y ya solo nos quedaban los restos afónicos de algunas palabras que no habíamos compartido.

Al rato, llegamos al hotel. Salimos del taxi comiéndonos a besos después de haber estado cohibidos por la imponente presencia del conductor.

Así subimos a la habitación, sin dejar de besarnos en ningún momento. Lo hicimos en el ascensor, en el pasillo, en el umbral de la puerta, llegamos hasta la cama, caímos rendidos y seguimos besándonos. Trepé sobre su torso y me tumbé sobre él.

Nuestras lenguas salieron al paso y marcaron círculos en el cielo de la boca. Revolví su pelo, él lo hizo con el mío, y ambos perdimos la noción del tiempo en aquella vorágine de sentimientos desenfundada en la que nos perdíamos.

Dimos vueltas sobre las sábanas, ciegos por la pasión y terminamos llegando a las almohadas, donde nos susurramos guarradas que ya había olvidado.

—¿No despertaremos a los vecinos? —preguntó como si le preocupara.

Eché un vistazo rápido al reloj que había sobre la mesilla de noche. Había pasado casi media hora desde las ocho de la mañana.

Negué con una sacudida de cabeza y volví a sumergirme en sus besos. Dejé que mis manos descendieran solas por todo su torso, acariciándolo a cada paso de su andar. Llegaron hasta el botón de sus vaqueros, lo desabrocharon y bucearon en su hombría. Se colaron bajo su ropa

interior hasta perderse en aquel progreso de dureza que se acrecentaba con cada caricia.

No me desprendí de sus besos aún. Subí de nuevo hasta su camisa negra, desabroché uno a uno sus botones y se la arrebataí para lanzarla contra la ventana. Analicé su torso en milésimas de segundo. Sus pectorales marcados y aquel abdomen trabajado me enloquecían y me hacían perder el control.

Me lancé hacia sus pechos y relamí sus pezones mientras enredaba los dedos entre sus cabellos.

Daniel me asió firmemente de la cadera con ambas manos, me dio media vuelta y subió a horcajadas sobre mí. Me despojó del vestido rojo que llevaba e hizo lo mismo que yo con su camiseta.

Pasó sus manos entre el colchón y mi espalda y consiguió llegar al enganche de mi sujetador. Lo desabrochó y me lo arrebataí. Mientras tanto, arremetía contra mí con pequeños movimientos de cadera que hacían aumentar su dureza, que la sentía rozando contra mi vientre.

Cazó uno de mis pechos despendolados al aire y lo encerró entre sus labios. Jugueteó con la lengua sobre mi pezón, dejando en él lamidas que lo pintaban con capas de su saliva. Arqueaba la espalda y subía la cabeza para clavar la mirada en el techo. Después, noté cómo el rastro de besos llegaba hasta mi entrepierna. Pasó sus dedos por debajo de mis braguitas y comenzó a masajear con círculos mi clitoris una y otra vez.

Los gritos se escapaban de mi garganta sin que pudiera hacer nada por retenerlos. El sueño se me había desaparecido hacía tiempo y, en su lugar, un torrente de energía que venía acompañada de un potente orgasmo, se adueñó de mi cuerpo.

Acercó su boca a mis labios y antes de que su lengua saliera al paso, yo volví a gritar. Intentaba contraer los muslos para sacar su cabeza de allí abajo, pero no funcionó. Posó su mano sobre una de mis rodillas, que se flexionaban verticales, para abrirme las piernas aún más e impedirme las contracciones que lo echaban de allí.

—¡Dani...! —grité entre gemidos sordos que me imposibilitaban hablar con normalidad.

Él no respondía, solo se dedicaba a dibujar con la lengua los mismos círculos con los que me masajearé antes.

—¡Dani...! —Lo volví a intentar—. Está... Me vengo...

Abrí la boca, jadeante, y agarré su pelo mientras apretaba fuertemente los ojos para dejarme llevar por la imaginación y dejar a un lado los hechos. Estaba a punto de terminar, lo intuí cuando un escalofrío me sobó la entrepierna. Contraí de nuevo los muslos, lo que me ocasionó otro tirón de rodilla hacia fuera.

Guardó la lengua y volvió a conocer los labios de mi cara, dejando en ellos otro desfile de besos que me estaban dando una tregua que aproveché para deshacerme del éxtasis.

Daniel sacó su hombría de aquella jaula de algodón que la retenía. Se preocupó en buscar un preservativo que no encontró e, inquieto, se dirigió a mí con una mueca en la que entreví el final. Negué con la cabeza, bajé la vista hasta su erección y lo obligué a entrar en mí.

—Tomo la píldora... —avisé.

Él comprendió, entonces, que podía entrar en mí y, por primera vez, pude notar el roce de su carne con la mía. Apreté los puños, pellizcando las sábanas y reteniendo un quejido que ansiaba abandonar mi cuerpo para perderse junto a todos los demás.

Él se echó hacia mí, apretando mis pechos contra los suyos y obligándome a gritar de placer. Clavé de nuevo mis dedos en su espalda y tiré de él hacia mí para sentirlo aún más cerca.

Su piel me quemaba, me hacía arder, y el incendio se propagaba hasta la abertura de mi entrepierna. El roce de su pene contra mis labios a cada penetración hacía que la piel se me

erizara y que los gemidos huyesen de mí para terminar fundiéndose en el silencio que nos acorralaba.

Su espalda erizada me perforaba las yemas de los dedos y se clavaba en mí. Cuando creí haber caído en la monotonía, él rodó mientras nos fundíamos en un abrazo haciendo que terminase a horcajadas sobre su dureza. Descendió sus manos hasta hincar sus dedos en mis nalgas y, con sutiles movimientos verticales, fue dirigiendo el ritmo con el que entraba y salía.

Rodeé con mis brazos su cuello y me dejé caer sobre su clavícula. Y gemí. Gemí en su oreja, provocando en él un grito voluptuoso que terminó asistiéndome un latigazo sensual con el que conseguí adivinar el fin de mi orgasmo.

Las piernas me temblaban y la respiración se me hacía cada vez más pesada. Él me pegaba contra su cuerpo en cada embestida. Yo podía sentir el fragante olor de su cuerpo penetrando mi nariz. Me enloquecía, era como una droga de la que me negaba desintoxicar.

Volvimos a rodar por las sábanas y, cuando lo vi apretarme los muslos con sus dedos, salió de mí y terminó yéndose sobre mi vientre. Yo lo imité y conseguí deslizarme por las laderas de un orgasmo cohibido y encarcelado que conseguía ver la luz.

El cayó sobre mi pecho, jadeante, sudoroso, prácticamente aniquilado. Después, se volteó para caer a mi lado en el colchón. Habíamos enmudecido y no éramos capaces de acabar con el silencio que se había adueñado del ambiente. Solo pudimos girar la cabeza para cruzarnos miradas que eran capaces de pronunciar un torrente verbal que no necesitaba acompañamiento sonoro.

Al día le había dado tiempo a amanecer y la luz del sol de la mañana terminó tamizándose entre la persiana para iluminar parcialmente la habitación. Me tumbé de costado para ver mejor a Daniel, que se le notaba abatido tras nuestra guerrilla. Sin embargo, tampoco conseguimos decir nada, solo guardamos silencio.

En esas, mi teléfono, que aguardaba en silencio sobre la mesilla, vibró. Estiré el brazo para alcanzarlo y lo agarré firmemente antes de golpear dos veces la pantalla para desbloquearlo.

Sobre la foto a pies de la Giralda que salvaba la pantalla de mi iPhone, aparecieron varios mensajes de quien todos ya sabíamos quién.

Unai

De acuerdo.

Te paso a recoger si quieres y hablamos.

Pásame ubicación.

Lo dijo en respuesta a los mensajes que le envié cuando en mi móvil tan solo era un número desconocido.

—¿Quién es? —preguntó Daniel ladeándose hacia mí.

Me escondí tras el móvil para evitar que viera cómo enviaba un escueto «Ok.» que lo descolocaría.

—Mi madre. Que qué tal lo estamos pasando.

Conseguí convencerlo y hacer que volviera a apoyar la espalda sobre la cama para perderse entre la pintura del techo.

—¿No se lo irás a contar?

Me ladeé de nuevo y lo miré con obviedad.

—¡Claro que no! —Y me reí.

Tras un silencio, volví a escuchar su voz.

—Esta tarde he quedado con un amigo al que hace tiempo que no veo.

Lo miré acompañándolo con una fruncida de ceño que imaginé que comprendió como una incomprensión.

—¡Vale! —respondí coqueta—. No te preocupes. Yo saldré a dar una vuelta por la ciudad.

Ahora fue él quien frunció el ceño.

—¿No te importa?

Negué con la cabeza, resuelta.

—¿Por qué me iba a importar?

—No sé...

Y se abstuvo de decir algo más.

Dejé que el móvil siguiera reposando sobre la mesilla y abracé a Daniel. No sabía muy bien para qué, pero lo hice, y permanecimos en esa postura durante más de media hora.

Estaba a gusto con él. La comodidad había vuelto a mi vida. No me había vuelto a acordar de mi ex, cosa que me tranquilizaba. Estuve con él un tiempo en el que me di cuenta, los últimos meses, que no me quería. Me caían besos por cumplimiento y no por amor, y mi mente no era capaz de concebir una imagen en la que yo pudiera estar con una persona que sabía que no me amaba y que solo me utilizaría.

Tampoco quería ser materialista, pero comparado con Daniel, aquel ser era un adefesio andante. Y yo necesitaba a alguien que me entrara por los ojos. Y no digo que los adefesios no tengan derecho a encontrar el amor, ni mucho menos. Digo que, en mí, debe haber una dualidad entre el amor físico y sentimental. Aunque, en esa dualidad, generalmente solían ganar los sentimentalismos.

Aproveché que Daniel se había ido para escaparme a ver a Unai. Tenía sentimientos encontrados entre los dos. Daniel me daba todo lo que buscaba en un hombre. Ya había dicho mil veces lo cómoda que me hacía sentir con tanto cariño junto. Unai, en cambio, había aparecido en mi vida quizá para ponerla patas arriba. No sabía exactamente qué era lo que sentía por él. Tenía claro que algo había, pero no lograba dilucidar el qué.

Salí pasados pocos minutos desde el mediodía. En la puerta de mi hotel, sobre el asiento del conductor de su Seat Ateca, estaba Unai esperando a que subiera al asiento delantero que quedaba libre.

Lo hice, me saludó con un abrazo y arrancó el coche hasta perderse por la autovía.

—¿Dónde vamos? —pregunté extrañada. Era la primera cosa que decía en todo el rato que llevaba subida al coche.

Estaba cortada, nerviosa y los remordimientos me torturaban mientras pensaba en Daniel.

—A Huelva. Te voy a llevar a mi casa.

Me ladeé en el asiento; lo miré a los ojos, que se le inyectaban en la carretera; y reproché angustiada:

—¿A Huelva? ¡No! ¡Ni de coña! ¡Da la vuelta!

—¡Relájate! —me ordenó quitando una de las manos del volante y posándola sobre mi muslo.

La cogí con delicadeza, me la quité de encima y provoqué que una sonrisa pícara se dibujara en su rostro.

—Vale, lo entiendo... —Y suavizó su tono—. Iré despacio.

—¿Recuerdas que tengo novio?

Sin apartar la mirada de la luna, asintió.

—¿Entonces?

—Te daré tiempo.

—¿A qué, exactamente?

—A que lo dejes —explicó resuelto.

Reí descarada.

—No lo voy a dejar. —Y le dediqué un mohín de obviedad en el que se colaba una chulería que creo que no consiguió adivinar.

—Si no lo fueras a dejar, no hubieras venido conmigo.

Chasqueó la lengua y me regaló un guiño.

Devolví la atención a lo que pasaba en la carretera y me olvidé de que Unai viajaba a mi lado. ¿Y si tenía razón? ¿Y si no quería a Dani? ¿Y si pensaba haberme arrebatado las dudas, pero no estaba segura de mi relación con él?

Bufé.

—¿Qué te pasa?

Sacudí lentamente la cabeza mientras dirigía la mirada hacia mi ventanilla y me perdía entre el azul de mediodía.

—¡Vamos! —se impacientó—. ¿Qué te pasa?
—No me pasa nada —mentí pretendiendo que se lo creyera.
—¡Ja! ¿Te piensas que soy bobo o qué?
Volví a guardar silencio mientras perdía la mirada entre las nubes.
—Bueno... —añadió—, cuando quieras hablar, aquí estaré.
Torcí la cabeza y me encontré con la suya, que seguía atendiendo al tráfico.
—No sé si esto está bien, Unai... —confesé.
—¿El qué?
—¡Lo nuestro! ¡Que yo esté aquí! ¡Contigo! ¿No lo entiendes?
Frunció el ceño y se distrajo fugazmente de la conducción.
—¿Tu novio no te deja salir con otros hombres?
—No es eso... Es que los dos sabemos que nuestro rollo no es de amistad.
—¿Por qué? Eso es lo que dices tú.
—¡Claro! Y por eso te pones así de...
—¿Cómo? —Parecía confuso.

Le hice un examen visual de arriba abajo. Calzaba unas Vans blancas que terminaban en unos pantalones vaqueros y una camiseta blanca. Era un *look* excesivamente básico, pero que a mí me ponía muy... ¿burra?

—¡Guapo! —admití zanjando el tema.
—¿Guapo? ¡No! ¡Qué va!
—A mí me lo parece —resolví— y no quiero tener más movidas mentales por tu culpa.
Encorvó las cejas y volvió a sonreír.
—¿Estás confusa?
Asentí con movimientos verticales de cabeza.
—Para tu paz mental —comenzó—, quiero que sepas que no soy el típico calentabragas que no respeta nada porque solo piensa en follar. Yo soy diferente. —Regresó su mano a mi muslo y añadió—: Tú me gustas, Georgina, y no me importa esperarte si, así, te puedo conseguir.
—No podrás esperar tanto tiempo...
Se encogió de hombros y devolvió la mano al volante.
—Esperaré lo que haga falta...
—Eso lo dices al principio —arremetí—, luego te cansarás de hacerlo y me atacarás o te irás a por otra.
—Te lo digo en serio. —Y enserió el tono—. Te esperaré lo que haga falta. Puedes creerme o no.

Lo miré por última vez y regresé la mirada a la ventanilla.

Llegamos a casa de Unai. Era un adosado de ladrillo blanco y pizarra ubicado en el sur de Huelva. Bajamos del coche. Yo no estaba muy decidida de hacerlo, pero él me obligó. Abrió la gran puerta de metal gris que separaba el jardín de la acera. Comenzó a pisar las baldosas que protegían el césped y que llevaban hasta el porche mientras yo lo miraba desde la acera, sin atreverme a dar un paso.

Estaba acordándome de Daniel. Sabía que no debía hacerlo, que quizá estaría cerca de pasar a la historia, que igual no estaba con unos amigos, que las dudas seguían ahí... pero me acordaba de él.

Unai se dio cuenta de que no pasaba, bajó las escaleras que comenzó a subir y, riendo, me agarró la mano y me tiró hacia dentro.

—¡No voy a entrar! —reproché entre risas.

—Sí lo harás. —Y mientras me tiraba del brazo hasta la puerta.

Agité el brazo tratando de desprenderme de su mano, pero las risas me robaban todas las fuerzas que debí haber usado en mi huida.

—Sabes que esto es un secuestro, ¿verdad?

Me soltó la mano y negó con la cabeza mientras desbloqueaba la cerradura con la llave.

—Un secuestro es cuando va en contra de tu voluntad. Y, en el fondo, muy en el fondo, te mueres por entrar.

No quise desmentir lo indesmentible, así que preferí serle fiel a la religión del silencio. Finalmente, entré por voluntad propia a su casa. Era minimalista. Estaba pintada en tonos blancos y beige y, algunos remates, terminaban en un tono oro que conjugaba a la perfección con el resto de la paleta cromática.

Mientras me entretenía en analizar detalladamente la decoración de la casa, pude ver a lo lejos cómo Unai aparecía en el salón descorchando una botella de cava y sujetando dos copas de cristal entre los dedos de una misma mano.

—¿No sabías que no bebo?

Se encogió de hombros y sirvió el cava de igual forma. Le dediqué un mohín de desaprobación que se perdió en el aire. Después, me entregó la copa en la mano, brindamos y me senté al sofá, perdiendo la mirada en el infinito sin, siquiera, haberme mojado los labios con ella.

—¿Estás bien?

Asentí con el rostro impasible.

—No lo estás —resolvió.

Desvié la mirada para clavarme en su rostro.

—Estoy bien, de verdad...

Él pasó su mano por mi espalda y la posó sobre mi hombro, abrazándome.

—¿Entonces? ¿A qué viene esa cara?

Llevé la mirada hacia el suelo y suspiré, evitando responder.

—A que no sé qué va a pasar entre nosotros...

Noté cómo arrugaba la frente, presa de la incompreensión.

—¿Qué crees que va a pasar?

Subí los hombros antes de continuar.

—No lo sé. No me creo tus palabras del coche.

Unai apretó mi cuerpo contra el suyo, aumentando el abrazo, pero no consiguió que mi rostro expresase algo más que no fuera una mezcla entre incertidumbre y traición.

—Pues, cuando quieras, empiezas a creértelas. —Y me sonrió colándosele una pequeña risa.

—Quiero confiar en ti, Unai, y me encantaría estar contigo; pero ahora mismo no puedo.

—Y yo lo entiendo. No voy a presionarte. ¿Cuántas veces te tengo que decir que voy a esperarte?

Fruncí los hombros y subí la mirada hasta sus pupilas. Después, le devolví la copa y me excusé diciendo que no bebía desde un problema que tuve con un chupito de tequila.

—¿Sabes que he abierto por ti una botella que llevaba en la nevera desde Navidad?

No pude evitar carcajear.

—¿Y eso?

—No lo sé... Me parecía una buena oportunidad.

Nuestras miradas se encontraron. La complicidad se adueñó de nosotros y el silencio nos acompañó con sus acordes. Una parte de mí me obligaba a lanzarme a sus labios, que me

esperaban lascivos, pero otra me obligaba a dejarlo todo ahí: una mirada incontinente y unos sentimientos encontrados que se refrenaban en mi interior.

—Bueno... —exclamó Unai apartando la mirada de mis ojos y levantándose del sofá—. ¿Quieres hacer algo?

Devolví la vista al suelo y sacudí la cabeza, negando. Pude ver cómo él dejaba la copa sobre la mesa baja que estaba frente al sofá y se alejaba unos pasos de mí.

—Te puedo invitar a comer —propuso—. ¿O eso te va a crear más... inseguridades?

Accedí, volvimos al coche y dejé que me llevara donde quisiera.

Lorena amaneció con un hombre que no conocía a su lado en el colchón. Ni siquiera le preguntó el nombre cuando ya lo había echado de su casa almacenando sus calzoncillos de recuerdo.

Llevaba una mala racha con los hombres. O se quejaba de que eran feos, o que pasaban de ella o, directamente, que no estaban a la altura de una mujer tan... como Lorena. A eso había que sumarle que, de sus dos relaciones, una terminó con un tercero en discordia que lo mandó todo a la mierda.

Me sentía reflejada con aquella situación. A mí me comenzaba a pasar algo parecido. Estaba supuestamente enamorada de un hombre al que cada vez amaba menos, con el que cada vez me apetecía estar menos y que me hacía que tuviera que buscar a otra persona que llenase el vacío que él dejaba en mi vida.

Me escribió varios mensajes preguntándome por mi estancia en Sevilla. No sabía que había quedado con Unai. Para ella, yo seguía con Daniel en el hotel o pateando media ciudad con tal de ver lo poco que nos quedaba aún por ver.

Andrea amaneció quejándose de su relación, que llevaba tiempo haciendo aguas. Decía que su novio no la hacía caso, que no la valoraba y que se sentía vacía con él.

También me mandó un wasap preguntando por mí y pidiéndome ayuda para reflotar una relación que llevaba tiempo naufragada. Le dije que no se preocupara, que le diera espacio, que todas las personas necesitan el suyo y que a veces las relaciones se fracturan por no delimitar bien el lugar que ocupa cada uno en ella.

Lo entendió y me lo agradeció prometiéndome ir a tomar unas cervezas cuando llegara a Madrid dentro de un par de días.

Al igual que Lorena, ella tampoco sabía nada de lo mío con Unai y, para ella, todo se quedó en una anécdota noctámbula de discoteca. Me callé eso de que había quedado con él y que Dani... bueno, se había ido por ahí a vete tú a saber qué.

Sonia amaneció preocupada por su relación con Xavi. Llevaban un tiempo distanciados. Ella vivía en Madrid, el otro en Málaga y, por mucho que hablasen por teléfono, les faltaba la proximidad y las caricias sobre las que se apoyan los cimientos de una relación.

Sentía que lo seguía queriendo, que la hacía feliz, que con él y junto a él todo era maravilloso, con él y junto a él no corría el tiempo, con él y junto a él todo tenía sentido y con él y junto a él la vida era un cuento de hadas al que no quería leerle el final. Sin embargo, un runrún la perseguía cada vez que pensaba en qué podría estar haciendo a sus espaldas.

Traté de convencerla del problema de confianza que los sobrevolaba y, aunque le costó, finalmente terminó dándome la razón. Prometió cambiar, confiar más en él, no pensar tanto en qué estaría haciendo y en creer que la pareja debe ser una unión de dos personas que se quieren y se respetan mutuamente.

Elena amaneció pensando en un chico que se estaba acercando a ella en los últimos días. Estaba

sola, no tenía novio, pero tampoco creo que quisiera meterse en una relación que la desestabilizaría.

Ella prefería encerrarse en su trabajo, centrarse en todos los informes que tendría que rellenar antes de que acabara el mes y no podía perder tiempo en relaciones que penetrarían su burbuja y la descentrarían de sus labores esenciales.

El chico en cuestión era un futbolista de segunda RFEF, de metro ochenta y veinticinco años sobre su escultural espalda. Lo conoció en una fiesta de una amiga en la que estaba él junto con una señora que supuso que sería su madre.

La incertidumbre llega cuando él se fijó en Elena y ella, que ya le había explicado el motivo por el que rehúye de los hombres, le dijo seriamente un no que debió tomar a guasa.

—Yo iría a por él —la animé por teléfono.

—¿Qué dices?

—¡Que sí! —inquirí—. ¿Tú sabes cuánto gana un futbolista de su competición?

—¿Mucho?

—No está mal... Más que tú, seguro.

Un silencio se coló en la línea.

—¡Da igual! —reprochó—. Si tengo algo con él, tendré que ir a verlo jugar... ¡Y aborrezco el fútbol!

—Tampoco es para tanto. Eres más exagerada...

—¡Es que no lo entiendo! No me gusta ver algo de lo que no me sé ni las normas, ni las reglas de juego, ni nada...

—¡Pues le dices que te has puesto mala! Pero intenta algo con él.

Clausuró la conversación con un escueto «vale» tras el que comprendí que era hora de colgar.

31

DÍAS QUE FUERON

Unai y yo acabamos en un restaurante en el centro de Huelva que gozaba de unos precios que mi economía era capaz de afrontar.

Nos sentamos sobre unas sillas de madera clara que estaban arrimadas a una mesa del mismo material y color. Pedí una hamburguesa de buey y él se decantó por una ensalada mediterránea a base de lechuga, tomate, maíz, atún y zanahoria. Tardaron poco en traérselo y empezamos a comer entre conversaciones.

—¿Estás más tranquila? —preguntó clavándose en mis ojos.

Quise asentir, pero Daniel se coló en mis pensamientos y me impidió hacerlo.

—Más o menos... Sabes que me acuerdo mucho de...

—¡No sigas! —Y se llevó un poco de ensalada a la boca.

Fruncí el ceño.

—¿Te molesta?

Subió los hombros y, cabizbajo, sacudió la cabeza para negar.

—¿Entonces? —inquirí preocupada.

—No quiero que me recuerdes a tu novio cada vez que nos vemos, Georgina.

Le sostuve la mirada hasta que me atreví a preguntarle por qué.

—Está mal que te lo diga, pero me recuerdas que alguien ha conseguido lo que yo no puedo tener...

Y lo miré, condescendiente, y bajé la mirada para clavarla sobre el mantel.

—Unai... —quise comenzar antes de que las palabras se me agolpasen en la garganta—, no estoy segura de esto.

—¿De qué? —Arrugó la frente, extrañado.

Suspiré, tratando de evocar la fuerza que me faltaba.

—De lo... —y antes de responder un «de lo de Dani y mío», reconduje la conversación para no darle una oportunidad que no estaba preparada para afrontar—, nuestro.

Sonrió con cariño.

—¿Lo nuestro? No sabía que tuviéramos algo nuestro. —Acompañó sus palabras con una pequeña risa que no pudo contener.

—No lo tenemos, pero los dos sabemos dónde queremos llegar.

Comenzó a asentir, dándome una razón enmudecida.

—¿Cuántas veces tendré que decirte que te esperaré?

—¡No me lo repitas más, por favor! —Una bordería se apoderó de mi tono y salió disparada contra él—. No quiero saber que me esperarás, porque, entonces, yo tendré que dejarlo en algún momento con Daniel para que tú dejes de esperarme.

—Yo no he dicho eso en ningún momento. —Comió—. Tú puedes estar con Daniel todo el tiempo que quieras. El día que lo dejéis, si lo dejáis, yo estaré ahí.

—¿Y si no lo dejamos nunca?

Encogió los hombros y apretó los labios con una sonrisa tontorrón de la que tuve que desviar la mirada por no ser capaz de aguantar mucho tiempo mirándola sin querer lanzarme a

ella.

—Pues, en ese caso, no me quedará otra que resignarme, dame media vuelta y llorar por lo que he perdido...

Le pegué un bocado a la hamburguesa mientras una sucesión de destellos animados deambulaba por mi mente. En ellos se dibujaba la ilusión de una relación idílica junto con Unai. Éramos felices, nos queríamos, llevábamos una vida de pareja al uso, dábamos paseos, gastábamos, cenábamos, salíamos de fiesta, volvíamos a follar... En mi mente todo era perfecto y maravilloso. Él era la persona que llevaba tiempo esperando, Dani tan solo era un recuerdo del hombre del que me enamoré perdidamente, pero con el que no he sabido construir una relación por culpa de una serie de catastróficas desdichas que nos habrían llevado a nuestra situación actual y yo, era una mujer separada dos veces por no saber elegir y felizmente emparejada con la persona que quiero.

Sin embargo, era eso último lo que me chirriaba en mi felicidad. ¿Quería de verdad a Unai o tan solo me atraía físicamente y dos polvos serían suficientes para que dejara de ser una novedad? Una pregunta que me llevaba a cuestionarme si Daniel era la persona que merecía en mi vida o me convendría probar un cambio de aires donde él tan solo fuera una anécdota que no quisiera repetir.

Bufé.

Aunque, más que como un bufido, se escuchó como si fuera un gruñido desganado que liberé al mismo tiempo que me tragaba las lágrimas o las secaba con la muñeca antes de que pareciera que lloraba.

—¿Estás bien? —preguntó dejando el tenedor sobre la mesa y agarrándome la mano que no me ayudaba a controlar el llanto.

Asentí con un movimiento de cabeza que no consiguió calmarlo y solo hizo que se preocupara más por mí.

—Georgina... —tomó aire mientras rebuscaba las palabras adecuadas para lo que fuera que me tuviera que decir—, no creo que haya sido buena idea esto de venirnos a Huelva, a cenar... Vernos.

Subí la cabeza. Había secado mis lágrimas a conciencia y esperé que no hubiera rastros sobre mi rostro.

—¿Por qué lo dices?

—¡Mírate! Y mírame... —Eso último lo dijo en un tono más condescendiente.

—¿Qué nos pasa? —inquirí.

—Tú estás con una persona de la que no me has hablado excesivamente bien. Se te nota asqueada, hastiada, cansada de la relación. Imagino que serás feliz, que lo querrás, que te gustaría pasar el resto de tu vida junto a él... Vamos, eso que se suele decir cuando estás con alguien... —Podía notar la pesadez en sus palabras. Hablaba con puñales que lo acuchillaban y lo abofeteaban con golpes de realidad que no estaba preparado para combatir—. Y yo... mírame. Me arrastro a pies de una mujer que... ¡Sí! Me enloquece, me vuelve loco..., pero que nunca conseguiré tener; al menos no por ahora. Y solo me queda sentarme, mirarla, sonreír cuando la veo feliz en brazos de otro porque su felicidad se ha convertido en la mía...

Resolló una última vez, se llevó la mano a la sien y se apoyó sobre su dedo índice mientras que el pulgar lo llevaba a la altura de sus mejillas.

Yo pude ver sus ojos inyectados en un rojo tras el que se contenía un mar de lágrimas que aún no estaba preparado para salir. Aquella estampa me debilitó. Creí estar lista para responder a su monólogo, pero un nudo me retuvo las palabras en mi garganta e impidió que salieran.

Carraspeé para obligarlas a salir y, en un primer momento, lo conseguí:

—Unai, yo... —Pero tardé poco en quedarme de nuevo sin ellas—. Siento lo que sientes, de verdad. Siento que te hayas enamorado de una mujer tan... como yo. Con mochila. Pero comprenderás que, por ahora, poco puedo hacer por estar contigo. Podría traicionar a Dani, por supuesto que podría hacerlo, pero no está en mi genética ese tipo de actos tan viles y rastreros en los que buscas una vía de escape porque el tedio consume velozmente los días sin que puedas hacer nada por detenerlo... ¿Y qué puedo hacer? ¿Dejo a Dani para estar contigo? ¿Espero a que me esperes? ¿Empiezo a olvidarte? ¿O tal vez sería mejor opción vivir mi relación sabiendo que hay otro hombre tras de mí?... —Me ahuequé el pelo y, agarrándolo, le subí el mentón para conectar nuestras miradas—. No estoy en mi mejor momento con Dani, pero una pareja se sostiene a base de aguantar, de estar ahí día a día, de conquistar a tu pareja con pequeños detalles que aumentan vuestra conexión, de no perder la magia, de trataros como el primer día, de mantener la complicidad..., de un montón de cosas que, juntas, conforman la maravillosa fórmula del amor. ¿En serio me conviene perderlo? —Concluí negando con la cabeza.

Él lo comprendió y creo que comenzó a resignarse con un conformismo anegado al que no me solían tener acostumbrada los hombres.

—Lo entiendo. Llevo haciéndolo desde que tu amiga nos presentó en aquella discoteca que... —Y sonrió al recordarlo—. Pero me enamoré de una mujer soltera, Georgina. Yo no conocía a tu novio, ni siquiera sabía que lo tenías cuando tú ya me gustabas. Y puedes pensar que soy el típico calientabragas que solo quería echarte dos polvos. —Tragó duro al mismo tiempo que se entretenía bebiendo un trago de vino tinto que se había servido inmediatamente antes—. Y era lo que quería..., pero ya no. Las cosas son distintas. No pienso en llevarte a la cama, solo en formar un futuro contigo. Cuando sea. Hoy, mañana, dentro de un mes, tal vez en algún momento de los próximos veinte años...

Y, de nuevo, volví a quedarme pensativa sobre el mantel mientras tragaba todas las lágrimas que me exigían a gritos deslizarse por mis mejillas. A los pocos segundos, pude escuchar un suspiro que precedía a la voz de Unai.

—Venga, que te llevo a casa... —Se levantó de la silla y buscó a un camarero que nos cobrara.

Traté de detenerlo, pero fue demasiado tarde cuando a los pocos minutos nos encontrábamos cruzando el umbral de la puerta que conectaba el establecimiento con la calle.

Subimos a su coche y en una hora, ya atardeciendo, llegamos al hotel. Nos despedimos con un abrazo que me conmovió por dentro y que vino acompañado de un escalofrío que me sacudió por completo. Con sus pulgares, retiró el pelo que caía sobre mi cara, la miró de nuevo una última vez y se abstuvo de dejarme un beso en cualquier lugar.

Caminé sola hasta la recepción, escoltada por la imponente mirada de Unai, que aún no había regresado a su asiento en el coche, y subí hasta la habitación deseando tumbarme en la cama sin hacer nada más hasta el día siguiente. Por un momento, había olvidado el paseo que le había prometido a Dani a orillas del Guadalquivir fingiendo ser dos felices enamorados.

Entré a la habitación, envuelta en un silencio falto de saludos que agradecí y que me acompañó hasta el colchón. Daniel aún no había vuelto. Una parte de mí se preocupaba, la otra me incitaba a tumbarme sobre la cama sin inquietarme por nada ni nadie y dejar que el tiempo lo devolviese al hotel cuando estimara oportuno.

En mi mente pretendía quedarme mirando la infinidad del techo hasta que llegase Daniel y consumir las horas hablando y reflexionando con mi yo interior, pero, a los cinco minutos, terminé durmiéndome.

32

LO MISMO QUE YO

El camino de vuelta a casa se me hizo largo. Largo e incómodo. No solo porque un silencio sepulcral se adueñara de nosotros durante todo el trayecto hasta el hotel, sino porque la imagen de Dani se colaba entre mis pensamientos como ya era costumbre.

Dani llegó cuando yo seguía dormida. Se hizo un hueco entre las sábanas y se coló entre mis brazos sin yo saberlo. Ni siquiera me besó, solo se giró y durmió a mi lado.

Amanecimos pasadas las diez de la mañana. Ese era nuestro último día en Sevilla. Daniel se levantó triste, pensando que tenía que irse ya. Yo me levanté angustiada por todo lo que había pasado con Unai cuando las dudas con mi actual pareja estaban ya disueltas.

Por la mañana, fui yo la que tuvo que darle un beso por culpa de su carencia de iniciativas que ignoré completamente. Solo tenía la cabeza puesta en quien todos sabemos.

Eché un pequeño vistazo al teléfono cuando aún me encontraba envuelta entre las sábanas del hotel y vi un mensaje de Unai que preferí obviar temporalmente. No porque no quisiera leerlo, sino porque no quería tener que arriesgarme a que Daniel me viera manteniendo conversaciones con otros hombres mientras se me dibujaban sonrisas cómplices sobre la cara.

También era que tenía serios problemas con los mensajes y el WhatsApp. Lo odiaba enormemente. No era capaz de estar horas y horas enganchada al móvil como una posesa enviando y leyendo wasaps de nadie. Tenía abandonados a mis padres, a mi abuela (que luego me lo reprochaba), a mis tíos, mis amigos..., y, Unai, al igual que lo hacía con Daniel, no era una excepción.

Esperé que el chico se levantara al baño. Aguardé hasta escuchar el pestillo de la puerta y, entonces, agarré el teléfono y leí los mensajes sobre la pantalla de bloqueo antes de abrir la aplicación. Me decía que se acordaba mucho de mí; que había pasado mala noche pensando en todo lo que había pasado, en mis problemas y en lo que podría pasar entre nosotros. Le dije que se calmase y, justo cuando lo envié, decidió llamarme. No tuve remilgos en cogérselo.

—¡Hola! —exclamé con un aire de felicidad entre mis palabras.

—¿Has leído los wasaps?

—Te he contestado a ellos.

Pude escuchar una pequeña risita nerviosa al otro lado de la línea.

—Ahora lo veré. ¿Qué tal?

—No muy bien... Ni siquiera me besa cuando aparece... —susurré.

Otro silencio nos atenazó.

—Anoche te lo hubiera dado.

Me sonrojé y dibujé la sonrisa tonta que no quería que viera Daniel.

—¿Por qué no lo hiciste?

Otro silencio ocupó nuestras gargantas.

—Te ibas a rayar, así que preferí no hacerlo.

—Luego el rayado fuiste tú —reproché.

—Ya... Pero eso fue por otras cosas... —Y rio.

—No te excuses. Si me lo hubieras dado, estarías preocupado por si me hubiera molestado o yo qué sé.

—¡Eso es verdad! —exclamó acompañándolo con un sordo JE JE.

—Lo cierto es que me lo pasé muy bien... —confesé dándole pequeños golpes visuales a la puerta del baño, rezando por que Daniel no saliera en medio de nuestra conversación.

—¿No estabas angustiada?

—Preocupada, más bien. Pero se me pasó bastante rápido.

—¿Conmigo? Tu cara cuando te dejé en la puerta no era todo lo feliz que me cuentas.

—Me refiero a lo que pasó cuando llegué al hotel. No estaba Dani, eso me dio paz, y me dormí.

Unai carcajeó, obligándome a reír a mí también.

—¿Y ahora? ¿Sigue sin estar? —se extrañó.

—¡Sí! Está en el baño. —Ni siquiera me preocupé en bajar la voz.

—¡Ahhh! —Rio—. Y aprovechas que se ha marchado para hablar conmigo, ¿eh? Muy lista...

—¿Te sorprende? Creí que me conocías bien.

—Lo hago. —Rio—. Pero no dejas de sorprenderme.

En ese momento, Daniel salió del baño y regresó a mi lado en el colchón.

—¿Ha salido ya? —preguntó Unai quizá tras escuchar el sonido de la puerta al abrirse.

—Sí, mamá —fingí.

Y él, de nuevo, se rio.

—Vale, hija mía —me siguió el rollo—, ¿quieres que cuelgue?

Fruncí el ceño, aguantando la risa, y negué con modestia.

—De acuerdo... —cedió—. Aunque pienso que es lo mejor. No quiero terminar enterrado en una playa con la polla fuera para que me la piquen los cangrejos.

Me fue imposible aguantar la risa mientras Dani me dedicaba pequeñas miradas de extrañeza que ignoraba.

—No lo hará. Espero que no lo haga, vamos...

—No lo sé... Un novio despechado es capaz de resucitar técnicas de la Santa Inquisición para terminar con el que usurpa su relación.

—¡Te estoy diciendo que no lo va a hacer!

Dani se hizo un hueco entre nuestras palabras.

—¿Quién es?

Tapé el micrófono, me volví hacia él y confesé que era mi madre, algo a lo que respondió con un «ah» que lo obligó a seguir revisando su Instagram.

—Te voy a tener que dejar —informé.

Me respondió con un gruñido que interpreté como un reproche a la opción de colgar.

—Valeeee... —Noté que no estaba muy de acuerdo.

—Adiós, mamá.

—Adiós, hija mía. —Fingió voz de mujer anciana.

Después, colgué y dejé que el iPhone reposara sobre la mesilla.

—¿Qué dice tu madre? —preguntó Dani sin apartar la mirada de su teléfono.

—Que qué tal lo estábamos pasando. Le he dicho que muy bien.

Me incorporé y esperé a que despegara la mirada del móvil. Al ver que no sucedía, me desenvolví de las sábanas y abrí la nevera en busca de algo que llevarme a la boca.

—¿A qué hora tenemos que dejar la habitación? —gritó Dani.

—Sobre las doce, pero tenemos el vuelo a las cinco, así que habrá que hacer algo.

No respondió y me entretuve en servirme mi Cola Cao mañanero sin el que me era imposible sobrevivir al resto del día.

Aparecí al poco tiempo con la taza en la cama y adiviné a Dani en la misma posición en la que lo había dejado minutos antes.

Me acerqué hasta él, hice equilibrio para que la leche no se desparramara en la colcha y me aferré a su brazo, cotilleando lo que ocurría en su teléfono.

—¿Qué vamos a hacer, entonces?

Fruncí los hombros.

Yo despedirme de Unai, tú no sé qué tendrás que hacer...

—Podemos dar una vuelta por ahí —respondí finalmente.

—Me parece buena idea...

Apagó el teléfono, lo dejó sobre la mesilla y se giró hacia mí. Asió mi taza por el mango, me la arrebató de las manos y la dejó junto a su móvil.

Arrugué la frente y, antes de que pudiera preguntar el porqué de su acción, él comenzó a hablar.

—Muchas gracias por este viaje, Georgina... —agradeció acariciándome el hombro.

—Me alegro de que te haya gustado. —Sonreí.

—Se me ha hecho corto...

—A mí también... Todo lo que pasa a tu lado se me hace corto —fingí para que no sospechase la verdadera identidad de «mi madre».

Miró mis labios, dejó un beso distraído en ellos y se levantó dirigiéndose hacia la ventana.

Sacó un cigarrillo se lo llevó a la boca y se dejó caer sobre el marco de la ventana, con la cabeza en el exterior.

—¿No te he dicho muchas veces que tienes que dejar de fumar?

Él asintió con la cabeza antes de pegarle otra calada al cigarro.

Me acerqué hasta donde estaba y, tras pedirle uno, me lo dio y lo acompañé fumando.

—¿Quién es la que fuma ahora? —Me miró sonriente.

Aparté su cara de un sutil manotazo y perdí la mirada en el azul del cielo de Sevilla.

—Yo soy más mayor que tú.

—Por poco.

Lo miré con cierta inquisición. Estaba tan a gusto junto a él que me hacía dudar de todo.

—¿No te da pena? —preguntó devolviéndome a la realidad.

—¿El qué?

—Que nos tengamos que ir.

Le devolví la mirada al cielo mientras me avasallaban recuerdos de lo que ocurrió ayer entre Unai y yo. En ellos se colaban imágenes de Dani. Era imposible que no lo hicieran, y solo me quedaba mirarlas con mansedumbre y conformidad.

—Me lo he pasado genial a tu lado —reconocí obviando a Unai.

Él pasó su mano izquierda por detrás de mi espalda y me pegó a su cuerpo en un abrazo que me tomé el privilegio de no devolver.

—Dani...

No pude terminar la frase. Las palabras se habían declarado en huelga y no hacían acto de presencia en mi garganta. Él bajó la cabeza para sostenerme una mirada cenital en mis ojos al tiempo que esperaba que continuase.

—¿Qué? —me ansió.

Yo, que aún continuaba con la mirada puesta en el firmamento, sacudí la cabeza en un intento por salir del abismo al que me había arrojado sin pensar las consecuencias.

—Nada. Déjalo.

Frunció el ceño y me instó a continuar, pero yo no hacía más que rehuir sus insistencias.

Terminó apretando los labios y comprendiendo que no le contaría nada. Tomó otra calada de su cigarro y echó el aire por la boca antes de apoyar su cabeza en mi hombro.

Pasé la mano alrededor de su cintura imitando su gesto. Dani apagó el cigarro contra el hierro del marco de la ventana y me invitó a acompañarlo a la cama. Lancé mi pitillo, deshaciéndome de él, y lo seguí hasta el borde del colchón.

—¿La modestia te impide dar pasos en las relaciones íntimas?

Le devolví una mirada incomprensible aguardando una explicación.

—Me refiero a que... —se cortó pensando cómo continuar—, si la princesita nunca ha comido.

Carcajeé escondiéndome en su regazo antes de levantar la cabeza para asentir.

—Por supuesto que lo he hecho.

—¿No te apetecería repetirlo?

Aguanté la mirada en sus labios, que me esperaban húmedos. Después, me lancé a ellos, sin pensar en nada, y comencé a relamerlos y a encerrarlos contra los míos.

Él me agarró por la nuca y forcejeamos hasta caer sobre el colchón. Subió a horcadas sobre mí y, custodiando mi labio superior, lo succionó. Dejó que, tímidamente, como si nunca lo hubiéramos hecho, su lengua saliera al paso para tropezar con la mía.

Le arrebaté la camiseta y volvió a caer sobre mí, esta vez con el torso desnudo. Posé la mano en su espalda y fui descendiendo hasta sus caderas. Colé los dedos por debajo del pantalón tratando de tantear sus nalgas.

Terminó dejando un beso despistado sobre mis labios. Bajé la mirada hasta el monte que se erguía en su entrepierna. Se deshizo de los pantalones y su erección salió como un resorte. Me acerqué a ella cuando, de un empujón con su dedo índice, me obligó a tumbarme de nuevo.

Él se acercó hacia mí. Envolví su hombría con mi mano y la masajé con movimientos verticales hasta llegar a la base. Me la llevé a la boca y, con una embestida, terminó metiéndomela, provocándome una arcada ahogada.

Volví a repetir el proceso y, esta vez, conseguí hacerlo sin percances. Me detuve en su cabeza. La encerré entre mis labios y comencé a succionarla. Dani gritaba mientras me sujetaba los mechones de pelo que me caían sobre el rostro.

Le relamí el tronco varias veces hasta que conseguí alcanzar la base. Después, subí de nuevo y me entretuve lamiendo la punta. Pequeños gemidos sordos escapaban de su garganta e inundaban el ambiente. Me aferré a sus nalgas y clavé las yemas en ellas. Las apreté para marcar el ritmo con el que entraba y salía de mi boca.

—Me corro... —murmuró.

—Espera... Espera... —le ordené sin dejar de chuparlo.

Sus gritos se hacían eco en la habitación y, apuesto, que también lo hacían en las colindantes.

Él cayó sobre las sábanas, abatido. Subí hasta su marcado pectoral. Me notaba sucia, con ganas de sentirlo en mi interior.

Pinté con saliva su torso a la vez que descendía de nuevo hasta su entrepierna. La agarré de nuevo y volví a introducirla en la boca, provocando en él otro grito por culpa del orgasmo. Dani me agarró la cabeza con ambas manos y me controló la succión.

—To... Tócate... —me obligó jadeante.

Lo miré de reojo mientras bajaba la mano derecha hasta mis bragas de encaje y colaba en ellas el corazón y el anular. Como pudo, me bajó las bragas brasileñas hasta las rodillas y observó cómo me masajeaba con ambos dedos. Mi respiración se hacía cada vez más lenta. Él apoyó un brazo en su cabeza y tapó sus ojos con el dorso mientras imaginaba lo que le hacía.

Lo escuchaba resoplar antes de que me cogiera, me pusiera contra el colchón y me arrebatase el sujetador. Lo lanzó, olvidándose de que la ventana continuaba abierta y haciendo que terminara en algún punto de la calle.

Me incorporé de inmediato, preocupándome por lo que acababa de suceder. Él, en cambio, me bajó de nuevo la cabeza, haciéndome disfrutar del momento.

Abandonó mis pechos y se deslizó por mi vientre hasta llegar al monte de Venus que lucía descubierto. Se hizo hueco entre mis muslos, me alcanzó el clítoris y comenzó a dibujar círculos con la lengua a su alrededor. No pude contener los gritos en mi interior. Agarraba su pelo y lo revolvía tratando de retener un orgasmo que comenzaba a golpearme de arriba abajo.

Subió su mano derecha y jugueteó con uno de mis pechos mientras me relamía la entrepierna. Subió la mirada para clavarse en mis ojos y, con dos de sus dedos, entró sigilosamente en mí.

Aullé de placer cuando lo noté adentrarse. Arquee la espalda y apreté los muslos para cancelar el éxtasis que me gobernaba, pero tan solo pude someterme a sus ingresos. Salió de mí y, antes de que pudiera recuperarme, volvió a entrar, esta vez con su hombría.

Me penetró dura y violentamente, haciéndome chillar. Notaba sus roces y me volvía completamente loca. Me aferré a sus hombros y lo empujé contra mi cuerpo. Estaba caliente y yo me había vuelto cerda. Sentía su respiración golpeando contra mi piel, erizándola por completo.

—Me... Me corro, Georgina...

Intenté decirle que no lo haría solo, que yo estaba a punto, pero no pude sacar palabras, tan solo gemidos asfixiados que se perdían en el ambiente.

Tres golpes en la puerta nos sorprendieron a ambos. Cerré la boca para evitar gemir y que quienquiera que fuese nos escuchara.

—¡Voy! —gritó Dani continuando con su penetración.

Traté de redimirme, pero me fue imposible no soltar quejidos en sus embestidas.

De nuevo, otros tres golpes, más fuertes que los anteriores, resonaron en la habitación.

—Joder... —masculló sin dejar de follarme—. ¡¡Que ya voy, hostia!!

Le golpeé el hombro tras escucharle las formas. Él clavó sus ojos en los míos, soltó un gemido apagado y sacó su dureza de mí, cubriéndome parcialmente el vientre de semen. Estaba caliente, tanto como él. Cuando terminó de mancharme, entró de nuevo en mí hasta que otro par de golpes impacientes terminaron con su paciencia y lo obligaron a abandonarme.

Estaba duro como nunca antes lo había visto. Ambos jadeábamos. Yo estaba abatida sobre el colchón y me era imposible moverme. Daniel entró al baño, agarró una toalla y fue a abrir al que nos molestaba.

—¿Qué?! —lo oí, borde, desde la cama.

—Hola —saludó un hombre al otro lado de la puerta—. Soy vuestro vecino, el de la pared de al lado.

—Ajám...

—Solo venía a deciros que... —y bajó el tono de voz—, si hacéis algo, que sea en silencio.

Daniel le sostuvo una mirada desafiante.

—¿Y eso? —Continuaba con su bordería.

—Tú no, pero los demás tenemos niños. Y no queremos que... bueno, escuchen según qué cosas.

—Ya...

—Pues eso. Pasadlo bien.

Y, tras eso, escuché un portazo. Encontré a Dani llegando de nuevo a la cama y tirando la toalla al suelo. Corrió hacia mí y lo eché a un lado nada más lo vi subiendo sobre mi vientre.

—¿Qué pasa? —preguntó extrañado.

—Ya valió... Estamos molestando.

Bufó mientras me penetraba con la mirada.

—¿En serio vas a hacerle caso a un papi que no quiere que sus hijos...?

—¡Dani!

—¡¿Qué?! ¡Me jode que tengamos que parar porque a los demás les envidie!

—No les envidia —corregí.

Cayó, enfadado, contra el colchón. Resopló y le dediqué una mirada de subversión que cazó al aire.

—¿Te vas a enfadar por eso?

—No me enfado. Simplemente me molesta que, por culpa de un soplapollas al que ni conoces, tengamos que parar.

Sonreí tímida mientras me acercaba a sus labios y los besaba terminando de deshacerme de toda la lujuria que quedaba aún en mi interior.

Mantuvimos un choque durante varios segundos y finalmente nos despegamos. Estaba agotada, rendida, sin fuerzas para hacer nada que no fuera quedarme tumbada mientras él me abrazaba.

Habíamos vuelto a caer y no sabía hasta qué punto podía llegar a ser bueno, si me tenía que preocupar o si, tan solo, debía darle tiempo al tiempo para que me enderezase el camino.

—Por cierto, ¿qué pasa con mi sujetador?

Provoqué una risa que escondió apoyándose bajo mi brazo.

—Yo te compro unos, no te preocupes.

—Me preocupa más que se las encuentre alguien. —Imité su risa y me quedé un rato analizando su mirada.

Y allí nos quedamos durante más de veinte minutos. Cómplices, cariñosos, abrazados, compartiendo silencio, disfrutando del otro, olvidándonos de los problemas, despejándonos las dudas...

...amándonos como lo hacíamos el primer día.

33

EL APAGÓN

Terminamos de hacer las maletas, dejamos la habitación a punto y nos marchamos. En la pantalla de mi iPhone aparecían unos mensajes de Unai en los que me deseaba un buen viaje de vuelta a casa y rezaba con volver a vernos en algún momento. Le respondí con cierta circunspección. Sabía que me gustaba ir con paso seguro, pero no iba a volver a verlo en mucho tiempo. Quizá no en las próximas semanas. Tal vez pasarían meses sin vernos, y no quería enfrentarme a una relación a distancia porque ya me conocía cómo terminaban.

A las cuatro, un taxi vino a recogernos al hotel. Tardamos poco más de cinco minutos en llegar al aeropuerto. Dani pagó la carrera y nos metimos a la terminal.

Hicimos de nuevo el *check-in* y, tras ver por última vez nuestras maletas, nos dirigimos a la puerta de embarque. Antes de cruzar el control de seguridad, noté una vibración en mis pantalones. Saqué el teléfono y leí el último mensaje de Unai.

Unai

¿Te haces pis?

¡Sí! ¡Claro que te lo haces!

Pásate por el baño de la terminal.

¡No!

Es que ni de coña.

No lo creía capaz de haber ido al aeropuerto.

¿Estaba tonto?

¿Quería que Daniel me pillara hablando con otro hombre?

Aun así, le ordené que me esperase a un lado de la cola y esperase un momento a que terminara de ir al baño. Tuvimos una pequeña discusión. Me decía que esperase a cruzar el control y, una vez dentro, fuera al baño. Tuve que inventarme un motivo convincente para que creyera por qué no podía ir dentro y, ante todo pronóstico, se creyó que iba a reventar y no podía aguantar mucho más.

En la puerta del baño, revisando su teléfono, apoyado sobre el marco y con las piernas cruzadas; estaba Unai esperándome.

—¡Ey! —llamé su atención.

Este levantó la cabeza y, al verme, sonrió y guardó el teléfono en su pantalón.

—¿Cómo tienes los huevos de venir aquí? —pregunté en un tono amigable al tiempo que me cohibía de saludarlo con un beso.

—Ya ves... Soy un hombre de acción...

Reí y lo abracé. Eso fue lo único que me permitió hacer el cuerpo.

—¿Estás preparada para el viaje?

Negué con una sacudida de cabeza.

Él me miró condescendiente y volvió a protegerme entre sus brazos.

—¿Y eso?

Subí la cabeza hasta encontrarme con su mirada.

—No quiero dejar de verte, Unai... Si me vuelvo a Madrid, ¿cada cuánto tiempo te veré?

Él se encogió de hombros antes de responder:

—Puedes venir siempre que quieras y yo iré siempre que tú quieras.

Reí nerviosa.

—No creo que pueda hacerlo muy a menudo.

—Bueno, hagámoslo las veces que podamos.

Le sonreí y asentí lentamente mientras me ocupaba en evitar que las lágrimas se deslizaran por mis mejillas. No quería aparentar que me daba pena separarme de él para evitar confusiones tontas. Aunque, la realidad, estaba más que clara para ambos: él estaba enamorado de mí, yo empezaba a estarlo de él, nos queríamos, íbamos a estar separados y eso nos mataba.

Unai me besó la frente, estremeciéndome.

Llevaba tanto tiempo queriendo que hiciera eso que, una vez que pude probar el tacto de sus labios contra mi piel, no pude evitar escalofriarme.

—¿Te gusta?

Volví a asentir cuando una risa nerviosa se coló entre sus dientes.

—Me hubiera gustado haberte dado más de esos.

Le tapé la cara con la palma de mi mano y traté de desviarla de mí.

—Lo digo en serio. —Rio.

—A mí me hubiera encantado haber recibido más de esos.

Y, de nuevo, una mirada cómplice se apoderó de nosotros. Yo me fijé en sus labios, noté que él lo hizo con los míos. Teníamos ganas de comernos el uno al otro. Muchas. Tantas que no existen palabras para describir el deseo que nos teníamos.

Por eso, y para evitar sentirme más culpable de desearlo, apoyé la cabeza en su pecho y me escondí mirando al suelo.

—Deberías irte —sentenció mohíno.

Levanté la mirada, me perdí en sus ojos por última vez y acepté a marcharme.

Él propuso acompañarme hasta el control, pero no me atreví a que Dani lo viera y tuviera que dar explicaciones de quién era. Se ofreció a caminar tras de mí, como si fuera un viajero más y, sin remilgos, acepté.

Comencé a caminar entre la terminal siendo seguida por Unai. A lo lejos, sujetando dos mochilas, pude vislumbrar la silueta de Dani, que me esperaba con prisa. Miré fugazmente hacia atrás. Me encontré con Unai y le informé de la presencia del chico.

El chico me rozó el brazo en señal de despedida, se pegó junto a un mostrador de información y me sostuvo la mirada mientras me dirigía hacia Daniel.

Él me saludó con un beso en la boca que lo debilitó. Nada más dármele, volví la vista y pude ver la aflicción exteriorizándose en su rostro. Bajó la mirada al suelo. No quería seguir torturándose viendo cómo otros me daban lo que él no podía tener.

Le quité mi mochila a Daniel y me la cargué al hombro con desgana. Mientras hacíamos cola para cruzar el control de seguridad, iba dando pequeños golpes de vista hacia atrás. Unai seguía ahí, viéndome, mirándome, despidiéndome en sus pensamientos... Deseaba tenerme y, en ese aspecto, juraría que envidiaba a Daniel.

Yo seguía con la tortura de que me iba a esperar. Me negaba a que lo hiciera, pero supuse que no iba a convencerlo para que dejase de hacerlo.

Finalmente, cruzamos el control, volví la vista atrás y lo vi por última vez levantando la

mano y despidiéndome con una pequeña sonrisa que modificaba la curva de sus labios.

Era el final.

Vivíamos separados por cientos de kilómetros y solo me quedaba esperar hasta que nos volviéramos a ver. Confiaba en que el tiempo sin vernos haría que nos olvidáramos el uno al otro, que pasásemos página y que regresáramos a la monotonía de nuestras vidas sin que fuéramos relevantes en la de alguien más.

Aterrizamos en Madrid a las seis de la tarde justas. En el aeropuerto estaban Sonia, Lorena y Andrea; que habían ido a recibirme con pancartas y aspavientos que solo hicieron que deseara que la tierra me tragara.

—¡Georgina! —graznó Sonia mientras sujetaba una cartulina en la que, con rotulador y letras dobles, se rezaba un «¡¡Bienvenida a casa, Reina!!».

—¡Guarda eso, altanera! —ordené mientras le dedicaba pequeñas miradas a Daniel para observar su reacción.

Estaba sonriente, poco avergonzado y expectante del final del recibimiento.

—¿Os lo habéis pasado bien? —siguió Andrea haciéndome entrega de una caja de bombones derretidos por culpa de las altas temperaturas.

—Sí —exclamé ocultando los sentimientos poco monógamos que afloraban en mí.

—¡Eso está bien! —dijo Lorena caminando para irnos del lugar.

—¿Y tú? —Sonia se refirió al chico.

—Muy bien, también. La verdad es que nunca nadie me ha hecho este regalo... —Me sonrojé—. Soy tan afortunado de tenerla a mi lado.

Sonia me dedicó un mohín de tristeza. Supuse que era fruto de los problemas sentimentales que tenía en su relación y la poca gracia que le hacía ver «felices» a otras parejas.

—Hemos organizado una fiesta en casa de Lorena —informó Andrea.

—Tú te vienes, ¿no? —indagó la anfitriona.

—No puedo, chicas —respondió Dani tratando de ser lo menos hiriente posible—. Tengo que trabajar mañana.

—¡Uy! —siguió Andrea—. La vuelta de vacaciones... ¡Qué putadón!

Dani respondió agitando lentamente la cabeza.

—¡Quedada solo de chicas! —resolvió Sonia.

—Viene también Axel —intervino Andrea tratando de hacer que Dani también quisiera venir.

—Ese es una más.

No pudimos evitar descojonarnos tras el comentario de Lorena, que tenía más razón que un santo.

—Os ha dicho que tiene que trabajar —reproché con un tono cansado tratando de abandonar la terminal cuanto antes—. ¿Cómo habéis venido?

—En Metro —informó Andrea, que movía la cabeza en todas direcciones para buscar la parada.

—No veas la de transbordos que hemos tenido que hacer —continuó Sonia reflejando la fatiga en sus palabras—. De Lavapiés en Metro hasta Sol, en Sol vamos en Renfe hasta Nuevos Ministerios, de Nuevos Minist...

—¡Vale! —interrumpí cansada—. Habéis viajado más que Willy Fog. Me hago a la idea... —Y la guiñé el ojo.

Terminamos saliendo de la terminal cuando las tres chicas cogieron el Metro. Dani y yo nos cogimos un taxi y, a los veinte minutos, ya estábamos en mi piso del centro.

Yo propuse que subiera, pero me soltó la excusa de que tenía que deshacer las maletas y que quería estar solo para levantarse mañana temprano.

Acepté a regañadientes y subí sola los tramos de escalones que me separaban de mi casa. Introduje la llave en la cerradura y allí estaba otra vez, en aquel piso que tantos buenos momentos me había dado.

Guardaba una gran parte de los recuerdos que había entre Dani y yo. Recuerdos buenos, no tan buenos, malos y no tan malos.

También tenía recuerdos de mi ex. En este caso, no eran tan buenos como los que guardaba con Daniel. Sí lo fueron al principio de la relación, pero luego terminamos distanciándonos y solo había cabida para los malos rollos y las discusiones.

Nada más poner un paso en la tarima, pude ver a mis pies una nota que supuse que alguien había colado por debajo de la puerta. Dejé la maleta a un lado del recibidor, me deshice del bolso y la mochila y me agaché para cogerla.

Era un papel abierto, sin dedicatorias ni direcciones de envío ni, siquiera, sobre.

He llamado varias veces al timbre y no me has abierto. Imagino que te habrás ido de vacaciones. Me gustaría pensar que no pasas de mí porque te hayas arrepentido o vete tú a saber qué.

Quiero que sepas que no vengo a pedirte perdón para reconciliarnos otra vez entre las sábanas de tu cama. Sé que tienes novio. Ese hombre de tu Instagram solo puede ocupar un puesto en tu vida e imagino que será el que tenía yo hasta que... Bueno, ¿para qué remover las cenizas del pasado?

Solo me pasaba para hablar contigo, verte, tomarnos unas cervezas o ver alguna de esas pelis de miedo que tanto te gustan... ¿Qué me dices?

Cuando leas esto, si quieres, llámame.

Te quiere,
J.

Podría haberla arrugado, quemado, hacerla añicos, tirarla por la ventana o triturarla hasta que se disolviera; pero no. No hice nada de eso. Ni lo hice ni se me pasó por la cabeza hacerlo. En su lugar, la guardé en mis manos, cogí el equipaje y la dejé sobre la encimera de la cocina.

Llevé las maletas hasta mi dormitorio, lo dejé todo a pies o sobre la cama y volví a la cocina para hacerme de nuevo con la nota.

La leí de nuevo con detenimiento. Y, tras esa, la leí otra vez, y otra, y otra... y, así, hasta cinco veces más. En cada una de ellas utilizaba una entonación diferente, me imaginaba a J de una forma distinta o escribiendo esta carta en aquel pequeño buró de pino que tenía en su habitación.

Después, la doblé a la mitad y la guardé en uno de los cajones de mi mesilla como el recuerdo de algo que ni yo misma sabía qué.

Acto seguido, me entretuve en deshacer el equipaje y en prepararme para la fiesta que habían organizado las chicas y a la que, por obligación, debía ir si no quería atenerme a sus consecuencias...

Había conseguido guardar todo en el armario en un tiempo que a mí misma me pareció un récord. Después, y tratando de quitarme un poco del cansancio que se me había acumulado tras el viaje, me tumbé un rato en el sofá a ver un capítulo de la serie que había visto entera más de diez veces ya.

Desvié temporalmente la vista del plasma y, a lo lejos, vislumbré mi portátil. Le había echado de menos. A él, a mis libros, a mis personajes... a todo en general. Pensé en ponerme a escribir después de una semana. Con todo lo que me había pasado en Sevilla, tenía material más que suficiente para terminar el manuscrito y enviarlo a la editorial. Pero mi problema ya no era la falta de ideas, sino la vaguería que me producía ponerme a escribir recién llegada de las vacaciones.

Aun así, me incorporé, me acerqué a él, lo desbloqueé y volví a disfrutar del sentimiento de apretar las teclas para transportarte a tu propio mundo. Me dio tiempo a escribir siete capítulos en tres horas en los que expliqué, con nombres y ubicaciones cambiadas, mi relación con Daniel, mi proyecto de vida con Unai y mis problemas sentimentales con J.

Después, satisfecha de lo avanzado, me encerré en el sofá y me quedé dormida.

Llegué a la fiesta sola. Habían llegado ya todas mis amigas. Nada más entrar en casa de Lucía, una masa de gente me recibió. La luz era tenue y la música atronadora. Me hice hueco a codazos entre la muchedumbre y llegué como pude hasta el corro que conformaban las chicas a un lado del salón.

—¿A quién tenemos por aquí? —preguntó con tono divertido Andrea.

—¿Al final te has decidido a venir? —continuó Lorena mientras me ofrecía una copa de cóctel con un líquido que se asemejaba al Martini en su interior bajo el que se hundía un palillo con dos aceitunas y un limón—. Toma. Para ti.

—¿Te acuerdas de que no bebo?

—¡Da igual! ¡Cógelo! ¡Está buenísimo!

Con tal de ahorrarme la discusión, agarré la copa y me mojé los labios. Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando tan solo un par de gotas de la bebida penetraron mis labios y accedieron a mi boca.

—¿Ya has dejado al príncipe azul? —indagó Elena antes de pegarle un sorbo a su cóctel.

Asentí esperando cambiar rápidamente de tema.

—No quiero hablar de él —informé ruda mientras me refugiaba tras el cristal de mi copa.

La insatisfacción se dibujó en sus caras, pero poco me importaron sus sentimientos.

—Hablemos entonces de mí —propuso Sonia, que ya se preparaba para soltarnos un sermón sobre la monotonía en la que se había convertido su relación.

—¡Paso! —confesó Andrea tras bufar.

Y Sonia aulló un insulto que no pude escuchar por culpa de los volúmenes de la música.

Mientras hablábamos, la gente nos pegaba algunos codazos según bailaban. Les dedicábamos miradas desafiantes que esperábamos que interpretasen como un «gilipollas, me

estás molestando. ¿Por qué no te vas a bailar a otra parte?».

En esas, Sonia, que me había notado distante, borde y ligeramente apenada; me agarró del brazo y me separó de las chicas. Nos hicimos hueco entre el mar de testosterona que nos impedía caminar con normalidad, alcanzamos la puerta y comenzamos nuestra charla en el rellano, aisladas de tanto estruendo atronador.

—¿Qué te pasa? —comenzó ella mientras me entretenía en clavar la mirada en el suelo.

Apreté los labios y sacudí la cabeza para deshacerme de la necesidad de responder.

—¡Vamos! —insistió alzando la voz—. ¿Qué te pasa?

—No me pasa nada, Sonia. Estoy bien.

—¡Ja! Y pretendes que me lo crea, ¿no?

Subí la vista hasta sus ojos y volví a negar el que me pasase algo.

—Georgina, te conozco de hace muchos años. Sé perfectamente cuándo estás bien, cuando estás mal y cuando estás para que te entierren dentro de cinco minutos.

—¿Y cómo crees que estoy ahora? —Guardé la risa en las profundidades de mi garganta con la intención de rescatarla más adelante.

—Zozobras entre la segunda y la tercera opción.

Ese fue el momento en el que la saqué. Me reí como nunca antes lo había hecho. Mientras, Sonia me miraba seria, sin imitar mi risa y con los brazos cruzados, desafiante, esperando a que terminara de reír.

Concluí abrupta y dejé que prosiguiera.

—Bueno pues, cuando quieras contarme lo que te pasa... Yo, mientras, espero aquí sentada —informó mientras se agachaba para apoyarse sobre los peldaños de la escalera que conectaba con el siguiente piso.

Suspiré, alcé la mirada y, esquivando el tartamudeo, comencé:

—Son problemas míos, Sonia.

—¿Con respecto a qué?

—A mi relación. Solo es eso.

Apretó los labios y se dirigió hacia mí.

—¿Cuántas veces te he comido la oreja yo con la mía? —No respondí, otorgando lo que enmudecía—. ¡Pues ya está! Cuéntamelo. No saldrá de aquí. Eres mi amiga y esto es secreto de confesión.

Irguió el meñique y lo puso a la altura de mi mano para entrelazarlo con el mío. Lo hicimos y, entonces, me vi obligada a relatar los problemas sentimentales que tenía en ese cuadrado en el que me veía envuelta sin querer estarlo.

Le conté detalladamente los problemas que tenía con Dani: mis dudas, la necesidad de algo más, las carencias afectivas, mi resolución de problemas... Después, pasé a Unai: expliqué cómo me hacía sentir, lo mucho que me gustaba, las ganas que tenía de probar algo con él, cómo la vida me imposibilitaba pasar tiempo a su lado, me quejé de la puta distancia y remarqué todas las veces que me escribía mensajes y su despedida en el aeropuerto. Por último, terminé contando por encima mi «algo» con J: la forma que teníamos de perdonarnos, los encontronazos posteriores a nuestra ruptura, nuestra ruptura, la carta que me encontré en el recibidor nada más llegar de Sevilla y las dudas que tenía de si llamarlo o hacer como que no había visto nada.

A ella le costó asimilar lo que me ocurría. Le había contado todo del tirón después de muchos años sin hablar del tema y su reacción no fue otra que guardar silencio, tratar de recuperarse del *shock* verbal al que había sido expuesta y tratar de ayudarme de la mejor manera posible.

—A ver, Georgina —comenzó. Me pareció buen comienzo. Ella estaba asustada, yo había contado por primera vez todos mis problemas y ahora sentía que alguien más podría ayudarme a poner las cosas en perspectiva—, ¿por dónde quieres que empiece?

—Por donde quieras. —Sonreí.

—Bien... —suspiró, ordenó las palabras en su mente y continuó—, ¿tú quieres a Dani?

Arqueeé las cejas sin que se me ocurriera otra manera con la que responder a su pregunta, que era más profunda de lo que en un primer momento pude pensar.

—Es una pregunta bastante simple —advirtió—. Si no sabes qué responder, quizá...

—¡Sí! —grité suplicando un cambio de tema.

—Entonces, ¿por qué si amas a una persona tienes la necesidad o las dudas de ver qué pasaría si estuvieras con otro?

Y ahí me había pillado. Lo reconozco.

Tenía razón. Sí. No tendría cabida en mí la idea de enamorarme de otra persona si quiero a una. Porque eso es el amor ¿no? Quererse incondicionalmente y olvidarse de otras personas mientras mantengas la fidelidad con tu pareja. Pero no, eso no era lo que me pasaba a mí. Yo tenía un lío mucho más gordo encima que, tal vez, estaba provocado por la falta de amor hacia mi pareja.

—No lo sé —terminé respondiendo.

—Eso es que no lo quieres. No te engañes.

—No me engaño —me exculpé—. Solo es que... llevo mucho tiempo con dudas sobre lo mío con Dani.

—¿Cuánto tiempo?

—Desde que empezó la relación.

—¿Y no lo has hablado con él?

—¡Sí! Y también le dicho que cada día lo quiero menos. —Esbocé un mohín de repulsión y desvié la mirada a un lado mientras me esforzaba en contener las lágrimas en mi interior.

—Creo que deberías decírselo.

—No lo haré. ¿Por qué te piensas que le he regalado un viaje a Sevilla?

Frunció el ceño, esperando a que fuera yo la que lo explicara.

—Para despejarme las dudas. Principalmente por eso. Porque Andrea me había presentado a dos tíos en la discoteca que, si ya dudaba antes de Dani, ahora me hacían dudar el triple. ¿Por qué? Buena pregunta. ¿Quizá soy débil? ¿Quizá una calentapollas? ¿Qué tal un putón verbenero?

—¿Puede que no estés enamorada?

—¡No! —Reí sutilmente—. Eso no.

—¿Qué hay de las mariposillas? —inquirió tratando de hacerme dar cuenta de que no seguía enamorada de Daniel.

—Ni están ni se las espera.

Sonia dio una palmada al aire y resolvió:

—¡Lo dicho, guapa! No estás enamorada.

Bufé y crucé los brazos al tiempo que me dejaba caer sobre la pared del rellano.

—Sí lo estoy. Es solo que... quizá se me ha pasado la novedad.

—O ya no estás enamorada... —repitió por enésima vez con el tono cansado.

—¡Vale! ¡O quizá ya no estoy enamorada! ¿Y qué?

—Nada —zanjó—. Lo dejas, te vas con el otro y aquí paz y después gloria...

—¡Y tan fácil! —añadí tratando de desmontar el discurso que acababa de soltar por la boca.

—Georgina, escúchame, todos hemos pasado por lo que tú estás pasando ahora...

—Mírate... —interrumpí aprovechando la oportunidad.

—¡Calla! —me ordenó intentando reanudar su discurso—. Decía que no se acaba el mundo. La vida sigue, mal, pero sigue. Tú irás por tu lado, él por el suyo. Tú podrás empezar esa relación que tanto quieres con Unai y él podrá dejar de vivir en una mentira y empezar a salir con alguien que lo quiera de verdad.

—Muchas gracias... —mascullé ofendida.

—Que no lo digo a malas, pero que es la verdad —defendí.

—Sonia, no voy a dejarlo. Uno, no puedo; dos, me sentiría culpable y no quiero; tres... —pensé detenidamente antes de continuar—, no hay tres.

—¿Por qué no puedes?

—¡Porque nunca he dejado a nadie! —reproché alzando la voz.

—¿Y tu ex el asaltacamas?

—No lo dejé. Le dije que no volviera a casa, que es muy diferente.

—Bueno... tienes una buena forma de dejarlo con la gente. —Y se le escapó una pequeña sonrisa a la que respondí con un mohín—. ¡Hija! ¡Tómate la vida con un poco más de alegría!

—¡No me sale la alegría!

E hizo un movimiento de cabeza con el que me daba la razón, comprendiéndome.

Mientras hablábamos fuera, la puerta de la vecina de Lucía, la inglesa, se abrió y ella, vestida con un camisón blanco de lino que supuse que utilizaría como pijama, apareció sin poner un solo pie fuera de la vivienda.

En un perfecto inglés nos pidió que bajáramos un poco la voz, que no podía dormir. Le dijimos que no se preocupara, que lo intentaríamos y que pasara buena noche. Me sorprendió que se quejara del volumen de nuestra conversación y no de los setecientos decibelios en los que se reproducía la música en el interior del domicilio de mi amiga.

En fin, hipocresías aparte, Sonia y yo continuamos hablando unos tonos por debajo para evitar que Lady Hablas Muy Alto volviera a salir a nuestro encuentro.

—Habla con Dani, Georgina —sugirió con un hilo de voz apacible con el que trataba de abrazarme—. Explícale lo que sientes, o ya no sientes; tus problemas; tus inquietudes... Él, si te quiere, tendrá que entender que tú tengas... dudas.

—No son dudas, Sonia, y lo sabes.

—¡Sí! Pero tratemos de matizar las cosas para evitar hacer daño a la gente. Camúflalo como una duda, aunque tú y yo sepamos que hay mucho más que esas cinco letras.

La miré y ella hizo lo mismo conmigo, conectando nuestras miradas, que nos reconfortaban solo con el choque visual. Después, me lancé a sus brazos y la envolví en mi cuerpo en un abrazo caluroso que conseguía reconfortarme.

Mientras la enrollaba entre mis brazos, mi mente pensaba lo que ocurriría si le decía a Daniel todo lo que Sonia me había implorado a contarle. Pensaba en los nervios del antes, en las palabras del durante y en las consecuencias del después. Y todo ello creaba un cóctel molotov del que no saldría muy bien parada, pero al que me tendría que enfrentar si quería seguir con mi vida sin problemas ni malos rollos.

Además, ya era hora de enfrentarme a los problemas de forma adulta, que tenía una edad. Hacía mucho que no tenía quince años para ir arrastrándome por ahí por un hombre al que ya no amaba tanto como antes y con el que no me sentía llena sentimentalmente. Tenía veintiocho años y, como tal, debía comportarme y actuar con una visión más madura de las cosas. No sabía si la tenía o si, en caso afirmativo, sería capaz de sacarla; pero estaba claro que me tendría que

enfrentar a ello.

¡Ay, Dios! Ayúdame...

Volvimos a entrar al interior de la casa de Lorena y, entre codazos, conseguimos reunirnos con nuestras amigas. Nos esperaban con copas, esa que necesitaba yo. Pedí una, me la dieron y seguimos bailando mientras charlábamos de todo tipo de temas.

—¿Qué os habéis contado? —cotilleó Andrea, que había terminado ya su segunda copa.

—Nada —respondió Sonia—. Cosas nuestras.

No continuaron con la conversación y le dieron un giro completo al rumbo de las preguntas.

—Pues yo estoy fatal —intervino Andrea, que le entraba el afán por hablar de sí misma en cualquier tipo de ocasión.

—¿Qué te pasa ahora? —Notábamos como Elena comenzaba a cansarse de tener que escuchar siempre reproches e inconformidades en cualquier lugar.

—Pues que yo lo doy todo en mi relación, pero no recibo nada a cambio. Y estoy un poquito hasta el mismísimo...

—Pero ¿tú qué das? —pregunté tratando de ponerme en los pies de su psicóloga personal.

—Yo doy todo lo que puedo y más. Tengo muchísimos detalles, intento proponer todos los planes posibles, le saco a cenar una vez al mes... Y ¿él qué me da? ¡Nada! —se quejó—. Las gracias y un «no sé qué haría sin ti, mi amor».

Apreté los labios y respondí:

—Pues díselo.

—Cómo estamos, ¿eh? —intervino Sonia obligándome a leer entre líneas.

—¿Qué le digo? ¿Que es un gilipollas sin detalles?

Lorena y Elena rieron mientras yo trataba de seguirla ayudando con la seriedad que me caracterizaba.

—Dile lo que quieras —resolví—, pero con tacto, que nos conocemos...

Andrea hizo una mueca de indignación, como si no fuera capaz de ver la verdad en mis palabras.

—Yo soy cariñosísima.

—Y no lo niego —reproché pegándole otro sorbo al *gin tonic* que me había servido—, pero solo te digo que tengas un poco de cuidado con las palabras, que pueden hacer mucho daño...

—A ver si nos aplicamos el cuento —añadió Sonia, de nuevo, con sus indirectas directas.

Chisté e ignoré sus palabras.

—¿Qué os pasa? —inquirió Lorena, que ansiaba enterarse de lo que tramábamos Sonia y yo.

—¡Nada! —repliqué—. Cosas nuestras. —Y terminé guiñando el ojo.

Seguimos charlando de decenas de temas, bailamos cientos de canciones, Andrea aprovechó que su novio no la veía para entablar conversaciones con algunos de los hombres que habían ido a la fiesta, yo pensaba y volvía a pensar en Dani y en lo que podría pasar con Unai, Sonia se había olvidado de Xavi y había comenzado a vivir la fiesta como tenía que hacerlo, Lorena parecía gratamente satisfecha de lo que había conseguido organizar en casa y estaba ansiosa por volverlo a repetir, Elena solo se dedicaba a bailar y la señora del piso de al lado no había vuelto a quejarse del volumen ensordecedor de nuestras conversaciones como tampoco lo había hecho de la música.

Mientras todo eso pasaba y nos adentrábamos en la noche, yo seguía bebiendo. Había terminado mi primer *gin tonic* y fui a por el segundo, que me costó un poco más que el primero. Se me hacían largos, amargos y, a ratos, insignificantes. Sentía que con ellos podría olvidarme de

todo, dejar de sobrepensar las cosas y empezar a vivir sin tener que preocuparme de los lastres que arrastraba conmigo.

Sin embargo, cuando el segundo *gin tonic* había descendido a la mitad, un repentino dolor de cabeza, acompañado por un sutil mareo, me azuzó como nunca antes nada lo había hecho. Estaba en un círculo junto a mis amigas y estimé informarlas de mi situación, pero no pretendía comerme una reprimenda por haberme pasado con el alcohol.

Y es que, si lo piensas bien, dos copas para mí es pasarse. Tenía veintiocho años y había bebido una vez en toda mi vida (que no fue ni beber, fueron cuatro sorbos que se me subieron a la cabeza cuando aún tenía quince años). Quizá por eso una copa y media de *gin tonic* me afectó tan rápido.

Elena, que bailaba justo enfrente de mí en el círculo, se acercó hasta mi posición y, gritándome en la oreja para que la pudiera escuchar entre tanto alboroto, preguntó:

—¿Estás bien?

Quise asentir con palabras, pero tan solo pude hacerlo con un ademán lento con la cabeza.

—Estás pálida —me informó antes de que la pidiese que me acompañara hasta un sofá.

Juntas, bajo la atenta mirada del resto de las chicas, que ya comenzaban a darse cuenta de que algo raro estaba pasando, salimos del círculo y conseguimos llegar hasta el sofá. Deduje que ellas se habían quedado comentando la situación desde la otra punta del salón.

El salón me daba vueltas, la visión se me había vuelto borrosa, la música me molestaba, la cabeza me estaba a punto de explotar y yo... era una mezcla de sensaciones incómodas que me recordaban por qué no bebía.

Sonia, poco a poco y cuando Elena ya me tumbaba boca arriba en el sofá, se acercó hasta nosotras.

—¿Está todo bien por aquí? —preguntó preocupada.

—¿Que si está bien? Lleva una zorra que no conoce...

—¿Georgina? —Sí. Obvio. Le extrañó que fuera yo quien se había cogido un pedo descomunal. Pero ¿qué le íbamos a hacer?

Por el momento, prefería no dar explicaciones de por qué había arrasado con dos copas sin estar acostumbrada a beber porque no quería que me pusieran de gilipollas para arriba.

—¿Queréis que llame a las chicas?

—¡No! —grité como pude entre balbuceos.

Después, me llevé el brazo a la altura de los ojos, lo dejé descansar sobre ellos y me protegí de la luz.

—Pero no la pongas bocarriba —regañó Sonia mientras se preocupaba en ponerme de lado — que como vomite se ahoga...

Cuando noté que me giraba, comencé a sacudir los hombros con tal de deshacerme de sus manos. No quería que nadie me tocara, me hablara o me hiciera cualquier cosa que no fuera dejarme allí sola.

Y justo cuando lo pensé, el resto de nuestras amigas se acercó hasta dónde estábamos.

—¿Qué está pasando? —preguntó Andrea, a quien también le empezaba a patinar la lengua.

Diría que, de todo el grupo, Lorena y Sonia eran las únicas que habían conseguido mantenerse sobrias. Las demás estábamos para que nos enterraran allí mismo.

—Georgina —comenzó Sonia—, que se ha bebido hasta el agua de los floreros.

—¿Georgina? —cuestionó Lorena, igual de estupefacta que su amiga minutos antes—. Si no bebe.

—Pues mira qué cogorza lleva... —percató Elena, que me miraba de pie.

—Lo que tiene que hacer es andar —sugirió Andrea mientras se terminaba la que supuse que era su tercera copa.

Sonia rebuscó por todo el salón hasta que encontró la regleta en la que estaba enchufadas las luces y los altavoces. Agarró el cable, tiró de él y todo se detuvo al instante. La gente se quejaba entre gritos e imploraba a la chica que volviera a conectarlo.

Estuvo a punto de hacerlo cuando vio que dos borrachos se acercaban a ella, increpándola y amenazándola con estallarle la botella del Larios en la cabeza.

—¡Vamos! ¡Todo el mundo a su puta casa! Que no son horas. Os vais a hacer botellón al parque, a follar detrás de un arbusto o... a dormir la mona, que mañana alguien tendrá que trabajar, ¿no? ¡Venga! ¡Irresponsables!

Y, de pronto, todo el mundo fue saliendo del salón. Andrea, a quien le costaba mantenerse en pie, al ver que todo el mundo salía de la casa, salió corriendo hacia ellos.

—¡Espera! ¡Marco!

—¡Mario! —corrigió Lorena.

—¡Que se me va mi amor!

Sonia la miraba, incomprendida.

—Qué chavala...

Después, volvió con nosotros.

—Yo creo esta mujer necesita un médico, porque no...

—¡Nada! —reprochó Lorena—. Lo que necesita es caminar.

—¡Pues venga! —Elena me agarró de los brazos y tiró de mí hacia arriba para ponerme de pie—. A caminar por el salón.

—¡No! —se quejó Lorena—. Por el salón, no. ¡A la puta calle a caminar, que así le da el aire!

—Pero ¿cómo vas a mandarla a la calle con el frío que hace? —reprochó Sonia—. ¡Alma de cántaro!

—Donde sea, pero aquí no se puede quedar...

Nada más poner los pies sobre la alfombra, una náusea me recorrió entera. Vino acompañada de una arcada que presagiaba lo peor. El terror se dibujó en el rostro de Lorena, que me miraba esperando que no hiciera lo que todos sabíamos que estaba a punto de hacer.

—Baño... —farfullé con la arcada aún en la garganta.

—¡Al baño! —insistió Sonia, que también sabía lo que pasaría—. ¡Vamos!

—Por favor. Correr.

Y después de la orden de Lorena, no pude aguantar más y terminé vomitando sobre la alfombra. Lo hice dos veces y me sentí un poco más liberada al deshacerme de parte del alcohol.

—¡¡La madre que os parió!! —aulló Lorena tras ver el estropicio sobre la alfombra—. ¡Cuidado con la alfombra, coño! Que es de lana india cosida a mano.

—Bueno... —intervino Sonia tratando de calmar los aires—. Yo te pago la alfombra. ¿Cuánto cuesta?

—¡Novecientos euros!

—¡Hostia! —exclamaron al unísono Sonia y Elena.

—Bueno... —continuó Elena—, dale la vuelta y así no se ve...

—¡Una polla! ¡Ya me estáis pagando entre todas la tintorería!

Comenzamos a caminar, esta vez por la tarima y, de nuevo, una náusea, que terminó en vómito, me recorrió la garganta en un malestar del que me deshice rápido.

—¡Joder! —gritó Lorena, enfadada, al ver cómo le estábamos dejando el salón—. Primero

la alfombra y luego el parque. Te juro que te paso la factura —me dijo.

Sonia se tapaba la nariz poniendo un cojín del sofá sobre su cara.

—¡Tú abre allí y deja ya de dar por culo! —le ordenó Sonia a Lorena a la vez que señalaba hacia la ventana.

La chica se acercó a la puerta del balcón y la abrió de par en par para ventilar la estancia.

—Y trae un ambientador de pino o un algo —añadió cuando regresó.

—Solo tengo matarratas —informó Lorena sin saber qué hacer.

—Eso no que nos asfixiamos más.

Yo me senté en el suelo, junto al marco de la puerta, y con la cabeza hacia arriba.

—Ya... —comencé—. Ya estoy mejor.

Aún balbuceaba, pero se me había pasado un poco el mareo, que era lo que me importaba.

—¡Agua! —imploró Elena—. Traedle un vaso de agua.

Sonia le dio un empujón a Lorena para que se diera prisa y lo hiciera cuanto antes. A los pocos segundos, la chica reapareció en el salón con el vaso entre las manos.

Bebí como pude, con pequeños sorbos para evitar vomitar. Después, le pasé el vaso a Elena y metí la cabeza entre las piernas para recuperarme del malestar.

—Georgina —reanudó la conversación Sonia—, a la camita ya.

—Pero ¿cómo voy a llegar yo así a casa?

—¡No! —discrepó Elena alzando la voz y sosteniendo la mirada en los ojos de Lorena—. Pero tú te quedas a dormir hoy aquí.

—¿¡Cómo?! —Y a la chica no pareció hacerle mucha gracia aquel plan improvisado de Elena.

—Lorena, mírala cómo está. No puede ir por ahí, a merced de los peligros nocturnos, para que se la encuentre el Sámur tirada en una cuneta...

Lo pensó detenidamente y, después, accedió.

—Vale, que se quede. Pero mañana a primera hora la quiero fuera de aquí.

—Gracias, amiga... —agradecí arrastrando las sílabas.

—Sí, sí —intervino Sonia—. Mañana a las doce estamos aquí.

—¿A las doce? ¡A las nueve y va que chuta!

—¿Me vas a hacer madrugar, cacho cabrona? —se opuso Elena al ver el panorama que tenía por delante.

—No pasa nada... —Me hice un hueco en la conversación—. Yo me cojo el Metro y ya está...

—¡Déjate de metros! —repuso Elena—. Hemos dicho que a las doce estamos aquí y a las doce estamos aquí.

—¡Claro! Si entre la resaca y las ganas de morirte, mañana te van a dar las mil —informó Sonia, tranquilizándose como solo ella sabía hacerlo.

En ese momento, Andrea entró de nuevo en la estancia.

—¿Qué tal va la borrachera?

La fulminé con la mirada y comprendió que era mejor que se callara.

—Os vamos a ir dejando... —informó Elena. Después, se dirigió a Lorena—: Que beba mucho líquido. Cómprale un Aquarius, que tiene sales minerales.

—¿Y dónde compro yo un Aquarius a las dos y media de la mañana? —preguntó con tono áspero.

—Tú —le gritó Sonia a Andrea—, a la gasolinera a por un Aquarius.

—¿Y yo por qué?

—Porque no has hecho nada en toda la noche más que beber y ligar. ¡Hala! ¡Tira! —Y la empujó para sacarla de la casa.

—Oye, pero ¿dónde hay una gasolinera por aquí?

—¡En la calle Embajadores! —informó a gritos desde el salón Lorena—. Justo en la glorieta.

Y después, sonriente, Sonia cerró la puerta dejando fuera a Andrea. Regresó al salón y, con una mueca, informó a Elena de que era hora de marcharse.

—Sí —la acompañó verbalmente Elena—. Nos vamos a marchar...

Elena me cogió lentamente para evitar que las náuseas volvieran a aflorar en mí. Después, me acompañó con paso seguro y pausado hasta la habitación con cama más cercana y me tumbó con cuidado sobre el colchón.

Me puso de lado y me bajó una de las piernas para que tocara el suelo. Me explicó que lo hacía para evitar que me marease aún más. Lo entendí y mantuve la planta del pie sobre las lamas del parqué.

Después, la chica se dirigió a Lorena y la susurró unas recomendaciones:

—Que duerma de lado por si vomita. Vigílala cada poco tiempo, no vaya a ser que la pase algo.

—Pero ¿quién soy yo? ¿La Mary Poppins?

—No —diferenció Sonia desde el marco de la puerta—. Eres su amiga, y tienes que cuidarla como tal.

—Ya, pero mi casa no es el Hostal Royal Manzanares.

—Hija —intervino Elena—, qué cinematográfica estás hoy...

—Es que me jode que tenga que acogerla como si esto fuera una posada de refugio al peregrino.

—¡Hija! —Sonia dejó de susurrar—. No te estamos pidiendo que la admitas durante un mes. Que es una noche.

Lorena mantuvo silencio, comprendiendo que no le quedaría otra. Después, miró hacia la cama y me adivinó ya dormida. Tras asegurarse de que respiraba, salió de la habitación y se entretuvo en limpiar el vertedero en el que se había convertido el salón.

Había basura hasta en los lugares más inimaginables. Por el suelo yacían todo tipo de vasos, hielos sin derretir, charcos, cristales de una botella de Puerto de Indias que se había roto, envoltorios de las barritas de chocolate que había repartido al principio de la fiesta... En fin, que era raro el lugar donde pudieras ver más de diez centímetros de suelo sin cubrir.

Cuatro golpes en la puerta de entrada las alertaron. Lorena se acercó a abrir rezando que no fuera su vecina, la inglesa, la que se encontraba al otro lado. No estaba dispuesta a dar explicaciones de ningún tipo y menos a esa señora con la que no se entendía en español. Pero no, no era ella.

Al otro lado, con tres botellas de litro y medio sobre sus brazos, estaba Andrea con una cara de pocos amigos que sería mejor no preguntar por su origen.

—¿A que no ha sido para tanto?

No respondió. Se hizo un hueco entre los brazos de Lorena y llegó hasta el salón, donde dejó las tres botellas sobre la mesa de centro.

—Me debéis seis pavos —reprochó con un tono brusco.

—Cinco ochenta y cinco —corrigió Elena tras revisar el ticket de la gasolinera.

—Cómo te gusta exagerar... —añadió Sonia al mismo tiempo que se dedicaba a servirse un vaso de Aquarius.

—¡Son para Georgina! —reprochó Andrea, que veía las intenciones de su amiga desde el quicio de la puerta.

—¿Se va a beber las tres botellas ella sola? No digamos tonterías... —Y siguió sirviéndose el Aquarius.

Cuando terminó de beberse el vaso, lo dejó sobre la mesa, al lado de las botellas y, con un gesto con su rostro, le ordenó a Elena que se marcharan del lugar.

Se despidieron de las chicas y prometieron volver al día siguiente a las doce de la mañana a recogerme, algo que generó una discusión entre las partidarias del mediodía y la que establecía la hora de entrega a las diez y media como muy tarde.

Finalmente, todo se quedó en un «ya hablaremos» que terminó soltando Elena antes de cerrar la puerta. Yo estaba tan dormida que no escuché ni una palabra de aquella discusión. Por no oír, no escuché a Lorena galopando por el pasillo para hacer lo propio a las tres de la mañana. Pero eso ya era otra historia. Yo solo quería descansar y dejar que fuera mi cuerpo el que se encargara de eliminar el alcohol.

¡Pufff!

Verás qué resaca mañana.

No vuelvo a beber más...

35

EL DÍA DE ANTES

Lo cierto es que esa mañana me levanté cantando por bulerías. Abrí los ojos y, entre las legañas y la resaca, me costó distinguir la habitación en la que me había levantado. ¿Estaba en el hotel de Sevilla? ¿En mi casa? ¿Me había despertado en la habitación de Daniel? ¡Ah, no, coño! Me cogí un pedo del quince y me tumbaron en la cama de Lorena.

Una vez que conseguí encontrarme, estiré el brazo para buscar mi teléfono entre las cosas de la mesilla. No lo encontré. Supuse que me lo habría dejado en algún lugar de la casa en uno de esos momentos en los que me encontraba en el viaje astral.

Me incorporé como pude. Me daba vueltas todo y me quería morir. No negaré que había soñado con Unai. Estábamos los dos juntos siendo abrazados por la brisa de una playa del sur. Pero, cuando volví a la realidad, aquel mundo idílico se me desmontó a mis pies.

Caminé por el pasillo. Estaba descalza y notaba el frío en mis pies. Llegué hasta la cocina y descubrí a Lorena haciéndose el desayuno. Tenía dos tostadas en la tostadora y la mesa preparada con mermelada de fresa y mantequilla.

—Buenos días —me saludó levantando la mirada del teléfono.

Estaba apoyada en la encimera con las piernas cruzadas y la cabeza gacha con la vista perdida en algún punto de su móvil.

—¿Qué pasó anoche? —pregunté tras darme cuenta de que no recordaba nada.

—La pregunta es qué no pasó anoche.

—Eso quería decir...

Tenía los ojos entrecerrados. Me molestaba la luz y era incapaz de abrirlos por completo.

—Me vomitaste la alfombra. Dos veces. Y la tarima.

Rasqué mi pelo, que parecía un nido de pájaros entre tanto enredo. Tenía recuerdos vagos de un par de vomitonas descontroladas, pero no me acordaba de los lugares.

—¿No lo recuerdas? Son veinticinco euros de la tintorería y quince del Leroy Merlin, de la caja del parque.

Me froté la frente antes de continuar.

—¿Me vas a pasar cuarenta euros?

—¡Hombre! Es tu vómito. No querrás que lo pague yo...

Saltaron las tostadas, las cogió y se sentó en el taburete de la mesa para untarlas con lo que había sacado del frigorífico.

—Vale... —admití sin ganas de discutir—. Luego te hago un Bizum.

Se quedó satisfecha con eso. Después, le pregunté por el paradero de mi iPhone y me respondió que lo tenía sobre el mueble de la televisión, que lo encontró entre los cojines del sofá.

Lo recogí.

Miré la hora. Marcaba las 11.26.

Mis amigas llegarían a recogerme en media hora y no había desayunado, ni me había vestido, ni siquiera me había aseado.

Tenía que desenredarme el nido antes de marcharme. No podía permitirme el lujo de ir por la calle como una pordiosera resacosa que lo único que quería era tumbarse en el sofá sin ser

molestada.

Me metí en el baño. Cogí un cepillo y comencé a alisarme el pelo como pude. Después de cinco minutos, conseguí deshacer todos los nudos con los que había amanecido y lograrlo adecentar para, al menos, parecer una chica normal.

Después, me arrastré hasta la cocina, cogí dos galletas de chocolate y las utilicé para desayunar. Entre bocado y bocado, conseguí hacer que el reloj marcara las doce. Estaba lista para marcharme, solo faltaba que llegaran Elena y Sonia a por mí. No habían dejado que me marchara en Metro, aunque, desde mi punto de vista actual, casi que se lo agradecí.

A los tres minutos, el telefonillo me alertó. Me acerqué a él, lo descolgué y, tras adivinar la voz de Elena, las abrí y esperé que subieran. El timbre sonó pocos segundos después. Cuando abrí la puerta, allí me las encontré a las dos, vestidas con la ropa del día anterior y con los pelos menos decentes que los míos.

—¡Buenos días! —saludó Sonia mientras se hacía un hueco entre mí—. ¿Cómo va esa resaca?

—Pues mírala qué cara tiene —se percató Elena—. Parece el Joker.

—Tú también estás muy guapa —piropeé con sorna.

—¿Y la Lore? —preguntó Sonia sacando a relucir su chabacanería.

—En el salón.

Y, tras escucharme, pasaron hasta la sala donde ayer ocurrieron el noventa por ciento de los problemas.

—¡Uy! —exclamó sorprendida Elena—. Si ya no huele mal...

—Es lo que tiene el ambientador que he tenido que bajar a comprar... —se quejó Lorena.

Seguía molesta. No sabía si por haberla vomitado media casa o por haberme quedado a dormir en ella, pero algo la molestaba, no había más que fijarse en la manera que tenía de hablar.

—¡Georgina! —vociferó Elena—. ¡Nos vamos!

Salí del baño y fui a su encuentro hacia el salón. Nos despedimos de Lorena. Ella confesó que era la última fiesta que hacía en su casa, que estaba hasta el gorro de limpiar y que, la próxima vez que quisiéramos beber, que lo hiciéramos en una discoteca, que para eso existían.

Bajamos las escaleras. Yo lo hice como pude. Me costaba. Estaba bastante recuperada de mi problema con el alcohol en la noche anterior, pero aún me quedaban algunos estragos que me impedían bajar las escaleras con celeridad.

Subí al asiento trasero del Lexus rojo de Elena. El camino se me hizo más que largo. Me mareé todo lo que pude y más. Cuando bajé de él comprendí por qué el Papa besaba la tierra nada más aterrizar. Se empeñaron en subir conmigo a casa, pero me opuse tajantemente. Quería estar sola y con ellas arriba no lo iba a conseguir.

Llegué a mi piso como buenamente pude, metí la llave en la cerradura y pasé al interior. Estaba sola, por fin. Ya no había ruido, gente o amigas que me molestaran. No sé cómo, pero conseguí llegar a mi habitación sin caerme del mareo.

Nada más entrar, vi la mesilla y recordé la nota que metí el día anterior antes de irme a la fiesta de Lorena. Me acerqué hasta el primer cajón, lo abrí y la descubrí reposando entre blísteres de pastillas medio vacíos y libros sin leer. La envolví entre mis manos y releí un par de veces las últimas líneas:

Solo me pasaba para hablar contigo, verte, tomarnos unas cervezas o ver alguna de esas pelis de miedo que tanto te gustan... ¿Qué me dices?

Cuando leas esto, si quieres, llámame.

Te quiere,
J.

Solté la carta sobre el colchón y agarré mi iPhone. Busqué entre los contactos de mi agenda el de J y marqué tras localizarlo. Me llevé el teléfono a la oreja y esperé paciente a que lo descolgara.

Biiiiip... Biiiiip... Biiiiip...

El cuarto tono me desesperó y, antes de que pudiera sonar el quinto, escuché su voz al otro lado de la línea.

—¿Georgina?

Carraspeé para deshacerme del nudo que se había formado entre mis cuerdas vocales y respondí:

—Hola.

—¿Me llamas porque sí o porque has visto mi nota?

Reí sutilmente.

—Por lo segundo.

Me imitó la risa y se dio la razón.

—¿Qué tal estás? —me preocupé.

—Bien. —Y luego pude escuchar un suspiro.

—¿Seguro?

—Ajám... Estaba preocupado por ti. He pasado tantas veces por tu casa y no me habías abierto la puerta... Al principio pensé que pasabas de mí como de la mierda, cosa que me pareció lógica, pero luego comencé a pensar que te habías desnucado en la bañera y que te encontrarían tus vecinas a los días por el olor.

No pude evitar carcajear. No lo quería. No tanto como al principio, pero al menos me hacía reír, y eso lo valoraba. Mucho.

—Tranquilo, si me muero, te acabarías enterando.

—Puede ser...

Y volvimos a reír juntos.

—Oye —comenzó él al otro lado de la línea—, ¿te apetece que salgamos a cenar? Invito yo.

Pensé rápidamente en Daniel e, instintivamente, en Unai. No sabía si ir a cenar con mi ex era la mejor opción para reflatar una relación o iniciar otra. Aun así, no tuve remilgos en aceptar la propuesta.

—Vale, salimos. Pero te guardas la cartera.

—Entonces no lo veo... —Y fingió estar enfadado.

—Ah, ¿no?

—¡No! Te hice mucho daño. No he podido tranquilizar aún a mi conciencia, así que deja que te compense con este gesto...

—¿Tú sabes que el dinero no da la felicidad ni cura las heridas del alma?

—Lo sé. Pero algo ayuda. No se es igual de feliz viviendo en un piso de sesenta metros cuadrados en Vallecas que con una mansión en La Moraleja.

—Si estás solo, lo vas a estar igual en un pisito de cincuenta mil euros que en uno de un millón...

—También es verdad, pero no voy por ahí. Además, que invito yo y punto. No admito reproches.

—Ya lo veremos... —concluí zanjando.

—A las diez en Sol. Conozco un sitio cerca que te va a encantar. Es muy kafkiano y

esperpéntico... Más o menos como tú. —Rio para restarle seriedad.

—Y como tu puta madre, también —solté entre risas.

—No te retrases.

Después, colgó la llamada.

Yo estuve durante media hora pensando en si habría hecho bien o si, por el contrario, lo mejor sería quedarme en mi casa siéndole fiel a mi todavía pareja. Aunque, si lo piensas bien, tampoco tenía intenciones de hacer nada con J. No nos reconciliábamos desde que empecé con Daniel, por lo que esta vez no tenía por qué ser la excepción.

A las diez, tal y como me rogó, estaba esperándolo en la Puerta del Sol. Él llegó con dos minutos de retraso, pero estaba tan guapo que mereció la pena la espera. Cuando lo vi aparecer vestido de aquella manera, algo en mí despertó. Era una sensación extraña que me nacía del estómago y que preferí obviar que fueran mariposas.

Vestía unos pantalones vaqueros de color blanco, un jersey de algodón gris que quedaba cubierto por un sobretodo verde botella que le llegaba hasta las rodillas y, por último, completaba el vestuario con un Rolex de cuero negro que ponía el broche a una combinación tan perfecta como atractiva.

Me acerqué a él para dejar dos besos sobre sus mejillas cuando un atrayente olor me perforó la nariz para enloquecerme el alma. Era una combinación de cítricos amaderados tan atípicos como seductores que me hacían querer olerlo eternamente.

Quiso darme la mano, pero rechacé la oferta y preferí caminar en solitario para evitar confusiones (en mí, claro estaba).

Caminamos pocos metros cuando nos encontramos con el restaurante en el que había reservado para nosotros dos. De frente, con una fachada decorada a base de rosas y amarillos que creaban una combinación elocuente, se encontraba el restaurante de Rosi La Loca: la coctelería y tapería más famosa del centro del Madrid.

Entramos al interior del local y nos ofrecieron amablemente que tomáramos sitio en una de las mesas más próximas a la entrada del restaurante. Pocos minutos después, uno de los camareros se acercó a nosotros y nos ofreció dos cartas para que eligiéramos.

J me advirtió de que debía elegir lo que me apeteciese sin importarme el precio, pero no estaba dispuesta a que pagase una fortuna por mi culpa, así que preferí ir a lo barato.

Elegí beber una limonada y él, en cambio, se decantó por aquello que ellos llaman *El Gato Loco*. Después, para comer, caí rendida a los pies de unas croquetas de jamón que se servían sobre el lomo de una gran sirena. Lo complementamos con unas patas de pulpo, unas zamburiñas y un lomo de vaca que freímos en nuestra mesa.

Mientras nos lo traían, aprovechamos para charlar de todo lo que teníamos guardado para la intimidad.

—¿Qué tal te va? —pregunté para empezar a romper el hielo.

—Bien... Acordándome de ti.

Me sonrojé y aparté la mirada para que no me viera la sonrisa.

—¿Qué te pasa? —curioseó sonriente.

Fruncí los hombros.

—Nada. —Sonreí—. Es que no esperaba que... me echaras de menos.

—Siempre lo he hecho. Desde aquel día que... bueno, no voy a recordar.

—Mejor —admití llevándome una croqueta a la boca—. ¿Podemos hablar de tu nota?

Él, a regañadientes y envuelto en vergüenza, accedió:

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué la dejaste?

Suspiró antes de responder:

—Bueno... No es nada que no te haya explicado ya. Te echaba de menos, tú no me abrías la puerta, y quería comunicarme contigo de alguna forma... No se me ocurrió nada más... ¿adolescente?

—Me sentí como si tuviera quince años.

—¿Eso es bueno o malo?

—Nunca nadie me había escrito cartas, aunque fueran para decirme que esperaban una llamada mía.

—Me alegra, entonces, ser el primero. —Con una risa nerviosa adornó sus palabras—. No esperaba que lo hicieras, también te digo.

—Me ha costado. —Probé ya la segunda croqueta—. Sabes que estoy con ese chico de...

—El de Instagram.

—¡Ese! —De nuevo, invoqué a la risa nerviosa.

—Lo sé. Sé que ya estás con alguien, como también sé que no quieres nada conmigo a estas alturas de la vida.

Asentí lentamente con la cabeza mientras apretaba los labios, dándole una razón que le dolía.

—Tampoco te preocupes por mí. Lo tengo más que aceptado.

—No mientas. Te encanta que me preocupe por ti. Te sientes... querido. Supones que aún te amo y eso te pone.

—No me pone. ¿Sabes lo que maldigo aquel día en el que tú me...?

—¡Para! —exclamé para evitar escuchar de nuevo todo lo que ocurrió el día que se fue de casa para encamarse con aquella fulana de extrarradio—. Está olvidado.

—¡Yo no lo he hecho, Georgina! Yo sigo torturándome con ello. Sigo pensando en lo gilipollas que fui cambiándote con aquella chavala que me pegó la patada en cuanto pudo.

—¿No durasteis?

Sacudió la cabeza.

—Ni un mes. Iba a lo que iba y le di lo que venía buscando. Cuando lo encontré, desapareció de mi vida. Me bloqueó de todos los lados y no he vuelto a saber de ella.

Le dediqué una mirada condescendiente antes de agarrar su mano como gesto de consolación.

—No podemos hacer nada por cambiar el pasado... —Asesté una hostia de realidad que me golpeó también a mí mientras me perdía, cabizbaja, entre los hilos del mantel—. Lo que tuvo que ocurrir, ocurrió. No podemos seguir torturándonos por ello. Tenemos que pasar página, olvidarlo y vivir con resignación lo que tenemos por delante.

—Pero separados... Y eso es lo que me jode.

—De la forma que sea.

Rio sarcástico.

—Deja de decir bobadas. Acabas de confesar que no volverías conmigo ni por todo el oro del mundo.

—Y no lo haría —confesé—. Pero no por eso tengo que dejar de ser tu amiga. No por eso tenemos que separarnos o vivir la vida como dos extraños que han olvidado todo el amor que un día se profesaron. ¿Eso es lo que quieres? ¿Que vivamos la vida como si nunca nos hubiéramos conocido? —Negué con la cabeza—. Yo no lo quiero, José.

Y, por primera vez en mucho tiempo, volví a recordar su nombre. Volví a pronunciarlo. Me

deshice de un «ex» al que me aferraba con tal de olvidarlo lo antes posible, pero me di cuenta de que esa no era la mejor manera de hacerlo. Debía enfrentarme a él y a todo lo que tenía, tanto lo bueno como lo malo. Y, entre esas cosas, se encuentra la de llamarlo por su nombre y dejarme de eufemismos innecesarios con los que pretendía enterrar a alguien que seguía muy vivo en mi vida.

—¿Y qué vamos a estar, reconciliándonos toda la vida? ¿Teniendo pequeños encontronazos de liberación sexual cada x meses con los que no llegaremos a nada más que liarnos el uno al otro?

Un silencio nos devoró y terminó por enterrarnos.

—No lo sé. ¿Qué quieres que te diga?

—Lo que sientes. Solo quiero eso.

Resollé lentamente antes de confesarme.

—José, has sido mi amor durante muchos años. Hemos vivido todo tipo de aventuras y desgracias juntos. Has sido el hombro en el que lloraba, la persona con la que me reía y el hombre al que amaba incondicionalmente y por encima de todas las cosas. ¿Me dolió tu traición? ¡Por supuesto! Me sentó como una patada en las costillas de la que, creo, aún no me he recuperado. Tú has sido el motor de mi vida. Te convertiste en mi día, en mi noche, la estrella que me guiaba, el sol que me iluminaba... Fuiste mi todo. ¿Crees en serio que no siento nada por ti? Por supuesto que sí. Claro que siento cosas por ti. Me jodió lo que me hiciste porque sentía que no me lo merecía, no después de todo el trato que te di, pero el amor siguió en mí, las mariposas no terminaron con su vuelo, los latidos no se frenaron cuando estabas cerca... Tú sigues teniendo un hueco en mí, en mi mente, en mi alma... Pero no podemos seguir viviendo juntos. Terminamos nuestra historia hace mucho tiempo. Y me hubiera encantado, si lo hubiéramos dejado en otras circunstancias, habernos dado una segunda oportunidad, porque nos la merecíamos y a veces pienso que nos la merecemos. Pero no me queda otra opción. No puedo seguir tirando de un hilo que se ha descosido por completo, porque sería engañarnos. Sería vivir una mentira en la que no estoy dispuesta a meterme, ni por ti ni por nadie. Tenemos que aceptar lo que fuimos, lo que somos y lo que seremos. Y no por ello tenemos que vivir distanciados, ni mucho menos. Podemos ser dos amigos que mantienen una amistad nacida de entre los rescoldos de lo que fue una relación de amor tan maravillosa como complicada en su final. ¿Te quiero? ¡Claro que te quiero! No lo dejaré de hacer nunca. Pero debemos aceptar nuestro destino y comprender que ya no estamos destinados a estar juntos.

Después de eso, le envolví su mano en la mía y me acerqué a besarla antes de mirarle de nuevo con una mirada complaciente. Permanecimos un momento agarrados, en silencio y olvidándonos de todo lo que nos rodeaba.

Fue él quien se decidió a romper el silencio que comenzaba a incomodarnos.

—Georgina, tú sabes que yo aún te quiero, y por eso voy a dejar que hagas tu vida de la manera en la que más feliz te sientas. —Solo me salió una sonrisa—. Tu felicidad sigue formando parte de la mía... No lo olvides nunca.

Apreté su mano para agarrarla con más fuerza.

—Y, dicho esto —prosiguió mientras liberaba sus dedos entrelazados de los míos—, podemos seguir comiendo.

Su tono era diferente. Ya no estaba apagado o triste, ahora se notaba más jovial y animado, como si mi discurso le hubiera provocado diferentes sensaciones de alegría.

—Oye, ¿te he dicho lo mucho que me encanta este sitio?

José se dio una pequeña palmadita en la espalda a modo de celebración por su acierto.

—Rosi la Loca nunca defrauda. El sitio es tan... increíble.

—Es muy como tú y yo. Selecto para gente selecta. Cualquier persona que no viaje en su misma onda no entendería su belleza ni su fuerza de atracción.

—¡Eso mismo es lo que creo! —Bebió de su cóctel y siguió—: Ahora, no voy a obviar que has dicho que soy una persona selecta en tu vida... —Me guiñó un ojo.

No pude evitar reírme por ello antes de terminarme la tercera croqueta.

Después vino el pulpo y las zamburiñas. Mi estómago estaba tan lleno que no fue capaz de terminar la carne. Todo estaba tan bueno que era imposible dejarse nada en el plato. No por pena, sino por el mero placer de comérselo.

—¿Y qué tal por Sevilla, Georgina?

Fruncí el ceño mientras lo miraba pasmada.

—¿Cómo sabes que he estado en Sevilla?

—Es lo que tiene ir contando tu vida por Instagram como si fueras Paula Gonu. —Guiñó de nuevo el ojo mientras me invocaba una risa que hizo que varias cabezas se volvieran hacia nosotros.

—Muy bien. Pero no te contaré el motivo del viaje...

—¡Oh! —Puso los ojos en blanco y continuó con burla—. Un viaje de novios... ¿Quieres que me sorprenda?

—¡Tonto! No era un viaje de novios. En verdad lo hice por... —Y pensé si me convenía contar que me llevé a Dani a Sevilla para aclararme las dudas con respecto a nuestra relación. Unas dudas que, después de viaje y lo que había ocurrido con Unai, aún persistían en mi cabeza—. ¡Pufff! Da igual.

—Sabes que tenemos confianza de sobra para que me cuentes las cosas, ¿verdad?

Asentí mientras me ahuecaba el pelo.

—Es muy complicado, de verdad...

—Bueno, como quieras... —terminó accediendo.

Me llevé una pinchada de pulpo a la boca y continué con la conversación:

—No quiero meterte en problemas, de verdad.

Aceptó y admitió no seguir insistiendo si yo no quería contarle nada.

El problema es que yo no quería que se ilusionara al saber que tenía dudas con mi pareja. Principalmente porque, antes que con él, tendría una vida de pareja junto a Unai.

—No te voy a presionar y lo sabes.

—Me fío de ti, pero no me siento cómoda contándotelo.

Me confesó que no importaba, que no lo contara si yo no estaba segura de hacerlo y, después, resolvió:

—Oye, ¿te parece que terminemos la noche en mi casa?

Lo miré, dudosa, sin saber muy bien a qué tipo de colofón nocturno se refería.

—No es lo que tú piensas —aclaró después de conocer mis dudas—. Charlamos, nos tomamos unas cervezas y te vas a casa.

Me lo pensé un par de veces antes de agarrar con firmeza el bolso y levantarme de la silla.

—¡Vámonos!

36

NOS SOBRÓ LA ROPA

Entramos en su casa sin que la imagen de Daniel me atormentara ni el fantasma de la infidelidad rondase mi cabeza. Llegamos entre risas a la cocina, le asalté la nevera para coger una Coca-Cola que tenía mi nombre grabado en la lata y me dejé caer sobre el sofá.

Él llegó poco tiempo después. Se sentó a mi lado y, como yo estaba tumbada, le puse las piernas sobre las suyas. Llevó su mano hasta mi piel y comenzó a acariciarlas. Estuvimos un rato en silencio sin saber qué decir. Ante la incomodidad del momento, José sacó el teléfono y se puso a revisar no sabía qué.

De vez en cuando, me enseñaba algún TikTok que le gustaba y le parecía gracioso. Yo me reía con la mayoría. Otros, en cambio, me daban asco. Y a otra gran cantidad de ellos no les veía la gracia por ningún lado.

Entre vídeo y vídeo, la noche nos comió. Me dio por revisar los mensajes de mi teléfono cuando vi diez wasaps de Daniel en los que me preguntaba qué tal estaba. Y ¡mierda! No los había leído. ¿Tendría que echarle la culpa a José o tal vez a mi problema de amor?

Dani

Georgina, te he llamado cinco veces y no me lo has cogido.

Llevo tiempo sin saber de ti.

¿No crees que deberías coger el teléfono, aunque sea un rato, para contestarme?

Escúchame.

Me han contado tus amigas lo que pasó en casa de Lorena.

Creo que deberíamos hablar de ello.

Tampoco quiero agobiarte, pero necesito una explicación.

Cuando quieras, me llamas.

¿Vale?

Chao.

¡No!

O sea, es que me negaba a dar explicaciones de nada.

Lo primero, ¿por qué coño tienen mis amigas que ir diciendo nada a nadie?

Lo segundo, ¿qué me viene él a pedir explicaciones de una borrachera puntual producto de una comida de cabeza que desencadenó el antecedente de un coma etílico?

Quizá el que tenía que dar explicaciones era él a mí por esa falta de iniciativas sexuales que me obligaban a dar siempre el paso de besarlo o llevármelo a la cama. Y ya si me paga el sujetador que me tiró por la ventana, lo borda.

—¿Estás bien? —me preguntó José apartando la mirada del móvil y observándome con preocupación—. Te ha cambiado la cara.

Apagué el teléfono y lo lancé sobre la mesa de centro.

—Sí. No es nada. —Lo completé con una sonrisa falsa que estaba más que acostumbrada a dibujar.

Él también apagó su teléfono y lo dejó caer en algún lugar del sofá.

—Georgina... —Bufó tras nombrarme.

—¿Qué pasa? —pregunté mientras lo penetraba de soslayo con la mirada.

Tras un chasqueo de lengua, concluyó:

—No sé si esto está bien.

Fruncí el ceño y le mantuve la mirada.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Estoy seguro de que ese que te ha escrito es tu novio. De verdad, no me engañas. Conozco esa cara y pondría la mano en el fuego porque te ha dicho algo que no te ha debido hacer ni puta gracia y... bueno, te entren remordimientos o dudas de si debes estar aquí conmigo o no.

—¿Qué dices? Sabes que no es así. Me da igual lo que me diga.

—Así que era tu novio...

Suspiré.

—¡Sí! ¡Lo era! ¿Y qué más da?

—No da lo mismo cuando te preocupa lo que te diga.

—Me la suda lo que me diga...

—Tu cara no dice lo mismo.

—Mi cara podrá decir lo que quiera...

De nuevo, José bufó y perdió la mirada en algún punto del salón. Me incorporé, recortando distancia entre nosotros, y le acaricié el hombro mientras lo consolaba.

—De verdad —proseguí con un tono más cercano—, créeme. Me da igual lo que me diga él... Yo estoy aquí, contigo, y no voy a hablar con nadie más que no seas tú.

Ladeó la cabeza para encontrarse con mi mirada.

—¿Eso lo dices para complacerme?

—Eso lo digo porque lo siento.

Esbozó una tenue sonrisa en sus labios con la que mostró parcialmente sus dientes. Yo le imité y dibujé en mí la misma sonrisa. Después, se acercó hacia mí, me abrazó y estuvimos un rato en aquella posición.

Al tiempo, nos separamos, volvimos a conectar nuestras miradas y dejó un beso distraído en mi mejilla. Volví a tumbarme sobre el sofá con los brazos sobre mi cabeza. Él se vino hacia mí, me ladeó para apoyar su espalda sobre los asientos y me propuso apoyar la cabeza sobre su pecho.

Accedí sin rechistar. Quería hacerlo y no me importó. Y allí estuvimos los dos, abrazados, sintiéndonos el uno al otro como lo hacíamos hasta que rompimos en el rellano de aquella furcia.

Desde ahí podía notar su respiración, su pecho ascendiendo y descendiendo a medida que el aire inundaba sus pulmones, su corazón impactando contra su pecho y rezumbando en mis oídos, el olor de su colonia perforando de nuevo mis fosas nasales... No éramos más que dos extraños que se acababan de reencontrar de nuevo de la manera más bella posible.

Ahí, la forma que teníamos de disculparnos ya no tenía sentido. Aquella postura nos daba mucho más de lo que podíamos sentir en nuestros encontronazos sexuales. Mientras, mi teléfono vibraba sobre la mesa.

—¿Tu novio otra vez? —preguntó con un tono en el que se notaba lo cansado que estaba de que me entraran mensajes que nos sacaran de nuestra absorción.

Fruncí los brazos y respondí con un «no sé» con el que me despreocupé de lo que ocurría al otro lado de la línea.

—¿No crees que deberías hablar con él?

Reí con sorna.

—Ya quiere él hablar conmigo por... una cosa que me pasó ayer.

Arrugó la frente y me dedicó una mirada de curiosidad.

—¿Qué pasó?

Chasqueé la lengua y seguí.

—Nada. Cosas mías...

José me apartó el pelo de la frente, me lo sujetó tras la oreja y continuó con el interrogatorio.

—¿Te acuerdas de que puedes confiar en mí para lo que necesites?

Lo miré sonriente y asentí.

—Pues venga —insistió—, ¿qué pasó?

Reuní fuerzas y valor y confesé:

—Tengo muchísimos problemas. Frentes abiertos que no consigo cerrar, heridas que no paran de sangrar... Y ayer fui a una fiesta en casa de una amiga mía y vi la oportunidad de despreocuparme de todo durante un rato. Comencé a beber y...

—¿Es muy fuerte lo que me vas a contar? —preguntó preocupado por el rumbo que estaba adoptando la historia.

—¡No! Es solo que, como no estoy acostumbrada a beber, me tomé dos *gin tonics* y estuve catatónica un buen rato...

—Sí, vamos; que llevabas una zorra como un piano.

—¡Exacto! —Me descojoné sobre él para enfatizar la conexión mental que teníamos.

—¿Y quiere hablar de eso? —Arrugó la nariz, aún mirándome.

—Sí, hijo, sí.

Bufó, envuelto en la mayor de las incomprensiones.

—Pues hace falta ser... extraño.

—¿Tóxico?

—No. —Torció el morro—. No tiene por qué, vamos... Pero me parece del género tonto tener que pedirle explicaciones a tu novia de lo que bebe o deja de beber...

Imité su torcedura y volví a relajarme sobre su pecho. Poco tiempo después, lo sentí coger el teléfono para consultar la hora.

—Oye —comenzó—, ¿no crees que deberías irte a casa?

Subí la cabeza hasta encontrarme con sus pupilas.

—¿Ya quieres que me vaya?

—¡En absoluto! Pero son las doce y media. Quizá deberías plantearte el ir a dormir o... ¿qué sé yo?

Me incorporé y me puse de pie para otearlo.

—Sí, quizá tengas razón. —Envolví el teléfono en mi mano y me dirigí hacia la entrada cuando su mano me frenó en seco.

—Tampoco hace falta que salgas embalada...

Reí y me di la vuelta para sentarme en el borde del sofá, donde él seguía tumbado. Después, llevó una mano hasta mi muslo y lo acarició lentamente, agitándome la respiración.

—¿Qué haces? —pregunté mientras lo miraba sonriente.

Él seguía con el andar de sus dedos por mi piel al tiempo que jugaba a excitarme, algo que conseguía muy bien...

—¿Qué te iba a decir...? —comenzó con una voz pesada que se excitaba junto a la mía—.

Podemos cambiar de opinión y hacer que te vayas más tarde...

Tenía clavada la mirada en mis piernas. Yo la desvié hacia delante para evitar que verlo me calentara aún más.

—José... Debo irme.

Agarré su mano, decidida, y la aparté de mi piel. Él se levantó conmigo, accediendo, y me acompañó hasta la puerta.

—Sabes que te puedes quedar más, que no me importa —me informó por última vez antes de que lo negara de nuevo.

Nos despedimos con dos besos informales sobre las mejillas y, tras darle el último adiós con un golpe de mano, me perdí por el rellano hasta alcanzar el ascensor.

Estaba contenta. Me había llevado a cenar y habíamos tenido un broche final no muy alterado. Lo cierto era que el tiempo con él no corría del todo lento. Antes de que pudiera darme cuenta ya me estaba marchando y lo dejaba solo hasta que se decidiera a volver a mi casa. Y yo, mientras, me quedaba pensando en aquel triángulo que me presentaba la vida encabezado por Daniel, una persona de la que cada vez estaba menos enamorada, y seguido por Unai y José que, de los dos, sin duda me quedaba con el primero.

Y esa era mi vida. Y a eso me tenía que acostumbrar. Finalmente, encabecé la calle y me perdí entre la noche en un camino de vuelta a casa que no fue mentalmente tranquilo que digamos. Los problemas sentimentales me habían torturado durante todo el trayecto y ni siquiera la música había conseguido que me evadiese.

Sin embargo, en un momento de mi viaje a casa, me di cuenta de que ya no merecía la pena seguir martirizándome por algo que solo el tiempo sería capaz de resolver. Me prometí no derramar ni una sola lágrima más por este tema ni volver a consumir minutos de mi tiempo para destinarlos a comerme la cabeza sobre lo que debía hacer. Fue un pensamiento que, obviamente, me duró poco tiempo.

37

CIUDAD DE PAPEL

Ese mismo sábado habíamos quedado Lorena, Elena, Andrea y yo para charlar de nuestras cosas. Elena nos había dicho que tenía un ligero problema con el futbolista que quería tener solventado antes de que comenzara septiembre, para lo que solo le quedaban dos días por delante.

Nos habíamos reunido en una cafetería. Después del incidente en casa de Lorena, ninguna quisimos dejar la nuestra ni aunque fuera para hablar. No por ahora. Tampoco lo negamos de cara a un futuro próximo.

—Empieza —imploró Lorena—, que no tenemos todo el día.

—Sí... Voy. —Elena parecía cortada. Se llevó el vaso de café a la boca y pegó un trago tan grande que casi lo vació—. ¿Os acordáis del chico este del que me enamoré?

—El futbolista —resolví mientras le pegaba pequeños mordiscos a una galleta con pepitas de chocolate que me había comprado en sustitución al café.

—¡Ese! —aclaró Elena—. Que juega en el Atleti...

—¡Que sí, coño! —Andrea parecía impaciente por saber qué era aquello que nos tenía que contar—. ¿Qué pasa?

Elena resolvió al tiempo que se entretenía buscando las palabras con las que nos contara qué pasaba.

—Pues resulta que, como ya ha empezado la liga, pues me ha propuesto que vaya un día al campo a verlo jugar.

Las tres, menos Elena, nos miramos entre nosotras, apretando los labios y buscando dónde estaba el problema en la proposición del chico.

—¿Y? —inquirió finalmente Lorena, que la miraba con un mohín incomprendido.

—¡Pues que a mí no me gusta el fútbol! Me aburre soberanamente. ¿Pretendéis que vaya a ver un partido entero sin enterarme de nada?

Andrea decidió tomar el testigo y continuar con la conversación.

—Vamos a ver, que no te ha dicho que le hagas una crítica deportiva, solo que vayas a verlo.

—¡Claro! —seguí—. Tú vas, lo ves, si marca gol lo aplaudes y te vuelves a casa...

Elena bufó, quizá agobiada por la que se le venía encima.

—No sé... Es que me aburren muchísimo... ¿Y si pongo una excusa para no ir?

—¡No seas infantil! —regañó Lorena alzando la voz—. ¿Qué le vas a decir? ¿Que te duele la barriguita? —consultó con tono de burla.

—Pues mira, es buena idea.

—¡No es buena idea, Elena! —interrumpió Andrea, que seguro se apuntaría en el caso de que hubiera que acompañarla—. Tú vas al partido, tía, que es tu... —torció el morro, dubitativa—, ¿qué sois?

Y nos dedicó un soplido insatisfecho con el que nos resolvía todas las dudas que teníamos sobre el apelativo con el que lo denominaría.

—¿Yo qué coño sé qué somos...? Si me habló un día y yo ni siquiera estaba buscando nada...

—Pues mira —proseguí—, con más motivo para ir a ese partido.

—Imagínate por un momento que marca un gol —ideó Lorena—. ¿Qué haría? —Y Elena no supo qué responder, así que contestó con un sordo «emmm...» que le daba pie a la chica para seguir con su inventiva—. Pues iría corriendo hacia donde estás tú, se levantaría la camiseta, y te enseñaría una en la que pondría «Va por ti, mi amor».

La chica se la quedó mirando con la insatisfacción dibujada en su rostro descompuesto. Tenía las cejas levantadas y el morro apretado para terminar resolviendo la conversación.

—¡Es verdad! —vociferó redimiéndose por no levantarse—. ¡Qué vergüenza! Imagínate que voy, marca gol y me hace eso... Es que me desmayo allí mismo, vamos. Mejor no voy.

—¡Jooooderrrr! —maldijo en voz alta Andrea dejándose caer sobre el respaldo de la silla, vencida y sobrepasada por la situación.

Ninguna sabíamos cómo aconsejarla para que fuera a aquella cita. Ella no quería ir y tanto el chico como nosotras deseábamos que fuera. Por lo que habíamos llegado a un callejón sin salida que nos sería imposible abandonar hasta que una de las dos partes diera su brazo a torcer. Lo cierto era que, esa parte, debía ser, a todas luces, Elena, que para eso se había echado un *novio*.

—Vamos a ver —traté de resolver, tosca—, que es tu novio y vas a verlo si te lo pide. Y punto.

—Y yo te digo que no voy...

—Pues haz lo que te salga de los ovarios —zanjó Lorena.

—Lo que yo no sé es para qué nos llamas si luego no nos vas a hacer ni puñetero caso... —reprochó Andrea, que supuse que tenía cosas más importantes que hacer que no estar aquí a verlas venir sin que nadie se flexibilizara con respecto a su opinión y punto de vista.

—Pues porque necesito que alguien me diga algo más que un «perdona, bonita, ¿te puedes quitar que quiero pasar?».

—Pues, ahora —interrumpí—, vas a ser tú la que diga algo más en la vida. Se me ocurre un «¡vamos, sigue!», ¿o qué tal un «¡goooooooool!»?

Mi amiga resolló al tiempo que se terminaba el café con otro gran sorbo de los suyos.

—Bueno, vale. Voy. —Lo celebramos entre vítores y gritos de alegría—. ¡Pero solo a la primera parte!

—¡Los cojones! —aulló Lorena—. Tú vas al partido entero.

—Si alguna de vosotras me acompaña...

—Tía —se quejó Andrea—, que es tu novio.

—¡Uy, novio! Qué atrevida eres, ¿no?

—¿Atrevida? No. ¡¿Qué va?! Solo quiero que salgas un poco de tu casa. Que te dé el aire y que sepas de verdad lo que es tener una relación.

—Pero si es que me ha pillado de rebote.

—¡Lo que sea! —grazné dándole otro mordisco pequeño a mi galleta—. Tú tienes que luchar por ella. A ver, ¿qué tal está el chaval?

Elena pensó dos veces la idea de mostrarnos una foto por eso de no saber cómo reaccionaríamos. Lo mismo podríamos decirle que era extremadamente guapo como nos quejaríamos de su físico...

Nosotras éramos como una caja de bombones. Cogías uno al azar sin saber si te iba a gustar y, cuando lo probabas, esperabas que lo hiciera, aunque tuvieras dudas de que te hubiera tocado uno de licor.

—Bien...

—¡Foto! —rogó Lorena entre gritos.

Elena sacó su teléfono y nos mostró una de las publicaciones de aquel chico en Instagram.

Era un joven rubio de veinticinco y físicamente atractivo. Tenía el pelo corto, de un color que se encontraba entre el rubio y el moreno, tocándole sutilmente la frente y cortado en forma de mohicano, unos ojos azules que te penetraban tan solo con mirarlo y unos labios finos pero libidinosos que te invitaban a probarlos sin pronunciar palabra. La barba brillaba por su ausencia y en su lugar, el recuerdo de sombra de un pequeño bigote arreglado y un mentón que dibujaba una perilla pequeña y aliñada cubrían su rostro de niño.

En la imagen tenía el balón en los pies y, tras él, había otro hombre, del equipo contrario, vestido de blanco que luchaba por arrebatarle el esférico.

Conseguimos recuperarnos del *shock* de que aquel hombre se hubiera enamorado de Elena al rato.

—Yo solo tengo una pregunta... —comencé a modo de presentación a mi discurso—, ¿tú eres gilipollas?

Elena se me quedó mirando sin saber qué responder y dedicándome un mohín.

—Quiero decir —me expliqué—, tienes a este ser, que juega en segunda RFEF, a tus pies, ¿y no eres capaz de ir a verlo al campo? Disculpádmelo que sea tan materialista, pero...

—¡No! —interrumpió Lorena, de nuevo, alzando la voz—. Es que es de ser gilipollas. Vamos, que si tú no quieres ir, ya voy yo por ti.

—¡Sí, hombre! Voy yo que para eso es mi novio...

—¡Ah! —graznó Andrea—. Ahora sí queremos ir, ¿no?

Elena bufó antes de que pudiera decir nada.

—Es que no sé qué hacer... El chaval me parece muy guapo...

—Y futbolista —Lorena se coló en sus pensamientos—, que gana una pasta...

—Bueno —interrumpí—, la justa y necesaria para llegar a final de mes... Tampoco es el acabose. Pero, si se forrara, no es plan de estar con él porque le sobre el dinero.

—¡Eso es verdad! —Elena me dio la razón—. No voy a estar con un hombre solo por el dinero y porque sea guapo... Yo me tengo que enamorar de él...

—Pero ¿no lo estás ya? —pregunté dudosa habiendo creído que sí.

La chica apretó los labios y torció la cabeza envuelta en un oleaje de incertidumbre del que no sabía salir.

—No lo sé...

—¡Pues ya está! —resolvió Andrea—. Vas a ese partido, lo ves, estás un rato con él y te aclaras un poquito esas ideas...

Elena me dedicó una mirada de desconfianza y yo no pude hacer más que aprobar lo ya dicho por mi amiga. Ella accedió ir al partido completo y terminó todo con un «ya os contaré qué tal» que nos intrigó.

Sonia y Xavi habían vuelto a hablar esa misma mañana. Él le decía que estaba planeando una escapada fugaz, de dos o tres días, a Madrid y que qué le parecía la idea de que se quedara en casa con tal de ahorrarse el hotel.

A Sonia le costó responder. Era una persona indecisa por naturaleza a la que las dudas habían terminado de aniquilar. Aun así, respondió que no tenía ningún problema a que se quedara en su casa. Pero ese fue un gesto que la trastocó por la idea esa de no saber si estaba haciendo las cosas bien. Era por eso que, a poco más de las doce, yo tenía ya dos llamadas perdidas tuyas que devolví en cuanto pude.

—¿Qué pasa? —pregunté mientras me tomaba el segundo Cola Cao de la mañana.

—Tía, creo que he hecho una tontería.

Sonreí al mismo tiempo que me dejaba caer con la taza sobre el sofá.

—Cuéntame.

Ella me explicó lo que había ocurrido con Xavi y los planes que tenía de cara a Madrid en un tono de preocupación que me inquieto bastante, la verdad.

—¿Y qué problema hay ahí? —pregunté sin ponerlo en contexto con sus problemas anteriores con el chico.

—Pues que yo no sé si estoy segura de volverlo a ver. No ahora. Hombre, se presenta desde Málaga después de todo lo que me ha hecho ¿y pretende que yo sea buena con él? ¡Ni de coña!

—¡Bueno! Tú tranquila. Si quizá sea un fin de semana. Lo pasas con él, te despejas de todo y... oye, quizá te vuelves a enamorar como al principio.

—¿Y me explicas tú cómo le miro a la cara sin estar enamorada? Yo no sé fingir tanto como tú.

—¡Oye, bonita! —Reí para que se diera cuenta de que el comentario no me había importado.

—¡¿Qué?! ¿Te tengo que recordar cómo terminaste el otro día por culpa de fingir un enamoramiento?

Y volví a reírme tras recordar aquella anécdota beoda en casa de Lorena.

—Bueno —proseguí enseriando el rostro—, no me hables de ese tema que estoy calentita...

—¡Uy! ¿Y eso?

Suspiré.

—El príncipe, que quiere explicaciones sobre lo que pasó. Como no sabéis tener la lengüita quieta y todo lo tenéis que ir contando por ahí...

—Esa seguro que ha sido Lorena, que lo habrá llamado para que se pasara a buscarte...

¡Uy! ¡Qué hija de puta!

—El tema —siguió ella, acaparando la conversación—, ¿le digo que sí?

—Si ya le has dicho que sí, no puedes echarle atrás.

—Sí que puedo. ¿No voy a poder? Le digo que me ha surgido un plan del que no me acordaba y santas pascuas.

—Para ti. Porque él te va a dar el coñazo. Y se va a cabrear con razón.

—Pues que me lo hubiera dicho con tres meses de antelación o se coja un hotel, que tenemos mucho morro todos...

—Pero ¿cómo te va a avisar con tres meses de antelación? ¿Estás boba?

La escuché reír al otro lado de la línea.

De pronto, y con el oído que tenía descubierto, pude escuchar el timbre sonar al fondo del pasillo. Me levanté, advirtiéndole a Sonia de que alguien había llamado, que iría a abrir y que no me colgara.

Bajé el pomo de la puerta y me encontré a Daniel, con cara de pocos amigos, al otro lado del marco.

—Tía, te dejo —advertí.

—¿El príncipe? —supuso sin que yo tuviera que decírsela nada, tal vez por mi tono de voz.

—¡Ajám!

—¡Vale! Suerte.

Y, tras eso, colgó.

Yo me guardé el teléfono en el bolsillo de mi vaquero y centré la atención en Dani.

—Buenos días —saludó enfadado. Después, se hizo hueco entre mí y pasó a la casa—.

Bonito visto me comí ayer, ¿no te parece?

—¡Ay, Dani! —me quejé—. No seas infantil, de verdad...

—¿Qué hiciste en casa de tu amiga? —me interrogó, serio.

—¿Qué te han contado que hice?

—No sé... Dímelo tú.

Resoplé.

Quería escapar de aquella situación, pero la única opción que tenía era echarlo de casa, y no eso no quería hacerlo. No, porque iríamos a discutir y no estaba yo para discutir con nadie. No en las condiciones sentimentales en las que me encontraba.

Quizá una discusión me daría la carta blanca que necesitaba para atropellar a Unai y, de momento, no estaría preparada tampoco para enfrentarme a una ruptura y taparlo todo con un parche.

—Mira, que no te tengo que dar explicaciones de nada, chico —respondí, hastiada y borde—. No sé qué te habrán contado, pero no creo que sea tan grave como para que te pongas así.

—Entonces, ¿eso de que te emborrachaste es mentira?

Reí a carcajadas de forma falsa y forzada.

—¿En serio me vienes a regañar porque me emborraché? ¿Qué pasa? ¿Que tú no lo has hecho nunca?

—Georgina, tenemos una edad para saber controlarnos cuando bebemos.

—¡Me bebí dos copas! ¿Eso te lo han contado también?

—¡No puede beberse dos copas una persona que no está acostumbrada a hacerlo porque, entonces, mira cómo acabas!

—Dani, ¡¡se acabó!! No sé a qué has venido, pero si solo es a regañarme, te puedes ir por donde has entrado.

Él se calmó, yo lo hice cuando vi que él lo hizo.

—Solo me preocupo por ti.

—¿Que te preocupas? Yo creo que me marcas... —admití muy segura de mí misma.

—Georgina, cuando me avisaron de cómo estabas, creí que te perdía. Deja que me sienta así.

—¿Tengo que dejar también que me hayas tratado de esa forma?

Inundó sus pulmones de aire y lo fue soltando poco a poco.

—No. Y lo siento. Pero ¿qué querías que hiciera?

—Quizá, podrías haberte preocupado de ayudarme un poco. Suficientemente mal lo estoy pasando ya como para que vengas tú y me tortures aún más.

Se acercó hacia mí con los brazos rogándome un abrazo. Cuando llegó a mi altura y se dispuso a rodearme con ellos, los retiré de mí y me di media vuelta para dirigirme a por un vaso de agua a la cocina.

Hice que se le cambiara el rostro por completo al no esperar aquella acción.

—¿Qué haces, Georgina?

—Lo siento, Dani. —Abrí el grifo y bebí del agua que había caído en el interior del vaso de cristal—. Pero no voy a consentir que me trates como lo has hecho y ahora vengas de buenazo mendigando cariño...

Chasqueó la lengua y comenzó a caminar en círculos alrededor de la cocina.

—¿Qué quieres que haga? ¿Me fustigo? Ya te he pedido perdón... Luego hablamos de infantilismos... —Y se marchó al salón sin intercambiar más palabras.

Dejó el vaso bocabajo en la pila y salí en su búsqueda antes de que me arrepintiese de ello.

—Dani, de verdad... —Bufé y me hice un hueco a su lado en el sofá.

—Yo he venido con mi mejor intención para hablar contigo sobre tus problemas, Georgina.

—Has venido llamándome borracha —interrumpí conteniéndome sin éxito para no alzar la voz.

—¿Qué quieres que te diga si no podías andar dos pasos sin vomitar?

—Ha sido la primera vez que he bebido después de diez años. ¿Cómo querías que me afectara?

—¿No lo sabías tú en ese momento?

—¿Qué pasa? ¿El señor nunca ha estado así?

Se levantó violentamente, colérico y entre gritos.

—¡El señor es tu novio y, como tal, pido un poco de respeto!

—¡Ah! —exclamé cínica—. Que ahora se supone que tengo que respetar al que ha venido histérico a mi casa a decirme lo bien que se me da beber alcohol.

—¡Ohh, Georgina! —soltó con un tono derrotado—. A veces pienso que hablo con una niña de tres años que acaba de aprender a colorear.

—¡Eso no es lo que pensabas el otro día cuando a horcajadas y entre sonoros gemidos gritabas mi nombre!

—No sabía que no te gustaba que lo hiciera...

—¿Quién ha dicho que no me guste? ¡Digo que te muestras ligeramente *borderline*!

—¡Ay, la psicóloga! Que me va a psicoanalizar...

—¡Nooo! Pero es que estás un poquito...

—¿Un poquito cómo?

—Irascible.

Y la conversación frenó en seco.

Ambos nos callamos. El silencio, incómodo, como siempre, nos abrazó y se adueñó de nuestras palabras durante un rato hasta que un suspiro lo ahogó y terminó con él.

—De acuerdo... —resolvió Dani en un tono más calmado y sin apartar la mirada del suelo—. ¿Te parece que vuelva en otro momento que esté más calmado?

Torcí la boca y fruncí los labios para concluir:

—Haz lo que quieras.

—Muy bien... —suspiró de nuevo y se perdió en el pasillo.

Yo me mantuve petrificada sobre la tarima, con los brazos cruzados y la mirada perdida en algún punto de la estantería del salón. Cuando escuché el golpe de la puerta al cerrarse, un torrente de lágrimas escapó de mis ojos y me obligaron a correr a la habitación para tumbarme bocabajo en la cama.

Lloré. Lloré como nunca antes lo había hecho. Quizá sería una tensión acumulada que deseaba escapar o que era verdad que estaba enamorada y era el amor el que recorría aguado mis mejillas.

¿Y si de verdad lo quería y Unai no era más que una cana al aire? ¡No! No podía ser. Dani me hizo tremendamente feliz. Pienso en los primeros días y se me revuelve el estómago en mariposas por culpa de la felicidad. Pero ahora todo era distinto. Ni yo era la misma ni él era el mismo.

Daría mi vida si hiciera falta para regresar a aquel momento en el que entré en la redacción por primera vez y lo vi trabajando escondido tras la pantalla de su ordenador.

Y pensé. Volví a pensar.

Se me vinieron a la mente todo tipo de luces y sombras que venían acompañadas de todo

tipo de recuerdos: cuando redacté mi primer artículo junto a él, cuando salimos por primera vez a tomar algo, cuando lo invité a subir a mi casa tras acceder a montarme en su coche, la vez que fui a su casa a decirle que nos íbamos a Sevilla, la forma en la que subimos al avión ilusionados como si fuéramos dos niños pequeños que se iban de vacaciones con sus padres...

Y maldije. Por supuesto que maldije.

Maldije el día en el que me fui con mis amigas a esa discoteca del centro de Madrid. Maldije el momento en el que Andrea conoció a Unai y a Marc, el momento en el que nos los presentó, mi primer contacto visual con él, lo que pasó por mi cabeza cuando decidí subirme a su coche para que me trajera a casa, nuestra escapada juntos en Sevilla, las dudas que me creaba y la encrucijada en la que me tenía retenida sin que lo supiese...

Escuché la vibración de mi móvil a mi lado, en la colcha. Sin fuerzas, con el rímel corrido y los ojos encharcados por las lágrimas, conseguí agarrarlo y lo subí hasta la altura de mi cara para leer el mensaje que me acababa de llegar. Era de Dani. Me imaginé que me daría la charla, que me regañaría de nuevo, que me diría que no aguantaba más la situación y que se marchaba para siempre o que todos tenemos momentos más susceptibles y teníamos el derecho a enfadarnos y gritar como si ya nada importara.

Pero no.

Quizá hubiera preferido que esos mensajes fueran una regañina o me hubiera vuelto a llamar borracha. Pero nada de eso. Eran mensajes equivocados. Mensajes cargados con una munición que llegó a explotarme en la cara nada más leerlos. Eran mensajes confundidos de destinatario y que ocultaban una realidad que me era desconocida.

Dani

Oye, Sheila, ¿has llegado ya a Madrid?

Necesito verte y olvidarme de todo un rato.

¿Te apetece que te vaya a ver al hotel?

Respóndeme cuando puedas.

¡Besos!

El mundo cayó a mis pies. Se destrozó. Se hizo añicos que me perforaron el alma. Creía no quererlo, no del todo, pero ese era uno de los momentos que me devolvían a la realidad de un guantazo y me hacían darme cuenta de que por supuesto que lo amaba.

Me deshice del móvil lanzándolo de nuevo contra la colcha, apoyé la cabeza sobre la almohada y mantuve la mirada clavada en el techo. En mis ojos se podía averiguar la mezcla entre odio y asco que profesaba a Dani en aquel momento. Pero me hice la fuerte. Hice como si no importara, pero no conseguí autoconvencerme de que en realidad no lo hacía.

Y lloré. Seguí llorando. Lloré mucho. Lloré para desahogarme. Lloré de odio. Lloré de rabia. Lloré hasta no poder más y, cuando no podía más, seguí llorando. Lloré por mí. Lloré por Dani. Lloré por nosotros. Lloré por las dudas. Lloré por todo.

Y cuando creí que no tenía más lágrimas, aún seguí llorando.

No me levanté de la cama en lo que restaba de día. Me mantuve firme y con la mirada penetrando el techo. Pasa del llanto a la rabia y de la rabia a la ira con una facilidad pasmosa que me permitía retornar al llanto después de completar el círculo anímico que me gobernaba.

Ni siquiera respondí los mensajes. Dejé que fuera él quien se diera cuenta de que ni yo era Sheila ni había arrendado una habitación de hotel en la que podríamos vernos para que se olvidara de todo.

Pero no lo hizo.

Y no sé qué extraña razón no le hizo darse cuenta de que yo no era quien él creía, pero me importó un bledo.

Aparte de aquellos mensajes que me habían dado la excusa perfecta para dar el paso definitivo para iniciar una relación con Unai, tenía otros muchos que me ponían a la orden del día.

Elena me informaba de las últimas novedades sobre sus decisiones sentimentales. Estaba insegura de ir al partido y yo debía ser quien, por enésima vez, le dijera que era su novio y que, por un día que fuera a verlo, no iba a pasar nada.

El día siguiente se me hizo ligeramente más llevadero. Había conseguido olvidar parcialmente la discusión que tuvimos Dani y yo en el salón de mi casa, así como esos mensajitos que me dejó en el WhatsApp confundíendome con una zorra robanovios a la que iba a dejar sin mechones como me la cruzara por la calle.

Estuve toda la mañana encerrada en mi portátil buscando por todas las cuentas que seguían a Dani en Instagram alguna que fuera sospechosa de ser esa tal Sheila a la que se refería en los mensajes.

Entre los más de cuatrocientos cincuenta seguidores, una tal *@sheeeilaa._* me levantó todas las sospechas que guardaba desde que comencé a buscar en aquella interminable lista en la que se situaba en el último tercio.

Agarré el iPhone, le hice una foto, me aseguré de que no hubiera más Sheilas, y me fui al sofá a tumbarme creyéndome la detective de un importante caso digno de novela de Agatha Christie.

Me revolví el pelo y llamé a Sonia antes de hacer cualquier estupidez de la que me pudiera arrepentir. El primer tono se me hizo corto, más de lo habitual. El segundo trajo consigo una desesperación que me atragantó y de la que me costó recuperarme. Al tercer tono, las dudas y el arrepentimiento hicieron preguntarme si estaba haciendo bien. El cuarto me obligaba a aferrarme a la pequeña y casi inexistente probabilidad de que esa tal Sheila fuera una amiga y no su follamiga. Al quinto tono me desesperé. El sexto casi me hizo tirar el teléfono contra la pared y, si no fuera porque me la desconcharía, lo hubiera hecho. Al final, tras siete interminables tonos que terminaron desquiciándome, escuché la dulce e infantil voz de Sonia al otro lado de la línea.

Se escuchaba bullicio y el aire impactar contra el micrófono. A lo lejos, muy a lo lejos, pude reconocer el sonido de lo que parecía ser un oleaje llegando a la orilla.

—Querida Georgina —me saludó con su confianza como de costumbre—, ¿qué te hace llamarme?

—¿Estás en la playa? —pregunté para asegurarme de que aún no me había quedado sorda.

—¡Sí! —Parecía alegre, como si se hubiera cumplido después de mucho tiempo de espera—. Me he venido a pasar unos días a Valencia junto a mi madre y unos amigos que tengo. ¿Qué pasa?

Suspiré, lancé por la ventana la idea de la playa y regresé a la conversación:

—Creo que Dani me engaña.

Se le debió atragantar la noticia, porque su respuesta llegó bastante retrasada.

—¿Perdón?

—Lo que oyes —subrayé para sacarla del *shock* y devolverla a mi realidad.

—¿Pero son suposiciones o lo tienes claro?

—Claro no tengo nada, pero estoy un noventa y nueve por ciento segura de que me engaña.

—¿Y cómo estás tan segura? —inquirió tratándome de quitar de la mente aquella idea que había aflorado en mí sin previo aviso.

—Porque me mandó unos mensajes al teléfono en los que le decía a una tal Sheila —que esperaba que estuviera rezando para no toparse conmigo por la vida— que quería verla y que si se podía pasar por el hotel.

De nuevo, la respuesta tardó en llegar:

—Pues sí... —suspiró uniéndose al vendaval que corría por la playa—. Atufa a cuernos...

Solté una pequeña risa. No sabía si de satisfacción por haber resuelto un caso que gritaba la solución o por haberme asegurado de que ya podía darme carta blanca con Unai.

—Tengo el Instagram de la chiquita.

—¿Quieres pasármelo y le echo un vistazo?

—¡No! Lo tiene en privado. Tendrías que seguirla y...

—Georgina —me interrumpió al tiempo que me intentaba convencer de que esa sería la mejor idea—, no va a cantar lo mismo si lo haces tú que si lo hago yo. —Un silencio se adueñó de la conversación hasta que Sonia decidió concluir—. Déjame que lo haga. Total, por probar ¿qué vas a perder?

Lo pensé.

Podía ser una buena jugada eso de seguir a la niñita. Sabía que Dani no publicaría ninguna foto con ella por eso de que yo veía todo su contenido en la red, pero era bastante probable que utilizasen el comodín de la intimidad de otra cuenta para dar rienda suelta a su amor. Aunque, para ser sinceros, había que ser muy tonto para hacer público un adulterio por muy privada que tuvieras la cuenta. En la vida, hasta donde menos te lo esperas, hay topes que llevan la información de unos oídos a otros.

—¡Venga, vale! —acepté—. Te paso su nombre de usuario por WhatsApp.

—¡Ten cuidado! —me advirtió, provocando en mí un pequeño saltito en el sofá—. No vayas a marcarte un Dani.

Me reí al mismo tiempo que lo hacía ella y colgué la llamada. Por último, le compartí el arroba antes de tirar el móvil al sofá y le recordé que tenía que decirme una a una las nuevas noticias que ocurriesen con el caso.

Pasé gran parte de la tarde pensando y escribiendo el desenlace de mi novela. Estaba relativamente cerca de terminarla (cuando digo «relativamente cerca» me refiero a ciento cincuenta páginas) y pronto podría pasarle el manuscrito a mi editor.

Mientras avanzaba con los capítulos, me dieron ganas de meterme en ella y convertirme en

la protagonista. Tenía una vida tan perfecta, llena de amor y gente que la quería, que solo con imaginarme que podría ser ella durante tan solo veinticuatro horas me daba un vuelco el corazón y una sensación de hormigueo me recorría el cuerpo por completo.

La verdad es que no se me ocurrió mejor manera para convertirme en la protagonista que coger el teléfono y llamar a la única persona que me haría sentirme como en una novela romántica.

Tardó en cogerlo, pero, tras varios tonos, pude escuchar su voz agradable al otro lado de la línea.

—Georgina. ¿Qué tal?

—Mal, Unai. Mal.

—¿Y eso?

Suspiré y traté de no focalizar en lo que me había pasado con Dani.

—Nada —resolví—. Problemas míos...

—¿Y te hacen estar mal?

—¡Ajá! Oye —seguí para desviar la conversación a otro lado—, ¿qué tal por Huelva?

Lo escuché resoplar.

—Con calor, mucho calor. Cualquiera diría que vamos a entrar en septiembre...

—Bueno, ponte un rato el ventilador y te airesas. —Se me escapó una risita tonta de enamorada.

—Tranquila. Si no me queda mucho por aquí.

Fruncí el ceño, extrañada.

—¿Cómo?

—¡Al calor! —reculó—. Que no le queda mucho por aquí al calor, quería decir. Menudo *lapsus linguae*.

Quise creérmelo, pero había algo en mí que me obligaba a desconfiar.

—Ya... —añadí no muy segura de sus explicaciones—. ¿Me estás ocultando algo?

—¿Yo? —Noté cómo se ponía nervioso—. ¡No! ¡En absoluto! ¿Cómo te voy a ocultar algo?

—No sé... El subconsciente es muy puñetero. ¡Oye! —Volví a desviar la conversación—. ¿Por qué no te vienes unos días a Madrid?

—¿A Madrid? —Fingió pillarle el plan por sorpresa y no terminar de gustarle.

—¡Sí! He discutido con Daniel. Me apetece verte.

Desde mi casa y a través del teléfono pude notar cómo se le iluminaba la cara a causa de la ilusión.

—¡De acuerdo! Me cojo el primer vuelo e intento estar contigo mañana por la mañana.

—¿Mañana por la mañana? —me quejé expresando mi rechazo—. Te da tiempo a llegar para la noche.

—Ya... Pero tengo que preparar unas cosas antes de lanzarme a la aventura. No voy a ir solo con la ropa que tengo para unos días.

—¿Cuántos días? Quizá podamos ir a alguna tienda de ropa en cuanto aterrices.

—No lo sé, Georgina. De momento, solo voy a coger el vuelo de ida. Paso del de vuelta. Depende de cómo vaya todo, ya vamos viendo.

Sonreí, contenta, aprobando sus planes mentalmente.

—Te quiero —admití farfullando entre dientes.

No sabía si estaba del todo segura de confesarlo y dejarlo ir, pero lo hice. Me desprendí de ello. Llevaba tiempo queriéndolo hacer, pero el lastre de Dani me había redimido durante todo el

tiempo en el que me había dedicado a construir los cimientos de mi conato de relación con Unai.

Después de un tiempo de silencio en el que él cogió fuerzas para añadir que él también lo hacía (nada que no supiera ya), colgué y dejé el teléfono sobre la mesa. Me dejé caer sobre el respaldo de la silla, con una sonrisa dibujada sobre la superficie de mis labios, de esas que salen cuando una adolescente se enamoraba, y volví a refugiarme en la intimidad de mis personajes.

39

SE BUSCA

Sheila había llegado a Madrid más tarde de lo que me había dicho. Tenía ganas de volverla a ver después de aquella tarde que pasamos juntos en Sevilla. Me sentía culpable por haber puesto a mis amigos de excusa a Georgina para que no sospechara cuando saliera con ella.

Lo cierto era que la había conocido hace tres años en una feria en el centro de Madrid a la que asistimos juntos, cada uno con su grupo de amigos. Resultó que uno de sus amigos era amigo de uno de los míos, y terminamos siendo presentados por terceros.

Desde entonces, habíamos mantenido conversaciones muy espontáneas que no eran de especial relevancia en mi vida. Sin embargo, cuando caí en que ella era sevillana, decidí aprovechar el viaje para hacerle una visita.

Prometimos vernos en Madrid y aquí estábamos. Ella cargaba una maleta rosa por la Gran Vía mientras yo la perseguía a su lado sin atreverme a abrir la boca. Ella estaba igual de cortada que yo y el único que se atrevió a mediar palabra en toda la caminata hasta el hotel fue el silencio.

Se había alojado en hotel Madrid Gran Vía 25. Tuvimos que hacer diez minutos de cola para conseguir hacer el *check-in* en los que cientos de recuerdos de mi estancia en Sevilla junto a Georgina invadieron mi mente. Hice un esfuerzo por contener las lágrimas y lo conseguí. Siempre había sido un fiel seguidor de la religión de que se celebraba en público y se lloraba en privado, y ese momento no iba a ser menos.

Llegamos finalmente a la habitación. Dejó las maletas a un lado y la revisó de arriba abajo. Parecía encantada. Igual que como estuvimos nosotros dos en el momento que pusimos los pies sobre el suelo de nuestra habitación sevillana.

—¿Te gusta? —preguntó haciéndome partícipe de sus gustos.

Asentí superponiendo el labio inferior al superior y me senté sobre la cama.

—¡Ey! —regañó desde el baño—. Te estoy viendo.

Me levanté de inmediato y me acerqué adonde estaba ella.

—¿Te apetece que salgamos a dar un paseo? —pregunté mientras ella aprobaba la iluminación de la sala.

Después, se giró hacia mí, apoyándose en el lavabo, y asintió ilusionada. Me agarró los brazos justo por donde terminaba la manga de mi camiseta. Me estremecí. Notarla allí, tan cerca de mí, tan guapa... Casi podía notar cómo sus yemas ardían en mi piel.

—Bueno... —me di la vuelta y me perdí en la habitación—, vámonos, entonces.

—¿Estás bien? —preguntó ceñuda.

Asentí con la cabeza y le devolví el bolso que había dejado sobre la colcha para marcharnos de la habitación lo antes posible.

—Dani, ¿tienes prisa?

Sacudí la cabeza y, con sus dedos índices, me tiró sobre la cama. He de decir que

me dejé tirar, por supuesto. Quise seguirle el rollo y lo conseguí.

—Entonces, disfrutemos de la habitación. —Se hizo un hueco a mi lado y, tumbándose de costado para mirarme, me acarició el pelo con sus dedos—. Es bueno el colchón, ¿eh?

—Sí. —Carraspeé, ideando la forma de salir de aquella situación—. Mucho.

Se incorporó para clavar mejor su mirada en mí.

—¿Seguro que estás bien?

Por primera vez, pensé en Georgina.

Pensé en lo que había pasado en su casa, en lo que sentía por ella (que iba siendo menos conforme el tiempo pasaba), en todo lo que habíamos vivido... Me dio tiempo a pensar en todo. T-O-D-O.

Pero también tuve tiempo de pensar en Sheila. Era una mujer considerablemente atractiva. Tenía el pelo castaño, rizado y que le degradaba en las puntas a un ligero rubio sol. Sus ojos, azules como dos diamantes, se clavaban en mí y conseguían derretirme el alma. Su olor terminaba de enloquecerme por completo. Y, de pronto, la imagen de Georgina desapareció de mi mente. Como un cohete que acababa de despegar y se perdía en el azul del cielo sin dejar rastro y sin que nadie pudiera volver a verlo jamás.

Y me despreocupé de todo. Las dudas se esfumaron de mí al instante, los problemas me desaparecieron de golpe, la visión se me aclaró y el mundo volvió a girar como de costumbre.

Miré los labios de Sheila y, antes de que la chica pudiese recuperar el turno de palabra, me lancé a besarlos como si todo fuese a terminar allí, en aquella habitación de hotel, y lo único que importase fueran los recuerdos vividos.

Ella me siguió el beso y caímos sobre el colchón, uno encima de otro, retozándonos entre las sábanas, que comenzaban a deshacerse por culpa de nuestros movimientos y pataletas. Estábamos sedientos el uno del otro, desinhibidos por completo. No nos importaba nada, solo los besos que nos regalábamos sobre aquel colchón y que sabíamos que nunca volverían.

La chica me despojó de mi camiseta, que se perdió entre nuestras piernas. Después, bajó a relamerme los pezones al tiempo que me colocaba bocarriba sobre el colchón y cerraba los ojos para dejarme llevar.

—¿Quieres que baje? —preguntaba en un tono sensual que me excitaba aún más.

Asentí con la cabeza, provocándole una pequeña sonrisa.

—No... Así no me vale —me informó—. ¡Quiero oírte!

—Sí... —Jadeaba—. Por favor.

—¡Pídemelo más! —Mientras, me relamía los pezones y todo mi torso, dibujando sobre mi piel cientos de caminos con su lengua que terminaban uniéndose entre ellos.

—Por... Por favor... Ba... ¡Baja!

Dicho y hecho, noté como sus lengüetazos iban descendiendo hasta llegar a mis vaqueros. Presionó mi dureza con su mano derecha al mismo tiempo que se entretenía desabrochándome el botón con la que aún le quedaba libre.

En el momento en el que me arrebató los pantalones junto con la ropa interior, mi pene salió, erecto, como si de un muelle se tratara. Sheila sonrió al verlo allí, duro, esperándola.

Bajó y, antes de que pudiera prepararme para ello, noté cómo iba introduciéndose

en su boca. Me provocaba una sinfonía de gemidos que me era imposible frenar. Enarqué la espalda y clavé las uñas sobre las sábanas tratando de contener un orgasmo que comenzaba a azuzarme.

Cuando conseguí recuperarme un poco, agarré su cabeza con ambas manos para marcar el ritmo con el que entraba y salía de su boca. Cambié por completo la tónica del juego. Ahora era yo quien marcaba los pasos que andábamos.

Ella soltó mi pene y lo dejó reposar sobre el vientre cuando se vino hacia mí. Se fijó en mi cuello y comenzó a besarlo mientras yo alzaba la cabeza y me ocupaba, sin éxito, en retener los quejidos en mi garganta.

Se quitó la camiseta y, después, se deshizo de su falda, dejando al descubierto toda su ropa interior. La rodeé con mis brazos y le arrebaté el sujetador mientras cogía uno de sus pechos entre mis labios. Lo succionaba y lo relamía disfrutando de una libertad a la que llevaba mucho tiempo sin acceder.

—No tengo condones —la informé.

Ella me miró sin que pareciera que le importara mucho.

—Tomo la píldora.

Entonces, a mí tampoco me importó.

Me eché sobre ella y me deslicé sobre sus piernas hasta conseguir entrar por completo. Soltó un pequeño gemido de placer por el que supuse que le gustaba. Volví a adentrarme y, de nuevo, otro aullido acompañó a la penetración.

Subió las manos hasta aferrarse a la erizada piel de mi espalda, que comenzó a arañar olvidándose de que me dolía. Aumenté el ritmo con el que la penetraba y ambos gritábamos de placer. Sheila me revolvía el pelo y se perdía en la infinitud de mis ojos. Yo lo hacía con los suyos y ambos nos comimos a besos sin aminorar el ritmo con el que me adentraba en su templo del pecado.

Dos embestidas más hicieron falta para que me viniese sobre su vientre con tres despidos bien marcados que terminaron impactando en pequeñas partes sobre las sábanas. Tras eso, caí, jadeante y sin fuerzas, sobre su lado en la cama.

Ella no respondía, solo miraba al techo, perdida. A mí, en cambio, me jodía haber aguantado tan poco. Sentía que podía hacerlo mucho mejor y alargarlo más. ¿Sería que me ponía más que Georgina y eso hacía que tardara menos tiempo en irme?

No sabía, pero me inquietaba la idea de que ella pensara que tuviera algún problema de eyaculación precoz o cualquier tontería.

—¿Te ha gustado? —pregunté tanteando el terreno para descartar la tortura de la eyaculación precoz.

Soltó un pequeño bufido con el que termino de despedirse del éxtasis que la había consumido y ladeó la cabeza para mirarme.

—Hijo, imaginé que se te daría bien... —Aquí estaba la hostia. Lo sabía. Mencionaría el poco aguante que tenía. Estaba seguro. Lo haría, me hundiría y, entonces, me entrarían los remordimientos por haber traicionado a Georgina con una tía a la que había decepcionado sexualmente hablando—, pero ha sido muchísimo mejor de lo imaginado. Ha sido la hostia. La forma en la que te mueves, ese movimiento de cadera, tú... —Se cortó al decirlo—. ¡Eso! —Resopló de nuevo—. ¡Buah! Ha sido maravilloso...

Sonreí al escucharlo y me liberé de una carga que comenzaba asfixiarme. Llevé la mirada al techo y me despreocupé de todo una vez más. Noté de pronto cómo me

volvía a coger por la cintura para montarme a horcajadas.

Volvimos a hacerlo. Volvimos a dejarnos ir, a besarnos como dos locos enfermos de *amor*, a disfrutar de un momento que sabíamos que sería el último...

Terminamos en el suelo y, cuando concluimos, no conseguimos hacer una pausa cuando ya estábamos haciéndolo de nuevo. Besándonos, comiéndonos, haciéndonos sentir vivos, libres, ansiosos de carne.

Y así lo hicimos tres veces hasta que conseguí marcharme del hotel sin mirar atrás. Nos despedimos sellando nuestros labios con un beso que consiguió unirnos por última vez. No quisimos ponerle etiquetas a nuestro encontronazo, así que me marché con un «adiós» ahogado con el que conseguí dejarla atrás.

Reflexioné sobre lo que acababa de ocurrir en la calle y me hice tantas preguntas que me fue imposible responder a todas: ¿seguía estando enamorado de Georgina?, ¿me estaba enamorando de Sheila?, ¿qué acababa de ocurrir?, ¿se lo digo a Georgina?, ¿me hago el loco?, ¿qué se supone qué va a pasar a partir de ahora?

Bufé, presa del ataque de ansiedad que comenzaba a sufrir.

Saqué mi teléfono, conecté los AirPods al iPhone, tras subir el volumen al máximo, reproduje *Como si fueras a morir mañana* de Leiva para conseguir abstraerme.

PD: lo conseguí a medias.

Sonia me había escrito bastante temprano la mañana siguiente. Al parecer, la zorra mala de Sheila le había aceptado en Instagram y hacía trece horas que había subido una foto de un hotel con la etiqueta de ubicación en Madrid donde se veían unas sábanas blancas revueltas junto con un «a escondidas todo es perfecto».

Acerté en mis suposiciones y me reafirmé en mis convicciones. Lo tenía. Había resuelto un caso. Solo me quedaba gritarlo y ponerlo de hijo de puta hacia arriba cuando tuviera la poca vergüenza de llamar al timbre.

Le di las gracias a Sonia por el tiempo que había dedicado a la investigación. Tampoco le había importado mucho participar en ella porque ese síndrome de cotilla patológica que tenía le había empujado a seguirla sin que yo se lo pidiera.

Unai aterrizó en Madrid poco antes de las once de la mañana. Sabía la hora a la que aterrizaba así que, a las diez y cuarto, yo ya estaba la primera en la zona de llegadas de la T4 para recogerlo.

Estaba ansiosa. Tenía una necesidad tremendamente indescriptible por tenerlo entre mis brazos, decirle lo mucho que le quiero y... dejar en sus labios el primero de lo que esperaba que fueran muchos besos.

¡Sí!

Había pensado mucho sobre si hacerlo o no. Pensé que, quizá, aquel gesto podría incomodarlo, pero tampoco es que fuera a alarmarse a estas alturas en las que él tenía más ganas de mí que de ser millonario.

Cuando vi en las pantallas que los pasajeros de su vuelo ya estaban desembarcando, me dio un vuelco el corazón del que me costó recuperarme. Me costaba respirar, mucho. Sentía una angustia y una presión en el pecho que se convertía en algo punzante y molesto. Pero conseguí hacer que se me pasara después de varios tragos de agua que vaciaron una botella de medio litro que compré en una máquina.

De pronto, pude verlo a lo lejos de la terminal, entre la gente, arrastrando su maleta de cabina azul. Una sonrisa tonta se me dibujó en la cara cuando mis ojos se encontraron con los suyos. Levantó la mano para saludarme desde el fondo y yo lo imité haciendo el mismo gesto. Corrió hacia mí despreocupándose por la maleta y salté a él mientras nos abrazábamos rodeados de gente.

—¿Qué tal? —preguntó susurrándome en el oído.

Le agarré la cabeza, decidida, miré sus labios y, sin pensármelo dos veces, los besé como llevaba tanto tiempo queriendo hacerlo.

A él el beso lo pilló por sorpresa. Cuando terminé, sonrió y volví a dejar otro beso sobre aquel esbozo de sus labios que había podido con la poca fuerza de voluntad que tenía.

—No esperaba este acto de amor tan... desinteresado.

Sonreí y dejé otro beso distraído sobre sus labios antes de excusarme.

—Estaba hasta los cojones de redimirme por alguien que no merecía la pena...

Su rostro se enserió al momento. Lo acompañaba una fruncida de ceño a la que no presté

mucha atención.

—¿Ha pasado algo con Daniel más allá de la discusión que me contaste?

Tragué grueso, cerré lentamente los ojos y negué. Él trató de creérselo. Al principio lo creyó. Según pasaba el tiempo, yo iba dudando de si seguía creyéndoselo o prefería preguntarme para que me desahogara.

Conseguimos llegar, enmudecidos, hasta el taxi. Me avisó de que había cogido un hotel a diez minutos de mi casa. Quería darme mi espacio, no meterse por completo en mi vida, no agobiarme y dejarme a mi bola estando cerca y lejos al mismo tiempo.

Le ordené subir directamente a mi casa, sin pasar por el hotel. Lo pensó dos veces y, cuando se vio seguro de la respuesta, asintió sonriente para dejar un beso desprevenido entre mis labios.

Pagó toda la carrera él solo. Me ofrecí a abonarle la mitad, pero lo rechazó diciendo que era él quien visitaba la ciudad, no yo; así que no me quedó otra que morderme la lengua y ayudarle a bajar la maleta.

Por su tamaño, intuí que no tenía pensado quedarse mucho tiempo en Madrid. Quizá un par de días o tres serían suficientes para hacerle comprar el vuelo de vuelta. En sus planes tal vez solo estaba la idea de pasar conmigo un fin de semana y, por un momento, me entristecí al pensar que no podríamos ser capaces de disfrutar de nuestra intimidad durante mucho tiempo.

Volvió a abrir la boca cuando vio por primera vez mi piso.

—¿Lo has decorado tú?

Reí, tímida, antes de asentir.

—Pues tienes un gusto estupendo. —Me miró y sonrió, haciendo que mis mejillas se sonrojaran—. ¿Aquí pretendes que me quede a dormir? Sabes que tengo hotel...

—Aquí pretendo que pasemos el día —informé obviando lo del hotel.

—Ah. —Suspiró, incomodándose—. Pues me parece muy buena idea. —Rio nervioso, dejó la maleta y me rodeó con sus brazos—. Si en algún momento te incordio o te agobias... dímelo y me iré, ¿vale?

Miré sus labios, que me llamaban a gritos para lanzarme a besarlos sin control.

—Deja de decir tonterías —le regañé—. Tú no molestas...

—Sí —se separó y comenzó a caminar en círculos por el recibidor—, eso dice todo el mundo y luego...

—¿Puedes dejar de decir tonterías?

Se calló, fingió que cerraba sus labios con una cremallera y se acercó de nuevo a mí. Esta vez, me decidí a besarlo más desenfrenadamente, pero sin atreverme aún a meter la lengua de por medio.

—¿Una cerveza? —me preguntó esperando que se la diera de la mano.

Lo esquivé para conseguir llegar a la cocina y él me fue persiguiendo por toda la casa. Abrí la nevera, saqué un botellín, lo deschapé y se lo entregué, frío, tal y como me lo había pedido.

—Hija, la verdad, es que hasta la cerveza la eliges bien. —Volvió a contagiarme su risa.

—Una Mahou. Nada de especial.

—Una cinco estrellas... ¿La ocasión lo merece?

Ahora fui yo quien lo rodeó con mis brazos.

—Tú lo mereces.

Sonreí y se vio obligado a dejar la cerveza sobre la encimera.

Después, me agarró la cabeza con una mano y posó la otra sobre mi espalda. Nos fundimos en un beso que ninguno de los dos esperábamos y nos dejamos ir en él. Fuimos soltándonos a medida que nos decidíamos a meter, tímidamente, la lengua en la boca del otro.

Unai fijó su atención en mi labio superior y lo succionó al tiempo que me relamía por dentro. Me provocaba, mucho, tanto que no sería capaz de mantenerme fría para no probar la cama con él.

Se separó de mí, me jadeó en la boca e hizo que un escalofrío, probablemente provocado por la excitación, me sacudiese entera. Terminé empujándolo hacia la mesa de la cocina. Se sentó sobre ella y, después, aupándome, me subió sobre sus piernas. Por un momento, pensé que no aguantaría tanto peso y terminaríamos cayendo, pero el resultado distó mucho de la primera impresión.

Me escondí en su cuello y lo relamí mientras me empapaba de su piel. Estaba sedienta. Llevaba mucho tiempo queriendo sentir sus besos, su aroma, el tacto de sus dedos en mi espalda, la forma en la que se adentraría en mí... Había imaginado de mil formas diferentes cómo sería llevarlo a mi cama y dejarme llevar, pero sentía que aún no estaba lista para ello, que me quedaba mucho por superar y muchas inseguridades que arrebatar.

Su respiración, a medida que le lamía el cuello, se hacía cada vez más y más lenta. Paré por un momento, lo miré a los ojos y, tras ver cómo me sonreía, me lo volví a comer como lo había hecho hasta que bajé.

Nuestras lenguas se entrelazaron de nuevo y todo lo que llevábamos tiempo queriendo hacer comenzaba a liberarse de nuestros cuerpos en un manantial de sentimientos reprimidos que veían la luz tras ser puestos en libertad.

Adiviné cómo un monte se erguía lentamente bajo las costuras de su pantalón y no pude evitar carcajear. Él detuvo el beso, me miró, sonriente y a medio camino de la risa, y preguntó qué me pasaba.

—Que, ahora mismo —confesé—, puedo sentir todo de ti...

Rio desconsolado.

—¿Y qué es lo más fuerte que puedes sentir? —Arqueó una de sus cejas, interrogándome con desparpajo.

—Que estás muy duro... —sonreímos como dos tontos enamorados y proseguimos con el caminar de nuestras lenguas.

Colé mis manos por debajo de su camiseta al mismo tiempo que me enamoraba del tacto de su piel. Estaba suave y tersa. Surfeaba las hendiduras de sus abdominales y me perdía entre la rigidez de sus pectorales.

No pensé en frenar en ningún momento. Dani ya no me torturaba en la cabeza, me daba igual lo que la gente pensara y solo deseaba alimentarme de Unai como llevaba tanto tiempo queriéndolo hacer.

—¿Te he dicho ya que te quiero? —irrumpió en nuestros besos y asentí simplemente con un ligero movimiento de cabeza.

Al rato, conseguimos despegarnos el uno del otro. Nos teníamos ganas, muchas ganas, pero supusimos que lo mejor sería ir paso a paso. No podíamos pretender echar a correr sin haber aprendido primero a caminar.

Agarró la cerveza y le pegó otro trago. Yo me serví un vaso de agua. Tanta adrenalina desmedida me había dado sed y la sacié absteniéndome de probar una gota de alcohol.

—¿Me vas a enseñar el resto de la casa? —preguntó mirando los muebles beige que adornaban mi cocina.

Asentí dejando el vaso sobre el fregadero y le agarré la mano para llevarlo por el resto de las estancias que le quedaban por ver.

—Este es el salón —presenté metiéndole al interior—. La tele, quizá la usas mucho. Tengo

fútbol. —La idea, por su rostro, pareció maravillarlo—. En aquel rinconcito de allí —dije señalando un escritorio blanco de Ikea con tres baldas llenas de libros, algunos míos, otros de escritores con muchísimo más prestigio, y un iMac acompañado de un flexo negro mate— es donde escribo. Tendría que utilizarlo con más frecuencia, pero es lo que hay.

Nos adentramos a la habitación y sus ojos no pudieron mirar a otro sitio que no fuera la cama. Supuse que fantaseaba con vernos sobre ella fluyendo como ambos teníamos ganas de hacerlo, pero me callé y no revelé mi hipótesis.

—La cama. Parece que te gusta. —Le guiñé un ojo al tiempo que lo sonreía.

—Me gusta mucho la colcha.

Se refirió a la funda nórdica gris que cubría las sábanas hasta el embozo que hacía antes de llegar a las almohadas, forradas con una funda del mismo color que la colcha.

—Me costó cuarenta euros. No es ninguna maravilla. ¡De Ikea! —añadí—. ¡No! —discrepé ceñuda—. De Amazon. —Volví a dudar de la tienda, así que terminé resolviendo—: ¡Buah! Da igual. No te voy a llevar a comprarlas.

Rio tras mi comentario y me siguió por la habitación.

—Un armario. Si lo necesitas, dímelo y te haré hueco.

—¿Perdón?

Asentí sonriente.

—No pretenderás ir con la maleta para arriba y para abajo todo el día como si fueras un peregrino habiendo espacio. —Salí de la habitación esquivándolo.

—Georgina, ¿te acuerdas lo de los agobios?

—¡Calla! ¡No me agobias! —Me paré frente a la tele, puse los brazos en jarras y me dirigí a Unai, que le había cambiado la cara. Lo veía extrañado, pero lo obvié—. Bueno... pues esta es mi casa.

Apretó los labios.

—Me encanta. Podrías ser decoradora de interiores.

—¡Ufff! —me quejé con un soplido que me hizo tirarme espatarrada en el sofá—. Paso. Yo decoro mi casa. La de los demás, que se la decoren ellos.

Carcajeó de nuevo, nervioso y me acompañó sentándose conmigo.

—Me preocupa eso que has dicho del armario...

Le dediqué una mirada de soslayo despreocupada con la que evité que continuara.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Lo de que me vas a hacer un hueco. ¿No crees que nos estamos precipitando un poco?

—¿Precipitando? —Arrugué la frente, confusa, y continué—: No. ¿Por qué?

—Georgina, imagina que mañana haces las paces con Dani.

—Que no va a pasar por... bueno, cosas.

—Bueno, pero imagínate que pasa. ¿Qué ocurrirá conmigo?

Me incorporé para poderle sostener una mirada más decidida que la anterior.

—Lo primero, no voy a volver con Dani. Lo segundo, en el extrañísimo caso de que volviera con él, tú y yo nos seguiríamos viendo de forma espontánea. Como dos adolescentes que se tenían que escapar de casa para verse a escondidas.

—Ya, el problema es que ya no soy un adolescente. Hace mucho que dejé esa etapa...

—Unai, tienes treinta y un años. No eres George Clooney. No hace tanto que saliste de la adolescencia.

—Tú sabes a lo que me refiero.

Escupí un suspiro y me dejé caer sobre el sofá. Él tenía un brazo rodeando mi cuello en un

abrazo que me pegaba contra su cuerpo.

—Deja de preocuparte por chorradas —resolví—. Te he dicho que no voy a volver con Dani. Lo nuestro se ha terminado. Fin de la conversación.

—¿Y se lo has dicho a él?

Lo pensé y me agobié por un momento tras meditar la idea de que tendría que volver a verlo para decirle lo sinvergüenza que era y acordarme de todo su árbol genealógico.

—No. Pero da igual.

—¡No! ¡No da igual!

—Unai —le sostuve la mirada—, a mí me da igual. Solo quiero que a ti también te dé igual. Subió los hombros y me prometió no volverse a preocupar más por el tema.

—Y vámonos —propuse mientras levantaba la cabeza de su regazo y ponía de pie—, te invito a cenar.

El plan pareció gustarle después de que me regalara, de nuevo, una de sus sonrisas que tanto me costaba soportar sin quererme lanzar en plancha a sus labios.

Cogí el bolso, las llaves, salí de casa y, con Unai persiguiéndome por las calles de Madrid, lo llevé hasta un restaurante con un significado especial para mí.

Debo reconocer que me sentía tremendamente cómoda teniendo a Unai a mi lado. Sentía que junto a él todo volvía a tener sentido. Por fin había hecho realidad el sueño que en mi cabeza tanto había soñado. Y quería disfrutar de él hasta el último minuto antes de volvernos a separar.

A pocos metros de mi casa, con una fachada de madera que resaltaba entre la piedra del edificio, se encontraba un restaurante italiano que tenía entre mi lista de *Quiero ir* en Google Maps para poderlo disfrutar con Dani. Por motivos más que obvios, ese momento nunca llegó, así que le concedí a Unai el derecho de estrenarlo conmigo.

El interior era moderno y minimalista. Estaba decorado a base de azulejos decorados con espejos y neones que te transportaban a la mismísima Roma. Para la ocasión, había pedido que adornaran nuestra mesa con velas rojas para darle a la velada el romanticismo que se merecía. Y dicho y hecho.

Allí estaba nuestra mesa, a lo lejos del restaurante para que no fuéramos molestados. Sobre ella, un mantel blanco con dos platos de cerámica del mismo color iluminados de una forma excesivamente tenue a base de la luz que proyectaban las danzantes llamas de las dos velas.

Nos sentamos. Unai pareció maravillado ante aquel despliegue de amor tan improvisado. Me encantaba verlo tan feliz, sobre todo porque era feliz estando conmigo. Así que no tenía nada más que pedirle a la vida, que ya me había dado todo lo que necesitaba.

Optamos por una comanda a base de pizzas. Éramos básicos, muy básicos, más que el mecanismo de un chupete. Pero oye, Walt Disney decía que los adultos son niños crecidos.

—Me encanta, Georgina... —admitió dándole un repaso visual a la mesa—. Nunca nadie me había invitado a cenar con velas.

—A mí tampoco. Siempre he tenido que irlas poniendo yo. —Pareció desilusionarse por no haber sido idea suya y, así, haberme cumplido el sueño de tener una cena romántica sorpresa—. Pero no te preocupes —lo calmé—, me encanta hacerlo y que la gente se lleve el recuerdo de una velada romántica al lado de la persona que quieres.

Eso pareció gustarle. No sabía exactamente si prefería el recuerdo o la frase que acababa de pronunciar, pero sonrió y se escondió tras sus puños, que los tenía a la altura de la cabeza.

—La verdad es que siento que contigo todo es tan mágico... ¿Quieres que te confiese una cosa? —Le concedí el permiso con un gesto—. Ya sabes que aquel día de discoteca yo iba con unas intenciones muy diferentes a las que tengo ahora. —Apreté los labios y asentí al tiempo que un dardo se me clavaba en el pecho—. Pero, poco a poco, he dado las gracias a la vida por no haberme sobrepasado contigo esa noche. Si lo hubiera hecho, nada de esto estaría ocurriendo. Tú te hubieras asustado, se lo hubieras contado a Dani, lo más seguro es que hubiera terminado partiéndome la cara, y yo... bueno, estaría llorando, hecho un guiñapo, en mi casa. ¿Te acuerdas de lo que pasó el otro día en Huelva?

—¿Cuándo me diste tiempo?

—¡Ahí! Nada más dejarte en el hotel pensé: «tío, ¿cómo se puede ser tan gilipollas para haber desperdiciado la oportunidad perfecta de haberla besado?». E, inmediatamente después, también me dije: «¡olé tú! ¿Qué hubiera pasado si la hubieras besado? Seguro que ya la hubieras perdido...».

Sabía perfectamente por donde iba. Me refugié tras la palma de mi mano al tiempo que me imaginaba el desenlace de sus reflexiones.

—Es que contigo todo es perfecto. No me hace falta el sexo o los besos para que consigas llenarme. Tú eres tan... completa, perfecta... ¿maravillosa? ¡Oh, sí! ¡Claro que lo eres!

—¡Unai! —lo paré en seco mientras me aguantaba la risa—. Como sigas vas a conseguir que me sonroje y quede en ridículo delante de toda esta gente...

Esbozó una sonrisa condescendiente sobre la comisura de sus labios.

—Lo harás también delante de mí... y eso significará que te has enamorado.

Me sonrojé. No pude evitarlo. Lo hice. Me dejé llevar. Y ahí estaba, pasándolo mal mientras deseaba que nadie además de él viera que estaba roja como la cera de las velas que se consumían sobre el mantel.

—¿Lo ves? —celebró victorioso—. ¡Lo sabía! —Me cogió la mano y me sostuvo una mirada cómplice a la que le sobraban las palabras—. Georgina, te quiero. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida...

Una bandada de mariposas revoloteó en mi estómago sin que pudiera hacer nada por devolverlas a la hibernación. Junto a ellas, un escalofrío me recorrió la espina dorsal para terminar masajeando mis lumbares y desembocar en aquel templo del que Venus me había otorgado. Sentí que me humedecía, que algo ahí abajo no iba bien ni era el lugar para que ocurriese, pero pasó. Crucé las piernas para disimular y centré la atención en el chico.

—Lo dices muy seguro de ti mismo.

Arrugó la frente.

—¿Por qué no iba a decirlo así?

—No sé... —suspiré pensando en si estaba haciendo bien.

—¿Dudas? —En su cara no había una expresión de enfado, ni mucho menos. Era un gesto transigente, cercano y que me abrazaba para evitar que me sintiera sola ante los problemas que tenía encima últimamente.

Desde que lo dejé con Dani (que, aunque él no lo supiera, lo habíamos dejado), todo en mi vida se había ennegrecido. Sí, tenía muchas ganas de iniciar una relación con Unai. Llevaba deseándolo muchísimo tiempo y, por fin, comenzaba a paladear los primeros indicios de nuestro amor.

Pero no podía mirar hacia otro lado con lo que estaba pasando. Aunque no quisiera, Dani seguía latente en mis pensamientos. Dedicaba horas y horas imaginando qué podría estar haciendo con aquella fulana que me había robado a mi novio. Las mismas horas que dedicaba a pensar qué hacía mal para que todos terminasen yéndose con otra.

¿Quizá no estaba hecha para el amor? ¿Sería eso? Lo cierto es que odiaba profundamente a Cupido. Él tenía la culpa de todo (no en realidad, pero me gustaba echar balones fuera). Puto enano cabrón. Por su culpa había sufrido lo que no estaba escrito (nunca mejor dicho) y llorado más que Jeremías. Por culpa de su puntería de mierda, siempre había acabado llorando por los hombres.

Quizá tenía reservada una especial para mí. ¿Podría ser la otra persona Unai? La realidad era que me moría de ganas por probarlo, por intentarlo; pero después de todas las experiencias traumáticas que había vivido anteriormente, me daba muchísimo miedo el compromiso. ¿Sería una niñata? Quizá sí, ¿quién sabe? ¿Debería lanzarme al vacío y vivir la vida junto a Unai olvidándome de todo lo que me había pasado? Debería hacerlo, por supuesto.

Por un momento, logré convencerme de que no perdería nada por intentar algo con él. Tenía muy cerca la oportunidad de ser feliz, de pasar mis días junto a alguien que me quería y me lo demostraba, pero también sabía que todos habían empezado demostrándome su amor y, después, hemos acabado a hostias por no saber controlar el rabo.

Pero eso no quitaba que el miedo me sobrevolara la cabeza. Lo tenía presente y me ataba de pies y manos para impedirme cualquier cosa que tratara de hacer con Unai. Junto al miedo, aparecía la imponente imagen de Dani martirizándome una vez más. Lo que me llevaba a hacerme la pregunta de quién lo pasó peor durante su martirio, si San Juan Bautista o yo. Buena cuestión sobre la que reflexionar.

Gilipollices aparte, no podía vivir de espaldas a Dani. Había formado y formaba parte de mi vida y, haciéndome la ciega con ese tema, solo conseguiría hacerme más daño del que ya me había hecho.

—No son dudas, Unai. Es... —Y me di cuenta de que ni yo misma era capaz de definir qué era lo que estaba sintiendo—. No sé ni lo que es.

Bajé la mirada a la mesa y penetré los hilos del mantel con los ojos.

Sentí cómo ponía la mano que le quedaba libre sobre la mía.

—¿Sabes que me tienes para lo que necesites?

Asentí.

¿Cómo no iba a hacerlo?

—Pero no sé hasta cuándo te tendré o hasta cuándo me durará esto...

—Es normal que sientas una vorágine de sentimientos encontrados —me calmó—. Acabas de romper con tu novio, sientes que me usas de parche y como un relleno de tus carencias afectivas. Pero quiero que sepas que soy mucho más. Que estoy aquí para ti, para que seas y seamos felices, para que te sientas como una reina, para colmarte de todo eso de lo que él no te colmó... Georgina, yo te quiero. Lo sabes más que nadie. Si ahora no te sientes segura porque lo tienes todo muy reciente, no pasa nada. Podemos esperar a que...

Me sequé las lágrimas que brotaban de mis ojos con violencia, levanté la mirada y lo miré desafiante.

—¡No vamos a esperar a nada! —sentencié resuelta—. Lo mío con Dani ya es historia. Nuestros últimos meses no han sido especialmente buenos. Él ya no me quería y, si lo hacía, no me lo demostraba. Y mira cómo ha terminado: yéndose con otra y dejándome a mí tirada en el sofá pensando que no me he dado cuenta, como la otra vez. Pero ya estoy harta, Unai. ¡¡Harta!! —Todo el mundo se giró hacia mí. Al notar que me observaban, petrificada y sin saber cómo salir de aquella incómoda situación, opté por sentarme de nuevo en la silla lentamente, ahuecarme el pelo para parecer modosa, aclarar mi garganta con un carraspeo sordo y seguir hablando guardando la compostura—. Me he cansado ya, por si no ha quedado claro.

—Sí. Yo creo que está muy claro. —Rio nervioso mientras se entretenía colocando las copas que había tirado con mi subida colérica y siguió la conversación entre susurros.

El resto de mesas había recuperado sus conversaciones, pero un silencio nos abatió a ambos. Subí la mirada hasta encontrarme con sus ojos, que tardaron en adivinar los míos. De nuevo, aquella mirada cómplice había vuelto para quedarse. No sabíamos cómo reaccionar a ella y preferí cortarle las alas de forma expeditiva sin que quedasen restos de ella entre nosotros. No lo hice porque no me gustase aquella mirada, sino porque no era el lugar para enfrentarnos a sus consecuencias.

Tras ella, vendría un maratón de besos que no iba a soportar delante de todas aquellas personas que ya me habían tachado de histérica minutos antes. Sin embargo, podría vivir eternamente mirando a Unai de aquella forma. Me sentía tan viva cuando lo hacía que un hormigueo desmedido me recorría el abdomen de un lado a otro sin rumbo fijo.

—Está buena la pizza —declaré sin saber cómo romper las estalactitas que empezaban a congelarnos.

—Lo cierto es que este restaurante ha sido muy buena elección. Empiezo a pensar que tienes un gabinete detrás, porque lo tuyo no es normal. —Se desternilló sobre la mesa y yo caí rendida a sus risas, adueñándomelas.

—Te puedo asegurar que todas las decisiones de mi vida son obra mía... Así me va —añadí, haciendo que aumentasen las risas.

Habíamos abandonado el tono triste y sombrío que nos había acompañado en la primera mitad de la velada y solo nos quedaba aquellas risas distendidas con las que habíamos terminado de despreocuparnos.

Me pareció muy pronto para decirle que junto a él me sentía como en casa, que hacía que todo se me olvidara y los problemas me importaban una mierda o que estaría dispuesta a arrodillarme allí mismo y pedirle matrimonio si no fuera porque me faltaba la alianza.

—Pues las tomas muy bien —halagó con cierto interés en su voz.

—No te creas, ¿eh? Todo tiene sus cosillas.

—¿Qué cosillas? —preguntó con perspicacia.

—Bueno... —suspiré, armándome de valor—, siempre me ha venido muy mal el tomar decisiones a la ligera. Luego te arrepientes. —Roí un trozo de pizza y esperé la contestación de Unai.

—¿Sueles tomar muchas?

—Las necesarias para saber que no es bueno hacerlo. —Supuse que me comprendía y seguí con mi desahogo—. Y lo hacemos tan a menudo... —añadí sacando las palabras a cuentagotas.

—Pero eso es porque somos ansiosos, Georgina. Nos pasamos la vida esperando que venga algo mejor y que venga ya, cuando lo único que tenemos que hacer es vivir el presente...

Suspiré, dándole la razón sin tener que pronunciarla de por medio.

—Perdemos tanto tiempo pensando en el futuro, que no vivimos el presente como deberíamos... —Retuve las lágrimas en el interior de mis ojos.

La mente se me inundaba de recuerdos que tenían la necesidad de ser llorados, pero ese no era el momento ni el lugar para desprenderse de ellos.

—Soy partidaria del *carpe diem*. Todo lo que no vives, se va; y de todo lo que se va porque no lo has vivido, te arrepientes.

—¿Sueles hacerlo mucho? —volvió a preguntar sin reformular la interrogación.

—Suelo preocuparme excesivamente por el futuro. Vivo pensando qué pasará, qué será de mí, de nosotros... Hasta que te das cuenta de que, por pensar en cómo será un futuro que no te promete nadie, estás convirtiendo en pasado un presente que pasa por tu vida sin que tú te des cuenta. Y puedes hacer algo por remediarlo, claro que puedes, pero no lo haces; porque prefieres vivir cómodamente en tu futuro más propio de los mundos de Yupi que de una vida real.

Unai sostuvo mi mano, encerrándola en la suya y envolviéndola con sus dedos al tiempo que fijaba su mirada penetrante en mí.

—Eso es lo que no quiero que hagas conmigo, Georgina —confesó con un tono de preocupación que me incomodó. Sonaba frío y consiguió hacer que un escalofrío me recorriese por completo—. Quiero que dejes de pensar en el futuro y vivas el presente. Preocúpate por disfrutar los momentos que nos pasan ahora, los que estamos viviendo, y no te preocupes ni pienses en los que podrán venir, porque solo podrán, nadie te asegura que lo hagan. Disfrutemos del día a día juntos, disfrutemos de nuestro tiempo, de lo que vivimos... Lo que pase en el futuro da igual. No merece la pena preocuparse por lo que puede venir dentro de dos semanas o un mes para dejar de lado lo que tenemos delante. Hazme caso. Todos lo hacemos. Todos nos preocupamos por nuestro futuro y todos nos preguntamos qué pasaría si... Pero te das cuenta de

que es una gilipollez. De que lo único que importa es el aquí y el ahora, y no merece la pena perder el tiempo pensando en el allí y el después. No quiero que estemos incómodos por un «será» ni lamentemos un «fue»; sino que vivamos lo que es ahora. Nada más... —Cogió aire. Después de su discurso lo necesitaba de verdad—. Y después de este sermón —se apoyó en la muleta de la risa—, creo que voy a pedir la cuenta.

—¡No! —Le bajé la mano que ya levantaba para llamar la atención del camarero—. He dicho que te iba a invitar y eso voy a hacer.

—Georgina... —se quejó, interrumpiéndome.

—¡Es lo que voy a hacer! —informé alzando la voz—. No se hable más.

Conseguí pagar sin que su tarjeta de crédito invadiese el espacio de la mía en el datáfono. Nos levantamos, entrelazamos nuestras manos y caminamos juntos de la mano por primera vez sin importarme nada más que él y nuestro amor.

Nos queríamos, estaba claro.

Pero primero debía arreglar esos frentes que tenía abiertos con Dani. Quería ser libre del todo, aunque en mi mente ya lo fuera, y quería serlo lo antes posible. Pensé en citarlo en mi casa, así que le mandé un wasap que no tardó en responder aceptando la invitación.

¿Quién dijo eso de que las prisas eran malas?

Da igual.

¡Qué lo follen!

42

DESHIELO

Encerré a Unai en mi habitación. No quería hacerlo partícipe de mis discusiones *conyugales* y mucho menos recién llegado. La noche había entrado hacía rato. El día nos había dejado un cielo espectacularmente raso que se había enfoscado a última hora de la tarde. La lluvia amenazaba, pero solo había hecho acto de presencia un golpe de viento que se mantuvo hasta entrada la medianoche.

Y, de pronto, sonó el timbre. El corazón se me aceleró, la sangre se me heló, la piel se me erizó y el aliento se me desapareció. Me acerqué lentamente, con paso seguro, hacia la puerta. Sabía lo que me encontraba al abrirla, sabía a lo que me enfrentaría, lo sabía todo; y no quería tener que encararme a los problemas. No ahora. Todo estaba yendo sobre ruedas con Unai. Estaba feliz y sentía que se iba a estropear en cuestión de minutos.

Bajé el pomo, indecisa y ciertamente insegura. Al otro lado de la puerta, un Dani sonriente al que parecía que se le había olvidado la discusión, apareció ante mi vista. Saludó vivaracho y le devolví un saludo entrecortado y carente de sentimientos.

—¿Estás bien? —Pasó a la casa y anduvo hasta el salón.

—Sí. Muy bien.

—Me pilló por sorpresa tu mensaje —confesó dándose la vuelta para encontrarme tras él.

Suspiré y traté de rehacer el mapa mental que tenía preparado para seguir en cuanto él apareciese en casa.

—Solo quería hablar contigo... Seré breve —informé al tiempo que le ofrecía sentarse conmigo en el sofá.

Lo hicimos ligeramente ladeados para poder vernos de frente.

—Georgina, me estás asustando. Si es por lo del otro día, ya está olvidado...

—¡No! —interrumpí violenta—. No es por lo del otro día.

—¿Entonces? —Supuse que no había comprendido por dónde iba el rumbo de la conversación.

Sentía que creía que no sabía nada de lo de Sheila. Me hice con mi iPhone y lo sostuve con firmeza entre mis dedos. Abrí su conversación y le enseñé los mensajes que me envió habiéndose confundido de destinatario.

Noté una sensación extraña en su rostro. No sabría decir si le incomodó, si le pilló por sorpresa o si se la soplaba completamente.

—¿Eso es? —preguntó incrédulo, como si aquello fuera lo más suave que esperaba encontrar.

Arqueeé las cejas, siendo yo ahora la que no comprendía lo que estaba ocurriendo.

—¿Te parece poco?

Soltó pequeñas carcajadas entrecortadas que ocultaban los nervios que se le agarrotaban en la garganta.

—Crearás que te debo una explicación... —Supuso bien. Se aclaró la garganta mientras lo miraba expectante—. No es lo que parece...

Vaya...

Nunca es lo que parece...

—Sheila no es ninguna novia que tengo por ahí ni nada. —Volvió a reírse—. Solo te quiero a ti y no me voy enrollando con gente. Y, si lo hiciera, no te iba a enviar a ti unos mensajes...

Pretendió que me creyera sus excusas baratas, pero, obviamente, no lo hice. No podía hacerlo. Era absurdo. Aún guardaba muchas pruebas bajo la manga que quería ir soltando en pequeñas dosis.

—Así que una amiga, ¿no? —pregunté para que confirmase su mentira.

—Así es. No tienes de qué preocuparte... —Me sonrió y apoyó su mano en mi pierna para acariciármela.

La cogí y se la arranqué violentamente. Comenzaba a estar iracunda y él lo notó en cuanto me preguntó que qué hacía.

—¿Una amiga? —volví a repetir con inquina apretando los dientes.

—¡Sí! Una amiga. Nos conocimos de fiesta y...

—¡Y te la has follado!! —aullé deshaciéndome de toda la ira que había acumulado durante los días que nos separaban del que me envió el mensaje.

—¿Qué dices, Georgina? Estás fatal, ¿eh?

Me levanté del sofá para ganar una superioridad que me permitía enfrentarme a él con la seguridad que me faltaba.

—¿Y esto? —Le enseñé la historia de Sheila en aquella habitación del hotel, sobre las sábanas y con ese mensaje del «a escondidas todo es perfecto» que me apuñalaba desde dentro—. ¿Esto qué coño es, Dani?

—¿Y yo qué sé? —Alzó la voz en su siguiente frase—. ¿Estás insinuando que fui yo quien...?

—¡No lo insinúo, lo afirmo!

—¡Ahh! Que me has puesto un detective, ¿no?

Reí con sordina aferrándome a la ironía.

—Eres tan torpe que no me hizo ni falta. —Se cruzó de brazos esperando escuchar la forma en la que había descubierto que se había tirado a la otra—. Me escribes los mensajitos de la quedada justo cuando discutimos. Resulta que, ¡oh, sorpresa!, ella viene desde Sevilla hasta Madrid el mismo día que nos subimos de tono. Casualmente, la dices de quedar en su hotel. Hotel al que, obviamente, fuiste porque, ¡vaya, magia!, la Barbie sube una fotito envuelta en sábanas y con una manchita de semen, que hace falta ser guarra, al día siguiente de que tú quedaras con ella. El único motivo por el que creería que no eras tú es porque le faltó etiquetarte. Pero, claro, se ve que algunas tienen unos poquitos de dedos de frente más que otros...

Se levantó y se puso a mi altura. Y lo de «a mi altura» era un decir porque me sacaba media cabeza.

—Te creía mucho más inteligente, Georgina. Pero ya veo que te dejas llevar por una foto en la que no se ven más que dos piernas que puede haber sido perfectamente cogida de Pinterest.

—¿Y se va a venir la niña hasta aquí para subir una foto de Pinterest?

—¡¿Y yo qué sé?! —

—¿A qué vino entonces? ¡¿A qué coño vino?! —

—¡No chilles! ¡Altanera!

—¡Mejor altanera que putón!

Frunció la frente y se dirigió a mí, colérico, y esperando que volviera a soltar otra barbaridad por la boca.

—¡¿Putón?! ¿Eso es todo lo que tienes que llamarme sin pruebas?

Reí sarcástica.

—Un día me dijeron que no había peor ciego que el que no quería ver... Y mira tú por dónde. ¿Quién me iba a decir a mí que la usaría? —Me volví a mirar por la ventana, conteniendo las lágrimas.

—¿Y no te dijeron eso de que ojos que no ven, corazón que no siente?

Me giré para encontrarme de nuevo con su cuerpo.

—¡Vaya! ¡Así que el señor confirma el adulterio!

Suspiró.

No comprendí si lo hacía para calmarse o porque le salió sin más.

—¡¡Pues sí!! ¡Lo confirmo!

Noté como alguien me agarraba el alma y hacía carne picada con él. Me llevé inconscientemente la mano al pecho mientras perdía la mirada entre el blanco de las paredes del salón.

—Vete. —Lo dije con un hilo de voz, el último que me quedaba antes de romper a llorar.

—¿Que me vaya? ¿Ahora me lo dices?

—¡Sí! ¡¡¡Vete!!! ¡Fuera de mi vista! Y no quiero volver a verte.

Sabía que no debí hacerlo, que había formas menos cavernícolas de echarlo de allí, de mi salón, de mi casa y, en definitiva, de mi vida; pero no pude contenerme y terminé golpeándolo con la palma de mi mano.

Una marca roja le nació en la cara y fue entonces cuando supuse que lo repetiría conmigo. Pero no, guardó la compostura, se mantuvo en su sitio y, apartando los gritos, repuso:

—Qué diferencia entre una y otra... En la actitud, en el saber estar, en la cama... —Hice como que me dolió, pero me importaba tres narices lo que me dijera a partir de ahora—. Mientras unas parecen unas setas, otras se desinhiben como si lo fueran a prohibir mañana.

—Otras son unas guarras y el resto sabemos estar...

—Tres minutos. Tres minutos tardé en correrme y no ese cuarto de hora eterno que necesito contigo.

—Enhorabuena. Tendremos que darte el premio al eyaculador del año.

Rio desvergonzado y añadió:

—No finjas que no te jode. —Se dio la vuelta y pretendió marcharse.

—Tranquilo, no volveré a fingir... Los orgasmos tampoco.

Y tras mi contraataque, él se paralizó casi entrando al pasillo. Lentamente, fue girándose hasta volverme a penetrar con la mirada.

—Qué poca clase tenéis algunas... —Resolló—. Claro que, ahora entiendo lo del alcohol del otro día...

Solté un sordo «JA» que no terminó de comprender.

—¿También quieres venir a llamarme borracha?

—No voy a llamarte nada que no haya visto la gente.

Y quise estrellarle el jarrón de las flores contra la cabeza, pero me contuve para evitar derramamientos de sangre.

—¡Vete con tu zorrita!

Se volvió a mí, iracundo y molesto por los apelativos que usaba contra su nueva novia de usar y tirar.

—¿Qué la has llamado?

—¡Zorrita! —repetí en voz alta y empoderada de seguridad.

Fingió no importarle, pero le había dolido. Se veía en su rostro y eso era incapaz de ser

escondido.

—Mejor zorra que estrecha. —Me guiñó un ojo para provocarme y se marchó por el pasillo. A lo lejos, como la otra vez y a modo de *déjà vu*, escuché la puerta cerrándose.

Unai se atrevió a salir de la habitación y se vino a mí para abrazarme. Allí, frente a él, pude romper a llorar todo lo que tendría que haber empezado a hacer desde el día que me di cuenta de que yo ya no era importante en su vida. Pero lo fui prorrogando porque no quería que la gente me viese llorar.

Ya me había desahogado una vez sobre mi cama. Y lo hice a solas, como quería hacerlo. Y esta vez no iba a ser menos. Me separé de Unai, le agradecí su cariño y su apoyo, pero le dije que quería estar sola. Lo entendió y marchó velozmente por la puerta hacia el hotel. Nos prometimos volver a vernos y lo consolidamos con un fugaz beso que impregnamos sobre la carne de nuestros labios.

Cerré la puerta, llegué al dormitorio entre lágrimas, me metí los AirPods en las orejas y, reproduciendo *Lejos de Ti*, pretendí quedarme sorda.

Las chicas me habían ofrecido quedar en alguna cafetería para ponernos al día de todo lo que nos había pasado. Esa misma tarde era el partido del supuesto novio de Elena y estaba tan insegura que necesitaba vernos antes de que comenzara en encuentro.

Yo me sentía como una mierda. No había dejado de llorar en toda la noche. Ni siquiera sabía si mi sueño había alcanzado las cuatro horas. No paraba de pensar en Dani, en Sheila, en lo que tenía certeza de lo que habían hecho y en lo que solo debía imaginar.

Por otro lado, pensaba en todo el tiempo que había perdido con Unai, en la forma en la que me trataba y cómo se comportaba conmigo. Pensé si él sería mi hombre ideal tanto como lo fueron Dani y José, pero no fui capaz de darle una respuesta a esa pregunta.

Terminé aceptando la quedada con las chicas. Me vendría bien evadirme y contarles lo que me había pasado. Quizás, así, podría tener un punto de vista más femenino, que era lo que necesitaba ahora.

Habían quedado, como de costumbre, en un Starbucks de Gran Vía. Estaban todas menos Carla y Andrea, que supuse que debían seguir de vacaciones.

Caminé hacia ellas y me encontré una estampa demasiado sobria. Ninguna parecía divertirse. Todas tenían el rostro serio y una expresión bastante cuidada que no permitía distenderse.

—Buenos días —saludé cordial mientras me sentaba en una de las sillas que estaban vacías—. ¿Quién se os ha muerto?

Lorena me dedicó un mohín que me ataba a la silla y me restringía ese tipo de bromas.

—Elena —comenzó Sonia—, que se ha echado para atrás.

Arrugué la frente para reprenderla.

—¿Cómo que te has echado para atrás?

—Es que me muero de la vergüenza. No puedo ir a ese partido. Le he dicho a Pablo que sabía mucho de fútbol, pero he empezado a estudiar y me he agobiado. ¿Qué coño es un pivote? ¿Y una bicicleta?

—Un pivote es un cen... —Lorena sacó su interés futbolero hasta que la calmé y la obligué a callar.

—Niña —interrumpí dirigiéndome a Elena—, que no eres Manolo Lama. No tienes que comentar el partido como si fuera un Madrid-Barça. ¿No te estás dando cuenta? Que solo quiere que vayas a verlo.

—Pero me va a sentar junto a sus amigos. A ver qué digo yo cuando me presente como una culta del fútbol, empiecen a hablar y no tenga ni idea de qué están diciendo...

—Pues dices que estás mal de la garganta y no puedes hablar —solucionó Sonia con un plan bastante chapuzas, pero tan improvisado que no se le podían poner pegas.

—Hombre —intervino Lorena—, es una opción...

—Eso —seguí— o puede ir Lorena contigo y te lo va chivando todo.

Elena crucificó a su amiga con la mirada.

—¿Harías eso por mí?

A Lorena pareció no haberle gustado mucho el plan, pero luego pensó que, quizá, tendría una oportunidad con el niño si Elena no lo quisiera. Así que aceptó sin rechistar.

—¡Ay! ¡Gracias! —Se lanzó a Lorena y comenzó a besuquearla.

—¿Y tú qué? —Sonia no perdía el tiempo y aprovechaba enlazando conversaciones.

—¿Yo? ¿Qué? ¿Con quién?

—Que qué pasa con Dani.

Resoplé con sordina dejándome caer sobre el respaldo de la silla.

—Nada. Ya nada.

—Pero ¿te ha confesado lo de la chica?

—¡Sí! ¡Claro que lo hizo! —En mi tono se reflejaba la aversión que sentía hacia Dani—. Y también me recordó lo mal que lo hago en la cama y que la otra me da mil vueltas.

—¡Uy! —vociferó Lorena—. Pero ¡qué hijo de puta!

—Y se fue llamándome estrecha. —Claro que obvié que yo a la otra la había llamado zorra, pero sentí que daba igual—. Lo bueno es que Unai estaba encerrado en la habitación.

—¿Y te lo tiraste de una vez por todas? —Elena parecía tener muchas ganas de que ese momento llegara.

—¡No! ¡No me lo tiré! Lo eché de casa. Le dije que quería estar sola, lo entendió y se fue.

Sonia se dirigió a mí, abrazándome con su voz.

—Tía, cuídalo. Ese hombre no es normal...

—Ahí tiene razón —siguió Lorena—, otro en su lugar te hubiera echado tres polvos y hubiera desaparecido. Pero este no. Este te da tiempo; te espera; te dice lo mucho que te desea, pero que no le importa aguantar hasta que tú estés lista...

Elena asintió lentamente con la cabeza hasta terminar añadiendo:

—Sí. Es un partidazo, vamos.

—¡Partidazo es al que vas a ir esta tarde, guapa! —hiló Sonia provocando un rechazo en su amiga, que puso los ojos en blanco.

—Yo creo que has hecho mal echándolo de casa —opinó Lorena concediéndose el derecho de hablar.

—A ver —intervino Elena, que ya se había recuperado del zasca de su amiga—, que ella también tiene derecho a estar sola cuando lo necesite...

—Ya —siguió Sonia—, pero ha venido desde Huelva solo para verla... ¿En serio lo va a echar así por así?

—Yo lo que opino —continuó Lorena— es que Dani es un gilipollas. Y mira que me caía bien, ¿eh? Pero tiene una hostia como un piano.

—Que no se le puede hacer eso a alguien que te quiere —destacó Elena—. Que ha dado la vida por ti. A ver cuántas le pagan un viaje a Sevilla.

—Eso es verdad —prosiguió Sonia—. La otra también es que parece tonta. No le podría haber comprado un reloj, no. Un viaje a Sevilla...

—¡Chicas! —interrumpí, colándome en su conversación, de la cual me habían excluido hacía tiempo—. Sigo aquí, ¿eh?

—¡Ya! —respondió Elena en un tono que reflejaba toda la obviedad de sus palabras.

—Es que se os ha olvidado... —repliqué con retintín.

—No —intervino Sonia—, el problema es que no sabes por dónde te viene el aire, Georgina. —Fruncí el ceño y dejé que se explicara—. Primero estás enamoradísima de Dani; te creas una vida de ensueño con él que poco más y os casáis; en medio de todo esto te presentan a

Unai; te enamoras de él y es el causante de que te entren las dudas; para quitártelas te llevas a Dani a Sevilla, que no te lo podías haber llevado una tarde al Puy du Fou, no, a Sevilla; allí no se te ocurre otra cosa mejor que quedar con Unai ya me dirás tú para qué; te vuelves; se ve que él conoció a alguien allí y queda con ella; se la trae a Madrid; la folla mientras tú querías hacerlo con el otro desde hacía tiempo ya; te ofendes y no se te ocurre mejor manera de contraatacar que lanzándote a por Unai... —Tras aquel resumen tan conciso de mi vida, todas mantuvieron unos segundos de silencio en los que no sabían qué hacer para mejorarlo—. El problema no es que Dani se hubiera ido con la otra, que también. El problema es que no tienes ni pajolera idea de a quién quieres y a quién dejas de querer.

—Hombre —proseguí arrastrando las palabras como si me pesaran—, es que dicho así... Parece que yo soy la mala por haberme enamorado de Unai.

—¡Si se ha enamorado de Unai es porque tenía carencias en su relación! —sentenció Elena haciendo uso de los cinco años de carrera de Psicología que le habían ayudado a tomar esa decisión (nótese la ironía).

—¡Eso es verdad! —añadió Lorena—. Tú —refiriéndose a mí— no puedes pretender que a Dani no le gusten otras mujeres ni Dani puede pretender que a ti no te gusten otros hombres. Principalmente porque somos humanos y eso lo llevamos en los genes. Pero para eso está la fidelidad. ¿Es una mierda? ¡Lo es! Porque acabas de ver a un tío que quieres que te ponga mirando a Cuenca y te tienes que joder porque estás comprometida. Pero eso es lo complicado de la fidelidad y, ante todo, Georgina ha sido fiel. Porque se ha enamorado de Unai, sí, pero ha sabido respetar a su novio y eso le ha costado el rechazar a un tío que está de toma pan y moja...

—Hombre —continuó Elena—, a mí eso me parece de ser un poquito materialista...

—Perdona —atacó Sonia al tiempo que se echaba a la contra—, ¿tú por qué estás con el futbolista? Por amor no es, porque si no irías a verlo jugar el partido y no te importaría... Así que no vengas dando lecciones, guapa.

Comprendió que tenía que guardar silencio y fingió cerrarse los labios con una cremallera imaginaria. Casi cuando nos marchábamos, Unai me escribió unos mensajes en los que me preguntaba por mi estado anímico después de la forma en la que me había dejado la noche anterior.

Confesé que estaba mucho mejor, que seguía acordándome de Dani y estaba, en parte, destrozada, pero que poco a poco y con la ayuda de Los ángeles de Charlie/mis amigas, podía con ello.

Me prometió pasarse por mi casa a partir de las ocho de la tarde. A regañadientes, pues seguía queriendo estar sola, acepté. No quería que se pasara la vida en el hotel sin verme por culpa de un hombre al que ya no tenía que echarle cuentas y que, a ese ritmo, iba a terminar con mi vida.

Elena fue, después de tanta disputa, al partido. Terminó ganando el equipo de Pablo con dos goles a su favor. Él no había conseguido marcar ninguno, pero le prometió verse a la salida de los vestuarios. Y así fue.

Cuando terminó el encuentro y todo el mundo se había marchado ya, ella aún seguía en medio de unas gradas completamente vacías. Revisaba su teléfono, miraba a los jardineros que adecentaban el campo, se preguntaba si de verdad valdría la pena esperarlo e incluso llegó a plantearse la opción de levantarse e irse con el resto de aficionados.

Pero, de pronto, cuando menos se lo esperaba, a lo lejos, un esculpido cuerpo, guapo como él solo, apareció entre las sombras de la noche y se acercaba hacia ella. Lo veía con indecisión. No sabía muy bien cómo reaccionar. Quería levantarse, pero no sacaba las fuerzas de ningún

sitio para hacerlo. Finalmente, como si de un resorte se tratara, irguió sus piernas hacia arriba y se puso de pie para esperarlo entre la oscuridad.

Cuando Pablo llegó a la valla, una sonrisa tonta los sacudió a ambos. Decidida, Elena bajó las gradas hasta pisar el césped. No estaba especialmente guapa en cuanto a la ropa se refería. Vestía en chándal, igual que él, así que iban perfectos para la ocasión. Pablo la tendió la mano y esta, decidida, terminó agarrándosela.

—Estás muy guapa... —admiró haciéndole un repaso visual de abajo arriba.

—Tú también —imitó los halagos, lo sonrió y lo acompañó entre risas por el césped para salir del campo.

—Hacía mucho tiempo que no te veía, Elena. Me ha sorprendido verte entre el público...

—¿No te he distraído para jugar? —Ella esperaba que le dijera que sí, que por su culpa se había desconcentrado y, entonces, ella tendría la excusa perfecta para no volver a ir a ver ni un partido más. Pero, para su desgracia, eso no fue así.

—¡En absoluto! Es más, gracias a ti he jugado mejor.

Ambos rieron. La chica lo forzó porque se ocupaba en cagarse en toda la puta madre de quienquiera que fuera el que la hubiera puesto a Pablo en su camino.

—Me alegro... —Se notaba que no lo hacía, pero algo había que decir.

—Oye, ¿te apetece venir a tomar algo conmigo esta noche? —propuso cordial tratando de empezar a construir los cimientos de la relación.

Elena se ahorró los suspiros para no quedar mal. No tenía muchas ganas. El partido la había aburrido tantísimo que prefería marcharse a casa a ver una de esas series turcas que tanto le gustaban.

—No. Mejor vamos a hacer otra cosa...

Decidida, agarró la mano del chico y tiró de él para correr al exterior del campo. Rodearon el parking entre risas y en medio de la confusión de Pablo, que no sabía lo que ocurría, pero le encantaba dejarse llevar por el camino de la improvisación.

Terminaron en una esquina que no tenía gente. La oscuridad ayudaba a terminar de camuflarlos y fue entonces cuando Elena le arrebató la bolsa de deporte que sostenía en su mano izquierda y la dejó caer al suelo. Él le dedicó una mueca de incompreensión que le duró poco, hasta que la chica comenzó a meter sus manos por debajo de su camiseta. Pablo comenzó a sonreír al tiempo que se deslizaba por la lujuria.

—Ya entiendo por dónde vas... —comentó con un tono sexi que había sonado como una fantástica melodía en los oídos de la chica.

—¿Quieres que siga? —indagó mientras se acercaba a olfatear su cuello.

Él asintió con la cabeza, jadeante por la presencia de Elena en su cuello. Lo recorría de arriba abajo con la lengua, disfrutando cada centímetro de su piel, que se erizaba al paso de su saliva.

—Sigue... Sigue... —le imploraba entre gemidos ahogados que no consiguieron salir con naturalidad de su boca.

Después, la chica recuperó la postura en sus labios y los besó por primera vez. Ambos se disolvieron en un huracán efervescente que los convertía en burbujas que les estallaban en su cuerpo.

Ese era el primer encuentro que tenían sus lenguas y lo recordaron con una majestuosidad especial. Se entrelazaban entre ellas, bailaban juntas al ritmo de una balada tan romántica como lenta que les daba tiempo a seguir... Parecía que sus manos se agarraban y sus dedos se anudaban conjuntos. La otra mano descendía hasta su cadera, se apoyaba en ella y la agarraba

con tal sutileza que era imposible sentir otro dolor que no fuera el arder de sus dedos en ella. Y así estuvieron. Juguetonas, bailaoras, tímidas e íntimas. Derrochando amor, conteniendo ganas, reprimiendo dolor, derrochando ansias.

Se querían, se buscaban, conseguían encontrarse, pero terminaban alejándose hasta que uno de los dos las volvía a juntar. Y allí estaban, solos, disfrutando de su soledad. Los resguardaba la noche y todos sus secretos se callaban con la luna siendo el único testigo de su despliegue de amor.

Y allí estuvieron un buen rato dando rienda suelta a su amor sin que nadie pudiera descubrirlos. No tenían prisa por terminar, tampoco por marcharse. Se olvidaron del reloj. Para ellos, las agujas se pararon hacía rato y solo importaba el avanzar de la luna sobre sus cabezas.

Sonia se presentó en mi casa a última hora de la tarde. Faltaba poco tiempo para que Unai llegara y ella quería hablar conmigo sobre lo de Dani.

—Siento que en el Starbucks no pudimos hablar todo lo bien que me hubiera gustado, y por eso estoy aquí.

La invité a pasar, saqué dos latas de Coca-Cola que tenía guardando reposo en una balda de la nevera y la animé a comenzar a contarme qué era lo que la inquietaba.

—Es que siento que me he metido en medio de vuestra relación, Georgina. —La miré, ceñuda, sin saber muy bien a qué se debían estos remordimientos tan repentinos.

—¿Qué dices?

—¡Sí! Por mi culpa, Dani y tú os habéis separado. ¿No es cruel? —Se dejó caer contra el respaldo del sofá, abatida, mientras se tapaba los ojos con la mano que no le ocupaba la lata.

—Sonia, nuestro problema no ha sido esa niñita que ha aparecido en su vida de pronto. —Hice el gesto de las comillas con mis dedos—. Lo nuestro venía de antes. Esta relación estaba herida de muerte y no había nada que hacer para salvarla...

—Pero yo he terminado rematándola, Georgina. Si yo no hubiera visto el Instagram de... ¿Sandra?

—Sheila —corregí con una dulzaina de inquina que lo acompañaba.

—¡Eso! ¡Sheila! Si yo no hubiera visto su Instagram, vosotros seguiríais juntos.

Reí sarcástica.

—Pero no por mucho tiempo, te lo aseguro. —Agarré sus manos y las envolví en las mías—. Por favor, no pienses que ha sido tu culpa. No la tienes.

Bufó y volvió a tirarse contra el respaldo.

—Pues me siento culpable.

Fruncí los hombros sin saber qué hacer.

—¿Y cómo podrías dejar de sentirlo?

Pensó, arrugando la frente y dándose pequeños golpes en el labio con su dedo índice, cual niña de cinco años que exageraba las formas con las que pensaba.

—¿Tienes más latas de Coca-Cola?

—Sí —respondí entre risas.

—Pues ahora vas a tener más —sentenció—. Te voy a traer otro paquete. Así te compenso por esto. —Y señaló la lata.

—¿Qué dices? —Me reí frente a ella, que tenía el rostro muy serio, como si lo dijera de verdad.

—Lo que estás oyendo. Mañana tienes otro pack de latas en tu nevera, así que hazle hueco.

—De acuerdo... —Torcí los labios y supuse que no había forma humana de sacarla de su convencimiento.

El sonido del timbre nos alertó a ambas. A mí se me iluminó la cara, a ella le entró pavor de pronto que no pude hacer nada por arrebatárselo. Fui a abrir tras avisar a Sonia de la identidad de la persona que se encontraba tras la puerta.

Al otro lado, tal y como lo imaginé, se encontraba Unai sosteniendo una bolsa blanca de plástico sobre su antebrazo. Nos saludamos con un efímero beso sobre nuestros labios y entró en casa. Sonia se encontraba en medio del pasillo y el chico se la topó de frente.

—Yo soy Sonia. La mejor amiga de Georgina.

—¡Sí! Pero ya se iba —sentencié mientras la agarraba del brazo y tiraba de ella hacia la puerta antes de que se pudieran dar dos besos de bienvenida.

—Si se quiere quedar... —propuso Unai.

—¡No! ¡No quiere! —decidí abriéndole la puerta—. Es que mañana trabaja. Tiene que madrugar.

—Bueno, pero me tomo un café y se me pasa.

Me acerqué a ella y susurré entre dientes:

—¡Que te vayas, hostias!

—¡Unai! —gritó al otro lado de la puerta tras un breve forcejeo en el que conseguí que traspasara el umbral. El chico se giró a mirarla cuando ella continuó—: Que me marchó, que mañana madrugo.

—¡Adiós! —No pudo aguantarse la risa.

Yo cerré la puerta y centré mi atención en él.

—Ya te echaba de menos...

—No. Me echaste, a secas —me recordó informal y sin que le preocupara mucho.

—Necesitaba estar sola.

Me rodeó con sus brazos la cintura y me arrimó a su cuerpo.

—Lo entiendo...

Quise besarlo, pero me soltó cuando comenzaba a acercarme a sus labios.

—He traído un vinito.

Ya es sabido por todos lo poco que bebía, por no decir nada, pero tampoco quise hacerle el feo y le ofrecí un descorchador que me compré en un viaje con José a París que, obviamente y como todo, pagué yo. Al menos él, a diferencia de Dani, corrió con más de la mitad del hotel, así que tampoco me dejé tanta pasta.

En aquel momento, no me hubiera importado dejármela. Yo acababa de publicar mi primera novela. La editorial estaba tan contenta conmigo que me pagó un adelanto por la segunda (que no fue tan exitosa ni superventas como la primera, pero tampoco nos pudimos quejar). Entre las ganancias del primer libro y el adelanto del segundo, pude pagar los vuelos y aún me sobró para tapar algunos agujeros. Así llegué, agobiada porque no era capaz de sacar el segundo en el tiempo que me habían establecido. Más o menos como ahora.

—¿Has vuelto a hablar con él? —preguntó al tiempo que me ofrecía la copa con el tinto en su interior.

Negué con la cabeza y le pegué un sorbo tras el que tuve que aguantar un escalofrío.

—Tampoco quiero que sea así... —confesé, dolida—. Él por su lado y yo por el mío. Es como mejor se está.

Ingirió un poco de líquido y siguió:

—¿Hasta cuándo vas a estar huyendo de él?

Subí los hombros, dudosa, sin saber cómo responder.

—No lo sé. ¿Qué más da?

—No da igual si tú estás mal.

Lo sonreí, dejé la copa sobre la encimera y me acerqué cauta hasta sus labios. Dejó que los besara y él me siguió el beso. Noté su lengua revolotear en mi boca y un escalofrío me azotó por completo.

Me separé de sus labios por un momento, me perdí en la infinitud de sus ojos y, con una voz muy fina, casi inaudible, propuse un:

—¿Vamos a la cama?

Casi ni lo pensé, pero supongo que me dejé llevar y ese era el resultado de mis bandazos.

Él asintió. Tenía ganas de juerga y se le notaba en el rostro. Volvió a lanzarse a mis labios y poco a poco conseguimos ir llegando al dormitorio. Ambos caímos sobre el colchón y, allí, tendidos, sin poco margen de maniobra, continuamos con el revoloteo de nuestras lenguas en boca ajena.

Conseguí, a tientas, arrebatarle la camiseta. Era la primera vez que conseguía verlo sin ella y... ¡Dios! Mi mente se reinició al instante. Quedé paralizada al observar su torso, incitante a la lujuria, retozándose junto al mío.

Me deshice de la mía para poder tocar su piel con naturalidad. En un momento que no pude adivinar, Unai consiguió colar sus manos en mi espalda para arrebatarme el balconette. Por un momento, el roce de mis pechos contra su piel morena me hizo sentir libre como nunca antes lo había estado.

Rodamos por el colchón durante varios minutos en los que terminamos ambos sin pantalones. Unai me susurró varias cosas a las que asentí sin pensármelo dos veces, pero a las que no había prestado atención.

Noté como su mano descendía hacia mi entrepierna y se colaba entre las costuras de mi tanga. Posó sus dedos en mi clítoris y consiguió enarcarme la espalda cuando lo sentí masajeándose. Pequeños gemidos escapaban de mí sin permitirme saborearlo con naturalidad.

Bajó la lencería hasta las rodillas sobre los sones de un rasgón que indicaba, a todas luces, que se habían roto por algún sitio. Y, de pronto, sentí a sus dedos corazón y anular adentrarse en mí lenta y cariñosamente. Parecía que me acariciaban, que me trataban de sanarme las heridas que alguien algún día me provocó.

Unai escondió la cabeza en mi clavícula mientras sus dedos entraban y salían de mí con una velocidad constante y no excesivamente rápida. Yo, en cambio, me preocupaba por controlar los quejidos que el chico me pedía que liberara sin preocupación.

Me aferré a su espalda y me mantuve en esa postura hasta que decidió abandonarme para retomar los besos. Mientras, yo me entretenía en despojarle de su ropa interior. Me fue imposible quitársela del todo, así que me conformé con haber liberado su erección de la tela que la custodiaba.

Unai me agarró la muñeca y me guio la mano hasta que pudiera tocar su pene. Lo así firmemente y lo masajeeé con movimientos verticales mientras ambos continuábamos rozando nuestras lenguas de una forma poco comedida.

Llegado el momento, me ladeé hacia la mesilla, abrí el primer cajón y le entregué un paquete azul cerrado que había sacado de una caja de preservativos. Lo abrió con los dientes, sacó el condón de su interior y lo desenvolvió por todo el recorrido de su dureza. Tiró el envoltorio a algún lado de la habitación y, antes de que yo pudiera prepararme, lo sentí adentrarse en mí con lentitud.

Un grito, que contenía cientos de sentimientos reprimidos excepto el dolor, escapó de mi boca, escupido. Lo sentía frío y, en contacto con mi piel, lo notaba con más fuerza que de

costumbre.

Percibí cómo salía con cautela para volver a embestirme con posterioridad. De nuevo, esputé otro grito que rellenó el silencio de la habitación. Unai aceleró el ritmo con el que me penetraba, provocándome espasmos en las piernas, que me temblaban sin control. Me las agarró con firmeza y las posó sobre sus hombros. En aquella posición, el sentir de sus embestidas se acrecentaba aún más.

Ambos jadeábamos. Nuestras respiraciones se hicieron aún más lentas y, de pronto, me di cuenta de que me había imaginado a Unai de una forma muy poco realista.

Me penetró con violencia para abandonar mi cuerpo y adentrarse de nuevo con la misma violencia que lo había hecho antes. Y, así, repitió el proceso cuatro o cinco veces más. Gemí sin control mientras cerraba los ojos y me perdía en mi imaginación.

Los escalofríos me recorrían por completo y una sensación de humedad se hizo presente en mi zona íntima. Noté que presagiaba un orgasmo que aparecería en los próximos minutos y que me sería imposible reprimir.

—Lo tengo... —confesé entre jadeos que me ahogaban las palabras—. Me... Me corro...

Y pareció gustarle, pues esbozó una sonrisa que dejó entrever sus dientes. No necesité más para completarme y me dejé ir en un brutal orgasmo que me hostigó entera. Caí rendida sobre el colchón contra el que me penetraba. En cada embestida, me hundía en él.

Despegó sus labios y, desde aquella posición, pude deleitarme de su cara de placer tan maravillosa como indescriptible.

Arremetía contra mí, bárbaro y de forma casi inhumana. Me dejé llevar, me perdí en su anatomía y permití que se introdujera en mí de la forma que considerase oportuna.

—¿Estás lista? —Su voz, pesada, llegó a mí y me estremeció.

Asentí con la cabeza como pude. Estaba rendida sobre la almohada y me era imposible articular cualquier mínimo movimiento.

—¿Dónde? —preguntó ahogado en gemidos.

—Donde quieras... —permití antecediéndome al final de aquel encontronazo.

Retardó por un momento sus embestidas para, después, acelerarlas una última vez. Terminó saliendo de mí con un grito con el que se deshizo del preservativo.

Se fue. Se vino sobre mí en cientos de direcciones. Observé su rostro, la forma en la que se mordía el labio inferior cuando se corría y volví a experimentar otro orgasmo que terminó por humedecerme de lujuria.

Y estaba tan guapo...

Cualquier otra en mi lugar hubiera hecho lo mismo, pues es completamente imposible no caer rendida a sus encantos varoniles que, a mí, me tenían prácticamente hechizada.

Cayó sobre mi pecho y pude percibir el aroma de su perfume contra mí, invadiéndome y enloqueciéndome por completo.

Pasé mi mano por sus cabellos y los removí. Había conseguido encontrar la paz conmigo misma, en parte, por la presencia de Unai. Era un hombre dotado con la perfección más absoluta. Y no hablo desde la ceguera de los primeros días del enamoramiento, cuando todo es perfecto y no vemos los defectos. Sabía perfectamente de lo que hablaba y podía decir, con conocimiento de causa y sin temor a equivocarme, que Unai era perfecto.

Tardamos un tiempo en recuperarnos de la guerra que habíamos peleado entre las sábanas de mi cama. Estaba orgullosa conmigo misma. Había conseguido olvidarme de todo y deshacerme de las inseguridades que me imposibilitaban hacer esto. Me había demostrado que solo era necesaria un poco de fuerza de voluntad para sacar tus metas adelante.

—Hostia... —soltó él antes de un ruidoso resuello.

—Ha sido... —No tenía palabras para definirlo. Sus besos sabían a casa, y eso era con lo que me quedaba—. Maravilloso. —Fui simple y concisa, evitando engalanar las palabras para exponerme a las ñoñerías.

Subió hasta mis labios y se deshizo en un beso largo que disfruté como si fuera el primero que nos dábamos.

—¿Quieres que me quede a dormir?

Lo miré con ternura, ansiosa por concederle el permiso de pasar la noche a mi lado. Sin embargo, no dejaba de tener la mosca rondándome tras la oreja pensando en si sería una buena opción. Terminé asintiendo y nos envolvimos en un beso que terminaba de derrochar toda la fogosidad que ambos teníamos reprimida.

Por una vez, sentía que me volvía a encontrar a gusto en una relación. Había conseguido olvidar por completo lo que me había pasado en mis relaciones anteriores, los traumas del pasado y las malas experiencias vividas para centrarme en forjar los nuevos cimientos de una relación que lucharía hasta el último instante por mantener conmigo.

Exhalé un último suspiro y, aferrándome a su cuerpo, me dormí cumpliendo un sueño que aún dudaba de que fuera real.

Los rayos de sol que conseguían colarse por la ventana me habían despertado. Me levanté cansada por lo ocurrido la noche anterior. Me acordaba perfectamente de lo que había pasado y, cerrando los ojos, volví a vislumbrarlo en mi mente en una proyección que llevaría siempre conmigo.

Ladeé la cabeza. Encontré a Unai ladeado hacia su izquierda, dándome la espalda. Le sostuve la mirada durante un rato mientras me fundía en una sonrisa que ya estaba acostumbrada a que se revelara en mí. De pronto se giró y su codo rozó el mío.

Volvía a tocarlo y solo el tacto de su piel era suficiente para estremecerme. Solté un suspiro de tonta enamorada y agradecí a quien sea que controlara mi vida por haberlo puesto en mi camino.

Terminó desperezándose un rato después, cuando lo sentí agarrar el móvil aún con los ojos cerrados. Consultó la hora y lo dejó reposar sobre su pecho. Volví la cabeza hacia él y le dediqué una mueca de satisfacción que me devolvió en forma de beso.

Conseguimos incorporarnos. El suelo estaba frío y cubierto de la ropa que tiramos la noche anterior. Unai solo había recogido sus pantalones de algodón cortos para usarlos al dormir.

Unai salió por la puerta de la habitación, dejándome sentada en el borde de la cama sola, y torció a la izquierda para meterse al baño. Escuché cómo la puerta se cerraba y el agua de la ducha comenzaba a correr. Y, entonces, lo vi claro. Sentí que tenía la oportunidad entre mis dedos y dejarla escapar sería de ser una completa imbécil.

Me incorporé por completo, poniéndome de pie, caminé firme, pero insegura hasta el baño y, abriendo la puerta, entré a su interior. El vaho comenzaba a empañar los cristales y a hacer sudar a las baldosas.

Me deshice de las prendas que llevaba puestas y las dejé, hechas un gurrño, al lado de las de Unai, que yacían en el suelo. Caminé lentamente hasta la cortina, la corrí con decisión y me metí en la ducha con él. Cuando me vio, no pudo evitar reírse, algo que me tomé como una aprobación.

—¿Cómo se ha levantado la Cenicienta? —bromeó.

Agarré el bote de champú y sentí la necesidad de aprovechar la ducha.

—Con ganas de más fiesta... —Le guiñé un ojo y me dedico una risita entrecortada que casi no escuché por culpa del golpear del agua contra la bañera.

—¿Sabes que una de mis fantasías siempre ha sido hacerlo aquí?

Él me miró con decisión, me dio un repaso visual de arriba abajo e intuyó que era el momento de cumplirme el sueño.

Me rodeó con sus brazos y me pegó a su pecho. Pude sentir el rozar de su pene contra mi muslo, así como su despertar mañanero. Notar cómo poco a poco se le iba endureciendo era algo que me excitaba como nada en el mundo, así que me decidí y me lancé a besar sus labios como lo hice anoche.

Unai me siguió y nos dejamos llevar, de nuevo, dando rienda suelta a la pasión. Él estaba cada vez más duro y yo cada vez más cachonda. Estábamos creando la combinación perfecta

para terminar de rematar la jugada de la noche anterior.

En esas, él me dio la vuelta al tiempo que iba dejando un reguero de besos sobre mi cuello y me colocó contra las baldosas. Levanté los brazos por encima de la cabeza y él pasó una de sus manos para apoyarla sobre mi vientre. Y, de pronto, lo noté deslizándose dentro de mí.

Un gemido se escapó de mi boca antes de que me diera cuenta. Lo sentí salir y volver a entrar con más suavidad que la anterior vez que lo hicimos. Apoyó la barbilla en mi hombro y gimió en mi oreja, haciendo que el orgasmo me aumentara hasta niveles completamente indescriptibles.

Su otra mano atrapó uno de mis pechos, que se movía descontrolado en todas direcciones por culpa de sus embestidas. Lo masajeó con su palma y lo envolvió entre sus dedos. Yo ladeé la cabeza hasta que me encontré con su mirada y, como pude, besé sus labios mientras me centraba en el ritmo con el que me penetraba.

Y, antes de que pudiera darme cuenta, Unai ya salía de mí y terminaba sobre mis lumbares, allí donde la espalda dejaba de denominarse como tal. Me giré, sostuve una mirada lujuriosa en sus brillantes labios una vez más, y me lancé a ellos para firmar el encuentro de la mejor manera posible.

Lo cierto es que había merecido haberse metido en la ducha con él. Me hacía pasar momentos tremendamente agradables. Y no lo digo por el cara a cara sexual que acabábamos de tener y con el que cerrábamos el primer maratón, sino por la capacidad que tenía de hacer que todos los momentos a su lado merecieran la pena. ¿Cómo lo hacía? Buena pregunta, pero lo que tenía claro es que no quería que dejase de hacerlo nunca.

Llegué hasta la cocina y encendí la cafetera y la tostadora. Saqué dos huevos y varias tiras de beicon de la nevera y los dejé sobre la tabla de cortar mientras iba calentando el aceite en una sartén.

Al poco rato, Unai se presentó en la cocina metiéndose en una camiseta y terminándose de desperezar.

—Buenos días —saludé con otro pico a los que no terminaba de acostumbrarme.

Casqué uno de los huevos sobre la encimera y lo solté en la sartén, donde lo rompí para revolverlo.

—¿Qué tenemos en el menú? —bromeó mientras me abrazaba la cintura con sus brazos y pegaba su cuerpo a mi espalda.

—Tostadas de tortillas y beicon y café o Cola Cao.

—Prefiero el Cola Cao.

—Apaga, entonces, la cafetera.

Se acercó a ella y, tal como le ordené, la desconectó.

—Había pensado en salir a dar una vuelta. ¿Qué te parece?

—¿Una vuelta? ¿Ahora?

Se encogió de hombros y asintió.

—Me parece bien...

Se dejó caer sobre una silla de la cocina mientras me miraba, atento a lo que hacía. De vez en cuando, ladeaba la cabeza y le preguntaba, incómoda, qué pasaba.

—Nada. Solo... me gustas mucho. —Y lo completaba tejiéndose una sonrisa en los labios.

—Eso está bien. —Lo miré de nuevo, ceñuda—. Oye, ¿has cogido los billetes de vuelta?

Sacudió la cabeza, negando.

—Pero el hotel se me termina el martes.

Le eché una ojeada rápida al calendario que pendía de una alcayata de la pared. Estábamos a

domingo. En cuatro días tendría que dejar el hotel y noté como una pequeña depresión me invadió por completo.

—No quiero que gastes más en hoteles.

Frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿No quieres que me quede contigo?

Le lancé la cáscara rota de un huevo a la cabeza, entre risas.

—¿Estás bobo? ¡Claro que quiero que te quedes conmigo! Pero no si es a costa de tu dinero.

—Georgina, no me queda otra...

Suspiré para tratar de buscar una solución a sus problemas. Cuando creí haberla encontrado, dejé la pala de madera sobre la sartén y bajando el fuego para permitirme un tiempo en el que sabía que la tortilla no se quemaría, me acerqué a él y me senté sobre sus piernas.

—¿Y por qué no te quedas aquí conmigo?

Abrió los ojos de par en par, incrédulo por lo que le proponía. ¿Que nos fuéramos a vivir juntos? ¿Ahora? ¿Con la relación recién empezada? Sí, quizá me había apresurado, pero era lo que sentía y no tuve remilgos a la hora de proponérselo.

—¿Qué dices, Georgina? —Rio al tiempo que me levantaba de sus piernas, por lo que supuse que le estaba haciendo daño.

—¡Sí! Sería perfecto. Tú y yo, aquí, juntitos, sin nadie que nos moleste... ¿No te parece maravilloso?

—Sí, claro que me lo parece. Pero acabamos de empezar la relación. No nos ha dado tiempo a conocernos.

—¡Ya habrá tiempo! Oye, por probar... ¿Qué vamos a perder?

Clavó la mirada en el suelo, pensativo, a la vez que se entretenía en encontrarle el sentido a todos los castillos que, en un momento, me había construido en el aire.

—Bueno —resolví finalmente mientras sacaba la tortilla del fuego y echaba las lonchas del beicon—, piénsalo. Tú le das una vuelta y ya me dices.

Y eso pareció convencerle más.

—¿Puedo dormir hoy contigo y me lo termino de pensar?

Aquello me agobió. No el que quisiera dormir conmigo, yo estaba tremendamente encantada de que lo hiciera, sino el que fuera a tomar una decisión tan importante en solo una noche. Sabía que él era mayorcito y capaz, por tanto, de tomar sus propias decisiones en el tiempo y forma que estimase oportuno. Pero eso no quitaba que a mí me pareciese que se estaba subiendo a una montaña rusa emocional de la que no estaba preparado para bajarse.

El paseo resultó tremendamente agradable. Hablamos de todo un poco, nos confesamos por enésima vez lo mucho que nos queríamos, nos sentamos en un banco a darle rienda suelta a nuestro amor como dos enamorados, y terminamos la mañana en un restaurante que eligió él y del cual se comprometió a pagar la cuenta en su totalidad.

Sabía lo reacia que era a ese tipo de acciones. No me gustaba nada que la gente desenfundara la tarjeta de crédito por mí y, mucho menos, de manera tan seguida. Obviamente, no iba a ponerle pegasa a un regalo de Reyes, por mi cumpleaños o un despliegue de caballerosidad de vez en cuando; pero esto ya comenzaba a exceder el monto total que mi cerebro me permitía sin crearme un cargo de consciencia que me duraría hasta la próxima nómina (es decir, dentro de un mes, porque acabábamos de entrar en septiembre).

Entramos en casa entre risas provocadas por unas anécdotas que nos hicieron gracia. Conseguimos alcanzar con éxito el sofá. Unai se tumbó en él todo lo largo que era y yo fui a

buscar algo de picar. Era tarde, pero no me importaba. Nunca lo era para una Coca-Cola y unas patatas fritas.

Cuando aparecí con la bandeja con dos boles y dos vasos de Coca-Cola con su respectiva lata, Unai mostró una mueca ojiplática que me sorprendió de una forma excesivamente grata.

—¿Tampoco estás acostumbrado a que tus parejas te sirvan una Coca-Cola?

—Mis parejas me han usado como juguete sexual durante años. ¿Tú crees que se acordaban de los detallitos? —Negó con la cabeza—. Follaba más en un año que un actor porno...

Volvimos a reírnos y caí sobre él. Un grito de dolor me estremeció. Georgina, le has aplastado las piernas, ¿qué quieres que te diga?

—¿Estás bien? —me preocupé.

—Sí —respondió. No sabía si porque era verdad que estaba bien o con tal de que no me preocupara en exceso como si fuera su madre y me tuviera todo el día pegada a la chepa.

—Así que te quedas a dormir... —fruncí el ceño al tiempo que espetaba las palabras haciéndome la interesante—. Y yo me pregunto... ¿Pasará lo mismo que anoche?

La estupidez terminó con un lanzamiento de cojín por parte de Unai que finalizó su trayecto volador estrellándose en mi cabeza.

—¡Auch! —me quejé. A ver si él iba a ser el único que tenía derecho a quejarse...

—Ya estamos en paz. —Me guiñó un ojo y me tiró de la mano para que cayera con él.

Me tumbé en su pecho y conseguí relajarme casi al instante. Su respiración, sus latidos, su aroma, su calor, su estancia... Todo hacía que mi vida fuera mucho más fácil.

—¿Qué te iba a decir? —introdujo mientras me apartaba el pelo de la cara y lo sujetaba tras la oreja—. ¿Repetimos lo de anoche?

Subí la cabeza y me desternillé sobre él. Frunció la frente, formando un entrecejo que no lo favorecía en absoluto.

—¡¿Qué?! Lo digo en serio.

—Yo antes también lo decía en serio y me lanzaste un cojín.

Reímos, cómplices y alocados como los dos enamorados que éramos. Lo cierto era que yo no recordaba haber tenido esa complicidad con Dani o José. Quizá, de haberla tenido, los malos rollos y todas esas funestas experiencias, la habrían eclipsado por completo hasta el punto de borrarla de mi mente.

—Bueno, pues lo decimos en serio los dos...

Nos penetramos con la mirada y uno de los dos, complicado de decidir quién fue por la igualdad de los tiempos, comenzó a besar los labios del otro. Nos incorporamos como pudimos y fuimos caminando, cegados por el amor, hasta el dormitorio. En el trayecto, Unai se dejó de nuevo las piernas en el cristal de la mesa baja del salón y yo abandoné medio codo izquierdo en el marco de la puerta tras un golpe que guarda el bonito recuerdo en forma de moratón.

—¡Espera! —grité, frenando de inmediato los besos—. Vete un momento.

Unai me miraba, incomprendido, sin saber muy bien cómo reaccionar. Veía que yo me lo tomaba muy a broma, así que supuso que no sería algo gordo. Cerré la puerta del dormitorio, me acerqué al armario y del fondo saqué una bolsa de plástico blanca que contenía algo que compré antes de que él viniera y aún no me había dado tiempo a estrenarlo.

Cuando lo tuve todo listo, salí de la habitación y fui a recogerlo a donde lo había dejado. Tapé sus ojos con mis manos y, desde su espalda, fui dirigiéndolo para evitar más golpes innecesarios. Cuando entramos los dos en el cuarto, le devolví la vista y el asombro se personificó en su rostro al ver un corazón hecho con pétalos rojos sobre el blanco de la colcha.

No supo si reír o agradecérmelo, así que se volvió hacia mí y me miró esperando que fuera

yo la que dijera algo.

—Imagino que ninguna de tus anteriores novias te había hecho algo así...

Él rio al recordar una de sus múltiples anécdotas de vividor follador.

—No... Una me compró unas esposas y un columpio...

—¿Y qué pasó? —pregunté intrigadísima por conocer el desenlace del momento.

Unai se descojonó en mi cara y, cuando recuperó las fuerzas que le flaqueaban por las carcajadas, confesó:

—Que perdió la llave de las esposas y casi se nos cae el techo encima.

Abrí los ojos de par en par, estupefacta, sin conseguir dar crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Y te las pusiste tú?

Asintió con la cabeza mientras se partía de la risa. Quizá ahora, en frío, era capaz de reírse, pero imagino que aquel momento no debió de parecerle muy divertido que digamos.

—Terminamos rompiéndolas a martillazos. Pero como experiencia, bonita.

Enarqué velozmente las cejas y añadí:

—Bueno, esto es un poquito más seguro. Lo que pasa es que deben ser un incordio a la hora de estar ahí... Tú ya me entiendes. —Le guiñé y volvió a apretarme contra su cuerpo tras rodearme con sus portentosos brazos.

—Podemos probarlo, ¿no?

Me sonrió y volvimos a deshacernos en un beso que terminó por tumbarnos sobre el colchón. Correteamos por las sábanas mientras nos hinchábamos los labios a causa de las succiones.

Nos hicimos desaparecer la ropa y terminamos envolviéndonos en una espiral de sentimientos que no era la primera vez que experimentábamos. Volábamos, jadeábamos, gemíamos, hacíamos el amor... ¡Sí! **HACÍAMOS EL AMOR**. Por primera vez hice con alguien algo que no fuera follar.

Terminamos rendidos sobre las sábanas, borrachos de amor. No podía quitarme de la cabeza la idea de que pasado mañana debía regresar a Sevilla si no tomaba otra decisión antes. Aun así, decidí ignorarlo; pasarle el brazo por el pecho para abrazarlo, apretando su cuerpo contra el mío; y disfrutar del tiempo con él como si cada minuto que vivíamos fuera el último que pudiéramos disfrutar juntos.

El lunes se presentó con un aire enrarecido. Tenía resaca emocional del verano y de su presencia, pero la sobrellevé de la mejor manera posible. Ambos sabíamos que nos quedaba poco tiempo y él me prometió haberme dado una respuesta hoy (*spoiler*: al final no me la dio).

Se excusó diciendo que había pasado muy poco tiempo, que no nos conocíamos en exceso como para dar un paso tan importante y que no iba a dejar su vida en Huelva para venirse a vivir a quinientos kilómetros con tan solo tres días de relación.

Lo entendí. No me enfadé, pero lo entendí.

Después de desayunar, Unai se marchó al hotel a terminar de empaquetar sus cosas para tenerlas a punto para mañana. Luego, me mandó un mensaje en el que me confirmaba la reserva de los vuelos para las once de la mañana y le di mi aprobación con un emoji que dibujaba un pulgar hacia arriba.

En ese rato, mis amigas aprovecharon su ausencia para venir a visitarme con bandejas de pasteles y varias bolsas de chuches que recibí con los mismos ojos lujuriosos con los que miraba a Unai. Sonia colaboraba, además, con un paquete de seis latas de Coca-Cola, tal y como me prometió la última vez que estuvo en casa.

—Oíd, pregunta tonta —comencé, borde—, ¿quién os ha invitado?

Todas se volvieron hacia mí, indignadas.

—Georgina —comenzó Andrea dejando la bandeja de pasteles sobre la mesa baja del salón —, estás mal y nosotras te queremos ayudar.

—Pero ¿quién os ha dicho a vosotras que yo necesite ayuda? Si estoy en mi mejor momento.

—¿Y Dani? —preguntó Lorena volviéndose hacia mí.

—Pues olvidado lo tenía hasta que me lo has recordado.

—Hablemos, entonces, de Elena —improvisó Sonia tratando de no hacerme sentir acorralada por la rueda de prensa mañanera—. ¿Qué tal el otro día en el partido?

A ella le costó responder. En aquel silencio, todas pudimos intuir cómo terminó la noche.

—Esta se lo ha tirado —supuso Lorena al ver que su amiga tardaba mucho en responder.

—¡Eres una bestia! —repuso Elena—. No hicimos nada. Solo... —y todas esperamos ansiosas a la segunda parte de esa frase—, nos liamos fuera del campo.

Saltamos de alegría, celebrándolo con vítores, gritos y «olés» que, por la expresión de su rostro, debieron incomodarla.

—¡Pero eso es estupendo! —clamó Sonia con una sonrisa de oreja a oreja sobre su cara.

—¡No! No es estupendo —añadió Elena—. Porque, entonces, ¿ahora qué somos? ¿Novios?

—No tenéis por qué ser novios —informó Andrea en un intento por tranquilizarla—. Podéis ser... amigovios.

—¿Amigovios? —Lorena le dedicó una mirada que la crucificó—. ¿Te importa cambiar de siglo? ¡Gracias! —sugirió, borde y sarcástica.

—¿Y cómo se dice? Lista.

—¿Follamigos?

—¡Es verdad! —Rio y terminó callándose.

—No voy a ser ni la amigovia ni la follamiga de nadie —informó con mal carácter Elena—. O lo somos del todo o no somos nada... Pero eso de las mitades... —Terminó con un mohín insatisfecho por el que interpretamos que no seguiría con Pablo ni aunque este fuera millonario.

—Pero ¿tú lo quieres? —pregunté indecisa por culpa de sus declaraciones.

De nuevo, le costó responder.

—¡Elena! —imploré.

—No sé si lo quiero o no...

—Pues hija —intervino Sofía—, podrías aclararte un poco.

—¿Debería quererlo?

—Deberías aclararte —repitió de nuevo, como si no la hubiéramos escuchado la primera vez.

—Oye —interrumpió Lorena al tiempo que miraba a todos lados en busca de algo—, ¿y Unai?

Bufé mientras ponía los ojos en blanco.

—¿Qué más da? —expresé tratando de desviar la conversación.

—¡Uy! —exclamó Elena, a quien no le habían gustado mucho las formas con las que emití mi respuesta—. Eso suena un poco... extraño.

—¿Extraño? —cuestioné ceñuda.

—¿Estáis mal? ¿Tenéis problemas? ¿Lo habéis dejado?

—¡Andrea! —aulló Sonia desde la otra punta del sofá—. ¡Ya!

—Si con quien más problemas tenía era con Dani —confesé—. Ahora estoy divinamente.

—¡Pues eso es lo importante! —siguió Lorena levantándose de su asiento y acuclillándose en mis rodillas—. Tú, ante todo, vive calmada y no te estreses.

—Si yo estaba muy calmada. Las que me estresáis sois vosotras.

—¡Uy! —Sonia se indignó—. ¡Qué feo eso! ¡Será por veces que te he ayudado yo, guapa!

—Eso es verdad —admití.

—Y nosotras te hemos traído una bandeja de pasteles —siguió Lorena con los reproches mientras se apuntaba a sí misma junto a Andrea.

—¡Qué sí! Que sois muy simpáticas —terminé declarando para apaciguar los aires.

Volvieron a cambiar de tema cuando mi teléfono vibró. Tenía varias notificaciones de Unai con mensajes que acababan de llegarme al WhatsApp a los que presté la atención inmediata que se merecían.

Unai

Acabo de terminar de hacer la maleta.

¿Quieres que vaya a tu casa o te apetece hacer algún plan chulo para despedirme?

Escribí a la velocidad del rayo para responder lo más rápido posible a sus actualizaciones vitales e ignorando por completo lo que hablaban mis amigas:

Georgina

¿Te apetece cenar, cine, paseo...?

Bueno, vente a casa y decidimos sobre la marcha.

Te espero ;)

Guardé el teléfono en el bolsillo de mis vaqueros y me abstraje pensando en lo que podría pasar en el futuro. Me olvidé de mis amigas por completo, miré a un punto perdido en la pared y dejé al tiempo pasar.

Conseguí echarlas. ¡Sí! Aquello era un logro en mi vida. Dejaron, como no, los pastelitos sobre la mesa. Los miraba pretendiéndomelos comer, pero un ejército de grasa y colesterol comenzó a atacarme cuando me lancé a coger uno; así que los envolví y los guardé al fondo de la nevera, escondidos entre botes de aceitunas para verlos lo menos posible.

Unai llegó a eso de las nueve de la noche. Nos saludamos con uno de esos piquitos informales que tanto nos gustaban y lo invité a pasar.

—He pedido unas pizzas. Espero que te gusten —me informó dándome una bolsa con tres cajas del Papa John's que saboreé solo con olerlas.

Era ligeramente bipolar. Hacía cinco minutos que había escondido en lo más profundo de la nevera una bandeja que contenía pasteles como para un regimiento y ahora me iba a comer una pizza sin importarme lo más mínimo la grasa y el colesterol.

Así era yo...

Las abrí sobre la mesa del salón. Había una de jamón y queso, otra de barbacoa y una de carbonara para él (que sabía que no la comería porque no me gustaba. Tonto no era, la verdad).

—Voy a por agua y esas cosas para beber.

Le imploré que no se molestara, que ya iba yo, pero, al final, se empeñó y terminó ganando como siempre.

—¡Hala! —Su voz, procedente de la cocina, sonaba alegre; como si fuera la dulce voz de un niño al ver el salón atestado de juguetes el día de Reyes.

—¿Qué pasa? —pregunté, temerosa, desde mi silla.

Regresó con el agua y dos latas de refresco y, cuando se sentaba, me reprendió:

—¿Tienes una bandeja llena de pasteles y no me lo has dicho?

Me desternillé sobre la mesa mientras me pegaba con el cortapizzas.

—Si quieres, puedes comerte uno en el postre —propuse.

—Tranquila, ya te he robado uno de crema. —Me guiñó un ojo y rio conmigo sobre la mesa.

De forma casi inmediata, como si la realidad me hubiera abofeteado, caí en la cuenta de que me quedaban pocas horas a su lado. Lo miré, apenada, sin responder qué me pasaba cuando me preguntó si me encontraba bien.

—Te preocupa lo que va a pasar, ¿verdad? —supuso por mi rostro, que se descomponía por momentos.

—Me preocupa no verte —confesé mientras descomponía la mirada entre los surcos del mantel.

Me agarró la mano y me acarició el dorso para tratarme de consolar.

—¿Qué va a pasar, Unai? —pregunté preocupada con los ojos vidriosos al borde del llanto —. ¿Qué va a pasar si no nos vemos? No puedo conformarme con una relación a distancia...

No supo cómo seguir, así que le concedió su espacio al silencio. Finalmente, tras un suspiro, añadió:

—Es muy pronto para preocuparnos, Georgina. Disfrutemos de lo que tenemos hoy y

olvidémonos de lo que pueda venir.

Subí la mirada hasta encontrarme con su mirada. Comprendí que tenía razón, así que me sequé las lágrimas, que estaban a punto de salir, y mastiqué la pizza tras recomponerme.

—Ya estoy mejor. —Le regalé una sonrisa que me agradeció con otra.

—Están buenas las pizzas —observó al mismo tiempo que terminaba la de carbonara.

—La comida con otros siempre sabe mejor.

Sonrió y me dio la razón.

—Comer a solas es tremendamente aburrido.

—Para eso estás tú, para hacerlo más ameno.

Reímos y nos besamos los labios.

—Los días se me van a hacer muy largos sin ti —dijo, volviéndome a apenar.

—¿Dejarás de llamarme?

Sentí que se lo pensaba mientras no respondía.

—No dejaré de pensar en ti ni cuando pienses que ya no lo hago.

Esbocé una mueca satisfecha que recogió y guardó en algún lugar profundo de su alma.

—Yo dejaré de hacerlo el día que me muera —admití.

Volvió a agarrarme la mano, envolviéndola en la suya, y me dirigió una mirada afectuosa.

—¿Nos volveremos a ver? —Su tono escondía la preocupación que le producía el no pasar más tiempo juntos.

—Espero que lo hagamos, por supuesto.

—Mi casa está siempre abierta para ti.

Suspiré, contenta.

—Si vienes a Madrid, tú ya sabes dónde encontrarme.

—Volveré —admitió, convirtiéndome por un instante en la mujer más feliz del mundo—. Y mucho antes de lo que piensas.

Me acerqué a él y volví a experimentar el tacto de su lengua rozando contra la mía. Aquello era a lo que yo estaba acostumbrada a llamar casa.

Apoyó su mano en mi rodilla y la subió hasta mi entrepierna. La sobó por encima del vaquero, haciendo que mis gemidos interrumpiesen los besos. Nos olvidamos de las pizzas y llegamos al sofá. Me tumbé sobre él y, con pequeños movimientos con mi cadera, fui notando el roce de su erección contra el vértice de mis piernas.

Un silencio nos adornaba la situación. Solo nos acompañaba el golpear de las gotas de lluvia contra las ventanas, al que se le sumaban nuestros gemidos.

Me saqué la camiseta y él se desabrochó uno a uno los botones de su camisa blanca hasta que pudo deshacerse de ella, tirándola al otro lado del sofá.

Él me quitó los pantalones, dejándome al descubierto la ropa interior que me protegía mi feminidad y terminó arrebatándome el sujetador para lanzarlo contra la televisión, donde quedó colgando de uno de los tirantes.

—¿Aquí? —me preguntó Unai entre jadeos que le entrecortaban la voz.

Asentí con la cabeza mientras mantenía el ritmo de mis movimientos de cintura y seguía besándolo. Desabroché, a ciegas, el botón de su pantalón y los bajé hasta que pude sacarle el pene de su ropa interior.

Después, me deshice de las bragas, dejándolas caer sobre la alfombra del salón y, subiéndome a horcajadas sobre él, fui notando lentamente cómo se metía en mí. Agarró firmemente mis nalgas, dejándome las marcas de sus dedos en ellas, y controló el ritmo de la penetración subiéndome y bajándome a su antojo.

Ambos chillábamos, gemíamos, jadeábamos, nos desgañitábamos en medio de un huracán de lujuria desenfrenada que se sumaba a una borrasca de sexo a la que no éramos capaces de verle el final.

Marcó un ritmo frenético y desenfadado que me costó seguir sin que mis piernas lo sufrieran.

Unai estaba tan guapo... tan sexi... tan él...

Me apoyé sobre sus pechos haciendo que se clavaran en mis palmas sus pezones, que se habían endurecido por completo.

—¿Quieres que siga? —Hizo un esfuerzo por que los quejidos no se entrometiesen en sus palabras.

—¡Sí! —chillé, enloquecida por el acto.

Un par de embestidas más hicieron falta para que terminase yéndose sobre mis muslos al tiempo que lo escuchaba gemir con un hilo de voz.

Me tumbé sobre él. Estaba caliente y me empapaba con su sudor. Me escondí entre su cuello y el hombro, notando cientos de sentimientos que nacían de mí como si fuera la primera vez que me encontrara en aquella situación con Unai.

Nos susurramos repetidas veces al oído lo mucho que nos queríamos hasta que terminamos yéndonos a dormir bien entrada la medianoche.

Unai no tardó mucho en dormirse. Yo lo atisé, recatada, y me quedé un rato vislumbrándolo entre la oscuridad del dormitorio. Mientras le dedicaba todo tipo de miradas cómplices, agradecía en bucle al destino o a quien fuera que hubiera puesto a Unai en mi camino.

Me atreví a abrazarlo y conseguí pasar la noche con su cuerpo junto al mío, feliz, contenta, en parte satisfecha por todo lo que había conseguido. Por fin había llegado el momento que tanto había estado esperando. El momento en el que Unai y yo podíamos forjar la relación que llevaba mucho tiempo mereciéndome. Qué putada que solo pudiera disfrutar de él solo por unas horas más...

Unai, no te vayas, porfa.

El despertador me atolondró nada más despertar. Quise estamparlo contra la pared, pero me daba mucha pereza tener que ir a la tienda a por otro, así que preferí pulsar el botón y hacerlo callar.

Escuché a Unai remolonear entre las sábanas. Eran las ocho y en poco más de una hora debía estar en el aeropuerto. Sí, el aeropuerto (*léase con tono borde*). Los adoraba. Siempre me habían encantado. De pequeña siempre quise ser azafata. Me encantaban los aviones, quizá tanto como ahora o un poco más, no sé. El caso es que mi madre me obligó a estudiar una carrera que no me gustó, empecé a escribir y, entre unas cosas y otras, estoy trabajando en la revista.

—Buenos días, mi amor —me saludó Unai aún en sueños.

Lo sonreí, dejé un beso en sus labios y me volví a tumbar en la cama. Sentí cómo consultaba la hora en la pantalla de su teléfono móvil y, después, pude escuchar sus suspiros.

—Joder... —masculló frotándose la cara para despertarse.

Ladeé la cara hasta encontrarme con él. Tenía el brazo sobre sus ojos, cubriéndose de la luz que entraba tamizada por la ventana.

—No quieres irte... —devolví la mirada al techo tras un pequeño suspirito que liberé como si fuera la mayor carga con la que tuviera que haber soportado años.

—Quiero estar contigo, Georgina.

Quise volver a sugerirle la idea de que se quedara en mi casa, conmigo, juntos; pero me lo callé. Preferí no decir nada por eso de evitar un enfado y chorradas varias que consiguieron amordazarme.

Decidido, se levantó de la cama, anduvo hasta el salón, recogió toda su ropa de los sitios donde cayó la noche pasada y fue a la cocina a prepararse un vaso de leche con Cola Cao, el último que tomaría antes de abandonar definitivamente mi casa.

Yo lo perseguí a cada sitio al que fue. Iba detrás de él, sin decir ni objetar nada. Solo lo perseguía. Me entraron muchas ganas de intercambiar conceptos, pareceres, explicarle lo que sentía, que él me lo explicara a mí... Pero era incapaz de quedarme en silencio, y ya había perdido mucho tiempo así.

Mientras terminaba la taza, no me quitaba ojo de encima. Yo estaba apoyada en el marco de la puerta de la cocina, dejándome caer en él con los brazos y las piernas cruzadas.

—¿Pasa algo? —preguntó aguantándose la risa para que no se le cayera la leche.

Negué con una sacudida de cabeza y me acerqué adonde se encontraba. Lo rodeé con los brazos y me pegué a su pecho, abrazándolo.

—Georgina... —comenzó casi sin saber cómo continuar—, esto es tortura psicológica.

Subí la cabeza y fruncí el ceño antes de responder:

—Prefiero torturarte de otra forma, pero ya te vas. —Guiñé un ojo y ambos reímos.

—¡Qué bestia eres!

—Y más basta que un bocadillo de tuercas —completé vivaracha.

Escuché cómo tragaba grueso. Más que saliva, parecía que era un montón de piedras el que se deslizaba por su garganta.

—Debo irme... —Tenía el tono apagado, triste y carente de ánimos.

—¿Te acompaño al aeropuerto?

Tardó en responder y, tras un suspiro, repuso:

—Está lejos y luego tienes que pagar el taxi de vuelta. Te vas a dejar una pasta.

—No importa el dinero si tú estás por medio.

Rio con una carcajada entrecortada que salió con pequeños golpes cortados entre sí.

—No podría perdonarme que pagaras cien euros solo por acompañarme...

—No me importa pagarlos...

Rechazó la propuesta, alcanzó como pudo el fregadero, lavó la taza que acababa de usar con un estropajo y la dejó escurriendo mientras trataba zafarse de la retención que le causaban mis brazos.

Terminamos cayendo al suelo entre risas para acabar fundiéndonos en un beso, quizá el más especial, el único que podría decir que era **EL** beso.

Acepté que debía irse y lo dejé marchar. Me dejó, al menos, acompañarlo hasta la puerta. Paró sus pasos en seco sobre el felpudo, se volvió hacia mí, me rodeó el cuello con sus brazos y volvimos a besarnos por última vez para tener un recuerdo que no olvidáramos.

Le agarré la mano. No quería cerrar la puerta. Me negaba a hacerlo. Un impulso que nacía en alguna parte de mi interior me obligaba a ir con él, a subirme en su avión, a dejar mi vida en Madrid y empezar una nueva en Huelva donde tendría la oportunidad de ser feliz junto a la persona que amaba. Sin embargo, otra parte de mí, la más dramática y aferrada a la comodidad del hogar, me imploraba que le soltase rápidamente la mano y lo dejara marchar. Que aquello no significaba un adiós, sino un hasta pronto. Que volveríamos a vernos aquí o allí, pero lo volveríamos a hacer.

Y, aunque nunca quisiera que ese momento hubiera llegado, aunque nunca hubiera soñado con él, aunque sabía que iba a ocurrir y me era más como aparcarlo en un lugar profundo de mi mente donde sabía que no se evocaría, le solté la mano y cerré lentamente la puerta.

Apoyé la espalda en la madera, me dejé caer al suelo para sentarme en él y lloré todo lo que no había llorado en la vida. Aquella llorera de hacía unos días cuando lo rompimos Dani y yo se quedaba insignificante al lado de lo que lloré esa vez.

Lloré a pies de la puerta, en la cocina al ver su taza bocabajo en el fregadero y el bote de Cola Cao fuera del mueble, en el salón al ver las cajas de pizzas y sus restos a medio roer, en el sofá al mirar a la televisión y encontrarme con el sujetador pendiendo de su borde, en la cama al encontrarla deshecha y recordar todas las guerras que se habían fraguado sobre sus sábanas, en el baño al mirar a la ducha e imaginarlo salir de ella desnudo con sus delimitados músculos y su cara de Ken.

Y cuando tras una hora conseguí dejar de llorar, la impotencia volvió a mí, los recuerdos me martirizaron de nuevo y las lágrimas volvieron a brotar. Así estuve durante horas, incluso días. Me acostaba pendiente del teléfono para ver si me llegaba alguna notificación suya después de haberle dado las buenas noches. Me levantaba pendiente de la puerta por si sonaba el timbre en algún momento. Y sonó, ¡claro que sonó! Sonó para salir a recoger un par de paquetes que Amazon había enviado en manos de un transportista.

Sin él, la casa se me hacía enorme, las horas pasaban más lento que de normal, la vida se me hacía bola y el momento en el que deseaba que volviera a aparecer por la puerta se diluía cada vez más.

Caí rendida sobre el sofá y no pensé en nada. Decidí aturullar a mis oídos con canciones a volúmenes incompatibles con la salud auricular y conseguí quedarme dormida mientras Malú me recordaba la historia de amor que había tenido entre mis manos y que, como si de un puñado de

arena se tratase, se había escapado entre mis dedos sin que hubiera podido hacer nada por impedirlo.

47

QUIERO

—No puedes quejarte de algo que sigues manteniendo —me informó Elena tras haberlas implorado quedar en alguna cafetería del centro días después a que Unai se hubiera marchado de casa para «llorar y lo que surja».

—Sí puede hacerlo —siguió Lorena—, pero pienso que, si seguís manteniendo contacto, no hay de qué preocuparse.

—¿Que no hay de qué preocuparse? —Esa frase pareció habersele clavado a Sonia como una espina en el corazón—. Ni se os ocurra comparar una relación al uso con una a distancia.

—A ver —interrumpió Andrea—, está claro que no es lo mismo, pero al menos la mantiene. Que el otro podría haberlo dejado todo y no darle ya ni los buenos días.

—¡Ahí tiene razón! —concluyó Sonia.

—Si yo soy la primera que creo que una persona tiene que tener al menos una vez en la vida una relación a distancia —continué con la conversación—, pero ya me había acostumbrado a él, a sus caricias, a su olor, a su tacto...

—A que viviera contigo —sentenció Lorena, que había encontrado lo que le faltaba a mi frase.

—Ahora entiendes lo que siento yo con Xavi...

Le dediqué una mirada condescendiente al tiempo que me apoyaba en su sabiduría de experta en relaciones a distancia.

—Solo tenéis que saber encontrar un equilibrio —continuó—. Saber qué tenéis que hacer para que vuestra relación sea de la misma forma que como si lo tuvieras a tu lado...

—Sabiendo que ya no puedes tener sus caricias —matizó Elena, que hubiera preferido que un plan le hubiera imposibilitado haber venido a la reunión.

Volví a llorar por culpa de sus palabras mientras Andrea la regañaba por lo bajini para evitar que me enterase de que lo hacía.

—Yo siento ser dura —Lorena no encontró otra forma mejor para advertirnos de la forma en la que llegarían sus palabras—, pero yo creo que os tenéis que acostumbrar a vivir separados. Tú le has propuesto que se viniera a vivir contigo, él no ha querido, en parte, porque no lleváis el tiempo suficiente como para dar ese paso tan grande, pues ya está; a joderse y tirar pa'lante.

—¡Qué fácil es decirlo! —reproché con burla.

—Tiene razón —siguió Andrea—. Hasta que uno de los dos no decida dar el paso de irse a vivir con el otro, vais a tener que estar así.

Bufé.

Sabía que tenían razón; que era una putada a la que me tendría que acostumbrar rápido, pero que me negaba a admitir. Necesitaba verlo, estar con él, olerlo, sobarlo, susurrarle al oído lo mucho que lo quiero... Hacer, en definitiva, esas pequeñas cosas que componen el amor.

Como les dije, yo era fiel defensora de que la gente experimentara, al menos una vez en la vida, lo que era tener una relación a distancia. Aquella era la única manera de confiar plenamente en tu pareja. El no saber qué hace y tener que fiarte de que no te traiciona es una de las mejores sensaciones que una persona puede llegar a experimentar en su relación.

Pero no. Yo me negaba a tener que experimentar eso con Unai, y menos ahora que me había acostumbrado a tenerlo cerca...

Bufé de nuevo, me dejé caer sobre el respaldo de la silla de la cafetería y me tragué las lágrimas para evitar que me llamaran pesada, llorica o cualquier otro calificativo similar.

—Hablas con él muy a menudo —preguntó Elena para romper el silencio que se había formado entre nosotras.

Asentí sin añadir nada más.

—Pero no quiere hablar con él por teléfono —replicó Lorena—, entérate.

—Pues no puedo decirte otra cosa. —Después, levantó la mano para llamar la atención del camarero.

—Supongo que ya me habéis ayudado todo lo que podíais. —Cogí el bolso y tuve la intención de marcharme cuando Andrea me agarró del brazo y me volvió a sentar en la silla.

—¿Tanta prisa tienes?

—Quiero irme a casa —informé—. Necesito estar sola, pensar en esto y dejar que pasen las horas.

—Quizá no tendrías que pensar tanto en esto —me regañó Lorena—. Creo que lo que necesitas es pasar tiempo con nosotras, salir por ahí y tratar tu relación como una completamente normal.

—Lo dices como si Unai viviera dos calles más abajo —reproché—, pero esa no es la realidad.

—Es que tienes que darte cuenta de tu realidad, Georgina —siguió Sonia—. Tu realidad es que Unai no está. ¿Estará? Seguro, va a volver, pero ahora tienes que entender que lo tienes a cientos de kilómetros y que no vas a conseguir que vuelva como por arte de magia...

Les di la razón, cabizbaja y buscando salir de allí lo antes posible. Bendito el momento en el que había organizado la quedada con ellas. Saqué la tarjeta de crédito e imité el gesto de Elena. Un camarero vestido de negro se acercó hasta mí con el datáfono de la mano. Conseguí saldar mi cuenta con el restaurante y marcharme del lugar después de despedirme de ellas.

La lluvia había regresado a la ciudad. Jarreaba, mucho. Podía compararlo perfectamente con el diluvio universal. Parecía que el cielo se caería de tanto llover. Estábamos en tiempo de borrasca y tendría que aguantar el chaparrón estando yo debajo.

Llegué a casa empapada. La camiseta y el pantalón me chorreaba y el pelo se me había calado tanto que me dio rabia haberme duchado hacía cinco horas.

Puse la ropa sobre el radiador y me metí en el baño para pasarme el secador por el pelo. Conseguí adecentarme un poco. Me metí dentro del pijama y me tumbé en el sofá para seguir con mi maratón de *Aquí no hay quien viva*. Estuve poco tiempo tumbada cuando el pitido del timbre me devolvió a mi humillante realidad. Detuve el capítulo y me arrastré hasta la puerta.

Cuando la abrí, la sangre se me heló por completo y el rostro se me desencajó. Dani, tan empapado como lo estuve yo hasta hacía unos minutos, apareció sobre el felpudo, apoyado al marco de la puerta y mirando al suelo. Una ausencia de sentimientos en el estómago me dejó claro que ya lo tenía superado.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —pregunté, borde, tratando de salir de mi asombro.

—¿Se ha ido ya? —Su tono estaba apagado y se le atragantaba por culpa del llanto que tenía al borde de sus ojos.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser?

Pensé en Unai y respondí:

—Sí. Ya se fue.

Subió la mirada, penetrante, y la sostuvo en mis ojos.

—¿Puedo pasar?

Lo pensé varias veces detenidamente antes de responder algo de lo que me pudiera arrepentir.

—Métete en la cocina, que me vas a joder el parqué.

Entró hasta donde le dije y se apoyó con los codos en la encimera. Lo vi abatido, casi arrepentido y, por supuesto, afligido. Tenía un aspecto lamentable que, si le sumabas las gotas de agua que le chorreaban por todo el cuerpo, le hacía parecer un vagabundo.

—¿Se puede saber qué coño quieres? —Yo seguía en mis trece sin barajar la posibilidad de salir de allí.

—Georgina, ¿qué me ha pasado?

Fruncí el ceño y crucé los brazos a la altura del pecho.

—¿Perdón?

Se volvió hacia mí, manteniendo una distancia prudencial con mi cuerpo. No sabía si por no mojarme o para mantener el poco respeto que aún le quedaba.

—¿Por qué soy tan gilipollas, Georgina? Explícamelo.

—No entiendo qué quieres que te explique, la verdad.

—¡Por qué soy tan gilipollas! —me repitió para que confesara—. Quiero que me expliques por qué soy tan gilipollas. Tenía todo y, ahora, mírame... —Suspiró y una lágrima recorrió su mejilla izquierda.

Era la primera vez que lo veía llorar y debo reconocer que me debilitó. Veía por primera vez su lado más humano, aquel que desde hace unas semanas no estaba acostumbrada a contemplar.

—Dani, yo... —No supe cómo comenzar. Ni siquiera sabía qué hacer. Terminé suspirando y alzando la mirada al techo para perderla en él—. ¿Qué quieres que te diga?

—Lo que sientes, Georgina. ¿Por qué no me retuviste en su momento?

Bajé la mirada para devolvérsela hasta que me topé con sus ojos.

—Lo intenté hasta el último minuto, Dani, pero desistí cuando te pillé con la otra.

—¡Y fue un error, Georgina!

Reí con sorna.

—¿Un error? ¿En eso lo resumes todo?

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que lo hice a propósito?

Resoplé y, por un momento, no entendí el motivo por el que comenzábamos a discutir.

—Sabes que siempre fuiste importante en mi vida —testificó—. Siempre has sido la persona a la que más he amado y...

—¿Y por qué te fuiste con la otra? ¿Por qué me dejaste tirada? ¿Por qué me mentiste en mi puta cara cuando te pregunté quién era y me dijiste que tan solo se trataba de una amiga? ¡¿Por qué?!!

No supo qué responder. Se giró y volvió a caer en con los codos en la encimera, tapándose los ojos y haciendo y haciendo oídos sordos a la conversación.

—Siento que no me trataste como me merecía, Dani —reproché—. Te di todo lo que pude y más. ¿Tú qué hiciste por mí los últimos días?

—¿Y al principio? —contraatacó como pudo.

—¡Claro! Qué fácil es dar lecciones de lo que pasó al principio cuando todo es perfecto y maravilloso... Pero ¿qué pasa después? —Suspiré al tiempo que me tragaba las lágrimas—. Quizá yo no era el amor de tu vida y también me mentiste en eso.

Volvió la cabeza a mí y me examinó con la mirada, ceñudo.

—¿Estás dudando de que te quise?

—Estoy dudando de que me quisieras como decías. Estoy dudando de todos y cada uno de tus «te quiero». Estoy dudando de tus besos, de las fotos que subías a tus redes sociales inundadas de amor y emoticonos de corazones... —Resoplé y terminé resolviendo—. Estoy dudando de que lo nuestro haya sido de verdad.

Se frotó la frente, desalentado. Después, se dejó caer sobre una de las sillas de plástico que había arrimadas contra la mesa de la cocina. Yo hice lo mismo con un taburete y perdí la mirada en algún punto del cristal de la mesa.

—Siento haberte engañado con Sheila. Siento tantísimo haber sido tan... impotente. —Hubo unos segundos de silencio que se me hicieron tremendamente eternos—. Siento haber jugado contigo y haberte hecho todo el daño que me cuentas. De haberlo sabido, te hubiera hecho mucho más caso.

Una horda de palabras sentimentales se agolpó en mi garganta. Sin pensarlo dos veces, terminé deshaciéndome de ellas vomitándolas sobre la mesa.

—¿Sabes qué es lo que pienso, Dani? —Conseguí que él me mirara. Tenía los ojos rojos por culpa del llanto—. Que tú nunca me quisiste de verdad. —Dos lágrimas brotaron de cada uno de mis ojos y avanzaron por mi cara antes de que me diera tiempo a detenerlas—. Que solo estuviste conmigo porque te gustaba y te ponía muy cerdo.

—No, Georg...

—Déjame terminar, por favor. —Me recompuse y seguí por donde lo había dejado—. El día que me viste entrar por la puerta de la redacción, la cara se te iluminó. Noté tu nerviosismo al instante. Era como si yo te impusiera.

—Lo hacías.

—Y, ahora, viendo las cosas con perspectiva, me doy cuenta de que solo me quisiste para echarme dos polvos y soltarme por otra más joven que yo.

—¿Insinúas que te utilicé? ¿Que solo te quise para saciar mi sed sexual?

—No lo sé. Dímelo tú. ¿Me quisiste de verdad?

No respondió al instante. ¿Debería haberlo hecho? Creí haber sido clara en mi pregunta.

—Por supuesto que te quise. —No sonaba muy seguro de sí mismo. La voz le temblaba y estaba a punto de quebrársele.

—No lo dices muy convencido —objeté.

—¿Sabes lo que significaste en mi vida?

—Si tanto significaba —me levanté— no tenías motivo para engañarme con la otra. —Di una vuelta sobre mi eje y volví a penetrarlo con la mirada—. ¿Lo habéis dejado? ¿Se ha cansado de ti?

Rio con una pizca de ironía entre sus carcajadas.

—No del todo. Tampoco necesito que lo haga para darme cuenta de que no la quiero como lo hice contigo.

—Solo tuviste que demostrármelo cuando tenías oportunidad. No me vale que vengas ahora con la boca pequeña pidiéndome unas disculpas que no te crees ni tú.

Se sobó el cabello mientras terminaba bajando la cabeza para evitar mirarme a los ojos. Supuse que le habían dolido mis palabras y que no sería capaz de continuar hablando tras darse cuenta del pozo de realidad en el que veía sumido.

—Necesito una oportunidad, Georgina. Quiero que te olvides de lo que ha pasado, de lo que te he hecho sufrir, y que volvamos a ser uno como hasta ahora. Que iniciemos de nuevo nuestra relación, que reseteemos, que pongamos el marcador a cero y volvamos a ese día de julio en el que tú entraste en la redacción y me volviste completamente loco...

Apreté los labios y aproveché el momento para asestarle el último golpe que clausuraría la discusión.

—Ya estoy con otra persona, Dani. Lo siento mucho.

El dolor se personificó en su cara. Supuse, entonces, que era verdad que me quería, que quería volver conmigo, que se había dado cuenta de la estupidez que había hecho yéndose con la otra y que pretendía olvidarlo todo para volver a empezar como si nada hubiera pasado.

Su rostro se descompuso y trajo consigo a un Daniel compungido que me removi.

—¿Qué te da él que no te doy yo?

No pude aguantar una risa nerviosa que asomó por mi boca y que terminó saliendo a golpetazos.

—Dani, no seas infantil...

Se levantó de la silla, se secó las lágrimas y, mirándome fijamente a los ojos, terminó declarando:

—Supongo, entonces, que mi función aquí ha terminado. —Agarró mi mano sin apartar la mirada de mis ojos—. Espero que seas muy feliz, Georgina. Si alguna vez te lo replanteas, estaré encantado de recibir tu llamada.

Me sonrió con debilidad y acabó soltándome la mano y desapareciendo por el pasillo. Corrí y lo grité a la espalda:

—¡Dani! —Se volvió hacia mí sumergido en un mar de lágrimas y aguardó ansioso para escuchar lo que tenía que decirle—. Te quiero. Nunca he dejado de hacerlo.

Me lanzó un beso y terminó desapareciendo tras la puerta de entrada.

Bufé tras verlo marchar y me tumbé de nuevo en el sofá. No tenía ganas de seguir viendo la serie. No, al menos, por ahora. Agarré el teléfono y llamé a Sonia para contarle lo que me había pasado.

Quise cerciorarme de que era verdad que Dani había vuelto con el rabo entre las piernas aún metido en su relación con Sheila e, interpretando una historia que escribí hacía tiempo y que había quedado impregnada en las páginas de uno de mis primeros libros, me armé de valor y salí a la calle paraguas en mano creyéndome que rodaba una película de Hollywood.

No tuve remilgos de presentarme en el hotel donde se alojaba Sheila. Era excesivamente más joven que yo. Rondaría los veintitrés o veinticuatro años. El bótox también la ayudaba a mantenerse joven y bella (más joven que bella).

Pregunté en recepción por ella y no tardaron ni treinta segundos en darme el número de habitación. Entré en el ascensor, decidida, y pulsé el número de su planta. Según iba subiendo, los nervios se iban apoderando de mí y un temblor se asentaba en mis piernas.

Finalmente, las puertas se abrieron y puse un pie poco decidido en la planta. Caminé por el pasillo hasta encontrarme con su puerta y, reuniendo fuerzas, la golpeé repetidas veces con los nudillos.

Al poco tiempo, una mujer rubia, con la piel fina y tersa, vistiendo un albornoz de encaje blanco, maquillada y despampanante como ella sola y con un brillo especial en la cara, quizá causado por los kilos de silicona que yacían bajo sus pómulos, me recibió en la puerta.

—Hola —saludé cordial mientras buscaba las palabras que comenzaran una conversación entre nosotras—. ¿Eres Sheila?

Asintió con la cabeza, ceñuda.

—¿Tú quién eres? —cuestionó con cierta desconfianza.

—Georgina —le di dos besos—, encantada. Soy la ex de Daniel. —La expresión de su rostro cambió por completo. Se había enseriado de un momento a otro, como si su cambio fuera a raíz del accionamiento de algún botón—. Me gustaría hablar contigo sobre él.

Me hizo un examen visual de abajo arriba mientras me analizaba con la mirada. Estaría pensando en la diferencia que había entre el elevado costo de sus ropas y la precaria situación de las mías.

—Pasa. —Terminó accediendo y yo entré hasta el fondo de la habitación. La cama estaba deshecha y tras de mí había lo que intuí que era un pequeño sillón cubierto por prendas de ropa sin doblar ni colocar—. ¿Quieres tomar algo?

Negué su propuesta y la esperé a los pies de la cama sin llegar a sentarme.

—Ayer se presentó en mi casa —informé.

Frunció el ceño en un síntoma claro de incompreensión que me hizo tener que explicarle la situación con más detalles.

—Estaba en casa, sonó el timbre y era él. Me dijo que me echaba de menos, que se arrepentía de todo lo que había hecho conmigo, de la forma de la que me había tratado... En definitiva, que quería volver conmigo.

Ella se entretuvo haciendo la cama mientras entablaba una conversación conmigo.

—Puedes quedártelo para siempre. La verdad es que no lo voy a echar de menos.

Entonces fui yo quien arrugó la frente víctima de la confusión.

—¿Pero habéis roto? —indagué curiosa.

—Nunca salimos. Nos conocimos una noche loca en un local de alterne en el centro de Madrid. —El rostro terminó por desencajárseme del todo. Me senté sobre el colchón y tras mi caída escuché un grito de Sheila regañándose por arrugarle la ropa de cama que había

conseguido estirar—. ¿Te importa levantarte de ahí?

Obligué a mis piernas a que respondieran y dejaran de flaquear para que pudieran seguir aguantando mi peso de pie.

—¿Y qué hacíais en un local de alterne?

Hizo el embozo de la almohada antes de responderme.

—Yo soy de Sevilla. Estuve una temporada en Madrid por el tema de la universidad y, al acabarla, no encontré trabajo de lo mío, así que tuve que echar currículos por ahí. A las dos semanas me llamaron de allí y me metí a trabajar. —De nuevo, las piernas hicieron un amago de fallo, pero conseguí mantenerme en pie—. Un día de esos, entró él como un cliente más. Y... —me dedicó una mirada condescendiente—, no sé si quieres saber cómo termina la historia...

—Prefiero no saberlo. —Levanté la mirada, perdida, y me encontré con la suya—. ¿Agua?

Me sonrió y se marchó a la cocina a por un vaso que me entregó segundos después. Le pregunté si podía, esta vez, sentarme en el borde de la cama y me concedió el permiso. Le devolví el vaso, que lo dejó sobre la barra de la cocina.

—No sé si he hecho bien en contártelo.

Subí la cabeza de nuevo para toparme con sus ojos.

—¿Qué hacía contigo estos días atrás?

Se sentó a mi lado tratando de compadecerse de mí.

—Después de aquella noche, nos dimos los teléfonos y quedamos como amigos. Él me pareció muy atractivo y yo solo había firmado tres meses con el club.

—¿Esto cuándo fue? —No sabía si me beneficiaría el seguir metiéndome en aquella cueva de la que no sabría salir sola.

Bufó mientras trataba de darme una fecha con la mayor exactitud posible.

—Harán tres o cuatro meses.

—¿Tres o cuatro...? —No pude terminar de hablar cuando la estupefacción me anudó las palabras en la garganta, amordazándolas en mi interior.

—Pero tranquila, yo me he retirado ya. —Me regaló una sonrisa—. ¡He colgado las bragas! —Comenzó a reírse sin que yo tuviera ánimos para seguirla.

—Creo que me voy a marchar, Sheila —anuncié decidida—. No ha sido buena idea venir hasta aquí y...

—¡Georgina! —Me paró cuando ya me dirigía hacia la puerta—. Te prometo que hemos quedado como amigos esta vez.

—¿Y qué más da?! Os conocisteis cuando él iba de putas.

—A mí nunca me ha gustado esa palabra... —Comenzó a deambular sin rumbo por el poco espacio que le permitía la habitación—. Prefiero ser *escort*.

Mismo trabajo con otro nombre...

—Mira, Sheila. Yo respeto mucho vuestra profesión, no la comparto, pero la respeto; ahora, no sabes el ascazo que me da haberme acostado y besado a un... ¡putero!

—Hombre, putero... Por allí solo fue una vez —trató de exculparlo.

—¡Me la suda, Sheila! No entiendo qué coño hace yendo a ese tipo de sitios...

—¡Ay! Antros de perversión y pecado... Pero ¿qué le vamos a hacer?

—Ha sido un placer conocerte. —Traté de marcharme de nuevo, también sin éxito esta vez.

—¡Quieta! Te invito a tomar algo abajo en el bar.

Su propuesta me petrificó al instante y la negué de inmediato.

—Yo te lo agradezco, pero no puedo aceptarlo —le dije.

—¡Sí! Así hablamos las cosas de una forma más... ¿distendida?

Analicé su mirada una vez más y, al ver que no tenía otra cosa mejor que hacer aquella tarde, acabé aceptando la propuesta.

Ella cogió su bolso y caminamos por los pasillos del hotel hasta el restaurante. Sheila tenía un rollo que parecía Paris Hilton. Yo, en cambio, seguía compungida y asqueada.

Una vez allí, me preguntó qué quería. Quise pedirme una tila que me calmara la mala hostia que me había entrado de golpe, pero fue ella la que me pidió un *gin tonic* que sabía que no me acabaría.

—Georgina, comprendo tu preocupación, de verdad; pero te puedo asegurar que, en esos tres meses, Dani fue lo más formal que vi. La gente que iba eran maridos insatisfechos con su relación que buscaban que alguien que no fuera su mujer les hiciera gozar por última vez antes de que la vida terminara matándoles la libido.

—¿Tú crees que me importa lo que hicieran los demás? Yo pienso que me he acostado sin preservativo con un hombre que no creo que aquella fuera la primera vez que pisaba un local de esos.

—A ver, él fue extremadamente pulcro. Se trajo sus condones y sus cosas...

No conseguí convencerme.

—Hija, no sé qué más decirte. —Terminó rindiéndose.

—Déjalo. —Suspiré y le pegué el primer sorbo al *gin tonic* después de que me lo sirvieran —. Si yo solo venía a confirmar que seguíais juntos y que no quería volver conmigo por verse solo.

—Pues no, no seguimos juntos porque nunca empezamos nada.

Resoplé y traté de asumir que lo del arrepentimiento era real.

Conseguí terminarme con éxito la copa. Me despedí de Sheila después de seguirnos mutuamente en Instagram y de que me reconociera como escritora. Tras eso, ella subió a la habitación y yo me encargué de mojarme bajo la lluvia en mi odisea de vuelta a casa.

Mientras descendía los escalones de la boca del metro, saqué mi teléfono y me lo acerqué a la oreja, decidida, tras marcar.

Sonó un tono que ignoré. El segundo me sentó casi igual que el primero. El tercero de ellos comenzó a inquietarme y con el cuarto me invadió una desesperación que me costó manejar. Finalmente, tras cinco pitidos agudos, pude escuchar la voz esperanzada de Dani saludándome a través del auricular.

—¿Qué te hace llamarme? —preguntó confuso tras su saludo.

—Te quiero en mi casa en media hora. Estoy llegando.

—Hummm... ¿Vale?

Colgué y me guardé el teléfono en el bolsillo. Tras eso, me puse los auriculares y deseé llegar a casa antes que él mientras la ira me invadía y se comenzaba a apoderar de mí.

Georgina, contrólate.

50

LO QUE NO SABES

Tardé veinte minutos en llegar a mi casa y Dani aún no había llegado ni al felpudo. Esperé que se tomara a rajatabla lo de los treinta minutos para que me diera tiempo a calmar la ira que me invadía.

No le había contado nada a mis amigas, ni a Sonia, con quien ideé el plan. Prefería que mi encuentro con Sheila se quedara en mi intimidad sin que nadie fuera capaz de entrometerse en él ni de echarme en cara cosas que pasaba de escuchar.

Casi dicho y hecho, a la media hora justa, Dani se presentó en mi casa. Cuando el timbre sonó, su imagen se vino a mi cabeza y, quizá, me parecía desmesurada la bofetada. Era tan mono con su pelo rubio y sus ojos marrones que era incapaz de golpearlo.

Abrí, iracunda, y me topé con él al otro lado de la madera.

—¿Ha pasado algo? —se preocupó haciéndose un hueco entre mi cuerpo y el marco de la puerta.

Lo retuve como pude y le impedí el paso al interior de mi casa.

—¿Se puede saber de qué coño vas? —pregunté envuelta en una espiral de odio de la que me iba a costar salir si seguía mirándolo a los ojos.

—¿Cómo?

—He estado con tu amiguita —informé con aires de superioridad.

—¿Qué amiguita? —Parecía que no supo hilvanar la conversación.

—Sheila. ¿La conoces?

Frunció el ceño y me dedicó su reflejo.

—¿Que has estado con ella?

Asentí con onomatopeyas y esperé que reaccionara. Al ver que no mostraba un ápice de sentimentalidad, decidí proseguir.

—Resulta que, entre sus grandes cualidades de profesional laboral, se encuentra la de prostituta.

Hizo un mohín de extrañeza fingiendo que no supiera nada sobre los trabajos privados de la chica.

—¿Prostituta?

—¡Sí! —Exclamé irónica—. Tú la conocías muy bien... Allí os conocisteis.

—Georgina —la voz le temblaba—, ya te dije que me la presentaron unos amigos...

—¡Fuiste a su club y le pediste un servicio!

Mantuvo unos segundos de silencio que se me eternizaron mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas para responder a mis acusaciones.

—Vale, sí. Me llevaron mis amigos. Me acorralaron.

—Y, cuando estuvisteis allí, ya preferiste amortizar el viaje, ¿no?

Rio nervioso deseando que la tierra lo tragara lo antes posible.

—¡Lo siento, de verdad! —Fue a acariciarme los brazos hasta que yo le quité las manos de encima violentamente.

—Ni se te ocurra volver a tocarme en tu puta vida. ¿Sabes el asco que me das? —Tragué

grueso y seguí—. Si tenías una sola oportunidad de volver conmigo, por insignificante que fuera, aquel día la echaste al váter y tiraste de la cadena.

Bufó, pretendiéndome dejar como una exagerada.

—De verdad, Georgina, estás sacando las cosas de quicio.

—No quiero que vuelvas a aparecer por mi casa, al menos hasta que se me olvide tu pasado de putero de club de periferia.

Miré su cara una última vez y el corazón se me resquebrajó por completo. No sabía cómo era capaz de hacerlo, pero cada vez que lo miraba, su ternura me ablandaba y me desarmaba por completo. Quise mantenerme firme, pero terminé flaqueando sin que Dani supiera que aún tenía deseos reprimidos hacia él.

—¿Y para esto me haces venir hasta aquí? ¿No sabías decírmelo por teléfono?

Suspiré.

—Necesitaba verte la cara por última vez en mucho tiempo.

Chasqueó la lengua contra el paladar para terminar concluyendo la conversación.

—Georgina, madura un poco. Quizá te vendría bien.

Puse cara de circunstancias y me despedí de él antes de cerrar la puerta para ver su rostro por última vez.

—Que te vaya muy bien la vida —le deseé con un tono cercano y decorándolo con una sonrisita no muy forzada.

Suspiró, dándose cuenta de lo que esto significaba.

—Lo mismo te digo. Que seas muy feliz con ese hombre...

Balbuceé un «gracias» en voz baja que dudo que llegara a escuchar y cerré lentamente la puerta sin dejar de ver cómo se marchaba por el hueco que la separaba del marco.

Todo se había terminado. Estaba triste, afligida y con una impotencia de la que me terminé deshaciendo tras llorarla todo lo que pude y más.

Pasé largos minutos tumbada bocarriba en el sofá llorando sin hacer nada. El rímel se me corría por las mejillas y yo... bueno, no pude hacer otra cosa por mí más que tratar de darle al tiempo su poder sanador.

No me hubiera gustado tomar aquella decisión, pero sentí que era lo mejor para los dos. Así, él podría comenzar a rehacer su vida con las cosas claras y yo podría dedicarle a mi relación con Unai el tiempo que se merece sin que el cargo de conciencia se adueñara de mis remordimientos cada vez que le venía en gana.

Ahora ya, lo único que esperaba, sin guardarle rencor, era que, allá donde estuviera o fuera, Daniel siguiera queriéndome como siempre esperé que lo hubiera hecho.

Tras tres o cuatro horas llorando, comprendí que había llegado el momento de darme una palmadita en la espalda y seguir viviendo sin resignarme por algo que ya no merecía la pena. Me costó, pero terminé haciéndolo.

Divisé mi portátil a lo lejos y me acerqué a él con paso seguro. Me senté sobre la silla de felpa que aguardaba arrimada al escritorio y abrí el manuscrito. Bajé hasta la última página y vi el número de página: trescientos sesenta y dos. Me llevé las manos a la cabeza y reflexioné velozmente sobre todo lo que me había pasado.

Reflexioné sobre mis últimas horas con Unai, los sentimientos de la despedida, el retorno inesperado de un Daniel arrepentido que nunca esperé que se materializara tan pronto, mi encuentro con Sheila y lo que eso había significado para mi relación con Dani y, por último, mi patada en el culo y la forma en la que le imploraba que no volviera más.

Hice todo tipo de cábalas que me permitieron imaginar aquel argumento en las páginas del

libro y yo misma me prometí que, con ello, conseguiría alcanzar la página quinientos.

Atisbé la hora en la esquina inferior derecha de la pantalla de mi ordenador: 23.45. Me levanté de la silla y me metí en la cocina. Hice café, mucho café. Tenía un paquete entero de grano molido que consumí en aquel momento para licuarlo. Conseguí rellenar un termo entero con todo el café y, armada con él, regresé al escritorio, lo dejé a un lado para que no molestara y, tras releer el último párrafo para coger el hilo de la historia, mis dedos comenzaron a revolotear por el teclado creando los párrafos que tuve que tener a punto en su momento.

Fue complicado. Según escribía, las lágrimas llegaban a mí para recordarme lo que había vivido y ahora me ocupaba en revivir, pero fui fuerte, no me importó, me las sequé de vez en cuando y seguí con el ruidoso percutir de mis dedos sobre las teclas del ordenador.

51

ABRAN FUEGO

Conseguí terminar la novela tras pasar la noche en vela relatando mi vida en el nombre de la protagonista. Mientras lo hacía, pasé por varias fases de lo que podría perfectamente ser mi bipolaridad: lloré, reí, me emocioné, retomé el llanto antes de regresar a la risa y termine enloqueciendo de ira cuando llegué a la parte en la que recordaba las últimas palabras que compartí con Daniel.

El sol me había recibido hacía rato cuando yo aún continuaba creando como una completa posea que le había cogido el gusto.

Nada más pulsar el punto para marcar el final, bajé la mirada para consultar la hora y darme cuenta de que superaba por poco las siete y media de la mañana.

Con esas, exporté el manuscrito y se lo envié a mi editor por mail sin ni siquiera corregirlo. Lo sentí como un parto duro y agónico que me hizo tremendamente feliz cuando concluyó.

De: Manuel Antelo

Para: Georgina Velázquez

Asunto: Re: Manuscrito

Lo primero, no entiendo qué haces levantada a estas horas. ¿No crees que deberías dormir un poco? No sé, no soy nadie para meterme a criticar tus ritmos circadianos, pero sabes que me considero un amigo tuyo y que, por eso, me tomo la libertad de darte este tipo de consejitos.

Lo segundo, gracias por el manuscrito. Quinientas setenta y nueve páginas... WOW. Creo que no has escrito algo tan largo en las trece novelas que te hemos publicado. Déjame que le eche un ojo y te digo en cuanto me lo termine, ¿te parece?

¡Ah! Y vete a dormir. Aprovecha tú que puedes y ya no tienes responsabilidades.

Un abrazo.

Manu.

Leer aquel mail fue un completo alivio para mí. Tanto que, por primera vez en la vida, me tomaría la molestia de responderlo y dedicarle algo de tiempo en un intercambio de palabras más extenso que un wasap.

De: Georgina Velázquez

Para: Manuel Antelo

Asunto: Re: Re: Manuscrito

Te he estado escribiendo las últimas doscientas páginas a lo largo de esta noche. Espero que me compenséis mi empalme con una subida de royalties o invitándome a cenar con lo que

ganéis gracias a mí.

Que sepas que te he escrito algo que nunca pensé que llegaría a escribir. Es algo más personal e íntimo que todo lo anterior. Este libro sí que puedo decir que es enteramente mío. Incluso podríamos decir que es mi hijo. Tendremos que ponerle un nombre más humano y no el título con el que lo saquemos.

Por cierto, estoy esperando a que se me pase el efecto del litro de café que me he ido tomando a lo largo de las siete horas de escritura en intervalos de quince minutos para poder disfrutar de mi cama como tú lo hacías mientras yo trabajaba.

Esperaré muy atentamente tu respuesta.
Georgina.

P.D.: Yo también te quiero.

De: Manuel Antelo
Para: Georgina Velázquez
Asunto: Re: Re: Re: Manuscrito

No me puedo creer que hayas dedicado una noche entera para poner a punto el manuscrito. ¿Te han dicho alguna vez que eres más rara que un perro verde? En fin, supongo que serán manías de escritor que no entiendo y, por tanto, no puedo criticar.

Ansío conocer a tu hijo. Tengo mucho lío en la editorial. Acabo de volver de vacaciones y esto no se gestiona solo. Lo leeré en alguna parada que tenga para el café o mientras cojo el sueño en la cama. Te prometo que mañana o pasado como muy tarde te digo algo.

Manu.

P.D.: Sigo sin creer que te hayas bebido un litro de café tú sola cuando odias el café. Pero supongo que eso entrará parte de las manías de escritor de las que hablaba antes, ¿no?

De: Georgina Velázquez
Para: Manuel Antelo
Asunto: Re: Re: Re: Re: Manuscrito

Me han pasado muchas cosas a lo largo de este mes que han hecho que tenga esas doscientas páginas tan rápido que solo me han ocupado una noche de mi vida. Por eso digo que es como un hijo para mí porque, literalmente, ha salido de mí. Podría definirlo como una abertura en canal. Como cuando un artista saca una canción más sentimental que consigue llenarte plenamente. No sé si me entiendes.

Tú, ahora, preocúpate por sacar un tiempo para mí. No lo digo a malas, tú ya conoces mis tonos y las licencias que me tomo para poder guasearte.

Espero como agua de mayo el mail de tu respuesta.
La Georgi.

P.D. 2: Sí. No sé cómo lo he hecho, pero he conseguido terminarme un termo de café yo sola. Me hubiera encantado grabarme la cara para ver mis caras de asco entre sorbo y sorbo.

De: Manuel Antelo

Para: Georgina Velázquez

Asunto: Re: Re: Re: Re: Re: Re: Manuscrito

Eso de la apertura en canal de los artistas ¿por quién lo dices? Déjame adivinarlo. Apuesto la publicación de tu «hijo» a que te refieres a Malú.

No hace falta que me respondas al mail para darme cuenta de que tengo razón. ¿Qué tiene esa chica que te rechifle tanto? Bueno, debo admitir que yo también la escucho y podría calificarla como UNA PUTA DIOSA. Lo digo en serio. Se merece un monumento en medio de la Puerta del Sol y que toda la industria musical se postre a sus pies.

Besitos *maluleros*.

Manu.

De: Georgina Velázquez

Para: Manuel Antelo

Asunto: Re: Re: Re: Re: Re: Re: Manuscrito

¡Vaya! Me has pillado. ¿Cómo lo has hecho?

Venga, coñas aparte... ¡Sí! ¡Claro que es una diosa! Que sepas que su música me salvó de morir. ¿No te he contado nunca eso? Pues sí, lo hizo y, desde entonces, no soy capaz de sacármela de los oídos. Es más, gracias a ella, esta noche no me he sentido tan sola plasmando mis desgracias sobre lo que próximamente será un papel.

¡VIVA ETERNAMENTE MALÚ!

Otro besito *malulero*.

Georgina.

P.D. 3: Creo que va siendo hora de que me vaya a dormir. Léete el manuscrito y hablamos cuando lo tengas, ¿okiii?

Ahí cerré la cadena de correos electrónicos que intercambié durante más de cuarenta y cinco minutos con mi editor. Después de que enviara el último, bajé la tapa del iMac, me metí en la habitación con las persianas bajadas y conseguí, milagrosamente y contra todo pronóstico, dormirme a la bartola como no había podido hacerlo la noche que acababa de culminar.

Desperté a eso de las dos de la tarde y lo primero que hice fue mirar el móvil para ver si, en tiempo récord, Manuel había conseguido terminarse el manuscrito para darle luz verde a la novela. Obviamente, no me había llegado ningún mail suyo y lo vi como algo normal.

Conseguí levantarme de la cama sin parecer la novia cadáver y me fui directa a la cocina a saciar mi mono de Cola Cao. No me había dado tiempo a poner la leche a calentar cuando el timbre me alertó.

Fruncí el ceño y me paralicé durante unos segundos a causa de la extrañez que me producía. Finalmente, decidida, me acerqué a abrir y me encontré con una estampa que enfrentó sentimientos en mi interior.

—¡Esas cajas al salón! —ordenó Unai a unos señores que vestían monos azules y cargaban cajas de cartón cerradas—. ¡Ey! —le gritó a uno de los dos—. Eso al dormitorio. Y no lo golpee, que pone que es frágil.

Yo seguía sumergida en mi asombro sin que nadie pudiera sacarme de allí.

—¡Hola, mi amor! —me saludó con un pico en los labios y pasó al interior de la vivienda para acompañar a los hombres. Le di un golpe de vista al rellano para cerciorarme de que no venían más y cerré la puerta.

Los seguí hasta el salón y traté de hablar con Unai sobre qué era lo que estaba pasando para que pudiera dejar de flipar lo antes posible.

—Unai —lo llamé calmada sin obtener respuesta.

—¡Oiga! —gritó cuando oyó el golpear de una caja contra la pared—. ¡Que la va a desconchar! ¡Venga! —Se volvió a dirigir a mí—: Bajamos a por todas las que quedan y ahora subo, ¿vale?

—Unai, ¿qué coño es esto?

Él se detuvo y me sostuvo la mirada, sonriente.

—¿No me dijiste que me viniera a vivir contigo? Pues me lo he pensado. Después de una semana fuera sin tenerte ni abrazarte, he pensado «Unai, ¿qué coño haces aquí en Huelva tú solo si tu vida está en Madrid?». Y aquí estoy, reorganizándome la vida en Madrid.

Me quedé petrificada durante unos segundos hasta que él se marchó. Cuando escuché el golpe de la puerta al cerrarse, salté y vitoreé por toda la casa la ilusión que me producía aquel acontecimiento.

¡Sí! O sea, ¡síííí!

No me lo estaba creyendo. ¿Seguiría dormida? Me abofeteé la cara para discernir entre realidad y sueño. Cuando caí en la cuenta de que me hacía daño, volví a celebrar su venida corriendo como una loca por toda la casa hasta dejarme caer, como si flotara en una nube, en el sofá.

El timbre volvió a sonar y lo abrí como una adolescente enloquecida por volver a ver a su novio después de haber pasado mucho tiempo separados.

Unai instruyó a los de la mudanza para que supieran dónde dejar las cajas.

—Amor. —Supuse que se refería a mí—. ¿No tenemos portero?

—Sí. ¿No lo has encontrado?

Sacudí la cabeza y yo me quise desentender de la conversación. Finalmente, los dos terminamos despidiendo a los hombres, que se marcharon tras la puerta.

Ya no había más cajas, eso era todo. Su nueva vida comenzaba ahora y por el módico precio de cuatro cajas de cartón y una maleta grande que reventaría en cualquier momento.

Unai me rodeó con sus brazos y me pegó a su cuerpo para volvernos a sentir más juntos que nunca.

—Me tendrás que enseñar a usar la cafetera... —Rio y supuse que lo decía completamente en serio.

—Terminarás desenvolviéndote con total soltura.

Nos deshicimos en un beso que se extendió durante algunos segundos.

Estaba ilusionada. Quizá podría ser algo comparable con la ilusión de una niña pequeña al abrir los regalos de su cumpleaños.

—¿Salimos a celebrarlo por ahí? —propuso—. Te invito a comer.

Miré el reloj y aprobé la quedada.

Me llevó a un restaurante que supuse que habría mirado por internet antes de venirse a Madrid. La velada no fue todo lo romántica que me hubiera gustado. No porque Unai no hubiera puesto todo de su parte para que lo fuera, sino porque, en medio de la cena, una discusión de pareja en la otra punta del restaurante clausuró nuestro encuentro en medio de un acervo de gritos e insultos que terminaron por incomodarnos.

Por lo demás, reímos, bebimos, lloramos de risa y de emoción, nos profesamos nuestro amor de todas las formas de afecto posibles, terminamos la tarde en un banco del parque sobre el que volvimos a dar rienda suelta a nuestro amor envolviéndonos en besos que nunca quisimos soltar, y terminamos regresando a casa después de sentirme la mujer más feliz, especial e importante del mundo.

Quise preparar una cena romántica en el salón, pero mi plan fracasó cuando caí en la cuenta de que cuatro salchichas de bolsa con un poco de ketchup no era el concepto de romanticismo que tenía asumido.

Terminamos desenvolviéndonos en un frenesí sobre las sábanas y conseguimos quedarnos dormidos después de dar cientos de vueltas a causa de la emoción que nos hacía poder compartir juntos una nueva vida.

Unai fue el primero que se levantó. Cuando yo lo hice, una taza de café reposaba vacía a su lado junto a la mesa, por lo que comprendí que ya había entendido cómo funcionaba la cafetera.

Nos saludamos con uno de nuestros besos y decidí imitarle y preparar otro café. Me entraron los remordimientos. Me había pegado una pasada horrible la noche anterior y no sabía si sería bueno meterle más cafeína al cuerpo si lo que quería era dormir en paz.

Decidí hacerlo bajo aquel lema del «una vez al año no hace daño», pero lo hacía. ¡Joder si lo hizo! Estuve toda la mañana encerrada en el baño porque se me había soltado el vientre y me iba de varetas. ¡Genial para aquello del ser romántica! ¿Quién no había soñado siempre con tener una novia diarreica?

Lo cierto es que estuve más de cuarenta y cinco minutos interrumpidos yendo y viniendo del baño mientras Unai esperaba para dar el paseo que le había prometido agarrados de la mano por las céntricas calles de Madrid. Me preguntó que si quería posponerlo o aplazarlo y, lógicamente, me opuse rotundamente a tan estúpida decisión.

Al final, conseguimos salir a la calle sin que el estómago me recordara que debía hacer

parada urgente en «boxes». Entrelazamos nuestros dedos y caminamos sin rumbo fijo durante más de media hora que aprovechamos para hablar sobre todo lo que había ocurrido en la semana que la distancia nos había separado.

—¿Te ha costado mucho tomar esta decisión? —pregunté curiosa—. Cuando te la propuse, no se te veía muy a favor y mírate...

Reímos antes de que pudiera contestar.

—Al principio me agobio, no lo voy a negar. Pero, una vez que me vi allí, solo, sin ver a mis amigos porque seguían de vacaciones y más aburrido que una mona, me replanteé la opción de venirme a vivir contigo. ¿Y qué pasó? ¡Pum! Que aquí estamos.

—Así que lo has hecho para no aburrirte, ¿eh? —Fingí que no me había dolido.

—No. En verdad lo hice para tener sexo más a menudo —bromeó, sacándome una pequeña carcajada.

Le golpeé el hombro con el puño y seguimos caminando siendo presas de la complicidad. En aquel momento, me acordé de todos los que me habían dicho que una relación a distancia no podía ser sostenible porque el sexo era algo tremendamente importante en una relación. Solo puedo decirles que no tienen ni puta idea de lo que es el amor si creen que no puede eclipsar al sexo.

Que conste que yo no pensé en él cuando me angustié porque Unai debía marcharse a Huelva. Mi depresión llegó al pensar que ya no podría disfrutar de más momentos a su lado, sin llegar a pensar ni un segundo en el sexo. En fin... ¿En qué nos hemos convertido? ¿En folladores de la pradera? ¡Qué mundo!

Después del paseo pensé largo y tendido sobre lo feliz que me hacía el estar al lado de Unai. Era un hombre simpático, atento, agradable, cariñoso, único entre miles y que había dejado su vida por mí. Tenía el presentimiento de que mi vida no podía ser tan perfecta y maravillosa, que algo tendría que salir mal en algún momento y que todo se saldría de control. Pero, hasta aquel momento, todo era de color de rosa. Quizá un poco empalagoso, pero rosa.

8.39 – 4 de septiembre, dos días después.

Desperté a su lado. Le dediqué una mirada tierna y le besé la espalda con intimidad. Fui yo quien se despertó antes. La noche anterior habíamos ido a una discoteca, quizá para recordar el lugar donde nos conocimos, y él continuaba en su viaje astral de consumo impertérito de alcohol.

Me senté en el ordenador y abrí el correo para comprobar las últimas notificaciones de mi vida. Había correos sobre las nuevas colecciones de Zara y Stradivarius que revisé muy por encima y con los que marqué mentalmente varias prendas para acercarme a comprarlas cuanto antes.

También había promociones de Amazon y algunos cupones de Carrefour que utilizaría en algún momento de la vida antes de su fecha de vencimiento.

Entre todos ellos, un correo resaltaba en negrita con un mensaje especial. Era de Manuel. No sabía si aquello sería motivo de alegría o debía contenerme en el asiento antes de celebrar como una loca el éxito del manuscrito en las oficinas de la editorial.

Lo abrí con cautela y un ligero tembleque en mi mano que hizo que me confundiera y desplegara un correo equivocado. Me acomodé en la silla, tomé aire, me relajé todo lo que pude y, cuando sentí que estaba lista para comenzar a leer, la voz de Unai me devolvió a la realidad.

—Buenos días —me saludó con los pelos revueltos y una cara de sueño bastante evidente.

—¿Mucha resaca? —Solté una pequeña carcajada que no encajó del todo bien.

Nos besamos en los labios y me preguntó qué hacía.

—Revisar correos. ¿Te dije que ya terminé el manuscrito?

Se extrañó y me miró ceñudo.

—¿Tan rápido?

Asentí orgullosa de mí misma.

—La noche antes de que vinieras. La pasé entera tecleando y narrando y volviendo a teclear y volviendo a narrar.

Reflejó el asombro que le producía escuchar aquello con una mueca que no olvidaría jamás.

—¿Vas a empezar el siguiente?

—Tengo ya pensado el siguiente. —Me deshice en un mohín—. Quiero descansar de amor ficticio durante unos días y centrarme en el de verdad.

Pareció gustarle lo que acababa de escuchar y se lanzó a mí para cubrirme de besos la cara.

—Para que luego digan que las mujeres sois menos románticas. —Carcajeó y desapareció de mi vista tras informarme que se iba a preparar el desayuno.

Ahora sí. Estaba lista para abrir el correo. Una oleada de nervios me invadió, pero conseguí deshacerme de ella en cuanto volví a ver el nombre de mi editor sobre la pantalla del iMac.

De: Manuel Antelo

Para: Georgina Velázquez

Asunto: Noticias

Georgina Velázquez, soy yo otra vez. Dime, por favor, que te alegras de leerme. He terminado tu manuscrito. En verdad, no tenía tanto trabajo como suponía y eso me ha permitido sacar más tiempo del que creía disponer.

Oye, ¡qué locura de historia! ¿Esto dices que lo has escrito tú? ¡Joder! Menudos giros que pega la historia al final. Me preocupa especialmente según qué cosas después de leer la nota de las primeras páginas donde cuentas que todo es autobiográfico y que esto no es más que una transcripción de tus vivencias.

Lo primero que debo reseñar es que has hecho una elección de los personajes tan estupenda que creo que podría funcionar. Daniel al principio me cayó muy bien, ahora lo veo como un completo gilipollas al que si me cruzo por la calle quizá le parto la cara por hacerte sufrir.

Cuando leí que comenzabas a tener deseos por Unai pensé: «Dios, mío. ¿Cómo va a reemplazar a Daniel por un chaval que conoció una noche loca en una discoteca y del que no le ha dado tiempo a enamorarse?». ¡Pero no! ¡Bendito Unai! Si eso que cuentas te ha pasado de verdad, permite que te diga que has elegido estupendamente. Me alegro por ti.

Eso sí, dime que la escena donde aquella rubia cañón te confiesa que se dedica a trabajar el sexo es una licencia literaria. Por favor, necesito salir de dudas. No es posible que te hayan pasado tantas desgracias juntas. Alguna tiene que ser mentira. ¿Lo es?

En fin... creo decirte con esto que me chifla tu manuscrito y que podríamos tenerlo a punto para enero del próximo año. ¿Qué me dices? Yo creo que, en cuatro meses, nos habrá dado tiempo a corregirlo, maquetarlo, hacer publicidad y todos esos rollos que tú desconoces cuando tu trabajo se limita a escribir (sabes que lo digo de coña. Lo haces muy bien, no lo dejes nunca, por favor).

En fin, que 10/10. Estoy muy orgulloso de ti y de la escritora en la que te has convertido. Pásate por la editorial y terminamos de hablar esto en persona, ¿te parece? Estoy ansioso por verte y felicitarte como Dios manda.

¡Enhorabuena, de verdad!
Te quiere,
Manu.

No diré que no salté de emoción cuando terminé de leerlo. Fui excesivamente comedida en mis acciones para que Unai no pensara que era una loca que se ilusionaba por publicar el decimocuarto manuscrito de mi carrera.

Lo que quizá él no sabía era que esta novela era algo especial. Me había quedado tan personal que se podría decir que es, perfectamente, la reencarnación de Georgina Velázquez en libro.

De: Georgina Velázquez

Para: Manuel Antelo

Asunto: Re: Noticias

Manu, no sabes cuánto me alegro de que os haya gustado por allí. Han sido muchos meses

de escritura para poder tener algo que estuviera a la altura de los demás. No sabes los quebraderos de cabeza y las crisis de ansiedad que este libro me ocasionó durante su proceso de escritura.

Debo confesar que, a veces, estuve a punto de eliminar el documento por completo de mi ordenador cuando ya tenía doscientas y pico páginas. Gracias a tu correo intuyo que hice bien en continuarlo y no dejarme llevar por estos impulsos de mujer desequilibrada con alguna que otra tara tan repentinos que tengo.

En cuanto a la historia esa de la prostituta, dejaré su veracidad a libre interpretación de los lectores. Creo que es más divertido que naufraguen entre la verdad y la mentira sin que yo haya declarado de por medio, ¿no te parece? Aunque, si tú me lo pides, en esa reunión en la editorial te lo puedo esclarecer en *petit comité*. ¿Qué me dices?

En fin, que muchas gracias por confiar en mí. Ya me veo firmándolos a la gente y confesándome, como siempre, que se sienten tremendamente identificados con la protagonista. A veces siento que mi vida la ha vivido media España y me angustia saber que tengo una tan normal y corriente que no consigue salirse de lo común.

Ansío veros por allí.
Te quiere,
Georgina.

P.D.: Dile a Sandra que la quiero mucho y que, cuando vaya, me tenga preparada una bandeja de Miguelitos como suele venir siendo costumbre en ella.

Lo envié y terminé repanchingándome en la silla, feliz por lo que había conseguido.

Unai regresó al salón con una bandeja con café y tostadas de la mano y se extrañó al ver el gesto de mi cara. No necesité mediar palabra con él para que me felicitara por la publicación de mi novela. Debía estar radiante, con un brillo especial en los ojos y una sonrisa que me daría vueltas al cuello. Si no, no me explicaba cómo había conseguido saber sin que le dijera nada que me la publicarían en enero.

—Nena —comenzó ablandándose el corazón—, cuando hay amor, las palabras sobran.
Y tenía razón.

Yo debía ser una versión personificada de aquello de que una imagen valía mucho más que mil palabras. Y había descubierto la verdad de su significado.

Me levanté hacia él y no lo dejé desayunar cuando le susurré un «¿lo celebramos?» al oído al que respondió exultante y con un fervoroso «sí».

Lo agarré de la camiseta y corrimos como dos niños por la orilla del mar hacia mi cama. Caímos en ella y nos desatamos como nunca antes lo habíamos hecho.

Comenzábamos a disfrutar de nuestra intimidad de una forma más infantil que, sin duda, prefería antes que hacerme pasar por un adulto que no era.

Por fin Unai había conseguido que las cosas me importaran una mierda y la importancia se la diera solo cuando fuera estrictamente necesario. Así, la vida se me pasaba mucho más amena y me ahorra todos esos problemas que me acechaban en el pasado.

Me daba cuenta de que con Dani las cosas fueron muy diferentes. Él y yo fuimos tanto y a la vez tan poco. Fuimos dos amantes desenfrenados obligados a frenar. Fuimos dos ríos forzados

a desembocar. Fuimos dos gotas de lluvia que se rompían en un cristal y fuimos un «para siempre» que terminó en un «hasta nunca». Con Unai pisé sobre seguro para que no cometer esos errores del pasado que me hicieron renegar de los hombres allá por antaño.

Volví a creer en el amor, eso por supuesto. Gracias a él, que estuvo a mi lado todo el tiempo que necesité y mucho más. Consiguió que las horas a su lado no pasaran, que todo lo importante se volviera insignificante, que la vida volviera a tener sentido y, sobre todo, consiguió que me olvidara de mis fracasos del ayer e hizo que me centrara en un presente que nunca quise que se convirtiera en pasado.

Oye, Siri: reproduce Secreto a Voces de Malú.

Agradecimientos

Gracias a todas las personas que, de una manera u otra, han aportado su granito de arena a esta historia.

Gracias a todo el equipo de Amazon, tanto en España como en todo el mundo, por hacer siempre posible este sueño del que no me gustaría despertar.

Gracias a toda la gente que me lee y me aguanta los dramas ya que, sin vosotros, esto no sería posible. Así que podemos decir que somos como una gran familia.

Gracias a mi Daniel, a mi Unai, a mi José; que os convertisteis en personas muy importantes en mi vida, aunque vosotros nunca llegaseis a ser del todo conscientes.

Gracias a todas las personas que me acompañan en mi día a día.

A toda mi familia política, que sois y siempre seréis mis mayores fans.

A todos mis amigos de Madrid, que no sé cómo conseguís aguantarme durante, casi, los trescientos sesenta y cinco días del año: Alicia, Álex, Guti, Lucía, María, Sofía, Elena... y todas esas personas que formáis parte de mi grupo de amigos y de los que no me quiero olvidar.

Gracias, también y de forma especial, a todas esas personitas que convierten los veranos en algo tan maravilloso que consiguen hacerme llorar cuando se terminan (y eso que es complicado hacerme llorar a mí): Héctor, Inés, Lucía, Eloy, Clara, June, Adri... **GRACIAS.**

Gracias, aunque nunca lo sepa, a la banda sonora de mi vida durante todos y cada uno de los días del año. Querida Malú: siempre te estaré agradecido por existir, por dejarme subir a tu barco, por ser el paño donde puedo llorar mis lágrimas y por ayudarme tantísimo con todos mis problemas sentimentales. Podríamos decir que eres como mi psicóloga de confianza. Te quiero mucho.

Y, sobre todo, una vez más, infinitas gracias a ti por elegirme, por dedicarme tu tiempo, por darme esa oportunidad que me ayuda a crecer y por no dejarme de lado nunca.